



04535074024

9 W

Mi foto perfecta

NADBI CHAN

Mi foto perfecta

Naobi Chan

Sinopsis:

Los cánones de la sociedad son muy estrictos, es muy duro tratar de vivir cumpliendo cada uno de ellos y a la vez ser la mujer fuerte y perfecta que todos creen que eres, ¿pero qué ocurre si no es solo la sociedad la que exige, si eres tú misma la que te pides más y más cada día?

Eso mismo es lo que se pregunta Tori, que ve como sus planes de futuro se truncan y es consciente de que la vida comienza a ir cada vez más deprisa. Su cumpleaños número treinta y uno está cerca y todavía no tiene lo que ella siempre ha querido: un marido perfecto, la casa, los niños y el perro.

Tras su último desengaño recurre a Anton, su amigo y exnovio, para que le ayude en una situación desesperada, pero lo que no espera es que su ofrecimiento llegue más lejos de que pretendía. Aunque tiene muchas dudas, la tentación de tener lo que siempre ha querido la obliga a aceptar un pacto del que por momentos siente que le viene demasiado grande.

Porque a veces el amor no muere y solo permanece dormido...

Contenido:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

Capítulo 19

SOBRE LA AUTORA

Capítulo 1

Muchas veces, cuando en una película vemos una escena en la que la protagonista encuentra a su novio o marido en la cama con otra mujer, tenemos muchos tipos de reacciones. Quizá la primera sea de lástima por la chica, la segunda sea de rabia al ver al tipo inútil e insignificante que engaña a la mujer que supuestamente quiere más que a nada. Y la tercera reacción es la observar la escena como si no pudiésemos creerlo, ya que todo eso forma parte de una historia irreal y como tal no puede ser verdad.

Pero sobre todas las reacciones posibles, la situación puede parecer inverosímil, sobre todo por la manera exagerada en la que actúa la protagonista o quizás por lo contrario, por su no reacción al sentirse indiferente ante un engaño de ese calibre.

Lo que olvidamos mientras vemos una película es que en ocasiones la realidad supera a la ficción y entonces las reacciones desmesuradas o incluso la indiferencia son mejor que sentir en carne propia el sentimiento de traición, ese en el que parece que hasta el tiempo se detiene y todo queda como suspendido en el aire, al igual que en una película de ciencia ficción.

Y así estaba yo en ese momento, inmóvil y sin poder reaccionar a nada, la escena que tenía frente a mis ojos me parecía dantesca y un poco surrealista, aunque muy en el fondo sabía que tarde o temprano eso sucedería. Mis pensamientos iban a la velocidad de la luz y todo se sumió en un profundo silencio, tanto que podía escuchar los latidos de mi propio corazón que me bombeaba a toda velocidad en el pecho.

Mis ojos estaban clavados en aquel par de color azul que me devolvían una mirada de sorpresa y desconcierto, como si realmente no creyese lo

que estaba sucediendo, como si la situación fuese inesperada... ¿en serio? ¿Eso era una sorpresa para él? ¿De verdad no esperaba que llegase a casa y lo encontrase así?

Tomé una fuerte inspiración, llenando los pulmones de un aire que estaba cargado y enrarecido a mi alrededor, cerré los ojos un par de segundos para centrar mis pensamientos y, cuando volví a abrirlos, estaba completamente segura de lo que tenía que hacer.

Di un paso al frente para adentrarme en la que hasta solo unos segundos atrás también había sido mi habitación y un fuerte olor a sexo me golpeó provocándome una fuerte arcada, intenté disimular lo mejor que pude y tomé otra bocanada de aire para expulsarlo lentamente por la nariz antes de abrir la boca para comenzar a hablar.

—Espero que te lo estés pasando bien —incluso yo misma me sorprendí de la seguridad y entereza de mi voz, aunque por dentro todo me temblaba y estaba a punto de romperme en mil pedazos.

Carlos, el que se hacía llamar mi novio y se llenaba la boca de orgullo cuando presentaba a sus amigos, parpadeó de nuevo sorprendido y abrió la boca dispuesto a agregar algo, pero alcé la mano para detenerlo, algo que él hizo sin dudar.

—Me voy —di la vuelta sobre mí misma y caminé de nuevo hacia la puerta, tras avanzar dos pasos me lo pensé un poco mejor y le miré sobre el hombro—. Una recomendación... dile a la zorra que te estás follando que intente gritar un poco menos, se la escuchaba desde el portal.

Con la cabeza en alto, el paso decidido y la espalda completamente recta, salí de aquella casa usando todas mis fuerzas para dar un portazo que retumbó en el silencio de la escalera. Mientras bajaba los escalones, pisando más fuerte de lo normal, sentía como mi orgullo de un momento atrás se desinflaba poco a poco. Había sido una completa idiota... ¿cómo pude creer que Carlos me sería fiel? Si tenía en cuenta su historial anterior, tenía todas las papeletas para llevar sobre la cabeza una buena cornamenta... ¿por qué no me di cuenta antes?

Maldiciendo mi suerte, y también a mí misma, salí a la calle en mitad

de la noche, un golpe de aire frío me removi6 el cabello metiéndose bajo mi abrigo y un estremecimiento me recorri6 espalda.

“Estúpida, estúpida y más que estúpida” me repetía mentalmente, ¿pero que podía esperar? Carlos era guapo y él lo sabía. Eso era lo peor, cuando un tío es consciente de sus posibilidades nada puede detenerlo, nada importa, ni siquiera una relación estable. Y el que había sido mi novio hasta hacía unos minutos no se salía del patrón implícito de esa norma, el muy capullo sabía perfectamente cuando alguien era incapaz de resistirse a sus encantos y siempre lo utilizaba en su beneficio.

Muy en el fondo estaba segura de que la verdadera culpable era yo misma, ¿cómo podía haber confiado tan ciegamente en él? Incluso me había planteado ir más allá en un par de ocasiones, había soñado con la casa, los niños y el perro... era una imagen muy cliché de lo que siempre había querido, pero en el fondo esperaba que Carlos pudiese ser todo lo que buscaba en un hombre. Aunque la capacidad de follarse a cualquier zorra que se le pusiese por delante, no entraba en la foto de familia perfecta que quería crear.

Suspiré sintiéndome todavía más estúpida cuando un par de lágrimas quisieron escaparse de mis ojos, no lloraría por él, no... sería lo más humillante que podría hacer, aunque ya me sentía bastante humillada y pisoteada.

Miré calle abajo buscando el coche, encima había tenido que aparcar bastante lejos del edificio y ahora tenía que hacer una maratón para volver a casa... otra cosa más que añadir al desastre de noche que estaba teniendo. Y aquellos zapatos de tacón que me había comprado para sorprenderlo esa misma noche me estaban destrozando los pies.

Gemí de dolor cuando unos de los tacones se enterró en una grieta del suelo... maldita ciudad que encima parecía querer reírse de mí. Mascullé un par de insultos en voz baja y me cerré más el abrigo cruzando los brazos frente al pecho para al menos mantener un poco de calor, el invierno en el norte siempre era frío, pero ese día parecía que los termómetros marcaban algunos grados bajo cero, o quizás era que mi estado de ánimo no ayudaba en nada para sentir un poco de calor.

Algo en mi interior todavía temblaba, me sentía como si fuese un castillo de naipes que amenazaba con derrumbarse, estaba segura que de estar en un lugar cerrado y completamente sola, estaría llorando a mares y dejándome llevar por la rabia y la indignación. Pero estaba a la vista de cualquier transeúnte que pudiese pasear por la calle y eso me frenaba a la hora de exteriorizar mis verdaderos sentimientos. Justo en ese momento podría compararme con un volcán a punto de explotar, sabía que en cuanto se derramase la primera lágrima no podría parar y eso sería un desastre apoteósico.

Seguí avanzando, regodeándome en mi propia miseria hasta que llegué a donde había dejado el coche estacionado y eché la mano al bolso para buscar las llaves, pero... ¡mierda! ¿Dónde estaba el bolso? Giré sobre mí misma un par de veces para buscarlo y finalmente me oculté el rostro con las manos conteniendo un grito, ¿en serio me lo había dejado sobre la mesa de la entrada en la casa de Carlos?

No era tonta, era una completa gilipollas...

Ahora no volvería allí, ni loca... prefería tener que cruzar la mitad de la ciudad caminando antes que regresar y darle el gusto a ese hijo de puta de volver a verme la cara. Ya le pediría a alguien que fuese a buscar mis cosas, ahora me iría a... ¡A la mierda!

¿A dónde coño iría?

Recordé mi antiguo pisito, aquella pequeña buhardilla de escasos cuarenta metros cuadrados que había sido mi refugio y de la que rescindí el contrato cuando Carlos me pidió que viviésemos juntos... ¿por qué lo había hecho? Si hubiese sido un poco más inteligente la habría mantenido como seguridad, en caso de sucediese lo que había sucedido tendría un lugar al que ir y así no tendría que pedir asilo en casa de un amigo, o peor... en la de mis padres.

Miré al cielo pensando en una solución y, como si alguien en algún lugar, Dios, el Karma o quien quiera que fuese el cabrón que quisiese reírse de mí y estuviese conspirando en mi contra, una enorme gota de agua me calló en la mejilla. A esa pequeña gota la acompañó una segunda,

luego una tercera, una cuarta... y finalmente cientos de gotas comenzaron a caer sobre mí.

Llovía, justo en ese puto momento comenzaba a llover y estaba sin coche, sin casa y sin tener a donde ir... ¿podría pasar algo más esa noche?

Pateé contra el suelo como una niña pequeña, con los puños apretados a cada lado de las caderas y reprimiendo un gruñido... no pude evitarlo y un poco de rabia se me escapó. Todo en el mundo quería que me sintiese mal, sobre todo el maldito cabrón de Carlos. Si cerraba los ojos casi podía ver aquella imagen que había encontrado al entrar en la habitación, a aquella zorra rubia a cuatro patas mientras el impresentable que se hacía llamar mi novio se la follaba desde atrás...

—¡Maldito hijo de puta! —grité sin poder evitarlo.

Todavía podía sentir la rabia que me estrujó el pecho e hizo que el estómago se me pusiese del revés, también sentía un poco de ira y una enorme necesidad de agarrar a aquella guarra por los pelos y arrastrarla a lo largo del pasillo hasta dejarla completamente desnuda en la escalera. También quería agarrar del pelo a Carlos, estrellar su cara contra la pared y volverlo feo y horripilante para que ninguna zorra más se le acercase aunque esbozase aquella perfecta sonrisa seductora, mientras se atusaba su perfecto cabello de color trigo.

Pero lo que más me dolía de aquel momento en que vi lo que él podía llegar a hacer fue la decepción, una decepción aplastante que me cubrió el corazón e hizo que mi ánimo decayese a la altura del suelo, pero lo más sorprendente es que esa decepción no iba dirigida a Carlos, él no me había decepcionado, tan solo actuó como sabía que lo haría, fui yo misma la que me decepcionó.

Confié en un hombre como él, creí que al menos me quería un poquito y por eso se mantendría fiel, yo... que me creía enamorada de un hombre perfecto pero que tan solo lo estaba de la imagen de futuro que él podía darme.

En ese momento entendí que mi relación con Carlos nunca había sido real, nunca le quise realmente, al menos no mucho más allá de lo que se

quiere a un amigo con el que te acuestas. Tan solo veía en él mi sueño hecho realidad: de nuevo la casa, los niños y el perro.

Carlos tenía un trabajo estable, trabajaba en un banco del centro de la ciudad y estaba a punto de ser ascendido a director de sucursal, era atractivo, por lo que los hijos que podríamos tener serían preciosos; rubios y de ojos azules. Era el chico perfecto para presentárselo a tu familia y decirles que tu futuro sería fácil y aburrido a su lado. Y yo aunque no quería ver lo que pasaba en realidad quería creerle cuando, durante los seis meses que duró nuestra relación, él me decía al oído que me quería y que haría lo que fuese por mí.

Me engañé a mí misma creyendo que aquellos amores de libro en los que la protagonista dulce y encantadora es capaz de enamorar al canalla mujeriego haciendo de él un hombre monógamo y el prototipo de un príncipe azul, nunca había sido dulce y encantadora en mi vida, pero quería soñar con que él cambiaría y dejaría su vida de casanova atrás.

Pero no lo hizo y se estaba tirando a otra en esa cama que juró solo compartir conmigo, la misma que elegimos juntos cuando él me invitó a vivir en su casa... ¿para qué me lo había pedido si ya planeaba que iba a engañarme?

Otra lágrima descendió por mi mejilla perdiéndose y confundiéndose con las gotas de lluvia que ya me empapaban de arriba abajo, otra más la siguió y se confundió con el cabello húmedo que se me pegaba a la cara. Mi ropa goteaba y comenzaba a pegarse a mis brazos y piernas resultando incómoda, eso sin mencionar el frío que me calaba hasta los huesos y se me esparcía por el cuerpo con cada escalofrío.

¿Qué podía hacer ahora? Estaba mojada, tenía frío y no podía meterme en el coche ni ir a mi casa, porque no tenía casa... no tenía a donde ir, era una vagabunda sin dignidad y con la moral por los suelos, llorando en mitad de una calle mientras caía el diluvio universal.

Entre mis pensamientos caóticos y autodestructivos un nombre se abrió paso en mi mente: Anton. No quería hacerlo, mucho menos cuando pasaba de la medianoche, pero era mi única opción, vivía muy cerca de donde me encontraba en ese momento y aunque la relación entre nosotros

estaba un poco tirante desde unos años atrás, sabía con seguridad que sería el único que no me diría el temido «*te lo dije*» haciéndome sentir más culpable y miserable de lo que ya me sentía.

Sin pensarlo demasiado comencé a caminar hacia el edificio donde Anton vivía, la lluvia todavía caía a raudales y mi aliento se escapaba en una densa nube de vapor que desaparecía segundos después. Encima de todo eso, Carlos tuvo que ser tan imprudente como para dejar que lo descubriese en una noche de mitad del invierno frío y húmedo... ¿algo más que añadir para hacer la situación todavía más injusta para mi persona?

Tenía frío, estaba mojada, humillada y tenía un cabreo de tres pares de cojones... y para colmo estaba llorando, algo que odiaba hacer y mucho más cuando estaba en un lugar en donde podrían verme, aunque nadie en su sano juicio saldría de casa en mitad de esa tormenta con el frío que hacía.

Caminé unas cuantas calles y cuando por fin vi el edificio un suspiro tembloroso se deslizó entre mis labios, ahora que estaba allí no me sentía muy segura sobre qué hacer.

Él era mi amigo, o quería creer que todavía lo era, pero estaba mojada, hecha unos zorros y ya era casi de madrugada, alguien con dos dedos de frente echaría de su casa a patadas a cualquiera que se le presentase de esa guisa, pero no tenía otra opción y sabía que en el fondo no quería tenerla.

Hacía varios meses que no veía a Anton, ni siquiera hablábamos por teléfono, y no lo había pensado hasta ese momento, pero muy dentro sentía la necesidad de saber algo de él, aunque solo fuese para asegurarme de que todo le iba bien.

Cuando llamé al portero automático para que me abriese el portal mi mano temblaba, no sabía si era de frío, de nervios o de rabia acumulada, había sido un día demasiado largo y lleno de acontecimientos, si estuviese en mi casa ya estaría en proceso de emborracharme, puede que durmiendo en el sofá o en cualquier superficie horizontal que fuese al menos un poco cómoda, pero por culpa del idiota de Carlos eso no era posible.

—¿Quién es? —la voz metálica que se escuchó a través del aparato me sacó de mis pensamientos y suspiré... ¿si escapaba corriendo como hacía cuando era niña él se lo tomaría mal?

Abrí la boca para hablar mientras todavía me planteaba si salir corriendo calle abajo, pero ningún sonido salió de ella, comencé a boquear como un pez fuera del agua y eso me frustraba demasiado, me froté el rostro con ambas manos y me alejé el cabello húmedo de la frente hacia atrás.

—Anton... yo... lo siento... —susurré con un hilo de voz.

—¿Tori?

—Siento haberte despertado —continué como si no le hubiese escuchado—, será mejor que me vaya y...

—¿Te encuentras bien? Sube... —demandó sin esperar contestación.

Lo siguiente que pude escuchar fue el zumbido de la cerradura indicando que la puerta estaba abierta, sin pensar demasiado en las consecuencias la empujé y busqué a tientas el interruptor de la luz, cuando lo accioné tuve que parpadear enfocado la vista y miré hacia el ascensor para dirigirme al sexto piso.

En el corto trayecto ascendente evité mirarme a los espejos que me rodeaban, seguro que tenía el rímel corrido y parecía la prima perdida de Drácula, dediqué ese tiempo a pensar en una mejor excusa que podría darle para irme, me estaba arrepintiendo de haber ido a molestarle, pero no se me ocurrió nada que Anton pudiese creer, él me conocía demasiado y sabría al instante cuando le estaba mintiendo.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron me encontré de frente con su mirada castaña, cálida pero muy preocupada en ese momento, él me estaba esperando frente a la puerta y sin querer me sentí empequeñecer bajo su escrutinio. Su rostro enmarcado por ese cabello negro y rebelde que caía sobre sus ojos y que ahora estaba más revuelto de lo habitual, sus mejillas estaban cubiertas por una suave barba de tres días... o incluso

cinco, que para algunos podría parecer desaliñada pero que a él le sentaba muy bien. Intenté desviar la mirada recordando mi aspecto deplorable, pero no pude hacerlo y la clavé en sus ojos, que me observaron de arriba abajo en una fracción de segundo y sus labios se entreabrieron.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntar pero sus palabras murieron sin ser pronunciadas.

Me abracé a mí misma sintiendo vergüenza de repente, no lo había pensado del todo bien, ir a casa de Anton implicaba contarle todo lo que había sucedido y ya me sentía lo suficiente mortificada sin tener que decir en voz alta todo aquello.

—Será mejor que me vaya... no tenía que haber venido... —musité volviendo al pulsar el botón que me llevaría de nuevo al portal para poder irme, pero él sujetó la puerta del ascensor para que no se cerrase y sujetándome también del brazo tiró suavemente de mí para que saliese de aquel pequeño cubículo, dejando que el ascensor bajase vacío.

Nos quedamos uno frente al otro en completo silencio unos largos segundos que me parecieron una eternidad, él me miraba tan intensamente que estaba empezando a ponerme nerviosa, quizá se debiese a todo el pasado que había entre ambos y el que no había podido perdonar del todo, quizás tan solo fuese que en ese momento no pudiese quitar los ojos de su pecho desnudo... ¿quién en su sano juicio duerme con tan solo un pantalón de pijama en invierno?

Al parecer Anton lo hacía y por lo que podía ver todavía se mantenía en forma, además la goma de la cintura de ese pantalón acababa en ese punto justo, una pulgada larga bajo su ombligo, dejando ver ese río de vellos que se perdían allí abajo, en... parpadeé rápidamente confundida por el rumbo de mis pensamientos, acababa de sufrir un desengaño amoroso con el que creía que sería el padre de mis hijos y en lugar de estar llorando mi pérdida estaba imaginando lo que uno de mis amigos escondía bajo el pantalón.

—Anton... —suspiré finalmente desviando la mirada para dejar de pensar en eso—, mejor olvida que he estado aquí. Me voy y...

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó en un susurro airado y apretando los labios en una fina línea.

Le observé en silencio y los acontecimientos de la noche comenzaron a desfilar por mi mente, sentí de nuevo la ira, la rabia y la vergüenza, ¿cómo había sido tan estúpida?

—Nada... —espeté con los labios apretados y cerrando las manos en puños para evitar gritar como una loca.

Él no dijo nada más, me sujetó de nuevo del brazo y me arrastró a ligeros empujones hacia la puerta entreabierta que había al fondo del pasillo, me obligó a entrar en su casa sin dejar de mirarme de un modo un poco extraño, frotó mis brazos para intentar darme un poco de calor y que así dejase de temblar, aunque no parecía funcionar.

—Tori... tú y yo nos conocemos... ¿qué está pasando?

Cerré los ojos unos segundos para tranquilizarme, comenzaba a sentir de nuevo aquel remolino de sensaciones de unos minutos antes y sabía que finalmente acabaría llorando, no quería hacerlo frente a nadie y mucho menos frente a Anton, había muchas cosas sin resolver entre nosotros y no podía permitirme el lujo de que él viese lo débil y vulnerable que estaba en ese momento.

Pero era difícil, muy difícil... mis ojos comenzaron a arder ante la necesidad de liberar aquellas traicioneras lágrimas y al final perdí la batalla y la primera de ellas se deslizó con lentitud por uno de los lados de mi nariz muriendo en mis labios, una segunda la siguió y Anton dijo una mala palabra entre dientes antes de atraerme hacia su pecho y abrazarme.

Lo sentí estremecerse en cuanto mi cabello húmedo rozó su piel, pero no me alejó, eso hizo que me abrazase más fuerte, haciendo que me sintiese todavía peor por despertar su lástima y que más lágrimas traicioneras saliesen de mis ojos.

Me aferré a su pecho con fuerza, abracé su torso como pude, ya que las manos me temblaban demasiado, y dejé que toda la rabia y la frustración se liberasen en forma de llanto y sollozos ahogados contra su

pecho.

Unos minutos después me encontraba sentada en el sofá, con una de las viejas camisetas de Anton cubriendo mi desnudez y bebiendo a pequeños sorbos una taza de leche caliente. Él había insistido en que me quitase la ropa mojada y me diese una ducha caliente, en cuanto salí del baño tirando de la tela de la camiseta para que tapase lo máximo posible, él me esperaba sentado en el sofá y con una taza de leche para mí, aderezada con un poco de canela, tal y como me gustaba. Me sorprendió porque no esperaba que él lo recordase todavía.

Suspiré mirando mis manos, que jugueteaban distraídamente con el escudo de futbol que había dibujado en la taza y sin atreverme a volver la mirada para no encontrarme con la de Anton, que seguro que demostraba toda la curiosidad y la necesidad de saber más. Sabía que debía contarle lo que había sucedido, él me estaba acogiendo en su casa e incluso me había consolado cuando era lo último que esperaba de él. Sentía que tenía la obligación moral de, al menos, contarle parte de la historia... la menos vergonzosa, aunque toda ella era una vergüenza en su conjunto.

—¿Carlos no está en casa? —la voz de Anton rompió el silencio y la pregunta no pudo haber sido más inocente, pero fue suficiente para despertar de nuevo la rabia y le miré con los ojos entrecerrados.

—Hoy está ocupado... —gruñí a la vez que dejaba la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, haciendo que varias gotas de leche se derramasen sobre el cristal.

—¿Qué ha hecho?

Parpadeé sorprendida por la hostilidad que pude escuchar en su voz y le miré de nuevo, negué con la cabeza para que lo dejase pasar pero lo conocía perfectamente y sabía que no sería tan fácil.

—Tori... ¿qué te ha hecho? —insistió.

Otra imagen de él de rodillas en la cama, de aquella rubia gritando, de las sábanas revueltas y aquel asqueroso olor a sexo... casi pude sentir de nuevo las náuseas, casi pude percibir de nuevo el dolor de la traición, pero

no... mi estómago se estrujó con ansiedad y otra lágrima descendió por mi mejilla.

Había sido tan idiota, había sido tan fácil para él engañarme... Llevábamos casi un año de relación, los últimos seis meses viviendo juntos, quizás todo fue demasiado precipitado entre nosotros pero se sentía bien en ese momento, ahora me lamentaba por no haber puesto un poco más de tiempo y distancia. Quizás así él no hubiese sentido la necesidad de estar con otra o quizá me hubiese dado cuenta de que el cambio era tan solo un engaño y seguía siendo el mismo de siempre. Pero lo más probable es que aunque fuese de otro modo, finalmente acabaría dándome cuenta de que lo que tenía con él no era real.

Y eso dolía...

Me puse en pie de golpe y comencé a dar vueltas por aquella sala de estar, miré a mi alrededor intentando alejar de mi mente todas esas cosas y fijé mi atención en la decoración. Todo había cambiado desde la última vez que estuve allí, las cortinas beige habían sido sustituidas por un estor gris, las paredes cambiaron el blanco por un color arena muy suave y el sofá verde ahora era gris. Anton estaba haciendo suyo aquel viejo apartamento poco a poco y cada habitación que decidía remodelar le daba su indiscutible toque, tenía buen gusto y eso se notaba, no era como el apartamento de Carlos, en el que tuve que hacer algunos cambios para que aquellas incongruencias decorativas no dañasen a la vista.

De nuevo el recuerdo de Carlos trajo me una oleada de vergüenza, ira e indignación, cerré las manos en puños una vez más y soporté las ganas de llorar otra vez, me apresuré en hacer desaparecer de un rápido manotazo una lágrima que se escapó y antes de que otra pudiese seguirla sentí las manos de Anton sobre los hombros deteniendo mi incesante caminar en círculos.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó una vez más remarcando cada palabra para dejar claro que no admitiría una evasiva de nuevo.

—El muy cabrón se estaba follando a otra en nuestra cama —espeté alejando sus brazos de un empujón y volviendo a caminar haciendo círculos—. Les vi perfectamente y escuché como la muy zorra no dejaba

de gemir —continué relatando a la vez que hacía aspavientos con los brazos—. Y lo peor de todo es que quería decir una de esas frases que salen en las películas para que tuviese claro que no le perdonaba y que era un grandísimo hijo de puta, pero solo pude decirle no sé que mierda de los gemidos de la rubia...

Un denso silencio nos envolvió, continué caminando en círculos e intentando eliminar esa imagen de mi mente, Anton me observaba atentamente con una mirada calculadora que denotaba que por su cabeza estaban pasando una infinidad de pensamientos y estaba a punto de volverse loco.

—¿Quieres que me ocupe de él? —su voz sonó fría e impersonal, como un gruñido ronco, eso solo pasaba cuando estaba muy enfadado y lo sabía perfectamente.

Negué con la cabeza con ansiedad, no... si iba a ver a Carlos podría ser el comienzo de una catarsis, Anton nunca había sido conocido por tener paciencia y a mi ahora exnovio le gustaba ir de gallito por la vida, increpando pero escapando con el rabo entre las piernas cuando las cosas se ponían feas. Anton no dejaría pasar ni un solo insulto ni una falta de respeto a mí ni a él mismo, siempre había sido así y estaba segura de que sería siéndolo.

—Ni siquiera vale la pena... —murmuré restándole importancia y volviendo a sentarme en el sofá, todavía tenía la necesidad de continuar dando vueltas y gritando insultos y palabrotas, pero si continuaba con mi rabieta él se enfadaría más e iría a por Carlos sin pensarlo.

—Pero... ¿tú estás bien, te hizo daño? —preguntó con ansiedad y apretando la mandíbula con fuerza.

Le miré confundida... ¿si me había hecho daño? ¿De verdad que me estaba preguntando eso? Por supuesto que me había hecho daño... ¡me había engañado! Además de humillarme y hacer que mi autoestima bajase un puñado de puntos después de ver a aquella rubia desnuda, sin una pizca de grasa ni celulitis.

—Físico... ¿te hizo daño físico? ¿Te golpeó... o... algo? —me aclaró

unos segundos después.

Negué con la cabeza sintiéndome muy cansada de repente... no me había hecho daño físico, no me dolió más que la sorpresa de no esperar algo así de su parte, tampoco mis sentimientos por él dolían, en el trayecto desde aquella casa hasta la de Anton entendí que nunca le había querido realmente, lo que más me dolía era el orgullo.

Me había sentido capaz de hacer que él cambiase, que dejase sus hábitos de follarse a cualquier cosa que tuviese faldas y se enamorase de mí. También me había visto a mí misma en unos años, quizás casada, viviendo en un chalet de las afueras y criando a un par de niños de anuncio, de esos rubios con los ojos azules... y ahora todos esos sueños e ilusiones estaban rotos en pedazos y la realidad me estalló en la cara.

Estúpida ilusa...

Un sentimiento de pérdida y tristeza me embargó de repente, había perdido a esos hijos que nunca tuve y quizás la boda de ensueño que siempre había odiado pero que en secreto deseaba para mí. No había dolor por Carlos, no había rabia ni impotencia, solo vacío... en aquel apartamento que compartía con él se quedó todo lo que había soñado durante los pasados meses y ahora no me quedaba nada.

Me sorprendió no sentir ni siquiera ganas de llorar por él en ese momento, había tristeza, sí... sabía que realmente no había perdido nada porque nada tenía, pero esa sensación era devastadora y no quería continuar con ella.

—¿Tienes algo de beber? —le pregunté intentando que mi tono de voz no demostrase mi estado de ánimo actual.

—Sí... —murmuró distraído mientras me observaba con detenimiento, quizá lo había hecho durante los últimos minutos en los que estuve absorta analizando todo lo que sentía, pero no había sido consciente—. ¿Un refresco... agua... cerveza...?

—¿No tienes algo más fuerte? —necesitaba una distracción, emborracharme dormiría todo aquello que me estaba destrozando por

dentro. No solucionaría nada, pero al menos le daría un respiro a mi cerebro para centrarse en el modo de continuar mi vida como si todo eso no hubiese ocurrido nunca y Carlos solo fuese un mal recuerdo.

Anton no contestó, se puso en pie, salió de la sala de estar y regresó un par de minutos después portando un vaso en cada mano llenos de un líquido naranja y unos cubitos de hielo, también tenía una botella de refresco bajo el brazo que sostenía precariamente. Se acercó a un pequeño mueble bar que había junto a la ventana y sirvió en ellos un poco de líquido transparente que pude reconocer como vodka... sí, eso serviría.

Me bebí más de la mitad del contenido de mi vaso casi de un solo trago y sentí el ardor descender por mi garganta, jadeé sorprendida porque estaba más cargado de lo que esperaba, pero apuré el siguiente sorbo para acabar cuanto antes, extendiendo el vaso vacío para que volviese a llenarlo.

El segundo fue más lento, sentía la calidez del alcohol empapándome el pecho, ralentizando levemente mi respiración y nublando un poco mi mente, impidiéndome pensar con claridad. No pensar... eso era justo lo que necesitaba. No pensar en que tenía treinta años y ni siquiera tenía pareja, no pensar en como le diría a mi madre que volvía a estar soltera y sobre todo no pensar en como mis amigas me dirían el temido «*te lo dije*» que sabía que me merecía pero que no quería escuchar, sobre todo Alba, estaba segura de que ella no dejaría pasar la ocasión de recordarme que ella tenía razón y no yo.

No quería pensar tampoco en los niños que no tendría, ni en esa casa que no existía... ni en la raza de perro que me gustaría tener.

Suspiré pesadamente tras beber el tercer vaso y miré a Anton sentado frente a mí, todavía con restos de la primera copa en su vaso y mirándome detenidamente mientras hacía que el hielo chocase con los bordes de cristal provocando aquel característico sonido tintineante.

Él pareció sentir mi mirada sobre su persona y parpadeó como regresando al presente desde algún lugar de su mente, clavó sus ojos en los míos unos segundos y resopló.

—Sabes que puedo hacerme cargo de él si quieres... —se ofreció de nuevo.

Sonreí durante unos segundos y negué con la cabeza.

—Ya te he dicho que no merece la pena...

Otro largo silencio y otra copa después la situación era semejante, ambos estábamos sentados uno frente al otro, yo en el sofá de tres plazas y Anton en una butaca frente a mí. Casi me estaba arrepintiendo una vez más de haber acudido a él, pero solo casi... Anton no solo era la única opción dada la situación desastrosa en la que me encontraba, también era el único que me entendería ya que me conocía perfectamente, sabía lo que pasaba por mi mente solo con mirarme a los ojos y aunque eso me gustaba, también me asustaba.

Él me había hecho mucho daño en el pasado y hacerle ver que todavía me desestabilizaba con una mirada solo le demostraría que todavía tenía poder sobre mí, él no merecía saber eso.

Apuré el último trago de mi copa y lo dejé sobre la mesa centro, al lado de la taza de leche sin acabar, había sido suficiente alcohol para mí, ya no pensaba en Carlos, al menos no con racionalidad, ahora solo buscaba el mejor modo de vengarme de él personalmente.

¿Podría incendiar su casa? ¿Romper las ventanas de su coche? ¿Contratar a una prostituta para que le pegase una ETS? ¡Dios...! como disfrutaría si me enterase de que tenía una gonorrea o algo así... se lo merecía por tirarse a cualquier zorrón.

—¿Le querías? —la pregunta de Anton me tomó por sorpresa y tuve que pensar la respuesta durante unos largos segundos.

—No... no le quería —lo pensé un poco más y me froté la frente intentando reordenar mis ideas—. Quería lo que él podría significar en un futuro, ya sabes, matrimonio, hijos... nunca creí en el príncipe azul, pero necesitaba estabilizar mi vida, tener a alguien a quien poder abrazar por la noche y que me tuviese un poquito de aprecio. Obviamente me equivoqué al elegir —reí secamente.

Anton sonrió con ironía y bajó la mirada a su vaso, parecía divertido por algo y eso hizo que frunciere el ceño mientras lo observaba ¿qué le parecía tan gracioso? Habría que verlo a él en una situación similar a la mía, con el tiempo pasando a pasos agigantados y con una madre susurrándole al oído en plan *Pepito Grillo* diciéndole que necesitaba un hombre y una familia. Quería no hacerle caso a esa vieja loca, era joven todavía, muy pocas de mis amigas estaban casadas y ninguna tenía hijos todavía, pero en el fondo también quería eso y el cabrón de Carlos había echado mis ilusiones por la borda.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté irritada.

Él tardó un poco en contestar, segundos que utilizó para mirarme de soslayo sin borrar aquella sonrisa, incluso en un momento me pareció que mordía su labio inferior para evitar hacerlo más abiertamente.

—Es algo muy típico en ti ilusionarte con algo así... —rio abiertamente—. Aunque tengo que confesar que yo también lo he pensado un par de veces.

Mi ceño se frunció con confusión, ¿Anton queriendo tener una familia? ¿Anton deseando tener hijos? Tuve que luchar con todas mis fuerzas para no estallar en carcajadas, si había algún hombre sobre la tierra con más aversión al compromiso que él, sería un caso digno de investigación. Por lo que podía recordar las palabras “boda” o “matrimonio” hasta le daban urticaria.

—¿Tú? ¿Tú quieres tener hijos? —las palabras abandonaron mis labios sin que pudiese detenerlas, quizás era por estar bajo la influencia del alcohol, en mis cinco sentidos nunca hablaría tan abiertamente con él de temas de ese tipo porque me escocían demasiado.

—También tengo un corazón, ¿sabes? Y me estoy haciendo mayor... el tiempo pasa y cuando me muera no quedará nada realmente mío aquí —confesó encogiéndose de hombros.

Me costó un tiempo procesar sus palabras, no entendía como después de todo lo que había pasado entre nosotros, al final él quisiese lo mismo

que yo, no tenía sentido... hasta me parecía una broma de mal gusto.

—Todo eso es una mentira de mierda —arrastré las palabras e intenté ponerme en pie, necesitaba alejarme de allí, estaba comenzando a odiarle también y no quería hacerlo... no con él—. El amor no existe y las putas casas blancas solo salen en las putas películas... —conseguí sostenerme en pie unos segundos, hasta que trastabillé hacia un lado y finalmente logré enderezarme—. Los putos niños rubios solo salen en los anuncios y la loca de mi madre puede ir haciéndose a la idea de que se me pasará el arroz, no tendrá nietos en su puta vida.

Anton se puso también en pie y me ayudó a sostenerme cuando me tropecé una vez más, ¡mierda! Había bebido mucho y él me estaba tocando, podía sentir el calor que emanaba de su mano envuelta en mi brazo e intenté alejarme de él, si me tocaba no sabía como podía reaccionar, estaba segura de querer patearle el culo si lo hacía, eran demasiadas cosas para un solo día y él con una simple frase logró hacerme más daño que Carlos con su traición.

—El último príncipe azul se lo llevó Putanieves y eso que la muy zorra vivía con siete enanos —dije sin pensar una vez que él me soltó el brazo.

Anton estalló en carcajadas al escucharme y me pasó las manos bajo los brazos para ayudarme a mantenerme en pie, me removí para alejarme y en el intento volví a caerme al sofá, él lo hizo a mi lado, sin soltarme del todo. De repente alzó una mano y alejó un par de mechones de cabello todavía algo húmedo que me caían sobre la cara, deteniéndose a observarme fijamente, tanto que me hizo sentir incómoda y me alejé un poco de él para que la distancia rompiera ese contacto visual.

—Te echaba de menos... —fue solo un susurro, palabras que no estaba segura de haber escuchado y giré el rostro en su dirección para asegurarme de no haberlo imaginado—. Echaba de menos hablar contigo así... siendo solo tú y yo dejando toda la mierda atrás.

Tragué en seco y miré mis pies descalzos, que jugueteaban uno sobre el otro con nerviosismo.

—Entre tú y yo hay mucha mierda que dejar atrás... —negué con la cabeza—. Todavía sigo sin entender que pasó... qué era lo que querías...

—Lo siento...

—No lo sientas... —le interrumpí—. ¡Mierda Anton...! Lo teníamos todo, ¿por qué tuviste que joderlo?

De nuevo silencio... uno que parecía aplastarnos contra el suelo y alejarnos todavía más, era como si un inmenso abismo se abriese paso entre los dos. Yo no podía simplemente olvidarlo todo y dejarlo atrás, Anton había sido un capítulo muy importante en mi vida y todavía no lograba comprender lo que había pasado, porque todo había acabado cuando estábamos en la mejor parte.

—¿Por qué? —pregunté de nuevo para romper el silencio, estaba empezando a volverme loca, el tiempo no había calmado la necesidad de saber y me estaba dando cuenta en ese momento que el dolor también continuaba ahí, latente y lacerante.

—Han pasado casi diez años... ¿no puedes olvidarlo? —preguntó con exasperación.

Hice chasquear la lengua y negué de nuevo con la cabeza, él no me lo diría... ¿tanto orgullo tenía? ¿Tan difícil era decirme el motivo por el que rompió mi corazón cuando tenía veinte años?

Estaba de acuerdo en que entonces éramos prácticamente unos niños, pero estaba enamorada de él por completo, le quería con locura y estaba segura de que pasaríamos el resto de nuestra vida juntos.

Nunca había sido una relación fácil, en los tres años que estuvimos juntos hubo muchas discusiones, incluso nos separamos unas cuantas veces, pero siempre regresábamos. Uno de los dos siempre cedía y pedía una tregua para continuar con aquello que teníamos, que aunque no era un amor perfecto, era nuestro y era de verdad.

—Es que no logro entenderlo... tú... tú estabas trabajando y yo iba a hacerlo pronto, íbamos a vivir juntos y de repente apareces un día y me

dices que todo se acabó... que no me quieres y que te perdone por hacerme perder el tiempo... ¿cómo se supone que debería haberme tomado eso?

Anton se mantuvo en silencio una eternidad, no podía alejar la mirada de él en los largos minutos en los que parecía buscar algo que decir, era como si estuviese pensando en otra excusa inventada y no quería escucharla. Me puse en pie dispuesta a irme y él también lo hizo como si estuviésemos compenetrados en el movimiento.

—¿A dónde vas? —me preguntó con ansiedad sujetándome por un brazo una vez más para evitar que diese un solo paso.

Me liberé de su agarre de un manotazo y me giré para enfrentarlo.

—Solo te he preguntado la puta razón por la que me dejaste hace diez años y no quieres decírmelo. Pero si ni siquiera tienes que decir la verdad, puedes inventar cualquier cosa, que me huelen los pies o que tengo muy mala hostia cuando madrugo, pero tu puto silencio es algo que no soporto.

—Tori...

—No... —me liberé de nuevo cuando volvió a sujetarme y me alejé un paso de él—. Estoy cansada, Anton... ha sido un día muy largo y tú... —*“tú me estás matando...”* pero no tuve valor para decirlo, borracha o no era algo que no me sentía con fuerzas para confesar.

—¡Mierda! —exclamó él llevándose ambas manos a su cabello y despeinándolo con nerviosismo—. ¿Quieres saber la verdad? —gruñó, a lo que asentí sin dudar.

Me volvió a sujetar del brazo y me arrastró de nuevo al sofá, dándome un pequeño empujón para que cayese sentada. Esperé impaciente, le observé mientras paseaba frente a mí y continuaba tocándose el pelo con insistencia.

—Estaba asustado... tú me asustas, esa es la única verdad —confesó después de unos minutos.

Le observé con más detenimiento intentando entender que era lo que

quería decirme con esas palabras que parecían tan crípticas, ¿yo le asustaba? ¿Yo? No tenía sentido... no para mí al menos.

—¿Te asusto, por qué?

Anton resopló y se sentó a mi lado.

—Todo era demasiado para mí, ¿vale? —murmuró todavía con evidentes muestras de nerviosismo—. Tú eras... lo eras todo. Tenía un mal día en casa porque había discutido con mi padre o cualquier mierda y cuando te veía todo eso desaparecía, cuando discutíamos me sentía culpable por hacerte enfadar y cuando no podía verte me desesperaba. Todo eso era demasiado para mí... todo.

Procesé sus palabras con lentitud, analizando cada frase coherentemente, al menos todo lo coherentemente que el vodka me dejaba, y aunque parecía tener sentido para él no era lo mismo para mí. No comprendía como eso podía asustar, aunque si lo analizaba y comparaba con todo lo que sabía de Anton, podía ser que fuese algo que pudiese asustarle.

—Tú sabes muy bien como era la relación de mis padres —continuó sin que se lo pidiese—, has vivido conmigo muchas discusiones y... no quería acabar como ellos. Viendo que se destruían uno al otro cada día por un amor que prometieron en una iglesia y que ninguno sentía. Un día me di cuenta de que si eso es lo que provocaba la falta de amor, esa misma situación habiendo amor de por medio podría ser como una bomba nuclear, me destrozaría por completo.

—Eso no tiene sentido... —murmuré distraída—. Tus padres no se querían, se casaron porque ella se quedó embarazada, se echaban la culpa el uno al otro por la vida vacía que tenían y eso fue lo que destrozó su matrimonio. Nada de eso tenía que ver con nosotros.

—Ahora lo sé... —su voz volvió a ser tan baja que casi no podía escucharla—. Pero tenía poco más de veinte años y era muy gilipollas...

—Lo eras... —añadí con una sonrisa— y lo sigues siendo.

Anton no pudo evitarlo y una sonrisa también curvó sus labios, me miró e intenté recordar al chico de veinte años que me rompió el corazón. Antes de aquello la vida era muy fácil, los estudios y él era mis únicas preocupaciones, no había facturas, no había engaños amorosos a mi espalda y no había una madre pesada que me pedía nietos casi cada día que hablaba con ella.

—Entonces todo era más fácil... —pensé en voz alta.

—Lo era —concordó él.

Sin decir nada más, me puse en pie intentando no trastabillar en esa ocasión, me acerqué al mueble bar donde todavía estaba la botella de vodka y, sin dudarlo ni un segundo, me la llevé a los labios para darle un largo trago.

Quemaba, pero el ardor era bienvenido porque me recordaba que estaba viva, *si duele es que hay una esperanza...* me dije.

—¿Sabes que mi relación más larga fue contigo? —le pregunté limpiándome la boca con el dorso de la mano—. ¿No es triste? Mi relación más larga fue con mi novio del instituto.

Anton se puso en pie y caminó hasta llegar a mi lado, me quitó la botella y también dio un largo trago de ella.

—La mía también...

Le arrebaté la botella de las manos yo a él y desvié la mirada de su pecho desnudo, que quedaba a la altura de mi mirada y me atraía como un imán.

—Pero lo más triste es que después de todo sigo sin mi puta casa, sin los niños rubios adorables y sin el jodido perro —mascullé sin energía dejándome caer al suelo, apoyando la espalda en el mueble y sentada sobre la alfombra.

Anton rio sin humor y se sentó a mi lado, dejando que su brazo desnudo rozase contra el mío casualmente, haciendo que una especie de electricidad me recorriese la piel y me la pusiese de gallina.

—Yo tampoco tengo todo eso... —susurró a media voz.

Le miré de nuevo sin llegar a creermelo que él buscara lo mismo que yo.

—Lo mejor es que lo olvidemos, las vidas perfectas no existen — finalicé dando otro trago a la botella.

Anton me imitó con otro trago y me miró durante unos segundos antes de abrir y cerrar la boca un par de veces, finalmente se rindió y con un suspiro dio otro trago antes de extender la botella hacia mí de nuevo.

—Suéltalo —le dije en un gruñido—, ya me has dicho toda tu mierda... lo que queda no puede ser tan malo.

Él pareció pensárselo durante unos segundos hasta que finalmente suspiró.

—Tenemos otra opción, además de olvidarnos de todo eso.

Le miré sin entender y le insté a continuar con un movimiento de cabeza.

—Los dos juntos podemos tener unos niños, comprar esa jodida casa y si tanto lo quieres, hasta adoptar a un puto perro.

Le miraba y realmente no podía llegar a creermelo lo que acababa de escuchar, tenía que ser producto de mi imaginación, mis neuronas bañadas en alcohol tenían que estar jugándome una mala pasada haciéndome imaginar cosas.

O quizás todo era una broma de Anton... sí, tenía que ser una broma. Intenté reírme sin humor, pero los nervios me traicionaron y sonó más como una risa histérica y un poco escandalosa. Que además me apretujó el estómago.

—Muy buena... —jadeé buscando aire— muy, muy buena... pero no cuela —finalicé mirándole muy serio.

Anton resopló y me quitó la botella, como ya estaba vacía la hizo a un

lado y volvió a pasarse una mano por el cabello como si fuese un tic nervioso, pero le conocía lo suficiente para saber que antes nunca le pasaban esas cosas, eso era porque estaba realmente muy tenso.

—Estoy hablando en serio... ¿tan raro te parece? —masculló pareciendo molesto—. No es tan descabellado... hemos estado durante años yendo de relación en relación con personas para las que no significábamos nada y nunca nos ha ido bien... ¿eso no te dice nada?

—Sí, que tenemos un radar que atrae gilipollas, pero de eso a que tú y yo nos pongamos a jugar a mamás y papás hay un buen trecho.

—Es que no te estoy hablando de un juego... ¿no lo entiendes? —ahora parecía frustrado mientras hablaba y eso me confundía cada vez más—. Solo tienes que pensarlo un poco... tú y yo nos conocemos, sabemos absolutamente todo el uno del otro y estoy seguro de que aunque no sean rubios nos saldrán unos niños muy guapos.

Intenté no dejar escapar una sonrisa al imaginar los hijos que podría tener Anton, mis bebés de Anton... todo eso era una locura y el vodka no dejaba que mi mente se aclarase lo suficiente para darle verdaderas razones de porque eso era una mala idea.

—Estás loco si piensas que voy a aceptar... ¿te estás escuchando? ¿De verdad te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Claro que soy consciente... tú... nunca... verás... —resopló de nuevo y con ambas manos alejó el cabello de su frente—. Cuando me imagino teniendo un hijo no es más que contigo, puede ser una locura pero es así... tú y yo estamos destinados a tener algo así.

—Tú y yo... —repetí para poder creérmelo del todo—. ¿Te das cuenta de que tendríamos que acostarnos para eso? ¿No te resultaría raro después de tanto tiempo?

—No... —aseguró con solemnidad—. Joder... perdimos nuestra virginidad juntos, no se me hace raro, es más... lo imagino y ya me estoy poniendo malo.

Reí para ocultar la incomodidad ante el comentario y golpeé su brazo con suavidad para hacerle ver que no estaba de acuerdo con eso.

—Deja de ser tan idiota... hace mil años de eso. No sabría ni como empezar.

Anton me miró sonriendo y arrugó la nariz, mordiendo su labio inferior se acercó lentamente hasta quedar a pocos centímetros de mi rostro.

—Recuerda aquellas tardes largas en mi habitación, las noches en las que te escapabas y nos íbamos al solar del centro... no hace tanto tiempo, yo puedo recordarlo como si fuese ayer.

Tragué en seco y desvié la mirada clavándola en mis manos, que jugueteaban con nerviosismo con un hilo suelto de la camiseta que llevaba. Todo me parecía una locura y al tenerlo tan cerca y percibir el golpe de su aliento sobre los labios sentí una oleada de calor que me recorrió todo el cuerpo. También pude sentir a una maldita mariposa que movió sus alas con pereza en la mitad de mi estómago.

—No... —negué con la cabeza más para convencerme a mí misma que a él—, es de locos... piensa en todo el pasado que hay entre nosotros, en toda la mierda que arrastramos... eso le destrozará la vida a cualquier niño, piensa en lo que tus padres hicieron contigo... ¿quieres eso para tus hijos?

—Precisamente por todo eso tú eres la indicada —gruñó comenzando a impacientarse—. Nos conocemos en los buenos momentos pero también en los malos. Nos quisimos mucho, nos odiamos mucho también por hacernos daño y ahora nos soportamos sin problemas... nuestra relación no podrá acabarse porque no existe, así que no tendremos más mierda que acumular.

Negué de nuevo con la cabeza y le miré con incredulidad, pero una parte de mí se estaba planteando seriamente la propuesta.

—¿Qué pasa si accedo y dentro de un tiempo, cuando ya estemos asentados, aparece alguien más? ¿Me dejarás por ella? ¿Aceptarías que yo

me fuese con otro?

—Eso no va a suceder nunca —aseguró con verdadero convencimiento.

—Eso no puedes saberlo.

—Lo sé y punto. En diez años no ha aparecido nadie, ni en tu vida ni en la mía. Estoy harto de guarrillas que solo quieren calentarme la cama y tú has dado a entender que tampoco quieres ningún gilipollas más en tu vida... ¿qué más prueba quieres? Es la solución perfecta para ambos.

No supe que decir ante eso, era verdad, después de haber superado nuestra ruptura ninguna de mis relaciones funcionó, con nadie volví a sentir esa chispa ni esa conexión que sentía con él, pero no quería decirlo en voz alta y convencerme. Además, eso solo lo alentaría para continuar insistiendo y estaba a punto de ceder y aceptar.

—Estás loco... —reí con nerviosismo.

—Piénsalo... un niño tuyo y mío —insistió—. Me está yendo muy bien en el restaurante, estoy contratando a mucha gente y teniendo un poco más de tiempo libre. Tú podrías incluso dejar tu trabajo en la guardería para dedicarte a cuidar a tus propios hijos y no los de los demás. No serán rubios... pero los morenos también tenemos nuestro encanto... —añadió con un movimiento sugestivo de cejas.

—Idiota... —reí de nuevo—, no voy a dejar de trabajar solo por tener hijos, no soy una incubadora con patas.

—Solo es una opción... no tienes que tomártela en serio. Solo piénsalo, tener tus propios hijos...

—Estás borracho... mañana te arrepentirás de lo que me estás proponiendo.

—¿Eso es que aceptas?

—No... solo constato un hecho, cuando se está borracho se dicen muchas locuras, como las que estás diciendo ahora.

—No es una locura.

—¿Lo dices de verdad, estás siendo serio? —pregunté para terminar de convencerme.

—Sabes que no bromearía con algo como esto.

Suspiré pesadamente comenzando a planteármelo de verdad, quizá fuese el vodka que pensaba por mí, no estaba del todo segura, pero una vez que Anton me expuso sus razones el plan no parecía tan descabellado. Quería un bebé, una familia, él me lo estaba ofreciendo... ¿qué me impedía decir que sí?

Abrí la boca para contestar un rotundo sí, pero algo me detuvo, no podía estar segura al cien por cien de que todo aquello que él me estaba diciendo fuese verdad, necesitaba una garantía, algo que me... perdí el hilo de mis pensamientos cuando algo cálido y húmedo rozó mi cuello, justo debajo de la oreja donde mi piel era más sensible, y sentí un estremecimiento recorriendo mi espalda. Jadeé por la sensación y cerré las manos en puños ante la necesidad de alzar los brazos y envolverlos alrededor de su cuello.

No podía aceptar sin más y hacer eso, no con él después de todo lo que había pasado entre dos.

—¿Lo ves Tori? ¿Puedes sentirlo? —susurró Anton en mi oído justo después de dar un cálido y largo lametón en mi garganta, su voz ronca erizó cada vello de mi cuerpo y aquella lengua volvió a deslizarse por mi piel en un movimiento lento y serpenteante—. Todavía tenemos algo... yo lo siento y tú lo sientes. Podemos hacer un bebé y todos los que quieras...

—¡De acuerdo! —chillé sin darme cuenta—. Pero es mejor que te detengas, ahora estoy muy borracha.

Él se alejó dejando salir una risita y me miró de un modo que no supe interpretar del todo, extendió su mano hacia mí y me guiñó un ojo.

—¿Tenemos un trato?

Parpadeé confundida unos segundos y después asentí.

—Tenemos un trato —repetí con voz temblorosa a la vez que sujetaba su mano—. Ahora busca otra botella de algo para celebrarlo.

Capítulo 2

Se suele decir que después de tener un gran dilema con la luz del día todo parece estar más claro y seguro, que al consultarlo con almohada nuestras dudas se disipan y la decisión tomada cobra más peso y hasta tiene sentido, pero a mí la luz de ese nuevo día solo me dio un fuerte dolor de cabeza.

Cuando me desperté sentí la lengua de trapo, tenía la boca tan seca que me costaba tragar, además de un sabor asqueroso impregnado en ella. Caminé a trompicones sin saber realmente donde estaba. Hasta que por instinto (y por pura suerte) acabé en un baño donde encontré un cepillo de dientes, nuevo y todavía en su envoltorio, y agradecí en silencio a quien fuese el alma caritativa que lo dejó allí para mí.

Una vez que hube eliminado ese mal sabor de boca me sentí un poco mejor, pero mi cabeza continuaba latiendo como si mi cerebro se hubiese hinchado y amenazase con partirme el cráneo.

Deambulé de nuevo por aquel apartamento desconocido, hasta que los recuerdos de la noche anterior comenzaron a desfilar por mi mente: Carlos, la zorra rubia, Anton, su casa, el vodka... gemí cuando recordé haberle contado a este último lo que Carlos me había hecho y mi reacción, el haber llorado frente a él era algo que no me perdonaría nunca.

Llegué a la cocina y busqué desesperadamente un vaso de agua, leche o cualquier líquido que me quitase el malestar de estómago, además de una aspirina que me calmase ese horrible dolor de cabeza. Pero al bajar la mirada a mis pies descubrí que estaba completamente desnuda.

Me quedé paralizada por completo y abrí los ojos desmesuradamente... ¿qué había sucedido la noche anterior? ¿Por qué

estaba desnuda y no me había dado cuenta hasta ese momento? Suponía que mi cantidad de alcohol en sangre tendría mucho que ver en ello, pero obligué a mis neuronas a ponerse en funcionamiento, mis recuerdos eran muy borrosos y no podía descifrarlos del todo. Anton sonriendo mientras me decía que quería tener hijos, Anton besando mi cuello, una botella de un líquido verde que quemaba con solo olerlo, más besos en el cuello, el roce de su piel, el tacto de su cabello entre mis dedos...

Jadeé asustada por lo que pude llegar a hacer y mortificada por lo que él había podido ver, pero ese jadeo envió un latido de dolor que me recorrió todo el cráneo.

¡Mierda!

¿Cómo había sido tan estúpida? No contenta con haber sido coronada con una hermosa cornamenta el día anterior, para rematar me había acostado con mi exnovio, pero no cualquier exnovio, mi exnovio con el que todavía tenía muchas cuentas pendientes. Volví a mirar mi cuerpo desnudo y me sentí demasiado expuesta... algo obvio dadas las circunstancias. Corrí hacia la sala de estar buscando mi ropa pero no estaba allí, busqué en la habitación donde había dormido y la encontré a los pies de la cama perfectamente seca y doblada. Me la puse a toda velocidad y me pasé una mano por el pelo sintiendo como los nudos no dejaban que mis dedos se deslizasen entre ellos, necesitaba una ducha y desayunar, pero no lo haría allí, iría a casa de... alguien.

Caminé hacia la puerta y justo cuando iba a abrirla Anton la cruzó deteniéndose de golpe al encontrarse conmigo. Nunca había sentido tanta vergüenza, o quizás sí, cuando la noche anterior tuve que contarle todo lo sucedido con Carlos fue muy mortificante, pero no... esa situación se llevaba el primer premio en la situación más embarazosa que había vivido nunca.

Intenté rodearle para salir de allí sin alzar demasiado la mirada, pero Anton se interpuso en mi camino y no me dejó pasar.

—¿Ya te vas? —preguntó con un hilo de voz.

Suspiré y mordisqueé mi labio inferior con nerviosismo, quería

empujarlo e irme, pero él no se lo merecía, se había portado muy bien conmigo, aunque aprovechase la situación para emborracharme y llevarme a la cama, pero me había consolado cuando lo necesitaba y sabía que podía contar con él para cualquier cosa.

—He recordado que tengo algo importante que hacer... —me excusé con voz débil, todavía sin alzar la mirada evitando hacer contacto visual y que viese la vergüenza en mis ojos.

Anton suspiró y dejó en el suelo algunas cosas que llevaba en la mano, las miré detenidamente reconociendo mi bolso entre ellas, fruncí el ceño y alcé la mirada para clavarla en esos ojos marrones que parecían llenos de incógnitas pero que rehuían los míos.

—¿Esas son mis cosas? —pregunté con precaución.

Él suspiró y se dejó caer contra la pared, apoyando todo su peso en ella.

—Fui a casa de Carlos a buscarlas, anoche me dijiste que tenías las llaves allí y no quería que...

—¿Has ido a hablar con Carlos? —le interrumpí alarmada.

—Hablar no sería la palabra correcta.

—¡Anton! —exclamé provocando que mi cabeza latiese dolorosamente—. ¿Cómo... por qué...? ¡Joder! ¿Qué ha pasado?

Él pasó a mi lado, esquivándome con deliberación y fue hacia la cocina, no entendí por qué, pero tuve que seguirle como si una fuerza magnética me atrajese hacia él. Cuando se paró frente al fregadero y se giró, pude ver que una de sus cejas estaba partida y ligeramente hinchada, ¿podría ser que Carlos y él...?

—¿Os habéis peleado?

Anton desvió la mirada y jugueteó con su lengua sin sacarla de la boca, parecía un niño pequeño al que estaban regañando, finalmente alzó la mirada unos segundos y la clavó en mí, abrasándome, pero no puede

obviar que su ceja izquierda estaba herida y parecía fruto de una pelea.

—Iba con buenas intenciones, solo quería recuperar alguna de tus cosas e irme, pero él estaba en modo macho alfa intentando marcar terreno. Me dijo que volverías con él, que estabas locamente enamorada y no sé que gilipolleces más, en fin... que me estaba pidiendo una hostia gritos —explicó encogiéndose de hombros—. Pero fue él quien dio la primera y lo hizo a traición, así que simplemente me defendí...

Fruncí los labios y negué con la cabeza, sabía que un enfrentamiento entre ellos acabaría de ese modo, pero no podía estar menos preocupada de que pudiese pasarle a Carlos, es más... estaría feliz si ahora Anton me confesaba que había roto un par de huesos.

—¿Duele mucho? —alcé una mano sin pensarlo y toqué su ceja con cuidado, rozando solo con la yema de los dedos, pero aun así el calor de su piel me provocó un estremecimiento.

—Sabes perfectamente que he salido peor parado de mis peleas.

Suspiró y de repente recordé lo sucedido la noche anterior, mis ganas de salir corriendo regresaron y miré a mi alrededor intentando pensar en una buena excusa para hacerlo, pero mi mente no parecía querer colaborar.

—Esto... Anton —murmuré sin saber muy bien que decir—, gracias... por todo, pero tengo que irme...

—Es domingo... —dijo él simplemente cruzando los brazos frente a su pecho de modo defensivo.

—Lo sé pero... necesito una ducha, me duele la cabeza y... bueno... tengo mucho que hacer —era plenamente consciente de que mis excusas eran patéticas y él también tendría que ser consciente de que solo quería salir de allí, pero no podía importarme menos—. Hasta otra... —me giré dispuesta a irme, caminé hacia la salida pero mientras avanzaba por el pasillo Anton salió tras de mí y me siguió.

—¿Vas irte sin que hablemos?

Me detuve de golpe, como sospechaba, él era consciente de que estaba escapando, pero no podía hablar con él en ese momento. Estaba herida y confundida, resacosa y para colmo no sabía el motivo exacto por el que me había despertado completamente desnuda, aunque lo sospechaba...

—Anton... —su nombre salió de mis labios como un suspiro y cerré los ojos unos segundos para tranquilizarme. Por un segundo deseé estar de nuevo borracha, al menos un poco, así me sería más fácil hablar con él —. No es un buen momento... gracias por recuperar mis cosas y por dejar que pase aquí la noche, eres un buen amigo.

Sin mirar atrás recogí mis cosas, el bolso y una mochila que también reconocí como mía y que seguro tendría algo más dentro, sujeté el pomo de la puerta para irme y lo hice girar con decisión. Una vocecita en el fondo de mi cabeza me estaba diciendo que olvidaba algo, que estaba pasando por alto algo en concreto que era importante, pero no quise escucharla y abrí la puerta de igual modo dispuesta a irme, pero tan solo pude avanzar un paso antes de que una mano rodease mi brazo con firmeza y tirase de mí de nuevo hacia el interior del apartamento.

De un segundo a otro me vi a sí misma con la espalda apoyada en la puerta de nuevo cerrada y a Anton frente a mí, mirándome con una determinación muy poco común en él.

—Tenemos que hablar —dijo simplemente.

Le miré sin entender... ¿hablar? Si hablaba con él en ese momento no sabía de lo que sería capaz de hacer, gritaría, lloraría, intentaría golpearlo o quizás llevármelo a la cama como sospechaba que ya había sucedido la noche anterior.

—Yo no pue...

—Como me digas que no puedes hablar conmigo, voy a enfadarme de verdad y no quiero enfadarme contigo justo ahora —gruñó interrumpiéndome mientras apoyaba las manos en la puerta, una a cada lado de mi cuerpo, haciendo una jaula de la que veía imposible cualquier tipo de escapatoria.

Suspiré y dejé caer mis cosas al suelo, si había algo más que caracterizaba a Anton era la falta de paciencia y el no dar segundas oportunidades, estaba segura de que si me iba en ese momento quizás lo perdería para siempre y no sabía si podría soportar eso.

—¿De qué quieres hablar, Anton? —pregunté sin energía y sin atreverme a hacer contacto visual.

Él relajó su postura y volvió a su posición inicial, a un paso de mí, escondiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Lo de anoche...

—Lo de anoche no volverá a suceder —lo corté con voz tajante.

—Me alegro —rio—, te pones un poco pesada cuando bebes demasiado... y las vomitonas tampoco son divertidas.

—No seas idiota —mascullé cruzando los brazos bajo el pecho y haciendo un mohín.

Anton sonrió con diversión y cambió su peso de pie a otro antes de comenzar a hablar.

—Creo que deberíamos hablar de nuestro trato, más que nada para establecer los límites o algo así.

Le miré largo rato como si fuese un bicho extraño que de un momento a otro fuese a metamorfosearse.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —murmuré finalmente.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó él riendo a carcajadas—. Anoche me acusas a mí de borracho ¿y ahora eres tú la que no recuerda nada?

Me removí incómoda y le miré con resentimiento.

—¿Vas a contarme de una vez de que se trata o tengo que imaginármelo?

Él continuó riendo mientras caminaba hacia el salón y se dejó caer de golpe sobre el sofá, le seguí a regañadientes, me senté a su lado pero a una distancia prudente, todavía recordaba con claridad mi despertar completamente desnuda y no sabía si sería bueno indagar en el motivo.

—Anton... habla ya —le insté tras un largo silencio.

Él me miró con una sonrisa de suficiencia a la vez que se quitaba el cabello de la cara en un rápido movimiento de su mano. Sabía que tan solo se estaba haciendo de rogar para ponerme nerviosa y el muy capullo lo estaba consiguiendo.

—¡Anton! —exclamé con impaciencia.

Él se puso serio y me observó en silencio, ¿estaba haciendo todo eso de verdad? No podía creérmelo, no contento con ponerme nerviosa al guardarse para él información privilegiada, me había metido en su cama donde desperté desnuda y para colmo intentaba hacerse el interesante mirándome de ese modo... pues no se lo iba a permitir.

—¿De verdad qué no recuerdas nada?

Todos mis pensamientos se vieron interrumpidos con el sonido de su voz, esperaba quizás un tono jocosos, divertido o incluso burlón, pero no ese triste y casi decepcionado.

—Intenta recordarlo... —me pidió del mismo modo.

Tomé una gran bocanada de aire y la dejé salir con lentitud, no entendía porque simplemente no me decía de qué se trataba, no era como si fuese a enfadarme o algo... vale, quizás se había aprovechado y tuvimos sexo después de beber demasiado, pero ambos teníamos la culpa en eso, los dos nos habíamos pasado de copas.

Forcé a mis neuronas a trabajar y recordaba retazos de la conversación que compartimos en el salón, cuando le dije que Carlos me había engañado, recordaba también el vodka y las confesiones que él me había hecho... más vodka, risas y el tema de la casita y el perro... más vodka y una conversación sobre bebés... música, los dos bailando y aquel

líquido verde extraño que bebimos al final porque la botella de vodka ya estaba acabada... más música y...

Me puse en pie de golpe mirando en todas direcciones y boqueando como un pez, un par de datos de aquella conversación sobre bebés comenzaba a abrirse paso entre la bruma etílica y no podía dar crédito a lo que estaba recordando... ¿Anton quería tener hijos? ¿Anton quería tener hijos conmigo? ¿Anton y yo habíamos hecho una especie de... trato, para tener un hijo juntos?

Tragué compulsivamente sintiendo la garganta seca y apretada con un fuerte nudo. En ese momento mi cabeza amenazaba con partirse en dos y todo comenzaba a dar vueltas, quizás fuese porque mi nivel de alcohol en sangre todavía continuaba siendo elevado, pero si eso que recordaba era verdad y Anton y yo habíamos tenido esa extraña conversación, si unía todo ello al hecho de haber amanecido desnuda y con dudas de si nos habíamos acostado juntos o no... ¡mierda!

—Dime que no es verdad... —supliqué con voz temblorosa.

Él se puso también en pie y se colocó frente a mí, deteniendo mi caminar en círculos alrededor de la mesa centro. Como la noche anterior, me colocó las manos sobre los hombros para detenerme y me miró directamente a los ojos mientras hablaba.

—¿Que no es verdad el qué?

Gruñí y le empujé con todas mis fuerzas, pero él parecía que se esperaba una reacción de ese tipo ya que apenas se movió un par de centímetros hacia atrás.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando, no te hagas el idiota... ¿es verdad o no?

Anton sonrió y tuve que contener las ganas de darle un puñetazo en los dientes... me sentía al borde de la desesperación por saber realmente lo que había ocurrido y él parecía estar tomando todo aquello como una broma.

¿Y si fuese una broma?

¡Claro!

Tenía que ser eso, una broma. Sin poder contenerme comencé a reírme, empezó como una risa suave pero poco a poco y segundo a segundo comenzó a subir de intensidad y finalmente me sujetaba el estómago mientras intentaba mantener el equilibrio, fallé, por lo que acabé sentada en el sofá y él lo hizo a mi lado.

—De acuerdo... —tomé aire y lo expulsé con un resoplido—. Ya te has reído, me has quitado la ropa para que pareciese que habíamos hecho algo y tu bromita del bebé juntos me la tragué entera, ¿ahora puedo irme y olvidar esta jodida noche? No es de mis favoritas...

—Te quité la ropa porque los borrachos cuando vomitan no suelen preocuparse de donde lo hacen —dijo él con voz afilada.

—¿Me vomité encima? —pregunté avergonzada.

—Y encima de mí también —puntualizó—. No sé como puedes llegar a pensar tan mal de mí creyendo que todo fue un puta broma —su tono de voz entre dolido y decepcionado me quebró un poco, le observé detenidamente y él parecía rehuir mi mirada, tenía los brazos cruzados bajo su pecho y miraba directamente hacia el televisor apagado que le devolvía el reflejo de los dos, sentados uno al lado del otro pero a mil kilómetros de distancia.

La estaba jodiendo, le estaba haciendo daño y no sabía cómo ni por qué. Él estaba dolido y evitaba mirarme para que no lo descubriese, pero le conocía demasiado y no necesitaba ver sus ojos para eso, me bastaba con su lenguaje corporal.

—Anton... lo siento —susurré sin saber que más decir.

Recordé nuestra conversación casi por completo y el motivo de mis dudas referente a ese trato que habíamos hecho, nunca estuve más segura de que aquello era una mala idea, hacerlo sería cometer el mayor error de nuestras vidas y hacerse más daño uno al otro del que nos habían hecho

nunca.

—Por esto mismo es por lo que creo que no debemos tener un bebé juntos... —murmuré distraída mirando el reflejo de su rostro en la pantalla de la televisión apagada, él parecía triste aunque quería ocultarme su estado de ánimo—. Siempre nos estamos pidiendo perdón, siempre discutiendo y sacándonos de quicio... un bebé necesita estabilidad y lo más importante es necesita que sus padres se quieran, no que amenacen con arrancarse los ojos ante el primer inconveniente.

—¿Ni siquiera vas a pensarlo mejor?

—No serviría de nada, el resultado sería el mismo —me acerqué a él con un pequeño saltito e intenté sujetar una de sus manos, al no poder hacerlo le acaricié el brazo sobre el suéter que vestía—. Nos mataríamos uno al otro antes de que me quedase embarazada... piénsalo —añadí con una risita.

—Eso es porque eres una jodida histérica —masculló él ocultando una sonrisa.

—Y porque tú cuando te enfadas tienes la costumbre de insultar a cualquier persona o cosa que se interponga en tu camino, ya sea alguien con vida o algo inerte. Sabes no soporto que me insulten y te arrancarías la cabeza de un bocado a la mínima.

Anton volvió la mirada hacia mí y su expresión se suavizó, aunque continuaba pareciendo triste y eso hizo que mi corazón doliese un poquito, sabía que en cierto modo era por mi culpa y no quería hacerle daño.

—Sigo sin pensar que no sería tan mala idea... pero no puedo obligarte —añadió a desgana.

—Lo siento... sabes que te quiero y precisamente porque te quiero demasiado, creo que sería un error hacerlo.

—Deja de decir *lo siento* —gruñó—, tienes razón en eso de que siempre estamos pidiéndonos perdón...

Dejé caer la frente sobre su hombro y lo besé sobre la ropa, sin querer mi mente voló al pasado, a cuando estábamos juntos y todo era fácil, cuando lo solucionábamos todo con un poco de sexo salvaje y después los problemas que parecían pronosticar el fin del mundo desaparecían casi por arte de magia.

Nunca fui tan feliz como en ese momento, pero quizás todo fuese por la ignorancia de lo que vendría después, él me haría daño, me destruiría y mi corazón quedaría inservible por el resto de mi vida. Si en ese entonces supiese todo lo que sabía en ese momento quizás no me hubiese entregado a Anton tan intensamente. A él me había dado entera y sin restricciones, aunque si era sincera conmigo misma, lo habría hecho exactamente igual, no me arrepentía de nada.

Había sufrido mucho y le odié por destrozar mi mundo de fantasía, pero el tiempo que viví a su lado fue perfecto, como el amor imposible de los libros que te tienen pegada a la historia hasta que lees la palabra «fin».

Suspiré y dejé otro beso sobre su hombro antes de enderezarme y volver a mirarle, era tan guapo... tenía ese tipo de belleza imperfecta, esa que te hace mirar un rostro detenidamente para saber porque era tan atractivo. Quizás se debiese a su nariz ligeramente torcida, o sus cejas pobladas y varoniles, incluso aquella cicatriz en su mejilla izquierda de cuando tuvo aquel pequeño accidente en su moto cuando era adolescente, pero Anton tenía un atractivo innato que te obligaba a mirarle y sentirte cautivada sin saber muy bien porqué.

—Creo que debo irme —susurré con un hilo de voz.

Obligando a mi cuerpo a ponerse en movimiento, conseguí ponerme en pie y le miré brevemente de reojo antes de caminar hacia la puerta y recoger de nuevo mis cosas. Me colgué la mochila al hombro, el bolso en el hombro contrario y me giré para dar un último vistazo, él continuaba sentado en el sofá con los brazos cruzados, mirando hacia la televisión que todavía estaba apagada y en la que además del suyo también podía ver mi propio reflejo. Era irónico pensar que ese sería el modo en el que le recordaría, no recordaría al Anton casi colérico de cuando discutíamos, tampoco al apasionado que me hacía el amor, recordaría al Anton triste

que me observaba en un sutil reflejo y que sufría porque no quería decirme adiós.

—Te llamaré... —mentí.

Me giré sintiendo las piernas rígidas, no querían colaborar, sujeté el pomo de la puerta y el tacto del metal casi fue doloroso, pero lo giré y salí al pasillo del edificio cerrando tras de mí porque tampoco quería decir adiós, no a él y mucho menos de ese modo. Había sido alguien tan importante en mi vida que no quería despedirme, aunque sabía que no volvería a verlo en mucho tiempo, y si lo hacía sería un encuentro frío y distante, como habían sido todos los posteriores a nuestra ruptura hasta ese momento.

Si la noche pasada acudí a él tan solo fue una especie de tregua, un modo de desahogarme de los problemas y entender por qué todo se rompió años atrás, pero tenía muy claro que sería algo temporal, tan solo un paréntesis y mi vida continuaría a partir de ahí pero en una dirección diferente.

Cuando salí a la calle el viento me golpeó en la cara y alejó un par de lágrimas que amenazaban con derramarse, era absurdo que esa «*no despedida*» con Anton me estuviese doliendo más que la traición de Carlos. Me sentía devastada por dentro, como si alguien se hubiese llevado todos mis órganos vitales y dejase tan solo el corazón, que ahora estaba triste y solitario, acompañado por el eco de sus propios latidos en el espacio vacío dentro de mi pecho.

Decidí no pensar más en ello, no más Anton y no posibles bebés entre ambos, lo único que haría dándole vueltas al asunto sería volverme loca y comenzar a creer que el error fue rechazar su oferta. Pero tenía muy claro que algo tan tangente como un hijo solo nos destrozaría más... mucho más de lo que ya estábamos.

Apuré el paso calle abajo rumbo al lugar donde había dejado el coche, tenía muchas cosas que poner en orden en mi vida en ese momento y Anton y su absurdo trato solo serían una distracción. Necesitaba poner todo en perspectiva, centrarme en lo realmente importante, dejar atrás a todo eso que podía hacerme daño, amores imposibles incluidos, y mirar

hacia delante con un solo objetivo: buscar mi propia felicidad sin esperar que alguien me la ofreciese.

Capítulo 3

Un domingo muy temprano no es el mejor momento para llamar a la puerta de nadie, esa es una de las normas principales del manual no escrito de la amistad, y era muy consciente de que golpear esa puerta era similar a hacer enfadar al mismísimo Lucifer, pero no tenía opción. Me sentía desesperada y al borde del abismo, no solo acaba de perder a Carlos, el hombre con el que esperaba tener hijos algún día, también había rechazado a Anton, el hombre que me había dado la opción de tenerlos.

Por todo eso enderecé la espalda y esperé estoicamente para el recibimiento apoteósico que me haría mi amiga.

La puerta se abrió bruscamente y Jenn, la siempre perfecta Jennifer y mi amiga desde que tenía memoria, me observó entre los mechones de cabello que le caían sobre los ojos. Esas hebras doradas siempre estaban perfectamente peinadas y cayendo en delicados bucles, pero en ese momento estaban enredados y apuntando en veinte direcciones diferentes. Sus ojos azules siempre suaves y cálidos, parecían dos rayos láser que amenazaban con desintegrarme en un solo segundo.

—¿Hola? —pregunté con voz suave y forzando una sonrisa.

—Espero que lo que pase sea un incendio o una catástrofe mundial, porque si no habrá un asesinato e iré a cárcel como principal sospechosa —gruñó girándose y desapareciendo en el interior de su pequeña casa de planta baja.

—Siento mucho haberte despertado —me disculpé yendo tras ella y empujé la puerta con el trasero para que se cerrase.

—No mientas perra, sé que no lo sientes —escuché su voz desde la

cocina.

Seguí el sonido de un grifo abierto y un par de golpes y me encontré con que estaba preparando café frente a una máquina que parecía de otro planeta, pero que ella aparentemente dominaba a la perfección, aunque sus movimientos eran lentos y mecánicos. Sabía que Jennifer era así... hasta que se tomaba el primer café del día y despertaba del todo era igual de insoportable que un grano en el culo.

Tan solo debía esperar y darle su espacio para tener a mi mejor amiga de vuelta, en ese momento la necesitaba casi más que nunca. Necesitaba su mala leche y sus consejos con ese punto de locura que siempre me hacían reír pero que tenían mucho de verdad.

Entre nosotras nos entendíamos, parecía imposible pero así era, dos chicas completamente opuestas que sabían convivir en paz de armonía, no podía olvidar que había sido mi compañera de piso hasta que se casó un par de años atrás.

—De acuerdo —Jenn me extendió una taza de un humeante y atrayente café y, con otra para ella en su mano, se sentó en una de las sillas que rodeaban la pequeña mesa blanca de su cocina—. Empieza por el principio y espero que sea lo suficiente sustancioso como para arrancarme de la cama a esta hora.

Me senté frente a ella y di un largo sorbo al café, observé a mi amiga sobre el borde de la taza y Jennifer me miraba con impaciencia, estaba segura de que si no comenzaba a hablar pronto tendría que lidiar con uno de sus enfados. No era algo que me apeteciese en ese momento por muy divertido que fuese verla en ese estado.

—Ayer encontré a Carlos tirándose a otra —dije de golpe, sin anestesia, dejando la taza sobre la mesa y enderezándome mejor en la silla, ignorando lo mejor que podía el gesto estupefacto de su rostro—. Estaban en nuestra cama... —continué sin darle opción a que me contestase, si le contaba todo de una sola vez me ahorraría un montón de preguntas de su parte que solo me pondrían nerviosa—. Como puedes suponer le he dicho que podía irse a la mierda y le he dejado, no pienso volver a esa casa y mucho menos con él.

Jennifer me observó en silencio un largo minuto, hasta que se inclinó hacia delante sobre la mesa, entrecerró sus ojos uniendo nuestras miradas y me habló en voz baja en tono conspirador.

—¿Cuándo le matamos?

Oculté una sonrisa y fingí estar consternada, pero no dije nada.

—Al menos castrarlo un poquito... —añadió al no tener respuesta.

—Se supone que quería a ese idiota.

—¿Se supone? —Jenn alzó una ceja y me miró con suspicacia.

Miré hacia el techo dramáticamente y en ese momento no pude ocultar una enorme sonrisa.

—Sí, se supone... —fruncí los labios y suspiré—. Carlos era un idiota y no entiendo como pude creer que lo nuestro iba en serio.

—Es bueno que te hayas dado cuenta a tiempo.

—No pareces sorprendida.

—Es que no lo estoy —admitió la rubia con sinceridad—, solo esperaba a ver si te dabas cuenta por ti misma del vulgar espécimen humano con el que estabas.

—¿Ibas a decirme en algún momento que estaba cometiendo un error? —no sabía si debía sentirme enfada por el hecho de que me dejase estar con un tío que no merecía la pena, o agradecerle por no interferir en mi relación aunque fuese evidente que estaba abocada al fracaso.

—Confiaba en que te dieras cuenta a tiempo —Jenn sonrió con inocencia, pero no me sentía del todo satisfecha con su contestación y eso era evidente en mi gesto—. No pretendía esperar mucho más para decírtelo —continuó explicando—, te lo juro.

Volví a suspirar y bebí otro sorbo de café sintiéndome cansada y confundida, en ese momento veía que era algo muy obvio que Carlos y yo

no teníamos futuro como pareja, pero hasta el día anterior era todo lo contrario, no es como si fuese a casarme con él inmediatamente, pero era una posibilidad que no había descartado del todo hasta unas horas antes.

—¿Qué te ocurre? No pareces muy feliz de haberte librado de él.

Miré de nuevo a Jennifer y estuve a punto de admitir que no lo estaba, pero los motivos para no estarlo eran totalmente absurdos y egoístas. Lo único que realmente lamentaba de toda esa situación, era que había sido demasiado ingenua dejándome engañar y que de nuevo volvía a estar sola y sin proyectos de futuro.

—Estoy contenta... —admití a regañadientes— pero vuelvo a estar sola, con mi madre tan pesada como siempre y con la ardua tarea de encontrar a alguien que tenga la inteligencia suficiente para diferenciar mi vagina de la de otra persona.

—Se dice coño, co-ño, no seas tan remilgada.

—Ni tú tan mal hablada —protesté frunciendo los labios con diversión.

Ambas nos reímos hasta que fuimos interrumpidas por un hombre que entró en la cocina arrastrando los pies a causa del sueño, vestía tan solo un bóxer ajustado pero no me sorprendí. Se trataba de Edu, el marido de Jenn desde dos años atrás, otro de los motivos por los que mi madre me atosigaba tanto: mi mejor amiga ya se había casado y yo ni siquiera pensaba en hacerlo. Lo peor sería cuando supiese que ahora ni siquiera tenía con quien...

Edu se sirvió un café mientras bostezaba como un caballo y se giró hacia nosotras, se acercó a Jennifer, le arrebató la taza que sostenía en las manos y vació su contenido en el fregadero, llenó la taza de agua, la dejó a un lado y miró a su mujer fijamente con los ojos tan entrecerrados que apenas podía percibirse el azul que rodeaba sus pupilas.

—Habíamos quedado en que no habría más café para ti —masculló evidentemente molesto.

—Solo era un poquito... —se quejó ella infantilmente, pero él no parecía satisfecho—. Es domingo y demasiado temprano, ayer nos dormimos tarde... ¿qué esperabas?

—Nada de café —gruñó él remarcando cada palabra antes de dejar la habitación airadamente.

Observé el breve intercambio de palabras como si se tratase de un partido de tenis y no pude evitar una risita que se me escapó al ver a Jennifer enfurruñada pero obedeciendo las órdenes de su marido.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté sin poder ocultar mi diversión—. ¿Ahora vas a tener que pedir permiso hasta para ir a mear?

—No es eso... —mi amiga sonrió y se sonrojó levemente—. Es posible que esté un poco embarazada, es solo una posibilidad muy remota pero ya conoces a Edu... se obsesiona con muy poco.

Dejé de respirar y la sonrisa se me quedó congelada en la cara volviéndose un gesto frío y osco, intenté evitarlo y disimular lo mejor que pude, pero la envidia se filtró en mi sangre y comenzó a recorrer mis venas.

Aunque en seguida me sentí mal por ello, Jenn era mi mejor amiga y debía sentir alegría por ella, no ese sentimiento carroñero que en ese momento estaba comenzando a poseerme.

—Vaya... —forcé más la sonrisa y desvié un poco la mirada para que se notase menos mi incomodidad con la situación—. Me alegro mucho Jenn, sabes que eso es...

—No digas tonterías —me interrumpió—. Te olvidas de que te conozco y sé exactamente lo que estás pensando y no te lo permito, llegará el hombre perfecto para ti y traerá con él el momento perfecto.

—Lo siento... —murmuré abatida— soy la peor amiga del mundo.

Jennifer se puso en pie y arrastró su silla hasta dejarla pegada a la mía, volvió a sentarse y me pasó un brazo sobre los hombros para consolarme.

—Eres una buena amiga, entiendo perfectamente que este tema te supera —susurró cerca de mi oído y me besó en la mejilla—, entiendo lo que pasa... tu madre lleva tantos años presionándote con el tema que no tiene que ser fácil, sé que adoras los bebés y sé que algún día tendrás el tuyo y será perfecto... verás como es así.

—De verdad que me alegro mucho por ti —todavía me sentía mal conmigo misma—, es una muy buena noticia y espero que seas muy feliz.

—Lo sé, cariño —Jenn volvió a besar mi mejilla y sonrió—. Tienes que alegrarte porque serás su madrina y tienes terminantemente prohibido hablar mal de nuestro bebé.

—Gracias por dejarme un trocito de tu bebé... —murmuré haciendo un mohín.

Ambas sonreímos y nos abrazamos efusivamente, hablamos animadamente sobre el color de cabello que tendría cuando naciese o de las noches en que yo lo cuidaría para que sus padres pudiesen salir a divertirse o simplemente descansar.

Me propuse dejar atrás aquel sentimiento de envidia y casi lo conseguí, pero era imposible olvidarme de que ahora estaba sola y que había rechazado tajantemente la proposición que me había hecho Anton. Solo esperaba que el hombre adecuado no tardase demasiado en aparecer y pronto mis sueños se hiciesen realidad.

Esa noche, estirada sobre la cama de la futura habitación del bebé de Jennifer, miré hacia el techo durante varios minutos y llegué a una conclusión muy obvia: era joven y todavía tenía mucho tiempo para cumplir mis sueños. Mis ansias por ser madre eran en su mayor parte por culpa de la mía propia, prácticamente desde que me crecieron los pechos mi santa madre me decía insistentemente que quería muchos nietos correteando por su jardín.

Quizás eso fuese debido a que cuando ella era joven había soñado con tener muchos hijos, muchísimos... pero por un problema de salud tuvo

que conformarse con tenerme solo a mí y hasta debía dar las gracias por ello. Fue prácticamente un milagro que se quedase embarazada y que pudiese seguir adelante teniendo un bebé sano. Esperaba que eso no fuese hereditario y yo pudiese tener a mí bebé algún día sin problemas, pero eso llegaría a su tiempo.

Eran casi las dos de la madrugada y decidí aparcar el tema al menos por un tiempo, mientras aceptaba el hecho de que posiblemente mi mejor amiga fuese madre pronto y que ya llegaría el día en que me tocase a mí. Me giré sobre un costado y cerré los ojos dispuesta a dormir, no me obsesionaría con el tema, mientras el momento no llegaba tendría tiempo para vivir y dormir a pierna suelta, con un bebé no podías hacer eso, pensé con una sonrisa mientras caía en la inconsciencia del sueño.

Capítulo 4

Encontrar apartamento parecía una tarea imposible, llevaba alrededor de dos semanas intentando encontrar algo que se ajustase a mis posibilidades económicas para no fundir todos mis ahorros y que cumpliese con los estándares mínimos. No estaba pidiendo demasiado, con que el edificio no se cayese a pedazos y los vecinos saliesen vestidos al rellano era suficiente, pero parecía imposible incluir esas dos cualidades en la lista de características de los edificios que estaba visitando.

Sabía que si iba a la inmobiliaria donde trabajaba la hermana pequeña de Carlos tan solo tardaría un par de días en encontrar el piso perfecto, pero no quería arriesgarme a ir y encontrarme con él, ya que tenían una relación muy estrecha. A ese impresentable no quería verle ni en pintura, incluso le había pedido a Edu y a Jennifer que fuesen a por el resto de mis cosas, aunque me moría de curiosidad por saber si Anton le había destrozado mucho la cara en la pequeña pelea que habían tenido.

Salí del coche suspirando y mirando hacia el edificio que tenía frente a mí, tenía apenas tres plantas y no parecía muy nuevo, pero tampoco podía ser demasiado quisquillosa. Era el último del día de la semana, solo vería un apartamento más y podría comerme un bote entero de helado y me escondería hasta el día siguiente en mi cama, bueno... la cama que Jenn me había dejado en su casa.

Crucé la calle cerrando el abrigo y sujetándolo con las manos para que el viento no me lo abriese y se colase bajo la ropa, ese invierno estaba siendo más frío de lo habitual y cada vez que salía a la calle era como pasear por el polo norte.

Saludé a la chica de la inmobiliaria con cortesía y me dispuse a pasar

una larga hora escuchando características tales como: techos de escayola, doble ventanal, calefacción central... etc. O al menos esperaba que el apartamento tuviese esas características, sobre todo la de la calefacción a juzgar a por el frío invierno que estaba haciendo.

Unos minutos después miraba por la venta hacia la vasta extensión de mar que podía apreciar desde donde me encontraba, podía ver un buen pedazo del puerto y parecía estar repleto de barcos, incluso podía apreciar a algunas personas paseando por allí y eso me encantó, me hizo pensar en que podría pasear yo también por esos pantanales y olvidarme un poco de todo.

El apartamento no era nada fuera de lo normal, pero era el mejor que había visto hasta ese momento y cumplía con todas las exigencias que había impuesto, incluso parecía que el de al lado estaba vacío, así me ahorraría vecinos molestos o con tendencias nudistas.

—Me lo quedo —dije con seguridad mientras observaba algunas gaviotas sobrevolando sobre el puerto, me giré para encarar a la chica de la inmobiliaria y ella me observaba con una enorme sonrisa.

—Si te soy sincera haces la mejor elección, la zona es magnífica y el apartamento es precioso —añadió colocando un mechón de cabello rubio platino tras su oreja, esa mujer me resultaba superficial y demasiado efusiva, pero no tendría que volver a verla si las cosas iban bien, que esperaba que así fuese—. Además está en muy buen estado y puedes ver que las vistas son impresionantes.

Sonreí con displicencia y escuché una vez más como me relataba uno a uno todos los beneficios de ese *maravilloso* apartamento, esperaba de verdad que pudiese sentirme a gusto en ese lugar, al menos hacer de él un poco mi refugio.

Cuando regresé a casa de Jennifer un par de horas después estaba un poco más tranquila conmigo misma, el paso uno de la lista de quehaceres estaba cumplido, tenía mi propia casa y ya no tendría que ocupar la habitación que sería para el bebé de mi mejor amiga. Ni tampoco volver a casa de mis padres, eso solo me mortificaría hasta el último de mis días por tener que reconocer ante ellos que me había equivocado por confiar

en quien no debía... una vez más.

Cuando entré en la casa de planta baja de Jenn utilizando el juego de llaves que me había dejado, me sorprendí al ver que no había nadie. Sabía que Edu solía trabajar hasta tarde en el hospital a causa de sus guardias, pero ella siempre estaba a esa hora y era extraño que todavía no hubiese llegado. Un ruido en el baño me alertó de la presencia de alguien y fui hasta allí al escuchar como algo caía al suelo seguido de un par de malas palabras en un murmullo que salían de la boca de Jenn.

—Jenn... Jennifer —llamé golpeando la puerta con suavidad.

Al no obtener respuesta probé a girar el pomo y este cedió sin problemas, al entrar en la habitación me la encontré de rodillas en el suelo, frente al retrete y sosteniéndose a duras penas apoyada en él.

Me acerqué a ella y sujeté su cabello mientras una fuerte náusea hacía que su cuerpo se convulsionase hacia delante.

—No entiendo como sueñas con esto —su voz era cansada y pastosa, apenas pude entenderla cuando hablaba—. Es una mierda... —se dejó caer sobre la pared que estaba a su lado y le tendí una toalla para que se limpiase la boca.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté con cautela.

Ella me dedicó una mirada airada y llena de resentimiento.

—No puedo creer que haya accedido voluntariamente a esto, voy a vomitar durante meses, ponerme como una foca y después alguien del tamaño de una pelota de fútbol querrá salir de entre mis piernas... por descontado es el mejor plan del mundo.

Reí al escucharla.

—Visto así no parece muy buena idea.

—Ni así ni de otro modo... es una completa mierda.

Suspiré mirando hacia otro lado porque de nuevo el gusanito de la

envidia comenzaba a escavar en mi corazón, no quería pero era algo inevitable. Creía que durante los últimos días había podido asumir al fin que ella tendría lo que yo soñaba. Me sentía feliz por mi amiga, ante todo ese era el verdadero sentimiento, el que prevalecía sobre todos los demás, pero también me daba envidia y eso hacía que me sintiese culpable.

—Ey... Tori... —escuché mi nombre en un susurro y parpadeé rápidamente para alejar ese pensamiento de mi mente.

—Tengo apartamento por fin —dije con alegría y cambiando de tema drásticamente—, te librarás de mí después de todo.

—No quiero librarme de ti.

—Pero admite que soy una molestia, una pareja de recién casados que van a tener un bebé no necesitan en su casa a una amiga solitaria y despechada que está de *okupa*.

—No eres una amiga solitaria y despechada —los ojos azules de Jennifer volvieron a entrecerrarse—, solo estás pasando un mal momento, pero eso pasará.

—Eres demasiado optimista... —le tendí una mano para ayudarlo a ponerse en pie, cuando estuvimos cara a cara, Jennifer sonrió y me abrazó por la cintura.

—No me gusta que te sientas mal y mi embarazo solo complica las cosas —confesó a media voz.

—Eres mi amiga, te quiero y tengo que asumir que tu vida y la mía son diferentes pese a eso. Tú vivirás tu vida y yo la mía aunque ambas se entrecrucen.

—No vuelvas a beber, dices cosas demasiado profundas y raras —bromeó, supuse, que para quitarle hierro al asunto.

Forcé una sonrisa y la ayudé a ponerse en marcha para llegar a su cama, donde ella se dejó caer pesadamente apoyando su cabeza en la almohada y mirando en la dirección donde yo estaba, apoyada en la pared frente a ella.

—¿Dónde está ese apartamento que dices? —de nuevo Jenn intentó salvar la situación y hacer que me sintiese mejor, adoraba a esa chica y el modo que tenía de consolarme, estaba ahí pero de un modo no demasiado evidente para que no me sintiese una completa inútil con necesidad de apoyo constante.

—Muy cerca del puerto, puedo ver el mar desde mi ventana —dije con efusividad antes de comenzar a relatar odas las características de la que sería mi nueva ratonera, por unos momentos olvidé todo lo que hacía que me sintiese mal y era algo más que debía agradecerle a Jenn.

Los días siguientes a aquella conversación transcurrieron como un borrón, intentaba estar ocupada el mayor tiempo posible, si no era en el trabajo, era trasladando mis pocas cosas a mi nueva casa. Había puesto todo mi empeño en hacer de esa pequeña ratonera un hogar, esas cuatro paredes tenían que ser mi refugio de la realidad, quería crear un lugar donde poder escapar del día a día y de las constantes metas y presiones que la vida me ponía.

Me sorprendí mucho un día al darme cuenta de que me sentía un poco mejor, había superado por completo a Carlos y todos los pensamientos derrotistas que venían con solo pronunciar su nombre. Finalmente entendí del todo que el problema no había sido yo, luché por lo que teníamos, me esforcé por mejorarlo y fracasé en el intento. Pero él tampoco había puesto de su parte, en el primer descuido se folló a otra en nuestra cama. Incluso en ese momento dudaba de si aquella había sido la única vez o ya había sucedido con anterioridad.

Suspiré mirando hacia el salón, al menos había acabado de colocar mis cosas. Había comprado un pequeño sofá y Jenn me había dejado un televisor hasta que decidiese comprarme el mío propio. Y solo ese insignificante aparato colgado de la pared le dio algo de calidez al lugar haciendo que se viese habitable. Para rematar había colocado una alfombra, un par de plantas y un cuadro. No pudieron faltar unos cuantos libros en una estantería y aquello ya se parecía un poco más a un hogar.

Una vez que hube ordenado todo un poco y plegué las cajas que había utilizado en la mudanza para reciclar, me dejé caer en el sofá y miré por la ventana. El sol estaba a punto de comenzar a ocultarse, las gaviotas sobrevolaban el mar graznando de cuando en vez y todo parecía tranquilo allí fuera. Aunque dentro de mi cabeza era todo lo contrario, había intentado mantenerme ocupada para no pensar, dejar todo atrás y centrarme en lo que no era y en lo que sería mi vida a partir de ese momento, pero era difícil, muy difícil...

No solo tuve que soportar el típico sermón de mi madre de *“te estás haciendo mayor, necesitas un hombre que te dé hijos ahora, después te arrepentirás de haber esperado tanto, porque no tendrás energía para verles crecer.”*, también tenía que soportar la miraditas de María, mi compañera de trabajo en la guardería, a la muy zorra solo le faltó hacer la ola y pedirme el número de teléfono de Carlos. Siempre había sospechado que ella estaba a la espera de que todo se acabase para saltarle encima, pero nunca creí que fuese algo tan evidente y eso me molestaba, me molestaba mucho. No por el hecho de que ella fuese a quedarse con él, eso no podría importarme menos, me molestaba la poca consideración de la que creía que podía ser mi amiga.

Sintiendo un poco de amargura, apreté los dientes con fuerza y miré hacia la televisión, estaba tan cansada anímicamente que no tenía fuerzas ni para levantarme y coger el mando a distancia que estaba frente a mí sobre la mesa centro. Quizá ver algún programa estúpido me distraería, pero el mando estaba demasiado lejos.

Me quedé allí sentada, mirando mi reflejo en la pantalla negra y sintiendo como poco a poco mi corazón se estrujaba al recordar que la última vez que había hecho algo así, el reflejo de Anton acompañaba al mío.

No quería pensar en él, hacerlo me dolía más de lo que me había dolido nunca, soporté perderlo años atrás, pero en ese momento me dolía el doble porque sabía la razón: había sido culpa mía por negarme a lo que él me propuso y esa negativa ahora me parecía tan estúpida y sin sentido que no podía comprenderlo.

Mi teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo, era la melodía que le había puesto a Jenn y tomé la decisión contestar antes de que cualquier locura pudiese cruzar por su mente.

—Levanta el culo del sofá o donde quiera que lo tengas y ponte guapa, hoy cenamos fuera —fue el saludo de mi amiga en cuanto contesté al teléfono.

—¿Vas a dejar solo a Edu?

—Hoy tiene guardia en el hospital hasta muy tarde, así que no vas a dejar a una pobre embarazada sola mientras tiene antojos.

Sonreí y arrugué un poco la nariz.

—¿Dónde quieres cenar?

—¿Qué te parece si vamos al restaurante de Anton?

Todo mi cuerpo se tensó y estuve a punto de escupir un insulto, pero me mordí la lengua.

—¿Por qué a precisamente a ese? —mascullé entre dientes.

—Por la el arroz... ¿te acuerdas de cuando quedábamos para cenar en su casa mientras estabais juntos? Anoche me acordé de aquel arroz con gambas que cocinaba y no te puedes imaginar las ganas que tengo que volver a comerlo.

Quería sonreír, si alguien me preguntaba podía jurar que quería hacerlo, pero la simple mención de aquellas noches trajo a mi mente recuerdos que creía olvidados. Anton y yo lo habíamos tenido todo, absolutamente todo... y ahora, después de aquella conversación y la propuesta que rechacé, con solo escuchar su nombre un escalofrío me recorría la espalda y aquella mariposa adormilada batía las alas un par de veces.

Eso estaba muy mal. Muy pero que muy mal...

—Vale... solo iré si me juras que es un antojo —no podía hacer otra

cosa, no le había contado de lo que pasó con él en su casa unas semanas atrás, entonces no podía saberlo y llevarme allí por eso. La conocía lo suficiente como para estar segura de que me obligaría a hablar con Anton si sabía lo que había ocurrido y como yo me sentía al respecto.

—Te lo juro, te lo prometo, te lo... vale, no sé que más decirte, pero es tu ahijado quien lo pide —por su voz se notaba que estaba utilizando toda su energía en convencerme—. Sé que no habéis acabado bien, pero ha pasado mucho tiempo... ¿no puedes hacer un esfuerzo por mí?

En esta ocasión sí que sonreí un poquito, por ese bebé haría lo que fuese, tenía un trocito de él. Ver a Anton era algo que podía soportar sin romperme, al menos no exteriormente. Haría de tripas corazón, me tragaría lo poco que le quedaba de orgullo e iría a ese restaurante solo porque Jenn me lo había pedido, nada más.

—¿Nos vemos allí o quedamos antes? —pregunté con un hilo de voz, no muy segura de lo que iba a hacer.

—Nos vemos allí —masculló antes de cortar la llamada.

—¡Genial! —exclamé al aire cuando fui consciente de lo que había hecho.

Intentando no pensar demasiado en las consecuencias, porque realmente no sabía lo que podía suceder tras esa noche, me puse en pie y me di una ducha, no muy larga, pero sí con agua muy caliente para relajarme todo lo posible.

Una vez que estaba envuelta en mi albornoz y embadurnada en varios tipos de cremas, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y mirando fijamente a mí armario, ¿qué se supone que te pones cuando vas al lugar de trabajo de tu exnovio rechazado? Ir demasiado provocativa sería como hacerle ver lo que estaba perdiendo y me parecía un poco cruel, aunque tampoco es como si tuviese muchas curvas que explotar, ahora era casi como si tuviese una sola y en el perímetro de mi cintura, ¡gracias depresión! Me estás dejando un buen recuerdo en forma de kilos de más.

Finalmente opté por algo sencillo, después de todo íbamos a un

restaurante normal y corriente, no era de etiqueta y los platos que servían eran muy normales. Así que me calcé unos tejanos, unas botas y un suéter de cuello vuelto para protegerme del frío de finales de invierno.

Durante el trayecto al maldito restaurante me repetía a mí misma que todo iría bien, que nada malo saldría de este encuentro y que al final de la noche me reiría de mis nervios innecesarios. Estaba plenamente convencida de eso hasta que estuve en la acera, frente al enorme ventanal de cristal que me dejaba ver las incontables mesas.

¿Desde cuándo el restaurante era tan grande?

Había estado aquí un par de veces antes, cuando Anton era solo un empleado y el restaurante era uno de los mejores respecto a su cocina, pero al parecer habían hecho reformas desde que él lo había comprado solo un año antes. Aquellas cortinas color coral habían sido remplazadas por unas de un azul pálido que parecían casi fundirse con el otro azul un tono más oscuro de la pared. Las mesas estaban vestidas con manteles también azules y los platos blancos contrastaban sobre estas.

Las personas sentadas en las mesas parecían disfrutar con la comida, todos reían, hablaban y degustaban los platos con expresión tranquila, como si estuviesen en su propia casa.

Y sin saber por qué me sentí tremendamente orgullosa de lo que Anton había logrado, a mí mente vinieron ese sinfín de conversaciones en las que me decía que no quería ser un simple cocinero como su padre, que él quería ser chef, tener su propio restaurante y dedicarse por completo a lo que era su pasión: cocinar. Lo había conseguido, y no solo eso, la gente disfrutaba y estaba segura de que recomendarían el lugar con mucho énfasis.

Alcé la mirada para ver el nombre del restaurante y una enorme sonrisa adornó mi rostro, “Antonello’s”, yo le había dicho hace años que sería el nombre perfecto, ya que su especialidad eran los platos italianos, ese nombre atraería a los clientes potenciales que él necesitaba. Él había reído y me había dicho que estaba loca, pero al final ese había sido el nombre su restaurante.

Una vocecita en el fondo de mi cabeza comenzó a parlotear sobre ese hecho, pero la hice callar, no era el momento de analizar eso, tenía por delante una larga noche que soportar antes de ponerme a darle vueltas a sinsentidos.

Tomé una fuerte bocanada de aire para darme valor y aguaté la respiración, todavía con mis pulmones llenos de aire crucé la puerta de cristal que me mantenía en la calle y entré en el lugar. Un agradable olor a queso y especias me recibió, el ambiente era ruidoso, como era lo lógico en un lugar como aquel, y mi cabeza se movió en varias direcciones buscando a mi amiga. Solté todo el aire con lentitud cuando la vi en una de las mesas al fondo, caminé en esa dirección y me senté en la silla vacía que había frente a ella.

—Llegas tarde —nada de “Hola ¿cómo estás?” o “¿qué tal te ha ido el día?”. Jenn era directa y no le gustaba que le tomasen en el pelo.

—He tenido que aparcar lejos —me excusé sin darle demasiada importancia.

Ella entrecerró los ojos clavándolos en los míos mientras mordisqueaba un colín muy despacio, casi podía ver como los engranajes de su cabeza comenzaban a moverse y no sabía como evitar que me evaluase para descubrir que me sucedía algo, aunque mirar en todas direcciones con nerviosismo seguro que no ayudaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó con voz seca.

Tragué el nudo que había en mi garganta y carraspeé, para disimular cogí un colín de la cesta de pan que teníamos sobre la mesa y comencé a jugar con él desmenuzándolo entre las manos.

—Estoy un poco cansada, por fin he acabado con la mudanza —expliqué con todo el convencimiento que fui capaz de acumular.

Ella se mantuvo en silencio unos minutos y después suspiró.

—Sé que la situación no es fácil y yo no estoy ayudando, lo siento —en sus ojos podía ver que estaba siendo completamente sincera, pero no

tenía ni idea de porque se estaba disculpando.

—¿De qué hablas?

—Acabas de terminar tu relación con el capullo mayor, te estás mudando, estoy embarazada y para rematar te pido que vengas al restaurante de Anton. Lo siento... de verdad que lo siento, pero no pensé que fuese tan difícil para ti hasta que te he visto entrar por la puerta con cara de estreñida.

Me forcé a sonreír para quitarle importancia y arrugué la nariz.

—No pasa nada, comamos ese arroz y salgamos de aquí, me sentiré mejor después.

Ella sonrió y pidió el arroz cuando el camarero nos preguntó, yo me decanté por unos tallarines con verduras, que sabía que Anton cocinaba de muerte. Comimos en silencio hasta que llegaron los postres y una tarta de chocolate con una pinta estupenda estuvo frente a mí dispuesta a que la devorase.

—¿Qué tal llevas lo de las náuseas y todo eso? —pregunté solo para romper el silencio que me estaba comenzando a inquietar.

Jenn sonrió sin muchas ganas y negó con la cabeza.

—Mejor no preguntes y da gracias de que pueda estar sentada frente a ti y no vomitando como una loca.

—¿Tanto? —pregunté sorprendida.

—No, tanto no, más... ¡es horrible! —exclamó mirando al techo para enfatizar sus palabras—. Edu dice que es normal y que en un par de meses todo pasará, pero la que lo tiene que sufrir soy yo, no entiendo como pude prestarme a esto voluntariamente.

—¿A qué exactamente, vas a matar a alguien y ocultar el cadáver? —aquella voz preguntó a mi espalda y juro que pude sentir como los vellos de mi nuca se ponían de punta uno a uno solo con escuchar esas palabras pronunciadas por sus labios.

—Hola Anton —dijo ella con entusiasmo—, el arroz es mucho mejor que el que hacías antes.

—Gracias —pude apreciar el orgullo y la sonrisa en su voz y me obligué a no darme la vuelta y mirarle, estaba segura que de hacerlo me arrepentiría mucho más de haberme negado aquella noche.

—Le estaba comentando a Tori que el restaurante está increíble —continuó Jenn—, le ha sentado muy bien el lavado de cara, todo se ve más moderno y desenfadado, casi como tú.

—Gracias, Jenn, creo. Hola Tori. —¡Mierda! Ahora que me había hablado era de mala educación no mirarle.

Respiré hondo y giré la cabeza en su dirección, mi peor error... ¿cómo alguien podía verse tan bien con una chaqueta de chef? No era más que una tela blanca llena de botones, pero él estaba impresionante, ese color hacía resaltar su piel morena y su cabello negro. Contuve un suspiro y tragué el exceso de saliva que se había acumulado en mi boca antes de empezar a babear.

—Hola Anton —mascullé con torpeza y creo que demasiado bajo—. La pasta estaba igual de buena que siempre —conseguí alinear mis neuronas para decir una frase coherente, casi me beso a mí misma para felicitarme cuando lo conseguí.

—Gracias... —una simple palabra dicha en un susurro y mis piernas ya temblaron. Genial... tenía que salir de allí.

—¿El baño está en el mismo lugar de siempre? —sonreí con cortesía ante su asentimiento y me puse en pie de golpe alejándome a toda velocidad.

Me sentía un poco mortificada por haber huido así, porque no se le podía llamar de otro modo, hui como una rata cobarde, pero frente a espejo del baño y mirando mi reflejo me alegré de hacerlo. Mis mejillas no podían estar más coloradas, mis ojos brillaban de un modo extraño, casi como si fuese a echarme a llorar y mis manos temblaban tanto que

podía ir a robar panderetas.

Me concentré en el sonido de mi respiración y me mojé la nuca para refrescarme, poco a poco conseguí sobreponerme y cuando ya era un poco más dueña de mis actos, salí del baño para enfrentarme a lo que fuese.

Mi segundo error.

Anton me estaba esperando en el pasillo, apoyado en la pared y con los brazos cruzados frente a su pecho, su postura parecía casi amenazante, pero el brillo de su mirada me decía todo lo contrario.

Agarré mis manos una con la otra para evitar que el temblor fuese evidente y volví a concentrarme en respirar profundamente, aunque los latidos de mi corazón retumbando con fuerza en mi garganta no ayudaban demasiado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó dando un paso hacia a mí.

Asentí incapaz de encontrar mi voz y él relajó los brazos dejándolos caer a los lados de su cuerpo.

—Me asustaste, pensé que ibas a llorar o algo.

—¿Por qué iba a llorar? —alcé la voz sin darme cuenta y rematé mi frase con un bufido de incredulidad.

—Por nada —su mandíbula se apretó y sus ojos se endurecieron—. Entonces... ¿la cena estuvo bien?

—Sí, perfecta, como siempre —su expresión se suavizó un poco pero todavía conservaba aquella máscara fría que había adoptado solo unos segundos antes—. Me voy a la mesa, que Jenn me está esperando. Me alegro de verte —comencé a caminar, huyendo de nuevo, pero no me sentía con fuerzas para enfrentarme a él en ese momento.

—No me has llamado... —fue un susurro, casi podía no haberlo escuchado porque pronunció las palabras demasiado bajo, pero lo hice y cada una de ellas se clavó en mi pecho como un puñal.

Me detuve en seco, miré al suelo y contuve las ganas de llorar... ¡perfecto! ¿Por qué tenía que llorar ahora? Mi barbilla tembló cuando abrí la boca para hablar y la cerré de nuevo para evitar que alguien lo viese. Me esforcé en recomponerme y me giré para enfrentarlo. La expresión de su rostro me dejó devastada, no sabía ni como describirla, era una mezcla de anhelo, pena, desconsuelo... me sentí mal conmigo misma por haber provocado eso en una persona a la que quería tanto.

Mierda... ¿le quería? ¿Todavía le quería? Hice a un lado esos pensamientos y tragué en seco.

—¿De verdad esperabas que lo hiciese? ¿Para qué? —«*muéstrate dura, no te rompas, no frente a él*», me decía a mí misma.

Su expresión volvió a endurecerse y di un paso atrás instintivamente.

—Para nada... olvídalo —se dio media vuelta y se fue.

Me quedé paralizada en mi posición, mirando hacia el lugar por donde se había ido casi sin parpadear, ¿qué había sucedido en ese escaso minuto? ¿Qué pude haber dicho para que él se sintiese tan ofendido? No sé exactamente el tiempo que estuve en lugar y en esa posición, pero Jenn apareció de repente y me llevó a empujones hasta donde estaba su coche aparcado, solo a un par de calles de allí, después se apoyó en el capó, cerró su abrigo cruzando las manos frente a su pecho y me miró con seriedad, esa que hacía que todos mis muros se resquebrajaran y contase hasta lo más tonto y estúpido que había sucedido en mi vida.

—¿Qué pasa con Anton? —preguntó tras un par de minutos.

Quise decirle que nada, pero mis ojos bajaron a mis pies y comencé a hablar, contándole lo que había sucedido aquella noche, lo que él me había propuesto y cual fue mi reacción al día siguiente. Ella me escuchó en silencio y cuando hube acabado continuó sin decir nada sobre el tema, solo se despidió y entró en su coche poniéndolo en marcha.

No me quedé allí para ver como se iba, después de haber confesado todo me sentía llena de adrenalina, durante mi discurso me había

preparado para que Jenn arremetiese contra mí por haberme negado a aquel pacto estúpido, o incluso contra Anton por haberme propuesto algo semejante, pero su no reacción me dejó confundida y ansiosa, necesitaba hacer algo.

Me fui hacia mi coche a toda velocidad, entré, lo puse en marcha y fui hacia mi nuevo apartamento sin detenerme en ningún lugar. Subí en el ascensor y entré dejando la puerta abierta tras de mí, caminé directamente hacia la habitación desnudándome por el pasillo y me enfundé un pantalón de deporte, unas deportivas y una camiseta, volví a bajar utilizando las escaleras en esta ocasión y me dirigí hacia el puerto.

Comencé caminando por el borde, lo más cerca posible de la barandilla que evitaba que me cayese al agua, pero fui aumentando la velocidad progresivamente hasta que estaba corriendo. Estaba fuera de forma y no tardé en sentirme cansada, pero lo ignoré y corrí a toda la velocidad que pude, acompasando mi respiración y dejando que toda la adrenalina que había acumulado se quemase con el ejercicio.

Durante todo ese tiempo me esforcé en no pensar en Anton y el modo en el que me había mirado antes de irse, sobre todo no quería pensar en el motivo que había tenido para hacerlo, pensar que le estaba causando algún tipo de daño o malestar me estaba haciendo daño a mí misma. Eso era una mierda...

Corrí a más velocidad, sintiendo el frescor del mar en el aire que me rodeaba, ignorando a algunas personas con las que me cruzaba y que me miraban con curiosidad. Corrí y corrí hasta que los músculos de mis piernas ardían y mi espalda estaba completamente empapada de sudor. Solo entonces, cuando estaba tan cansada que apenas podía mantener mis ojos abiertos, regresé a casa, me di una ducha y me metí en la cama, esperando no pensar ni soñar con nada de lo que había sucedido esa noche.

Capítulo 5

La siguiente semana pasó demasiado rápido, intentaba concentrarme en el trabajo, cuidando a niños que no eran míos e intentando no derrumbarme en el proceso. Cada noche salía a correr hasta que casi no podía ni respirar, para así irme agotada a la cama y no tener tiempo para pensar en lo que había sucedido en el restaurante días atrás. Era agotador, pero al menos estaba ayudando a perder esos kilos de más que había acumulado gracias a los helados que devoré tras mi ruptura con Carlos.

Sentía que cada día era como una prueba, un obstáculo que debía saltar para finalizar el recorrido, aunque no tenía ni idea de a donde me dirigía. Era como un pollo sin cabeza que daba vueltas en círculos sin tener a donde ir. La idea me asustaba y quería poder poner mi vida en perspectiva para tener claro al menos a donde quería llegar, pero por más que lo intentaba lo sucedido con Anton venía a mi memoria y tenía que dejarlo por el bien de mi salud mental.

Ese domingo mi madre había insistido en que fuese a comer a su casa, intenté evitarlo por todos los medios, pero insistió mucho y utilizó el chantaje emocional conmigo alegando que era su única hija, que ellos estaban muy viejos y que cualquier día les echaría de menos porque ya no estarían. Era tonta por dejarme manipular de ese modo, pero mi madre sabía que botones pulsar para que yo bailase a su son.

Cuando llegué a aquel barrio en las afueras fue como si el tiempo no hubiese pasado, continuaban viviendo en aquella casa de planta baja en la que yo crecí, con su jardín, su verja blanca y aquel garaje que siempre iban a limpiar para poder guardar el coche dentro, pero que siempre estuvo lleno de trastos inservibles de los que mis padres eran incapaces de desprenderse.

En ese jardín sufrí mis primeras caídas cuando comencé a caminar, por esa calle aprendí a montar en bicicleta y bajo el árbol que había junto al jardín recibí mi primer beso. Todo estaba lleno de recuerdos, incluso de algunos que prefería no traer a mi memoria en ese momento; como cuando Anton me llevaba a casa en su moto o cuando llegaba a tarde por quedarme un rato más con él e intentaba entrar por la puerta de atrás sin hacer ruido.

Intentaba no ir mucho a visitarles porque allí me sentía encerrada, mi padre vivía en su mundo, trabajando y trabajando, el trabajo siempre había sido y siempre sería su único objetivo, durante un tiempo pensé que trabajaba para escapar de mi madre, ahora estaba completamente segura de ello.

Esa pequeña bruja manipuladora tenía el poder de conseguir todo lo que quería, hasta hacerme sentir mal conmigo misma por no cumplir con lo que ella esperaba de mí. Lo que era muy absurdo, cuando era más joven era alegre y despreocupada, se reía continuamente y tarareaba canciones de amor cuando se entretenía haciendo algo, muchas veces nos habían confundido con hermanas porque su espíritu era tan joven que parecía tener pocos años más que yo y no la veintena que nos separaba realmente. Con el tiempo su cabello oscuro se llenó de canas que ella nunca ocultó, su rostro comenzó a arrugarse y su espíritu lo hizo con él.

Echaba de menos a mi madre, me gustaría poder mirarla y sentir que nos parecíamos como cuando era más pequeña, ver la forma de mi nariz, el color oscuro de mi cabello con las mismas ondas indomables, ver en ella a la mujer fuerte y decidida que había sido, y no la señora amargada en la que se había convertido.

Todas y cada una de esas cosas pululaban por mi mente haciendo que mi ánimo estuviese por los suelos, algo que mi madre sabía aprovechar a la perfección para hacerme sentir mal conmigo misma.

—¿Sales con alguien? —preguntó con displicencia mirándome de soslayo mientras lavaba los platos de la comida.

Había sido una comida tranquila, dejando a un lado cualquier tema que pudiese ponerme de mal humor, pero mi madre no sería mi madre si no decía algún comentario de los suyos que siempre me cogían con la guardia baja y sin saber que contestar.

Dejé con cuidado sobre la mesa el vaso que estaba secando y contuve un suspiro, odiaba cuando utilizaba ese tono de voz de conmigo, era como cuando era adolescente y me preguntaba por las notas, con ese matiz de advertencia semicamuflado y esa mirada interrogante que lo decía todo sin necesidad de añadir nada más.

Suspiré y agarré el plato que me ofrecía para que continuase ayudándole a secarlos, clavando la mirada en como algunas gotas de agua habían machando el suelo de madera. No quería mirarla demasiado porque sabía que con una sola mirada podía hacer que confesase hasta lo más tonto, tenía ese poder de madre que nadie entiende de donde sale.

—Ahora mismo no —contesté en un murmullo.

No alcé la mirada pero casi pude imaginarme su cara, esa expresión de impaciencia y decepción que se combinaban en un gesto indescriptible, uno que me hacía odiarme a mí misma por no cumplir sus expectativas aunque fuesen absurdas y fuera de lugar.

—Tu cumpleaños es el mes que viene... —no necesitó decir más, su comentario fue como un no dicho: *“tic-tac, tu tiempo se está acabando”*.

Contuve un gruñido y me inventé una excusa para irme de allí cuanto antes, no quería enfadarme, no con ella y mucho menos por un motivo como aquel. Pero estaba muy irascible, sacar el tema era como meter el dedo en la llaga y darle muchas vueltas. Había hecho aquellos esfuerzos infinitos para no pensar a lo largo de la semana, para que mi madre con dos simples frases echase por tierra el intento.

Conduje hasta el centro, decidí buscar algún centro comercial para entretenerme, aunque no comprase nada porque nunca me había gustado derrochar inútilmente, pero al menos era entretenido pensar que lo podría hacer. Caminé sin prisas por varias tiendas, al final me compré unos tejanos nuevos y jurando que no volvería a caer en la tentación en los próximos dos meses porque no era habitual en mí gastar por gastar.

Agotada de dar vueltas sin sentido, entré en una heladería y me pedí un enorme helado de fresa y nata, ya que había corrido cada día de la semana me merecía un premio, aunque perder peso era el menor de mis problemas.

Al meter la primera cucharada en mi boca casi gemí de placer, no me

había dado cuenta de hasta qué punto mi cuerpo necesitaba una buena dosis de azúcar, al saborear la segunda cucharada cerré los ojos y dejé salir el aire lentamente por la nariz para mostrar mi satisfacción de un modo no demasiado llamativo. Cuando volví a abrir los ojos, una enorme sonrisa acompañada de una mirada divertida me dieron la bienvenida desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando no parecer muy borde pero fracasando en el intento.

Jenn contuvo una mueca, lo sabía porque la conocía perfectamente y cuando arrugó la nariz supe que también se estaba conteniendo de soltar un comentario de los suyos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó simplemente.

Cerré los ojos reordenando mis ideas, me pasaban tantas cosas que al final realmente no me pasaba nada, porque todo se enredaba sin sentido y llegaba a un punto en el que ya no importaba.

—He comido con mis padres —mascullé metiéndome otra cucharada de helado en la boca del tamaño de una pelota de golf.

El entendimiento relajó los rasgos de mi amiga y me miró con una sonrisa dulce.

—Sabes que no tienes que hacerle caso.

—Lo sé —afirmé luchando contra el congelamiento de mis neuronas —, y está vez ha sido bastante benévola, solo me ha recordado que cumplo treinta y uno el mes que viene.

—Yo tengo treinta y uno y no pasa nada —refunfuñó entrecerrando los ojos.

—Estoy de acuerdo contigo, pero si mi madre estuviese aquí diría que tú estás casada y embarazada, yo estoy completamente sola y pensando en adoptar un par de gatos solo para no dormir en una cama vacía.

—No seas tan idiota, eso es un cliché estúpido —contratacó—. Tu madre tiene que empezar a entender que tus deseos y los suyos no son iguales.

—En eso te equivocas —volví a comer helado y desvié la mirada para no tener que ver la lástima en la suya—. En el fondo queremos lo mismo

para mí.

—La foto perfecta no existe, todas tienen un poquito de Photoshop.

Sonreí con tristeza y dejé caer la cuchara dentro de la copa haciendo demasiado ruido.

—Tú la tienes.

Se quedó en silencio unos minutos y después suspiró, sabía lo que iba a decir en ese momento y estaba preparada para ello, aunque no por eso dolió menos.

—Sabes que mi foto no es perfecta, estoy casada y voy a tener un hijo, pero conoces mi vida y no ha resultado fácil llegar aquí.

Me sentí mal por tener envidia y que ella fuese consciente de ello, claro que no lo había tenido fácil, después de un padre que las maltrataba a ella y a su madre tuvo que lidiar con un intento de violación hasta que Edu apareció en su vida, yo lo había tenido más fácil en ese sentido, pero a cada uno nos duelen nuestros propios problemas y yo me estaba sintiendo muy egoísta en ese momento.

—Al menos tú tienes tu final feliz, yo solo soy la hermanastra desechada de la princesa del cuento.

—Deja de comer helado, ¿quieres? Y no te pongas tan melodramática, nada de hermanastras y finales felices. Que tenemos solo treinta joder, no es como si nos fuésemos a morir mañana —me regañó endureciendo el gesto.

—Para lo que importaría —continué castigándome—. Si mañana me muero, nadie me echaría de menos.

—Tori, te quiero y lo sabes, pero si sigues diciendo sandeces de ese tipo me voy poner de pie y te voy a dar tal hostia que te van a temblar los dientes —masculló molesta.

Dejé caer la cabeza sobre la mesa, apoyando la frente sobre su fría superficie, y a sentirme mal por ser envidiosa tuve que añadir sentirme mal por ponerme tan pesimista y llorona.

—Lo siento —susurré cerrando los ojos para evitar llorar.

—No lo sientas y dame helado —escuché como la copa se arrastraba

sobre la mesa y como la cuchara tintineaba contra el cristal—. Lo que tienes que hacer es levantarte, y no lo digo en sentido literal, hablo de algo metafórico, ese que te gusta tanto utilizar cuando te pones profunda y melodramática —sonreí al escuchar el fastidio en su voz—. Tienes que levantarte, sacudirte el polvo y seguir adelante, si continúas lamentándote y lloriqueando por las esquinas nadie va a quererte nunca, incluso yo renegaré de ti.

—¿Me abandonarías? —pregunté alzando la cabeza de golpe y mirándola con la boca abierta.

—No lo dudaría ni un segundo —afirmó con entereza.

Torcí el gesto y me derrumbé en el respaldo de la silla.

—No es tan fácil seguir adelante.

—Ahora lo ves muy negro porque tu madre es una *porculera* —me interrumpió—. Solo olvida sus expectativas, incluso olvida las tuyas propias... o mejor, piensa en ellas y en las posibilidades que tienes al alcance de la mano para conseguirlas.

—No tengo ninguna posibilidad al alcance de la mano —mascullé desviando la mirada hacia una madre que estaba dándole el biberón a su bebé un par de mesas más allá.

—Tori... —Jenn suspiró pesadamente y la miré sin sorprenderme al ver su expresión de fastidio—. No lo veas todo negro o blanco, si quieres un bebé tienes muchas posibilidades de tenerlo, lo de casarte es un poco más complicado, aunque no imposible.

No quise hacerlo, pero ante la mención de mis posibilidades para tener un bebé la imagen de Anton apareció en mi mente.

—¿De qué posibilidades hablas? —sabía que era una locura continuar hablando de ese tema, tan solo conseguiría deprimirme más al ser consciente de que eran mínimas y prácticamente inalcanzables para mí.

—Inseminación artificial —dijo con la boca llena de helado.

—Muy caro, ¿te olvidas de que solo soy una simple cuidadora infantil? —refuté con desgana.

Jenn tragó el helado y me miró con una sonrisa.

—Ponte guapa, sal una noche y tírate al primer tío con buenos genes que se cruce en tu camino, más fácil imposible.

La miré con los ojos muy abiertos y negué con la cabeza.

—Si mi futuro hijo tiene un padre, al menos me gustaría que él lo supiese.

—¿Para qué? Solo tiene que donarte espermatozoides, lo demás lo haces tú sola.

Lo pensé unos segundos, no parecía tan mala idea, pero no... no era lo que yo quería, ser madre soltera era algo muy loable, pero no estaba hecho para mí, necesitaba algo más que un bebé para sentirme realizada y bien conmigo misma.

—No sería suficiente, no es mi foto perfecta —admití en un murmullo.

Jenn volvió a suspirar y me tendió la cuchara llena de helado, mientras abría mi boca y lo saboreaba su mirada se volvió cautelosa, como si tuviese miedo de mi reacción. Me tensé instintivamente a la espera de lo que diría, que no sabía por qué, me estaba oliendo que no me gustaría ni un poquito.

—Tienes una opción más.

La miré con suspicacia y entrecerrando los ojos...

—¿Qué opción? —mascullé entre dientes.

Jenn volvió a mirarme, se reacomodó en la silla y batió las pestañas un par de veces antes de sonreír.

—Anton.

Me quedé paralizada, con la boca abierta y dispuesta a decirle algo, ¿pero el qué? Yo misma había evitado pensar en el tema y ella va y me lo suelta a bocajarro.

Cerré la boca de golpe y tragué en seco... ¡mierda! Sin querer estaba empezando a planteármelo, no era mala idea, era pésima, pero si hasta la misma Jenn había pensado en ello era porque veía que el ofrecimiento que él me había hecho era viable, un poquito al menos.

—Como ya le dije a él en su momento, eso es una locura —mi boca, más rápida que mi cerebro, pronunció las palabras más coherentes,

aunque la foto perfecta comenzaba a formarse en mi mente y Anton estaba ella.

Un cartel luminoso y parpadeante de peligro apareció frente a mí, imaginario obviamente, estaba empezando a planteármelo, a pensar que podía probar o por lo menos hablarlo con él y disipar dudas...

—No le vas a pedir nada, él mismo te ha dado esa opción.

Abrí la boca para protestar, seguro que su afirmación tenía un poco de locura, pero no... era verdad, no le pedí nada, él me ofreció ser el padre de mi hijo sin que yo abriese la boca más que para decirle que mi sueño era inalcanzable.

—Solo lo hizo por pena, estaba borracha y llorando en su alfombra, solo quería que me sintiese bien y por eso me lo dijo —pensé en voz alta.

No tuve que mirar a Jenn para ver su expresión de suficiencia y como negaba con la cabeza.

—Conoces a Anton, no haría nada que no quisiese solo por hacer feliz a alguien. Si te ofreció ser el padre de tus hijos es porque realmente quiere serlo.

—¡Hijo! —exclamé con efusividad—. Hablamos de un solo hijo, no empieces a sumar que nos conocemos.

—Un solo hijo es malo, lo vuelves tonto y dependiente.

—Yo soy hija única —argumenté.

—Ahí tienes el ejemplo —sonrió con inocencia y sentí ganas de darle un puñetazo en los dientes—. Hablo en serio Tori, solo piénsalo y si ves que es algo posible háblalo con él, podrías sorprenderte, quizás es la solución a todo eso que tú crees que son problemas.

—¡Vete a cagar! —me enfurruñé—. Son problemas, es mi futuro del que estamos hablando, necesito estabilidad y realizarme. Necesito a alguien que me quiera y alguien más en quien dejar parte de mi ADN.

—Es un pensamiento retrogrado, las mujeres nos hemos liberado, no necesitamos a un hombre para ser felices, ni tener hijos para sentir que hemos hecho algo con nuestras vidas.

—¿Por qué vas a tener un hijo tú? —pregunté para que viese que su

argumentación no era del todo cierta.

—Edu quería.

—¿Y tú accediste sin más?

—No fue sin más, lo hablamos y se supone que es el siguiente paso, tener algo tangible entre nosotros.

Me sorprendí ante su respuesta, pero no quise anticipar acontecimientos, enfadarme no me ayudaría a entenderla.

—¿Tú no querías tener hijos?

—Sí y no, quería hacerlo, pero creía que era demasiado pronto, simplemente sucedió —admitió en un susurro y bajando la mirada a sus manos—. Tori, sé que está siendo difícil para ti aceptar todo esto, sabes como soy, sabes que soy muy libre y no quiero atarme a nada. No planeaba quedarme embarazada tan rápido, pero sucedió, cuando follas corres el riesgo de que ocurra —sonrió—. No quiero que te enfades conmigo por esto, solo quiero hacerte ver que eso que para ti es tan importante, no lo es tanto.

—Cada uno tenemos nuestras prioridades, no puedes decir que las mías no son importantes solo porque no son iguales a las tuyas.

—Me estás entendiendo mal —resopló y se pasó una mano por el pelo—. Solo quiero hacerte ver que lo que te ocurre no es un problema. Tienes dos opciones: tener hijos o no tenerlos. Si eliges la primera vuelves a tener opciones; la inseminación que ya has descartado, esperar por el hombre perfecto que parece ser una tortura para ti, follarte a cualquiera para que te haga un bombo o hablar con Anton.

—No, tiene que haber más opciones —protesté infantilmente.

—No las hay —aseguró—, y si estuviese en tu lugar, realmente me plantearía lo de Anton, no es tan mala idea.

—¿Es que te has hecho socia del club de fans de Anton y no me has dicho nada? —pregunté con ironía.

Ella sonrió como si supiese algo que yo no sé, enfadándose más, haciendo que cruzase los brazos bajo mi pecho y la mirase con resentimiento.

—Te conozco, sé que Anton es tu mejor opción —aseguró.

—Pero no es la única.

—Admite que es la mejor.

—Petarda insoportable —espeté desviando la mirada.

Ella rio abiertamente y dejó el tema, pero estaba claro que me había hecho plantearme muchas cosas, entre ellas si lo que Anton me había propuesto era algo a lo que podía acceder, ¿realmente no sería un error terrible? ¿Podríamos tener un futuro en el que todo no fuese un completo desastre?

Miré a Jenn mientras comentaba que ya había empezado a remodelar el cuarto que sería el del bebé, sus ojos brillaban y pude verlo, aunque ella no quisiese admitirlo ese bebé le hacía mucha ilusión. En esa ilusión no había nada de la mujer liberal que quería demostrar ser, solo era una mujer normal, con su instinto maternal a flor de piel y las hormonas revolucionadas.

Y la envidiaba cada día más...

Capítulo 6

El viento fresco me golpeaba en la cara, algunas gotas de lluvia que se confundían con las del mar al romper las olas también me salpicaban un poco, pero no podía detenerme. Corría y corría sin importar a dónde.

Había anochecido un par de horas antes y cada vez había menos personas por la calle, yo corría por el paseo marítimo al lado del puerto y apenas me había cruzado con un par de transeúntes que me miraban un poco sorprendidos. Pero continuaba corriendo, con la mirada al frente y los auriculares a todo volumen con una canción de REM.

No quería pensar...

El sonido de la batería golpeaba con fuerza en mis oídos e intentaba acompañar los pasos a su ritmo, tomaba aire con fuerza por la nariz y lo expulsaba por la boca para evitar el flato, pero por más que corría mis pensamientos me perseguían a toda velocidad, los muy cabrones eran más rápidos que yo.

Habían pasado solo dos días desde que había compartido aquella conversación tan esclarecedora con Jenn, bueno esclarecedora para ella, a mí no podía haberme dejado más confundida. Intenté encontrarle sentido a alguna de las cosas que me había dicho, pero simplemente no lo tenía, todo lo que me había dicho no había hecho más que alimentar las dudas que ya tenía y por más vueltas y vueltas que le daba al asunto, siempre terminaba en el mismo lugar: sin saber qué hacer.

Jenn era una mujer de ideas fijas, estaba claro que no podía desmontar sus argumentos porque tenían muy buena base, pero no podía entender como algo tan descabellado como tener un hijo bajo trato con mi ex podía ser buena idea. Simplemente me parecía absurdo.

¿Cómo podría acabar aquello? Mal... terriblemente mal. Sobre todo para mí, que acostumbraba a darlo todo y nunca recibía nada a cambio, o

si recibía algo solo eran decepciones y más desengaños.

Di otra vuelta al paseo marítimo, ya era la cuarta, y si tenía en cuenta que medía más de dos kilómetros había hecho casi una maratón. Mis piernas estaban tan cansadas que apenas las sentía, el sudor me cubría el cuerpo de arriba a abajo y aunque me cruzaba con personas que vestían un abrigo yo no sentía ni una pizca de frío, más bien todo lo contrario, pensaba a tanta velocidad que de un momento a otro mi cabeza comenzaría a echar humo.

No entendía como Jenn podía estar tan convencida de que aceptar la propuesta de Anton era buena idea, mirase por donde lo mirase encontraba un “pero” que me obligaba a echarme atrás, aunque mi corazón latía desacompasado solo con pensar en que la posibilidad era un poquito tangible.

No me entendía, no entendía mis reacciones ni porque le daba tantas vueltas al asunto, le había dicho a él que no, le había dicho a Jenn que se olvidase del tema, pero a fin de cuentas la que más pensaba en ello era yo misma, incapaz de aparcar el asunto y seguir con mi vida desde ese punto.

Me detuve en el portal de mi edificio a tomar aire, me apoyé contra la pared resollando, varias gotas de sudor me caían por el cuello y me lo froté para que dejaran de hacerme cosquillas. Estaba hecha una pena, despeinada, vestida con ropa de deporte y más sudada que un pollo asado, si fuese una persona coherente y constante con mis decisiones, habría subido a mi casa, me habría dado una ducha y me habría metido en la cama, entre otras cosas porque al día siguiente tenía que ir al trabajo y no sería buena idea no dormir antes de eso.

Mi mente era una cacofonía de pensamientos, todos mezclados y sin sentido, repetía retazos de conversaciones, volvía a sentir las mismas sensaciones y sentimientos... era como si realmente estuviese reviviendo aquella conversación con Anton y estaba haciendo mella en mi estado de ánimo. Lo peor es que llevaba tanto tiempo en tensión que no estaba ayudando a que pensase con coherencia en cual debería ser mi siguiente paso. Estaba agotada y confundida, solo quería dejar de pensar, o al menos hacerlo de un modo más ordenado para poder poner mis ideas claras y saber que era lo más importante de todo lo que me preocupaba.

Pero al no ser una persona coherente, de hecho, dudaba mucho de que

en ese momento fuese una persona, solo era una saco andante de hormonas con la idea clara de tener un bebé y cumplir mi sueño, sin importar el qué, continué corriendo pero en esta ocasión fue en dirección contraria al puerto.

Me metí por varias calles que sabía que me llevarían más rápido a mi destino sin importarme si estaban oscuras o llenas de personas de dudosa reputación. Solo tenía un objetivo, mi mente se había quedado apagada de repente y mi cuerpo era el único que había tomado una decisión echando a correr sin motivo aparente.

Pero tenía muy claro a donde me dirigía... demasiado claro. Y aunque una parte de mí estaba de acuerdo con hacer eso, otra el doble de grande estaba aterrada y deseando esconderse en un rincón.

¿Y si era demasiado tarde?

¿Y si Anton se había echado atrás y ahora no quería saber nada de mí ni de aquel absurdo pacto?

¿Y si estaba tan enfadado conmigo que no me abría la puerta?

¿Y si lo encontraba con otra?

Ante ese último pensamiento un estremecimiento recorrió mi espalda y me detuve de golpe, ¿y si era así? ¿Si él estaba con otra y follando como un animal?

No podría soportarlo...

Carlos lo hizo y creí morir al descubrirlo, aunque el sentimiento solo duró lo que tardé en darme cuenta de que era un pobre gilipollas que no merecía ni que le mirase por segunda vez, pero con Anton...

Resoplé y me doblé apoyando las manos sobre mis rodillas, a la vez que recuperaba la respiración intentaba insuflarme todo el valor que iba a necesitar para llamar a su puerta, eso sin contar la cantidad extra para poder plantarme frente a él y exponerle mi dudas sobre el pacto, porque eran muchas...

¿Qué pasaba si accedía a su trato y uno de los dos conocía a otra persona?

¿O si nos dábamos cuenta de que había sido un tremendo error cuando era demasiado tarde y ya estaba embarazada?

¿Qué pasaría si a los dos días de intentarlo descubriamos que éramos completamente incompatibles?

Había pasado mucho tiempo, habíamos conocido a otras personas y cambiado mucho nuestra forma de ser, es decir, habíamos madurado... ¿qué pasaba si lo habíamos hecho tanto que ahora no nos soportábamos?

Gemí frustrada ante el rumbo de mis pensamientos, allí parada mirando mis pies no solventaría ni una sola de mis dudas, tenía que seguir adelante y poder hacer frente a todo.

Corrí las pocas calles que me separaban de su casa y agradecí en silencio a un vecino que bajaba y me dejó el portal abierto, así podría subir y tendría el corto viaje en ascensor para darme el último empujón que necesitaba.

Pero no fue suficiente...

Parada frente a su puerta no tenía ni una pizca del valor que necesitaba para siquiera llamar al timbre, mucho menos para hablar con él y exponerle mis dudas. No... imposible.

Aunque lo hice. No sé cómo ni porqué, pero cuando quise darme cuenta mi dedo estaba pulsando aquel infernal interruptor que accionaba el timbre y el maldito cacharro gritaba tanto que estaba segura de que todo el edificio podía escucharlo.

Mi cuerpo temblaba tanto que estaba segura de que parecía un castillo de naipes a punto de derrumbarse, agarré mis manos una con la otra escondiéndolas en mi espalda y obligué a mis rodillas a sostener mi peso para que no me dejaran caer. Di un respingo sobresaltada cuando escuché un golpe del otro lado de la puerta y mi estómago se estrujó de anticipación.

La puerta se abrió de golpe y el cabello desaliñado de Anton fue lo primero que llamó mi atención, ¡mierda! Estaba con otra, lo sabía... es muy cabrón estaba con otra y yo haciendo el más grande de los ridículos presentándome en su casa para hablar de...

—¿Tori? —su voz me sacó de mis pensamientos y me sorprendió que sonase ronca y rasposa, como si acabase de levantarse de la cama. Él entrecerró los ojos para observarme y sus cejas se alzaron con sorpresa...

Miré hacia abajo y me vi vestida con aquellos pantalones de yoga y cubierta de sudor, bien por ti Tori, segunda vez que te presentas en su casa hecha unos zorros.

—Hola... —musité saludándole con la mano e intentando poner mi mejor cara de inocencia, al menos que tuviese claro que mi última intención era molestar, estuviese haciendo lo que estuviese haciendo.

—¿Ocurre algo? —volvió a preguntar, esta vez un poco más despierto y abriendo más los ojos.

—No... yo solo... —balbuceé—. No importa, yo...

—¿Vas a empezar otra vez? —me miró desde toda su altura con esa mirada castaña y potente y sentí como me iba haciendo pequeñita y más pequeñita por momentos—. Pasa.

Debería haberme ido, dar media vuelta y entrar en el ascensor, pulsar el cero para bajar al vestíbulo y olvidarme de Anton para siempre. Pero cuando su cuerpo se hizo a un lado para dejarme paso mis piernas se movieron por voluntad propia y me adentré en su apartamento sin dudarle ni solo minuto.

Caminé hasta el salón y tuve que encender la lámpara, ya que estaba apagada, todo parecía un poco revuelto, había un par de cojines en el suelo y su chaqueta sobre el respaldo del sofá dejada de cualquier modo. También había un vaso sobre la mesa, vacío y una botella de wiski también vacía a su lado.

Me giré para encararle y en ese momento me di cuenta de que, de nuevo, vestía solo aquel pantalón de pijama que llevaba puesto semanas atrás, con su pecho desnudo y aquel caminito de vellos que me indicaba a donde debería dirigirse mi mirada. Carraspeé para disimular el estremecimiento que recorrió todo mi cuerpo y meforcé en mirarle a la cara, solo a la cara.

—Lo siento si te he molestado —musité solo para romper el silencio que comenzaba a ponerme nerviosa.

—No importa —se excusó caminando hacia el sofá de tres plazas y dejándose caer en él.

Pensé en sentarme también, pero estaba demasiado nerviosa y todavía

me temblaba todo, mejor quedarme en pie e intentar dominarme a mí misma para no ser tan obvia.

—¿A qué has venido? —buena pregunta, pero ni siquiera yo misma tenía la respuesta.

Pasé la mano por mi cabello y me sorprendí al encontrarlo en una cola de caballo, ya no recordaba que me lo había recogido para poder correr. Sequé el sudor de mis manos contra los muslos y me senté en el sofá, a su lado pero a una distancia prudente y apoyando solo la punta del culo para poder ponerme en pie de un salto si la situación lo propiciaba.

—La verdad es que no tengo ni idea.

Anton bostezó y se desperezó sin ninguna vergüenza, alzando los brazos sobre su cabeza y abriendo la boca como si fuese un caballo. Tuve que hacer mi mejor esfuerzo en no mirar su pecho y comérmelo con los ojos, no se podía estar tan bueno y hacer ese tipo de cosas, tenía que tener un poco de consideración con el género femenino (y parte del masculino también) y no mostrarse tan apetecible.

—La cosa es fácil, tú has venido aquí, supongo que por algún motivo, lo normal sería que lo compartieses conmigo.

Le miré con los ojos entrecerrados y bufé.

—Chico listo —mascullé entre dientes—. Estaba corriendo y simplemente llegué aquí.

—¿Has corrido hasta aquí desde el otro lado de la ciudad? —preguntó sorprendido.

—No, ahora vivo en el puerto... vivo sola... —no sé por qué pero sentí que debía dejar claro ese punto.

Él se quedó en silencio, mirando al frente hacia aquella televisión que nos devolvía de nuevo aquel reflejo y me negué a mirar hacia el mismo lugar, no quería volver a sentir aquel dolor en el pecho de cuando me despedí de él la última vez, no podría soportarlo en ese momento.

—No quería molestar —volví a decir solo para romper el silencio.

—No molestas, pero en serio ¿qué haces aquí?

Respiré hondo, desvié la vista para que mirarle no me distrajesse y me

armé de valor.

—¿Lo decías en serio?

Él me miró, sentí el calor de sus ojos en cada poro expuesto de mi piel y carraspeó antes de enderezarse en el sofá, quedando un poco más cerca de mí.

—¿El qué exactamente? —preguntó.

Me humedecí los labios con la punta de la lengua y comencé a hablar todavía sin mirarle.

—Lo del bebé, ¿lo decías en serio?

Se quedó en silencio unos segundos y por mi visión periférica pude ver como se pasaba una mano por su cabello despeinándose todavía más si es que eso era posible.

—Me conoces, sabes que no diría nada si no fuese en serio.

Asentí ante sus palabras y miré el suelo, esa alfombra era preciosa, tenía una borde dorado que contrastaba mucho con el color oscuro de la madera del suelo, pero tenía un par de pelusas en una esquina, Anton debería esmerarse más en la limpieza, tendría que...

—¿Por qué lo preguntas?

El sonido de su voz casi me hace dar un respingo, de hecho me sobresalté un poco y di un saltito hacia un lado para alejarme más de él.

—Es solo que... —¿Qué le decía? ¿La verdad?—. Solo he estado pensando...

—¿Sobré qué? —inquirió ante mi repentino silencio, pero es que no sabía cómo continuar.

—Jenn está embarazada —solté de golpe—, hace casi un mes que lo sabe y... no sé... solo...

—¿Te da envidia? —me interrumpió.

—¡No! —me apresuré a negar y le miré negando con mi cabeza para que eso le quedase claro—. Es mi mejor amiga.

—Eso no evita que tengas envidia... —sonrió con suficiencia—. Te conozco y sé que te frustra que los demás tengan lo que tú quieres.

Suspiré y aflojé los músculos de mi espalda, hasta ese momento no me había dado cuenta de lo tensos que los tenía, con Anton no podía fingir, él me conocía tanto, tanto que solo necesitaba mirarme.

—Fue un accidente, se quedó embarazada sin querer —musité a media voz—. Ella no quería bebé y de repente va a tenerlo...

—No es la única a la que le pasa eso, ¿sabes? Muchas mujeres en el mundo se quedan embarazadas sin querer.

—Lo sé —refunfuñé desviando la mirada de nuevo—. Pero es que... ¡es Jenn! Tú la conoces, casi no puede cuidar de sí misma y ahora va a tener un bebé.

—Tú podrás ayudarla con todo lo que necesite... —su voz fue tan sugerente que sentí como si me acariciase con cada palabra...

«*Mierda tori, ponte en pie y aléjate de él*» Por primera vez hice caso a subconsciente y me puse en pie caminando hacia la ventana, miré a través del cristal y toda la ciudad estaba en movimiento, el cielo estaba encapotado impidiendo que se pudiesen ver las estrellas. Las luces de los coches iluminaban las calles, todo estaba en plena ebullición y lleno de vida pese a que yo estaba allí arriba, paralizada y sintiendo que todo mi mundo pendía de un hilo, o más bien de una explicación.

—Quiero un bebé... —admití con un suspiro.

—No voy a repetir lo que te dije la otra noche, lo sabes perfectamente —habló él desde el sofá.

Me giré para mirarle y su postura relajada mientras hablaba del tema me enfadó un poco, ¿por qué parecía tan tranquilo cuando todo mi mundo estaba temblando? Para mí era lo más importante y él me ofrecía su ayuda como si hablase de dejarme una camiseta o unos pantalones. ¿Hola? Estamos hablando de tener un hijo, al menos ten un poco de sangre en las venas y muéstrate un poquito emocionado.

—¿Por qué? —le pregunté quizá más bruscamente de lo que pretendía.

—¿Por qué, qué?

Di un paso adelante y fruncí el ceño.

—¿Por qué quieres ayudarme con esto?

—Te lo dije el otro día, yo quiero lo mismo, solo tienes que sumar uno y uno.

—¡Es que no tiene sentido! —exclamé estallando por fin—. Tú siempre has sido de ese tipo de persona que no se ata, que no tiene nada tangible —utilicé las palabras de Jenn—, y que vive el día a día. Nunca te ha preocupado nada más que tú y tus cosas, ¿por qué ahora quieres tener un bebé y encima conmigo?

—Estás muy equivocada en todo eso que has dicho —gruñó enderezándose en su posición.

—¿Ah sí, en qué exactamente?

—Para ser una persona que no se ata estuvimos tres años juntos, Tori, ¡tres! No son dos días, son tres años y...

—Pero me dejaste cuando las cosas comenzaban a ponerse serias —le interrumpí.

—Te expliqué porque fue, te lo dije y me dijiste que lo habías entendido.

—No lo hice, entendí porque tú podrías sentirte así, pero para mí no tienen ningún sentido tus motivos.

Estaba alzando la voz, lo sabía y quería evitarlo, pero Anton me desestabilizaba de tal modo que no podía controlar lo que decía ni como lo decía.

—¿Algo más que tengas que echarme en cara? —preguntó con desdén.

—No te estoy echando nada en cara, solo intento entenderte.

—No —negó con la cabeza y el poder de su mirada me dejó paralizada—, intentas encontrar excusas, no sé para que las quieres pero necesitas una excusa, ¿para qué la quieres, Tori? ¿Intentas alejarte de mí? ¿Estás intentando hacerme parecer una mala persona para que aceptar mi ayuda no sea una opción?

—Yo no...

—¿Para qué? —se puso en pie y volví a sentirme pequeña, di un paso atrás y me encontré con que el cristal de la ventana detenía mi huida, mierda, no tenía posibilidad de escapar como una cobarde.

—Anton —su nombre me quemó en los labios y me detuve a tomar aire—. Esto no tiene sentido, no debería haber venido...

—¿Vuelves a huir?

Pillada...

—No estoy huyendo, solo digo que es evidente que fue un error intentar hablar contigo —«*cobarde y más que cobarde*» me dije a mí misma mientras intentaba esquivarle para ir hacia la puerta—. Es mejor que me vaya...

—No —solo esa palabra me detuvo de golpe y le miré a los ojos, cayendo en ellos y sintiéndome perdida—. ¿Por qué quieres alejarte mí?

Negué con la cabeza incapaz de encontrar mi voz.

—Entiendo tu resentimiento, pero no necesitas alejarte de mí, ante todo somos amigos.

—Tú quieres cruzar esa línea, quieres que tengamos un hijo —pude pronunciar con voz temblorosa—. No podremos ser amigos si tenemos un hijo en común.

—¿Por qué?

—Pues porque... —¿por qué no? Porque tendría que acostarme con él para eso y no, porque eso me destrozaría por completo—. ¡Pues porque no!

—Estás siendo absurda —el sonido de su risa me calentó el estómago y aquella mariposa que estaba empezando a odiar se desperezó de nuevo batiendo las alas con timidez.

—Es que no tiene sentido... no tiene ningún sentido —negué con la cabeza y me tragué las lágrimas—. Tú no querías atarte, no querías nada que te cortase las alas.

—Tengo las alas extendidas ahora mismo, tengo todo lo que quiero, no me importa atarme, es más, lo necesito —dijo con total convencimiento—. Necesito algo que sea de verdad.

—Un bebé es algo muy grande, algo que no puedes devolver cuando te canses de él.

—Tori... —sonrió y volví a enfardarme porque esa sonrisa me hacía sentir cosas que no quería sentir.

—No Anton, tienes que escucharme. No puedes proponerme algo así y esperar que acepte sin hacer ninguna pregunta.

—¿De verdad te lo estás planteando? —su esperanza hizo que la puta mariposa batiese las alas más rápido.

¡No, no y no! No podía ilusionarme y mucho menos ilusionarle a él, no podría soportar que si después le decía que no me mirase del mismo modo en que lo hizo cuando estaba en el restaurante y se marchó.

—Solo quiero saber tus motivos —tragué en seco y le miré esperando su reacción.

—Son los mismos que los tuyos, quiero sentar cabeza, formar una familia y tener alguien que me espere cuando vuelva a casa cada noche.

—Ese es un tópico que suena muy falso en tus labios —protesté.

—Es lo que todos queremos al fin y al cabo. Mira a Jenn, la feminista, la más liberal de todas las mujeres que conozco, al final ha pasado por el aro y está casada y embarazada... ¿no te dice nada?

No, no me decía nada, Jenn estaba enamorada y él me estaba proponiendo un trato sucio. Lo de ella era verdad, lo que él pedía era una mentira, camuflada bajo una amistad, pero una mentira al fin y al cabo.

—No puedo creerte —aseguré mirándole a los ojos para que le quedase claro que lo pensaba de verdad—. Un bebé no merece nacer de una mentira, no merece vivir con un padre que le quiere porque es lo que todo el mundo espera de él, no... no puedo acceder a algo así.

Decidí irme, hablar con él me estaba destrozando por dentro, saber que la posibilidad más sencilla de cumplir mis sueños y la que tenía al alcance de la mano se estaba rompiendo en pedazos frente a mis ojos me estaba matando y no podía soportarlo más sin echarme a llorar, no quería hacerlo frente a él.

Pasé a su lado y no me sorprendí cuando su mano rodeó mi brazo, el calor de su piel se deslizó por mi mía con un escalofrío y cerré los ojos para no mirarle y dejarme llevar.

—Sería su padre todos y cada uno de los días de mi vida, veneraré a

ese bebé, haré que su vida sea perfecta y lucharé con todas mis fuerzas para que sea feliz —susurró cerca de mi oído—, ¿no te basta eso? Te estoy ofreciendo más de lo que nadie podrá ofrecerte nunca.

—Sigues queriendo a ese bebé por los motivos equivocados —susurré yo también mientras una lágrima caía por mi mejilla.

—Estabilidad, es lo que te ofrezco a ti, un acuerdo que nos beneficia a ambos —continuó—. Tendremos la seguridad de que nadie nos hará daño, de que no te engañaré nunca y de que ese hijo que tengamos juntos será lo más importante para mí por encima de cualquier otra persona. Piénsalo, Tori...

Me soltó el brazo y de repente me sentí sola y torpe, como si al dar un solo paso pudiese caerme por un abismo del que no veía el final.

Me giré lentamente, con mucho cuidado de no hacer un movimiento en falso y finalmente precipitarme. Pero toda cautela fue poca, no podía haberme preparado nunca para la mirada que él me estaba devolviendo. Mis pensamientos se evaporaron, mi cuerpo entero dejó de temblar y en cambio mi corazón comenzó a latir a toda velocidad.

—Está bien —acepté en un susurro—, lo haremos.

Él asintió a la vez que una enorme sonrisa estiraba sus labios. Se acercó a mí el escaso espacio que nos separaba y me envolvió en sus brazos, inconscientemente esperaba que me besase, que me apretase con fuerza y que hundiese la lengua en mi boca. Pero no lo hizo, solo me abrazó mientras me prometía en un susurro que nunca me arrepentiría de haber aceptado, aunque nunca había dudado tanto de las palabras de nadie.

Eran al menos las dos de la madrugada, Anton estaba sentado frente a la mesa de su cocina y tenía un papel frente a él, sujetaba un bolígrafo en la mano izquierda y mordisqueaba la tapa ausentemente mientras su mirada estaba clavada en el papel. Después de aceptar su pacto habíamos llegado al acuerdo de establecer unas normas, poner unos puntos básicos que teníamos que seguir para que aquello no diese tanto miedo, aunque mirase por donde lo mirase la idea me resultaba aterradora.

Algo en el fondo me decía que él solo estaba escribiendo para que yo me sintiese mejor, para que mis dudas se fuesen disipando poco a poco y me centrarse en lo importante, que era tener un hijo con él.

Era muy tarde, estaba agotada y sentía los músculos cansados a causa de la carrera, al día siguiente tenía que levantarme para ir a trabajar y apenas quedaban unas pocas horas para aquello. Pero no tenía ni una pizca de sueño, mi mirada estaba clavada en Anton y en aquel papelito.

Aunque al menos él había tenido piedad de mí y se había ido a poner una camiseta alegando que tenía frío, sabía con seguridad que me había pillado mirando su pecho fijamente y se había sentido incómodo, cualquiera lo haría si le estuviesen comiendo con los ojos con la misma intensidad que yo lo hacía, pero le agradecí en silencio porque así podría centrarme en lo que era importante de verdad.

—Tenemos dos puntos hasta ahora —dijo arrancándome de mis pensamientos—: fidelidad y confianza.

Bufé sin querer y él me miró como preguntando en silencio si tenía algo que objetar, pues mira sí... más que un acuerdo esto parecía la promesa tonta de unos enamorados de quince años.

—Creo que esos dos puntos los hemos superado hace muchos años —mascullé con desgana y cruzándome de brazos, esas dos cosas no me tranquilizaban, solo hacían que pensase en eso como algo real y no como el acuerdo que era, uno que nos beneficiaba a ambos.

—Son dos puntos indispensables —refutó con energía—. Si no somos fieles podemos pasarnos alguna enfermedad o algo parecido y si no tenemos confianza ni siquiera sé para que estamos haciendo esto.

—Está bien —no me gustaba admitirlo pero tenía razón, me molestaba esa suficiencia con la que me miraba, como si él estuviese haciendo ese tipo de cosas cada día.

—¿Algo más? —inquirió alzando una ceja.

—Nada de sexo —espeté lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Tori... —sonrió y sus ojos centellearon al clavarse en los míos—, se supone que para hacer bebés hay que tener sexo.

Sabía que estaba siendo absurda, pero no podía evitarlo.

—Vale, pero solo sexo con fines reproductivos.

—No voy a poner eso aquí —negó con una sonrisa.

—¿Por qué no? —le pregunté irritada.

—Porque es algo que no vamos a cumplir.

—¿Por qué estás tan seguro?

No contestó, solo se mordió el labio y miró mis pechos, apenas cubiertos por la camiseta de tirantes que me había puesto para correr y un sujetador deportivo. Con solo esa mirada mi cuerpo entero se calentó, se me puso la piel de gallina y un hormigueo en mi sexo me obligó a removerme en la silla con impaciencia.

—Vale... no lo pongas —murmuré cruzando los brazos frente a mi pecho para ocultar la marca de mis pezones erguidos.

Rio entre dientes y volvió a mirarme a los ojos.

—Otro punto: tenemos que vivir juntos.

—No —me negué tajantemente, no iba a cometer el error de volver a dejar mi apartamento para aventurarme con una locura y después volver a quedarme en la calle y sin nadie a quien poder pedir ayuda—. Eso está fuera de discusión.

—Tori, tendremos que acostarnos varias veces al mes, ¿no es incómodo que uno de los dos tenga que desplazarse a casa del otro para eso?

—No veo cual es el problema —me encogí de hombros y fingí indiferencia.

—¿Y cuándo te quedes embarazada? ¿Cómo voy a cuidar de ti entonces? ¿Y cuando nazca el bebé? —con cada pregunta sus cejas se alzaban un poquito más y su miraba cobraba más peso, a la vez que yo me iba encogiendo más y más en la silla viendo que tenía toda la razón.

Pero no iba a dar mi brazo a torcer con tanta facilidad.

—Me quedaré a dormir aquí cuando tengamos sexo, pero volveré a mi apartamento justo después.

—Eso nos valdría al principio, pero ¿y después?

Idiota...

¿Por qué tenía que tirar abajo todas mis propuestas?

—Está bien —gruñí molesta—, pero no voy a dejar mi apartamento, me gusta mucho y me iré allí cada vez que me enfade contigo.

—Estoy seguro de que eso pasará mucho —aseguró riendo—, eres una histérica.

—Anton... si sigues por ahí me vas a...

—Vale... seré bueno —aseguró endulzando el gesto, pero solo duró un segundo, después me guiñó un ojo y volvió a mirar el papel—. Tendremos que ir a hacer una analítica de sangre o algo, ¿no?

—Estaría bien —odiaba que me pinchasen, pero parecía que era algo que tenía que suceder si quería que fuese todo bien.

—Te aseguro que estoy sanote, pero por escrito eso tiene más peso.

—¿No eras tú el que hablaba de confianza? —le pregunté alzando una ceja.

—Por eso mismo —se encogió de hombros y comenzó a hacer un dibujo en el papel—, este último año me he acostado con alguna chica y aunque he utilizado protección, nunca está demás asegurarse de que todo está bien.

Apreté los dientes con fuerza y evité pensar en él revolcándose en la cama con otra, no podía empezar a echarle en cara algo así, para empezar porque no tenía derecho y para seguir porque estaba siendo sincero al admitir que había estado con otras, si yo también era sincera me había acostado con Carlos a lo largo de los últimos meses, no tenía nada que echarle cara que no hubiera hecho yo también.

—Mañana pediré cita con mi médico —murmuré.

—Hablando de mañana, es tardísimo, te acerco a casa.

—¿Hemos acabado ya? —pregunté cuando él se puso en pie.

—¿Algo más que quieras añadir tú?

Me mordí el labio inferior sin atreverme a decirlo, pero era algo que llevaba un rato dándole vueltas y creía que era lo más justo. Asentí con la

cabeza y él volvió a sentarse sujetando el bolígrafo de nuevo.

—Dime.

Tomé aire y desvié la mirada para no tener que ver su expresión.

—En el momento en que uno de los dos se enamora, el pacto dejará de existir.

Casi pude escuchar como la respiración de Anton se detenía, asustada volví la mirada hacia él y su gesto se había endurecido, tenía la mandíbula tan apretada que estaba segura que los dientes le dolerían.

—¿Qué quieres decir? —espetó con voz dura.

Carraspeé y me removí en la silla, inconscientemente comencé a jugar con mis dedos, no sabía por qué pero me sentía un poco intimidada al decir mis pensamientos en voz alta.

—En el momento en el que uno de los dos conozca a alguien y se enamora, el pacto dejará de tener validez. No puedo obligarte a estar a mi lado solo porque me lo hayas prometido, si quieres estar con otra persona podrás hacerlo —casi me hago la ola a mí misma por haber podido decir todo eso en voz alta y sin que se me rompiera la voz en ningún momento.

El gesto de Anton se suavizó y negó con la cabeza.

—Eso no va a suceder.

—No lo sabes.

—Lo sé, nunca voy a volver a enamorarme —aseguró con entereza—. Si quieres pongo esa gilipollez por ti, pero yo no voy a necesitarlo.

No quise insistir porque en ese momento el aire se volvió enrarecido entre nosotros, era como si de repente hasta me costase más poder respirar. Negué con la cabeza incapaz de hablar y bajé la mirada a mis manos, que todavía jugueteaban entre ellas.

—¿Nada más? —preguntó a lo que negué con la cabeza y él se puso en pie.

Le imité y comenzamos a caminar hacia la puerta, antes de abrirla, Anton cogió una de las chaquetas que tenía colgadas en el perchero y me la tendió.

—Seguro que fuera hace frío —susurró a media voz.

Me la puse todavía sin abrir la boca, enseguida una oleada de su perfume me golpeó en la cara y casi gimo de placer. Que bien olía el jodido... estaba segura de que si pudiese estaría esnifando de esa chaqueta hasta que dejase de oler a él.

Bajamos en el ascensor en completo silencio, uno al lado del otro pero separados por mil kilómetros. Sabía que había sido mi culpa por decir aquella última frase y estropearlo todo, pero era algo que me carcomía, quería tanto a Anton que no podía hacerle infeliz obligándole a estar conmigo, aunque él me lo hubiese prometido antes. Estaba segura de que aunque ese punto no estaba en la lista yo lo cumpliría y le dejaría marchar incluso antes de que me lo pidiese.

Capítulo 7

Pasaron cuatro días en los que no supe nada de Anton, esa misma mañana, muy temprano, había ido al hospital para que me extrajesen sangre para hacer la analítica que habíamos prometido hacer y directamente había ido al trabajo parando a desayunar por el camino, pero al parecer no había sido suficiente, casi me desmayo en el trabajo y mi jefe me envió a casa a descansar con la condición que no volvería hasta que me encontrase mejor.

Y así estaba, caminando como un zombi muerto de hambre hacia mi casa. Había tenido que aparcar a un par de calles porque no encontré ni un solo lugar libre y caminaba casi apoyada a las paredes de los edificios colindantes al mío para no caerme al suelo.

Me habían extraído lo que me parecieron dos litros de sangre, necesitaba reponerla y mi cuerpo pedía un descanso que estaba deseosa de darle sin protestar, pero el edificio parecía que estaba cada vez más lejos y yo cada vez más cansada.

Llegué a mi portal y rebusqué las llaves en el bolso, estaba a punto de meterlas en la cerradura y entrar cuando el rugido de una moto me llamó la atención a mi espalda. Me giré solo unos segundos para verla y me sorprendí al encontrarme con un aparato enorme de un brillante color rojo. Estaba pilotada por un chico que vestía una chaqueta de cuero negra y un casco rojo ocultaba su rostro.

Habría sido de buena educación volver la mirada y seguir a lo mío, pero simplemente no quise. Casi pude ver a cámara lenta como aquel chico apagaba la moto y se bajaba de ella, después como sujetó el cierre del casco y comenzó a quitárselo, pero cuando casi me caí redonda al suelo fue cuando sus ojos se clavaron en los míos y descubrí que era Anton.

Intenté por todos los medios acompañar los latidos de mi corazón, pero fue imposible, al parecer tener pocos glóbulos rojos en mi sistema le obligaba a latir más deprisa, tenía que ser eso. Y la poca cantidad de sangre también hacía temblar mis manos y rodillas sin control... sí, sí, tenía que haber una razón médica para todo eso.

—No esperaba encontrarte por aquí —fue lo primero que me dijo en cuando se hubo acercado unos pasos.

—Te dije que vivía por aquí —me encogí de hombros y volví a girarme, mis piernas estaban temblando tanto que dudaba de que pudiesen sostenerme mucho más tiempo.

No sé cómo me las apañé para acertar en la cerradura de todo lo que temblaba y entré sin invitarle pero estaba segura de que me seguiría, no me equivoqué, en cuanto comencé a subir las escaleras escuché sus pasos detrás de mí. Llegué a mi apartamento y tras abrir la puerta dejé las llaves y en bolso en la mesa del recibidor, caminé a lo largo del corto pasillo hasta la sala y me dejé caer en el sofá pateando mis zapatos en el proceso.

Después de cerrar la puerta Anton entró también en la sala y me miró con el ceño fruncido, podía verlo entre algunos mechones de cabello que me ocultaban la cara pero me dejaban observar sin ser muy evidente. Además de aquella chaqueta que ahora llevaba abierta, Anton llevaba unos tejanos muy, muy ajustados en la parte superior, tanto que parecían abrazar sus caderas y para rematar unas botas negras. Era la imagen tónica de todo motero que llega a tu mente en un segundo y un calorcito en la parte baja de mi vientre me indicó que no solo me gustaba, me volvía loca.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con verdadera preocupación.

Quise hacerle una broma, reírme del hecho de que estaba prácticamente muerta solo porque me había sacado un poquito de sangre y así evitaba pensar en lo guapo que me parecía así vestido, pero no pude. No me gustaba mostrarme débil ante nadie y cuando lo hacía me frustraba, cuando me frustraba me enfadaba conmigo misma y cuando me enfadaba lloraba, lo que me hacía avergonzarme y todo volvía a comenzar. Era un círculo vicioso de lágrimas e hipidos que intentaba evitar a toda costa,

pero no siempre lo conseguía.

—No me pasa nada —mascullé cuando la primera lágrima amenazaba con descender por mi mejilla y me apresuré en hacerla desaparecer con la yema de los dedos, Anton se sentó a mi lado y su preocupación, aunque más me parecía lástima, me hizo sentirme peor todavía.

—Tori...

—Solo me han quitado sangre —espeté enderezándome un poco para alejarme más de él—. No me ocurre nada grave y no voy a morirme. Solo necesito descansar.

Anton casi quiso sonreír, pero se contuvo a tiempo, no se imagina la suerte que tuvo, si se hubiese reído habría estallado la tercera guerra mundial, además de lágrimas se habría llevado algún recuerdo con la forma de mi mano en la mejilla.

—¿Has comido algo? —preguntó en un tono de voz suave y relajado.

—Sí —mascullé cerrando los ojos para que la habitación dejase de dar vueltas—, pero por lo visto no ha sido suficiente.

—No te tumbes —sentí su mano en mi hombro y me enderecé un poco más siguiendo sus indicaciones—, coloca la cabeza hacia adelante, a la altura de tus rodillas y respira hondo.

Lo hice y, aunque no entendía el motivo, comencé a sentirme un poco mejor. Él tenía la mano todavía en mi hombro y la deslizó hacia mi espalda, donde comenzó a hacer círculos relajantes que se acompasaron con el ritmo de mi respiración.

—¿Hoy no trabajas? —pregunté mirándole de reojo.

Sus labios se estiraron una fracción de segundo pero apenas pude verlo.

—Hoy no.

—¿El restaurante abre sin el chef? No creo que eso sea bueno para el

negocio —dije intentando pensar en otra cosa que no fuese el roce de su mano sobre mi piel, aunque una camiseta de algodón se interpusiese.

—El restaurante cierra un día la semana, así que es mi día libre.

No dije nada más, mis neuronas estaban comenzando a desconectarse una a una y mi cuerpo relajándose contra su mano. El mareo y el malestar estaban siendo relegados a un segundo plano y la piel de mis brazos se ponía de gallina cada vez que sus dedos se deslizaban cerca de mi hombro, justo allí donde estaba la tira de mi sujetador.

—Es mejor que comas algo más —el sonido de su voz me sobresaltó, estaba casi llegando al nirvana de la relajación cuando la escuché ronca y demasiado cerca.

Intenté disimular un estremecimiento y carraspeé para camuflar mucho mejor mi reciente nerviosismo.

—¿Tienes algo de chocolate? Es bueno para... —estaba segura de que él continuó hablando, pero el sonido de su voz pronunciando la palabra chocolate trajo a mi mente imágenes no aptas para menores.

¡Mierda!

Anton cubierto de chocolate... Anton en una bañera de chocolate... Anton desnudo en una bañera de chocolate... Anton chupando mi dedo cubierto de chocolate... Anton chupando mi...

—¿Te encuentras bien? —la alarma en su voz me hizo regresar al lugar donde me encontraba y al mirarle descubrí que parecía preocupado —. Pareces sofocada...

Sofocada... le iba a dar yo a él sofocos. Aunque sí, me notaba las mejillas un poco más calientes de lo normal.

—Estoy bien —intenté que mi voz sonase normal, pero más pareció un quejido, por lo que él se puso en pie después de ayudarme a tumbarme del todo en el sofá y salió de la habitación.

Cerré los ojos intentando alejar los pensamientos de Anton con el

chocolate y centrarme en algo que fuese menos... no sé, menos, menos... aunque era difícil. Desde que había aceptado esa especie de pacto y desde que había vuelto a tener más contacto con él, solo veía a Anton como un trozo de carne y eso más que asustarme estaba empezando a impacientarme de poner el trato en marcha e intentar quedarme embarazada, aunque a la vez me asustaba porque pensaba en él más de lo que me gustaría.

Suspiré dramáticamente y escuché como él revoloteaba en mi cocina, abriendo y cerrando armarios, hasta que sus pasos sonaron por el pasillo y volvió a entrar en el salón, sentándose en el sofá y tirando de la mesa centro para que estuviese más cerca de mí.

—Te he traído un poco de leche tibia y unas galletas —abrí un ojo y vi el consiguiente vaso acompañado de un paquete de Oreo—. ¿Necesitas algo más?

Negué con la cabeza y volví a cerrar el ojo, estar tumbada era bueno y aunque me apetecía una galleta, estaba segura que de intentar abrir el paquete se me caería al suelo de lo que me temblaban las manos. Lo mejor era cambiar de tema, dejar a un lado los pensamientos sobre Anton cubierto de chocolate o como estaba vestido en ese momento.

—No sabía que tenías una moto —me escuché decir y casi doy un brinco cuando fui consciente lo que estaba preguntando, «*buen modo de no pensar en él*», pensé con ironía.

—La compré hace unos meses, cuando vi que el restaurante iba bien y comenzaba a dar beneficios —confesó un poco avergonzado.

No pude resistirlo más y abrí los ojos, Anton estaba sentado a mi lado, con las piernas ligeramente abiertas e inclinado sobre ellas, tal y como me había dicho a mí que me sentase solo unos minutos antes. Pasaba una mano por su cabello revolviéndolo, como si estuviese nervioso por algo y unos segundos después su mirada se cruzó con la mía.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó alzando un poco la comisura de los labios.

Tomé esa pregunta como una invitación para iniciar una charla fluida, por lo que me enderecé y me coloqué bien sentada a su lado. Intentando controlar mis nervios comencé a abrir el paquete de galletas y me sorprendí al ser capaz de hacerlo sin ser tan evidente como esperaba.

—Solo unas semanas —me escogí de hombros y comencé a comer despacio.

—Me gusta la zona, parece tranquila —comentó con un hilo de voz y se quedó en silencio.

—¿Por qué has vuelto a comprar una moto? —volví al tema anterior porque algo me decía que lo estaba esquivando.

Él suspiró antes de volver a mirarme, en sus ojos vi algo que no había visto nunca antes y que no pude descifrar, porque tan rápido como lo vi, desapareció. En su lugar se colocó una máscara, esa que odiaba y que solo mostraba cuando estaba en presencia de alguien en quien no confiaba, como si quisiese esconder algo de mí.

—Por los atascos, sabes como es la ciudad, en cualquier momento te encuentras con un atasco y así es más fácil esquivar a los coches.

Asentí mientras masticaba lo que quedaba de mi primera galleta, aunque no me había convencido del todo.

—¿Y cuál es la verdad? —inquirí directamente, pensando en un segundo que sería lo que Jenn haría en una situación como esa.

Carraspeó, supongo que para eliminar la incomodidad que parecía tener, volvió a pasar una mano por su cabello y me miró. Dejó salir un suspiro y fue como si se desinflase un poco, su espalda se encorvó y sus hombros cayeron.

—En la moto me siento libre —confesó desviando la mirada—. Siento como si ella tuviese vida, el motor rugiendo y vibrando debajo de mí, con el viento golpeándome en la cara, oliendo todo lo que me rodea... no te puedes ni imaginar lo bien que se va por el puerto con el olor a sal a tu alrededor.

—También me gusta correr por allí —admití con un hilo de voz.

Él me miró un segundo, como si se hubiese olvidado de que me encontraba allí, una ligera sonrisa adornó sus labios y se dejó caer sobre el respaldo del sofá estirando las piernas sobre la alfombra.

—¿Todavía corres? —preguntó con curiosidad.

—Cuando tengo tiempo —di un largo sorbo de leche y me recosté a su lado, pero sin llegar a tocarle.

—Recuerdo que cuando vivías con tus padres siempre salías a correr, a veces me escondía solo para verte.

—¿Me acosabas? —pregunté sorprendida.

—Solo un poco —rio y negó con la cabeza—, fue antes de que empezásemos a salir. Me ignorabas por completo y tenía que hacer algo para llamar tu atención.

—Por eso te escondías para verme sin que yo pudiese verte a ti, bonito modo de llamar mi atención.

—Como ya te dije alguna vez, en esa época era un poco gilipollas.

—Y como yo te dije alguna vez, lo sigues siendo.

Ambos reímos y nos quedamos en silencio, yo comiendo mis galletas poco a poco y él perdido en sus pensamientos. Por un momento esa normalidad me asustó, Anton estaba en mi casa, en mi territorio, y parecía encajar tan bien en él que eso no estaba bien, era como... demasiado perfecto.

Además estaba el tema que los dos parecíamos ignorar, ambos teníamos claro que el motivo por el que estábamos en esa situación era el pacto, pero ninguno hablaba claro, le había dicho que me había hecho las analíticas pero no me preguntó para qué, supongo que ya sabiendo de que se trataba.

Suspiré pesadamente haciéndome un lío con mis propios pensamientos, el sonido pareció despertar a Anton que me miró unos segundos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó tímidamente.

Asentí incapaz de encontrar mi voz, sin saber por qué me sentía nerviosa.

Anton se puso en pie mascullando algo entre dientes que sonó como «gilipollas», y comenzó a dar vueltas por mi salón a la vez que se pasaba una mano por el cabello insistentemente.

—Esto es absurdo —espetó finalmente parándose de golpe delante de mí—. ¿Por qué no podemos hablar como lo hacíamos antes?

Bebí lo que quedaba de leche en el vaso y volví a suspirar, pensé en ponerme en pie también pero descarté la opción al recordar lo que me temblaban las piernas.

—Supongo que hay demasiado entre nosotros —murmuré.

—Esa tenía que ser una de las razones por las que poder hablar, no para distanciarnos más.

—Anton, esto es por lo que te dije que ese pacto era una mala idea, hay demasiadas cosas pendientes entre nosotros, son tantas que nos separan y estoy segura de que esto será un error enorme.

—¿Todavía estás con eso? —gruñó sentándose a mi lado—. Accediste, ahora no puedes echarte atrás.

¿Pero cómo... cómo se atrevía a decirme eso? Sentí que me enfadaba, solo un poco, pero él no tenía ningún derecho para decirme lo que podía o no podía hacer.

—Puedo hacerlo, no he firmado nada.

Anton entrecerró los ojos y me fulminó con la mirada.

—¿Quieres razones por las cuales este pacto es lo mejor que te puede pasar en la vida? —preguntó alterado y con los labios fruncidos en una fina línea.

En un solo segundo pasaron por mi mente varias posibles respuestas a esa pregunta, la más coherente había sido decirle que se fuese a la mierda, la otra escuchar sus razones y negar cada una de ellas con otra razón también coherente, pero yo no era coherente, la falta de sangre me estaba afectando y el tenerle tan cerca y casi enfadado me estaba poniendo al límite, todavía no sabía de qué, pero estaba al límite.

—Dime tus *maravillosas* razones, oh gran sabedor de todo lo que pasa en mi vida.

Él se quedó callado unos segundos, una pequeña parte de tiempo que me pareció eterno, sus ojos estaban clavados en los míos y quemaban, eran como si estuviese abriendo un agujero en mi mente y fuese capaz de descubrir todos mis secretos.

En esos pocos segundos la atmosfera a nuestro alrededor, que hasta ese momento estaba cargada y un poco enrarecida, comenzó a relajarse y una sensación de calma lo envolvió todo.

—No tengo ninguna razón que puedas llamar coherente —admitió por fin—, solo sé que es lo mejor que podemos hacer.

—Eso no me vale —negué con la cabeza y para enfatizar me crucé de brazos.

Él resopló y desvió la mirada unos segundos, estaba empezando a impacientarse y sabía que cuando eso ocurría actuaba por impulsos, no pensaba, solo hacía lo primero que pasaba por su cabeza y normalmente se arrepentía.

—¡Putas razones! Eres tan racional y toca-pelotas... ¡este! ¿Entiendes? —preguntó alzando las cejas y señalándonos a ambos intermitentemente con un dedo—. Este es el curso que debían haber seguido las cosas, tú y yo juntos, pensando en tener un hijo, en crear un futuro juntos... ¡esta es tu puta razón! ¿Satisfecha?

—¡No! —grité enfadándome de verdad, estaba hablando de algo que debía haber sido, algo que ya no teníamos y que él quería recuperar, ¡era absurdo!—. No puedo estar satisfecha porque lo que me estás pidiendo es que vivamos una mentira, un espejismo de lo que deberíamos haber tenido y no tenemos.

—¿Un espejismo? —preguntó confundido.

—¿Dónde quedan las promesas y las miradas que me dabas? Dios Anton, cuando me mirabas se paraba el mundo, pero ahora... ahora siempre que me miras pareces frío y distante... no voy a poder vivir en la mentira que quieres aparentar —respiré agitadamente y me puse en pie—. No somos los mismos niños tontos que soñaban con un mundo perfecto, en la vida real hay problemas que tenemos que solventar y que nos separan.

Anton también se puso en pie y se irguió frente a mí en toda su altura, tanta que me sentí intimidada y di un paso inconsciente hacia atrás, él no tardó en acortarlo y quedó tan cerca de mi cuerpo que podía sentir el calor que desprendía de él.

—Pues nos veo muy cerca —su voz cambió, adquirió un matiz que hacía muchos años que no escuchaba pero mi cuerpo lo reconoció y reaccionó al instante, mi piel se puso de gallina y un estremecimiento me sacudió la espalda.

—Anton... —susurré con voz ahogada dando otro paso atrás.

—Estoy frente a ti Tori, te veo, te siento —sus manos fueron a mi cintura y fue como si un torrente de electricidad recorriese todo mi cuerpo desde ese punto—. No hay nada que aparentar, solo tú y yo cumpliendo los sueños que más queremos.

—Es... es... es una... una locura —tartamudeé.

—Las mejores cosas de la vida son locuras —susurró cerca de oído y mis ojos se cerraron automáticamente con el sonido de su voz ronca—. ¿Recuerdas aquel viaje que hicimos en verano? No estaba planeado, solo

nos subimos a aquel autobús y nos dejamos llevar. Fueron las mejores vacaciones de mi vida.

Sus labios me rozaron el lóbulo de la oreja mientras hablaba y me estremecí una vez más.

Me odiaba a mí misma... me odiaba profundamente por ser tan débil. Tan solo un par de minutos atrás estábamos discutiendo y rompiendo ese pacto y ahora... ahora me estaba derritiendo, literalmente, entre sus brazos y estaba segura de que no podría detenerlo.

—Recuerda aquellas noches Tori —continuó a la vez que alzaba una mano por mi espalda y me sujetaba un mechón de pelo—, apenas dormimos aquellos días, nos pasábamos día y noche juntos, enredados...

Soltó mi cabello un segundo, para sujetarlo de nuevo y dar un leve tirón obligándome a alzar la cabeza. Sentí la pared contra mi espalda y a él frente a mí. Aunque quisiese no podría alejarme, pero no quería, lo quería cerca, muy cerca, perdí el hilo de mis pensamientos cuando acercó su nariz a mi cuello y aspiró profundamente exhalando justo después.

—¿Lo sientes, Tori?

La mano que todavía estaba en mi cintura me apretó con más fuerza pegándome a su cuerpo y su erección se clavó en mi vientre a través de la ropa, separé los labios para gritar pero no pude, no tenía aire para hacerlo.

—¿Esto es un error? —continuó antes de lamer mi clavícula con la punta de la lengua—. ¿Crees que sentirse así es un error?

Cuando pronunció la última pregunta buscó mis ojos buscando una respuesta, pero no supe que contestar, ¿era un error? Por supuesto, uno muy grande, pero ¿quería detenerlo? No... ni siquiera podía. No tenía fuerza física ni mental para detenerle o detenerme a mí misma. Así que en lugar de contestar me puse de puntillas, su aliento me golpeó en la cara y casi perdí los papeles por completo, alcé un poco la cabeza y nuestros labios se rozaron accidentalmente enviando un torrente de emociones que atravesó mi sistema.

Anton estaba resollando, parecía que acaba de correr una maratón y yo no me encontraba en mejor estado, nuestras miradas se unieron y en ese pequeño instante entendí que eso podría ser cualquier cosa, pero nunca sería un error.

Lo siguiente de lo que fui consciente fue de sus labios estrellándose con los míos, su lengua se abrió paso en mi boca sin que pudiese detenerla y mis manos se alzaron para enredarse en su pelo. Era un beso posesivo, demandante, pero a la vez que él pedía, también me estaba dando, me daba un trocito de él en cada roce de su lengua.

Joder... ¿cuánto tiempo hacía que alguien no me besaba así? Carlos siempre había sido más comedido, sus arranques de pasión no pasaban de darme un empujón y tirarme a la cama, en cambio Anton con un solo beso me tenía a sus pies, completamente entregada y pidiendo todo de mí. Solo él había conseguido eso en el pasado y, al parecer, también en el presente.

Me alejé solo un segundo de él para poder tomar una bocanada de aire, apenas me lo permitió, su boca buscó la mía de nuevo y continuó con ese beso que me estaba quitando cada pizca de cordura.

Sus manos estaban por todos lados, un momento en mi espalda y al siguiente en mi cintura, en mi cadera, desabrochando el botón de mis tejanos, bajándolos... no perdí el tiempo y busqué también el botón de su pantalón, no tardé en encontrarlo y lo desabroché todo lo deprisa que pude. El aire fresco acarició mis piernas cuando por fin logró quitarme los tejanos a la vez que los suyos descendían por sus caderas dejándole vestido con un ajustado bóxer. No pude verlo, ya que en todo ese tiempo apenas me dejó respirar con un beso tras otro y cada vez más profundo.

Busqué a tientas la goma de su ropa interior y él casi me arrancó las bragas de lo rápido que me las quitó, durante un segundo logré sostener su erección en mi mano y le acaricié un poco, pero no me dejó hacerlo más, me apartó las manos de un manotazo, me alzó en vilo y se enterró en mí de golpe en una sola estocada.

Grité por el dolor, no había sido suave, pero no me importó, en seguida se disipó gracias a las caricias y los besos que continuó dándome

y fue sustituido por un placer que pocas veces había sentido a ese nivel.

Casi había olvidado lo que era estar con Anton, las ganas de que eso no acabase nunca, de seguir y seguir, apenas recordaba todo ese el ímpetu y la energía, el corazón que ponía en cada caricia y en cada mirada. Porque ya no había miradas frías y distantes, sus ojos eran fuego puro y me acariciaban sin siquiera tocarme.

Su piel ardía bajo mis manos, había olvidado la suavidad de la piel de su espalda y lo sensible que era a mis caricias, había metido las manos bajo su camiseta y cada vez que la yema de mis dedos rozaba esa zona entre sus omoplatos él gemía, sus caderas se impulsaban hacia delante hundiéndose más en mí, provocándome, llevándome al límite, a ese límite que minutos antes desconocía y que ahora casi podía tocar con la yema de los dedos. Y yo lo repetía una y otra vez, le tocaba justo en ese punto porque me estaba volviendo loca.

En un momento dado él dejó de besarme y me sujetó el rostro con ambas manos, me obligó a mirarle a los ojos y una sonrisa canalla estiró tus labios.

—Esta es una buena razón —aseguró antes de hundirse de nuevo en mí pero en otro ángulo que golpeó aquel punto justo, haciéndome gemir más alto.

Mis ojos se cerraron, estaba tan cerca, tan pero tan cerca... me sentía al borde, pero tuve que abrirlos de golpe al sentir su mano en mi cuello, me sujetó con firmeza pero a la vez suavemente. Ambos sabíamos que haciendo un poco de presión podría dejarme sin aire y eso unido al fuego de sus ojos, que parecía crepitar más a cada segundo, fue el catalizador.

Mis parpados cayeron, un suspiro de satisfacción abandonó mis labios y todo explotó. Planetas, estrellas, el universo entero... Tras mis parpados estalló una lluvia de colores a la vez que por mi cuerpo el placer se desplazaba en oleadas que recorrían cada una de mis terminaciones nerviosas. Me rompí en pedazos, me recompuse y volví a romperme en unos pocos segundos mientras su mano en mi cuello y la otra en la cintura era lo único que lograba sostenerme en pie.

Al abrir los ojos los suyos todavía estaban clavados en mí, el marrón parecía haberse fundido y ser un mar de chocolate, brillaban, me miraban y se estrechaban con cada uno de sus movimientos para enterrarse en mí. Un gemido ahogado nació en su garganta, su mandíbula se apretó y sus facciones se volvieron más duras. Anton estaba llegando a su orgasmo y verlo era todo un espectáculo. El sudor recorría su frente y caía en forma de gotas por sus sienes, sus labios estaban retraídos mostrando sus dientes, su cabello estaba revuelto por mis manos y sus ojos nunca dejaron los míos, me atraparon, me sentí absorbida por aquella mirada tan intensa y hasta que hubo acabado no pude liberarme.

Él dejó caer la frente en mi hombro mientras jadeaba, la mano que estaba en mi cuello se relajó y la dejó apoyada con suavidad entre mis pechos., allí donde mi corazón latía a toda velocidad.

Dentro de toda esa bruma que había dejado mi orgasmo y el suyo, uno de los pensamientos que cruzó mi mente en aquellos momentos se filtró poco a poco: eso que todavía teníamos Anton y yo no era un error, nunca podría serlo.

Capítulo 8

Incomodidad.

Esa era la única palabra que podía definir lo que ocurrió tras aquel encuentro improvisado entre Anton y yo. Ambos nos colocamos nuestra ropa sin casi mirarnos y tras unos minutos sin apenas hablar, él se marchó despidiéndose escuetamente.

Se podría esperar que fuese todo lo contrario, que habernos acostado, aunque el acto había sido vertical, podría habernos acercado y limar asperezas, pero no. Eso nos distanció todavía más si es que eso era posible.

Me pasé el resto de ese día sin poder quitar de mi cabeza su mirada mientras llegaba al clímax, fue como si el tiempo no hubiese pasado, como si todavía fuésemos aquellos adolescentes locos el uno por el otro y sin preocupaciones que hacían el amor porque no había nada más divertido que hacer. Pero la realidad era muy distinta, lo que lograba desanimarme y confundirme, no éramos unos niños, no estábamos enamorados y ni siquiera sabía por qué nos habíamos acostado.

Suspiré removiendo mi café y clavé la mirada en el otro lado de la ventana, tuve que salir de mi casa porque era incapaz de dejar de mirar aquel punto de la pared en el que Anton me había poseído, si continuaba allí me volvería loca. Había sucedido muchas horas atrás, pero no importaba, era como si el aire todavía estuviese impregnado de olor a sexo y no podía entender lo que eso provocaba en mí, parecía una perra en celo buscándole en cada rincón solo para repetir de nuevo la jugada.

No lograba entender mis sentimientos, estaba segura de que lo que estábamos haciendo sí que era un poco un error, pero había disfrutado tanto del sexo con él qué, ¡oye!, error o no, acabaría teniendo lo que quería: un bebé, y disfrutaría mucho en el proceso.

Pero ese sentimiento era el que más me confundía, yo no era así, no eran tan práctica y siempre intentaba buscar el sentido y el porqué de las cosas, nunca me dejaba llevar por los acontecimientos o lo que en ese momento pudiese parecer más idóneo según las circunstancias, me gustaba tener todo atado y controlado, por eso me sentía rara.

Di un sorbo de mi café y me tragué otro suspiro, Jenn estaba tardando demasiado, habíamos quedado treinta minutos antes y no era normal en ella retasarse tanto, algo tenía que haber pasado para que no fuese tan puntual como siempre.

Estaba planteándome llamarla por teléfono cuando cruzó la puerta y me buscó con la mirada, la sonrisa que traía dibujada en los labios cayó en cuanto me encontró e incluso parecía que estaba apurando el paso para llegar antes a la mesa donde me encontraba.

—¿Qué ha pasado? —no dijo hola, no dejó de mirarme a los ojos y se sentó en la silla libre que había frente a mí.

—¿Por qué tiene que haber pasado algo? —volví a beber de mi café y desvié la mirada a la ventana una vez más.

—Victoria, no me hagas pronunciar tu nombre entero porque lo odio.

Alcé una ceja en su dirección y no me sorprendí ante su mirada severa.

—Es largo de contar —contesté con un resoplido.

Ella se acomodó en la silla, pidió un té y esperó pacientemente a que le contase lo que había sucedido con Anton. Podía parecer estúpido que le contase a mi mejor amiga lo que me preocupaba cuando días atrás ella me había dicho que era mi mejor opción, estaba segura de que Jenn me diría que me preocupaba por cosas tontas, que dejase pasar el tema y que los acontecimientos me llevarían al punto exacto en que debería estar, pero no, me sorprendió endureciendo el gesto y diciendo con claridad:

—No hagas la idiotez de quedarte embarazada.

Parpadeé sorprendida y casi me atraganto con lo poco que quedaba de

mi café, ella continuó indiferente a lo que había dicho y tomó un sorbo de su té como si me hubiese dicho cualquier banalidad.

—No, guapa, no puedes decirme algo así y quedarte tan tranquila, ¿qué quieres decir con eso? —pregunté atropelladamente.

Jenn se alejó un mechón de pelo de la cara y sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Es una mierda lo mires por donde lo mires. Empiezas vomitando y sintiéndote más cansada de lo que habías estado nunca, ganas mucho peso, los pies se te hinchan y te pones de mal humor —enumeró con parsimonia—. Edu se está volviendo loco, bueno... dice que yo le estoy volviendo loco pero es mentira, y para rematar, alguien te destroza el cuerpo solo para demandar tu atención y tus cuidados día tras día hasta que te mueras, porque aunque ese bebé crezca y pueda valerse por sí mismo, siempre será un parásito...

—Que bruta eres.

—Es la verdad, son parásitos que te chupan la energía desde que los engendras y para siempre, no puedes librarte de ellos.

Reí ante su solemnidad, porque parecía totalmente convencida de lo que decía.

—No te rías, porque estoy hablando muy en serio —continuó hablando—, en las revistas y en la televisión no cuentan las cosas malas del embarazo, solo te dicen la parte bonita, pero es un infierno.

—Jenn...

—No, no —me interrumpió—, ¿eso que dicen de que te sube la libido? ¡Mentira! En cuanto Edu me toca me dan ganas de morderle un ojo, no puede apetecerme menos follar. Y estoy segura de que iré a peor con los meses, es una tremenda mierda Tori, escapa mientras puedas.

—Tarde —susurré mientras me sonrojaba un poco—, creo que Anton no ha utilizado protección, bueno... no lo creo, estoy segura de que no.

—¡Loca! —exclamó mirándome como si de verdad lo estuviese—. Reza para que no te hayas quedado preñada, porque no te lo recomiendo para nada.

—Estás exagerando, ya verás como con el tiempo tu punto vista cambia.

—No... estoy segura de que no, ¿sabes que ahora lloro por cualquier tontería? ¡Yo, llorando! ¿Te lo puedes creer? ¡Pues sí! —gimoteó y sus ojos se humedecieron—. Ahora mismo quiero llorar porque vas a caer en la trampa, te vas a meter de cabeza en esta secta de mujeres obsesivas con monotemas, todas hablan de estrías, contracciones de braston no-se-qué, noches en vela con sofocos, calambres, esa cosa que se mueve dentro de ti y que te da patadas en la vejiga... ¡quiero quitármelo Tori, dile a alguien que me lo quite ya!

Una lágrima descendió por su mejilla y ahí fue cuando me asusté de verdad, me puse en pie de un salto y me senté en otra silla libre que había a su lado, la abracé con fuerza y ella comenzó a gimotear sobre mi hombro.

—Jenn, tranquila... respira hondo —acaricié su espalda y ella hipó—. Ya verás como todo sale bien.

—No, no —negó alejándose de mí y mirándome directamente—. Esa cosa no va a salir bien, voy a tener que empujar para que salga mientras me destroza el coño desde dentro.

Intenté evitarlo pero no pude evitar echarme a reír.

—No te rías de mi desgracia, pedazo de perra, estoy sufriendo y te lo estás tomando a broma.

—Lo que te ocurre se llama cambio hormonal.

—¡Qué cambio hormonal ni que mierdas! Te estoy diciendo una verdad absoluta que todo el mundo calla, estar embarazada es horrible —aseguró, aunque su discurso se vio empañado cuando sorbió por la nariz haciendo mucho ruido—. Todas esas fotos de embarazos sonrientes y de mamás felices con su bebé en brazos, mentiras, mentiras y más mentiras,

no puedes estar feliz cuando te han hecho una episiotomía de esas o como se llame, de tres centímetros y te han puesto un zurcido en el coño.

—¿Cuántas revistas de embarazadas has leído? —pregunté sospechando cual era el problema.

—Como unas mil, ¿por qué?

—Deja de hacerlo —le aconsejé con solemnidad.

—¿Qué? ¿Por qué? Necesito estar informada, saber lo que van a hacer y cómo van a hacerlo.

—Jenn, mírame y respira hondo —ella clavó sus ojos en los míos, aunque en lugar de respirar frunció los labios y me miró con desgana—. Todo va a salir bien, vas a tener un bebé precioso y vas a empezar a disfrutar de tu embarazo si dejas de leer todas esas cosas.

—¿Pero has escuchado algo de lo que he dicho?

—Perfectamente.

—¿Y cómo puedes decir que voy a disfrutar del embarazo con todo lo que me está trastornando?

—La que se está trastornando eres tú sola, estás teniendo un ataque de pánico, piensa primero en el motivo por el que quieres tener a este bebé.

—Edu quería.

—Y tú también.

—No —negó rotundamente y se cruzó de brazos.

—¿Y qué me dices de los planes para decorar su habitación? ¿Y cuándo me llamaste el otro día al trabajo para decirme la lista de posibles nombres para que te dijese si alguno de los niños a los que cuido se llamaba así y era inaguantable?

—No voy a llamarle Sebastián si tienes pruebas de que alguno de los diablillos más insoportables de los que cuidas se llama así.

—¡Dios Jenn! ¿Cómo puedes llamarle Sebastián a un bebé?

—No es un nombre tan feo —refunfuñó.

—No, no es feo, es horrible.

—Calla folladora sin condón, como en unos meses te veas en mí misma situación, no voy a escuchar tus desvaríos ni tus quejas.

—Porque no las tendré —añadí con suficiencia.

—Las tendrás, créeme, las tendrás. Los embarazos son una mierda y no duran solo nueve meses como nos dicen, después de dar a luz todavía siguen los síntomas y las secuelas.

Reí sin humor a la vez que negaba con la cabeza, después suspiré profundamente y miré a mi amiga esperando encontrarla a ella y no a ese saco de hormonas con patas que tenía enfrente.

—¿Qué hago con Anton? —pregunté esperando un poquito de ayuda de su parte.

Ella bebió lo que quedaba de su té y pareció pensar una respuesta.

—Sigue follando con él y quédate preñada.

—No es tan fácil.

—¿Por qué? Si te quedas preñada me acompañaras en este maravilloso viaje lleno de arcoíris de todos los colores posibles, hemorroides y varices en los tobillos —acabó con una sonrisa tétrica.

—Jenn...

—Deja de pensar —me interrumpió—, tú problema más grande es que piensas demasiado y en lo que no debes. Si quedas con él y en lugar de pensar en que posturas te lo vas a follar, estás pensando en si será un error o si a él le parece un error. Vive Tori, no pienses, experimenta, equivócate y si sale mal... ¡mala suerte! Acabarás preñada, llena de hormonas y con un parásito para el resto de tu vida.

—¿Eres consciente de que ese «parásito», es tu propio hijo? — pregunté con una sonrisa.

—Lo sé... —gimoteó antes de ponerse a llorar de nuevo mientras ocultaba su rostro con las manos— todavía no ha nacido y ya soy una mala madre...

La consolé lo mejor que pude, mientras pensaba que hablar con ella no me había servido para nada, estaba igual o más confundida que antes.

Después de salir de aquella cafetería y tras consolar a Jenn lo mejor que pude, regresé a casa caminando, la primavera estaba llegando a la ciudad y poco a poco los colores oscuros y fríos del invierno estaban cambiando a un verde brillante en los brotes de las hojas en los árboles. Estaba empezando a anochecer y cerré mi abrigo para protegerme un poco de frío.

Todo era demasiado complicado...

Tras mi poco esclarecedora conversación con Jenn continuaba tan o más confundida que antes, ¿qué podía hacer con Anton? Todo era tan retorcido y confuso que no tenía ni idea y estaba tan absorta en mis pensamientos que en lugar de dirigirme hacia el portal del edificio lo estaba haciendo hacia donde había dejado el coche aparcado. Inconscientemente entré en él y metí la llave en el contacto. Con el motor en marcha me quedé mirando calle arriba y preguntándome a dónde demonios creía que estaba yendo.

El mejor modo de solucionar un problema es ir a la raíz de él, la raíz de mi problema era Anton, así que la mejor solución era hablar con él, aunque no sabía si podría hacerlo.

Pisé el acelerador y conduje por las calles hasta estacionarme frente a su restaurante, por lo que podía ver a través de las ventanas parecía una noche tranquila, no había muchos clientes pero los pocos que estaban disfrutaban de sus platos. De nuevo volví a sentirme orgullosa de él y de

lo que había conseguido, su sueño se había hecho realidad y cada día disfrutaba de él.

Ese pensamiento sobre disfrutar de los sueños cumplidos trajo de nuevo a mi mente a mi bebé, ese que todavía no existía pero que ansiaba con todas mis fuerzas, ¿por qué me estaba poniendo tantas trabas a mí misma para conseguirlo cuando Anton no parecía tener problemas para dármelo?

Con una determinación poco propia de mí, salí del coche dando un portazo y me crucé la calle para entrar en el restaurante, evité a la recepcionista y caminé directamente hacia la puerta que sabía que llevaba a las cocinas. Podía escuchar a la chica de la entrada yendo detrás de mí y llamándome para que me diese la vuelta y no entrase en una zona que se supone que no está permitido para los clientes, pero yo no era un cliente normal.

Me sorprendí al ver una de esas puertas batientes que aparecen las películas, sonreí como una idiota cuando me di la vuelta y la empujé con mi trasero, siempre había querido hacer eso y no iba a perder la oportunidad para una vez que podía hacerlo. Al girarme vi a la recepcionista, una chica alta, rubia y guapa, que todavía venía detrás de mí y su expresión de cautela y confusión me hizo reír todavía más.

—Lo siento —musité cuando casi me tropiezo con un camarero en mi entrada idiota en la cocina.

Y de repente me vi transportada a uno de esos programas de restaurantes que también salen en la televisión. Allí todo era un bullicio de personas trabajando, uno picaba algún vegetal, otro cargaba un lavavajillas de platos sucios, otro cocinaba frente a una enorme cocina de acero inoxidable y por fin, allí estaba... Anton estaba frente un plato, colocando sobre él un enorme filete de atún y colocando la guarnición de ese modo tan profesional que yo nunca conseguía hacer.

Sus manos se movían con velocidad pero con exactitud, cuando quiso colocar una ramita de cebollino en un equilibrio un poco precario esta se quedó en la posición sin moverse ni un solo milímetro, ¿cómo podía hacerlo con tanta facilidad?

—Señora, usted no puede entrar aquí —la recepcionista llegó a mi lado y me sujetó del brazo tirando de mí hacia la puerta.

La miré a ella y después miré su mano sujetándome, me contuve de decirle un par de cosas, no era plan llegar allí y hacer que los empleados de Anton me odiasen.

—Solo será un momento —escupí maquillando mi malestar con que ella me tocara sin permiso.

—Imposible, le repito que no puede entrar aquí.

—Pero solo será un momento —repetí quizás más alto de lo que pretendía llamando la atención de todos lo que nos rodeaban.

Sentí los ojos de Anton sobre mí antes incluso de volver mi mirada hacia él, me observó con confusión y dejó el plato a un lado, se limpió las manos con un paño y comenzó a caminar en mi dirección.

—No me obligue a llamar a la policía —dijo la recepcionista ganándose mi mejor mirada de odio.

—Llámalos —mascullé—, a ver si pueden quitarte el palo que llevas en el culo.

—Pero...

—Tranquila Ana, ya me ocupo yo de ella —la voz de Anton sonó autoritaria y la recepcionista no dudó en darse media vuelta e irse a su puesto de trabajo—. ¿Qué haces aquí? —preguntó.

Miré fijamente como se cerraba la puerta dejando a la rubia al otro lado y volví mi vista hacia él, ¿por qué estaba tan guapo con esa chaqueta de chef? Estaba un poco sucia, tenía un par de manchitas de salsa, pero le quedaba demasiado bien... contuve un suspiro y recompuse el gesto antes de empezar a babear.

—Necesito hablar contigo —casi me aplaudo a mí misma por ser capaz de centrarme tan rápido teniendo en cuenta lo absurda que había

sido la tarde en su conjunto.

—¿Mientras estoy en el trabajo? Sabes que me tomo estas cosas muy en serio, no puedo permitirme perder el tiempo.

—Solo será un minuto —le interrumpí antes de que continuase regañándose—, ¿podemos hablar a solas un segundo?

—Un segundo, un minuto... decídete.

Entrecerré los ojos y bufé, ¿por qué ahora estaba tan frío después de lo que había sucedido el día anterior?

—Un minuto —escupí.

Se giró sobre sus pies y comenzó a caminar en la dirección contraria a la puerta por la que había entrado, le seguí en silencio.

—Sebastián, quedas al mando —dijo antes de abrir otra puerta.

Continué yendo tras él y antes de salir volví la mirada hacia la persona a la que le había hablado encontrándome con un chico bajito y no muy agraciado, que podía ser una persona bellísima, pero verlo dolía un poco. Definitivamente, Sebastián no era un nombre viable para el bebé de Jenn.

Salimos al exterior, a una especie de callejón donde estaba el contenedor de la basura y algunas cajas de cartón apiladas contra una pared. Anton se paró en la mitad del espacio y cruzó los brazos frente a su pecho, su expresión era seria y quizás parecía un poco enfadado, lo que me hizo deducir que ir a verle de ese modo no había sido una buena decisión.

—¿Qué quieres Tori? —preguntó con impaciencia.

Tragué en seco y bajé la mirada a mis pies.

—Lo siento.

Nos quedamos en silencio unos segundos y le escuché suspirar.

—¿Qué es lo que sientes?

Me armé de valor para poder mirarle y al hacerlo su expresión se había suavizado un poco.

—Lo siento todo, interrumpirte aquí y sobre todo ser tan esquiva contigo.

—¿Qué quieres decir con ser esquiva? —preguntó frunciendo el ceño.

En esta ocasión fui yo la que suspiró y di un paso en su dirección.

—Con ese trato que se supone que estamos haciendo.

—Es un pacto, no un trato. No estamos gestionando una venta o un intercambio, hablamos de nuestras vidas y estamos pactando hacer algo que nos hará felices a ambos —puntualizó.

Casi sonreí ante su insistencia en defender lo indefendible, todo aquello era un error, uno muy grande, pero ya estaba metida en él hasta el cuello y no podía, ni quería, dar marcha atrás. Di otro paso en su dirección y me quedé frente a él, mirando un poco hacia arriba para poder ver sus ojos.

—Lo siento —repetí—, prometo ser menos pesimista con esto y hacer menos conjeturas, poner menos impedimentos y mostrarme más cercana.

Anton sonrió.

—Ayer fue un poco raro —susurró.

—Sí —concedí.

—Supongo que con el tiempo iremos aceptándolo.

—Supongo... —me encogí de hombros.

Extendió una de sus manos y me acarició la mejilla, su tacto fue suave y tierno, casi como si tuviese miedo de hacerme daño.

—Lo haremos bien.

—Ayer estuvo muy bien —comenté sin filtrar lo que realmente estaba diciendo.

Él comenzó a reír y la mano que tenía en mi mejilla se deslizó hasta la parte posterior de mi cuello, de un tirón me atrajo hacia él y nuestras narices se rozaron. Mi corazón comenzó a latir a toda velocidad y tragué saliva.

—Te prometo que podemos hacerlo mucho mejor —su susurro ronco que coló por cada uno de los poros de mi piel y fue como una caricia.

Mi estómago se estrujó de anticipación y sentí como mis pliegues se humedecían un poco.

—Te... —carraspeé para eliminar el nudo de mi garganta—, te pongo a prueba y la próxima vez me lo demuestras.

Aquella sonrisa canalla que tanto me estaba empezando a gustar estiró sus labios y sus ojos brillaron peligrosamente.

—Te tomo la palabra —sin darme opción a replica sus labios chocaron con los míos, su lengua se abrió paso entre mis dientes y su otra mano me agarró de la cintura a la vez que la me sujetaba el cuello no me permitía alejarme de él.

¡¡Cómo si fuese a querer hacerlo! El calor se deslizó por mi cuerpo y se centró en mi vientre, tuve que reprimirme de gemir como una obsesa del sexo y comenzar a restregarme contra él.

Se alejó de mí antes de lo que me hubiese gustado y sus labios enrojecidos llamaron toda mi atención.

—¿Nos vemos más tarde? —preguntó con voz ronca.

Asentí ausentemente y me relamí los labios buscando su sabor.

—Iré a tu casa —se alejó y abrió la puerta que le llevaba de nuevo al restaurante, pero antes de cruzarla se giró para mirarme y guiñó un ojo.

Casi tropiezo con mis propios pies cuando comencé a caminar hacia la

calle principal saliendo del callejón, mis piernas todavía temblaban por aquel beso y la promesa de mejorar lo del día anterior, ¿podría conseguirlo? ¿En serio?

Anton nunca había sido un amante egoísta, recordaba perfectamente disfrutar del sexo con él, pero éramos muy jóvenes, estábamos descubriéndolo todo y experimentando lo que era posible o solo una fantasía. Parecía evidente que el tiempo había cambiado algunas cosas, como darle a él mucha seguridad en sí mismo que esperaba que no fuese infundada y que realmente pudiese hacer que lo pasásemos mejor.

Con una enorme sonrisa los labios regresé al coche, entré en él y encendí el contacto sintiéndome mucho mejor. Quise convencerme a mí misma de que el motivo era que mi conflicto estaba resuelto, que aquel beso y posterior promesa no habían tenido nada que ver, pero me mentía, continuaba pensando que aquello no estaba bien, por lo que el verdadero conflicto no estaba solucionado, más bien todo lo contrario.

Capítulo 9

Piernas: depiladas.

Pelo: suelto y desenredado.

Bragas: un tanga blanco e ínfimo.

Sujetador: ausente.

Vestuario: un vestido, para hacerlo todo más fácil, se bajaba la cremallera y listo.

Zapatos: unos tacones muy monos que me destrozaban los pies, pero me hacían parecer diez centímetros más alta.

Aliento: a menta fresca porque... ¡mierda! Había olvidado lavarme los dientes.

Me levanté del sofá de un salto y corrí hacia el baño, uno de los tacones se me enredó en la alfombra del pasillo y por poco me caigo, pero conseguí estabilizarme y mantener el equilibrio a tiempo para llegar sana y salva a mi destino. Lavé mis dientes teniendo cuidado de no borrarlos los labios, aunque eso parecía una tarea imposible.

Me estaba retocando frente al espejo cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar y mi estómago se estrujó de anticipación, tomé dos inspiraciones profundas antes de ponerme en marcha y caminar hacia la puerta con calma, aunque solo aparente.

«Un pie tras otro... apoya primero el tacón... mete tripa... hombros rectos, barbilla ligeramente alzada y sonrisa relajada», me repetía mentalmente para que no pensase que era una desequilibrada mental en

cuanto me viese.

Llegué a la puerta, giré el pomo y tiré del pedazo de madera hacia mí, no estaba preparada para ver lo que me encontré al otro lado...

Anton me esperaba con los pies ligeramente separados, la mano derecha metida en el bolsillo de los tejanos y en la izquierda el casco de la moto colgaba con despreocupación. La chaqueta de cuero abierta dejaba ver una camiseta negra debajo, camiseta que estaba metida bajo el pantalón en un solo punto, justo encima de...

Creo que miré demasiado tiempo hacia ese punto en concreto porque él llamó mi atención con un carraspeo. Sentí como mis mejillas se coloreaban un poco y automáticamente mis ojos abandonaron ese lugar para clavarse en los suyos. Ese océano chocolate caliente brillaba con diversión y mi sexo respondió a ello contrayéndose, enviando una sensación deliciosa por todo mi vientre.

—Hola —su voz ronca y aquella sonrisa canalla no dejaban lugar a dudas sobre sus intenciones, parecía dispuesto a comerme en el mismo rellano si era necesario.

No me atreví a hablar,forcé a mis labios a sonreír y me hice a un lado abriendo más la puerta para que pudiese entrar. Lo hizo con lentitud, sin dejar de mirarme a la vez que se relamía los labios. Una segunda contracción casi me hace jadear, por suerte me mordí el interior de la mejilla a tiempo para evitarlo.

Tras cerrar la puerta me giré para enfrentarlo y su mirada me estaba desnudando de arriba a abajo, casi podía sentir como si unos dedos invisibles se deslizaran por mi piel y mis rodillas comenzaron a temblar.

Ignorando el temblor, o al menos intentándolo, di un paso en su dirección procurando que mis ojos transmitiesen las mismas emociones que los suyos. Él dejó el casco sobre la alfombra del recibidor, se quitó la chaqueta dejándola caer sobre él y caminó un solo paso hacia mí. No hicieron falta palabras ni ningún tipo de invitación, nuestros labios se estrellaron, sus manos se aferraron a mi cintura y las mías las enredé en su cabello. Mis dedos se deslizaban entre sus hebras a la vez que su lengua

se adentraba en mi boca comenzando una batalla.

Mi espalda golpeó con suavidad contra la pared y su cuerpo ocupó todo el espacio que tenía frente a mí, solo estaba él y los ladrillos detrás de mí, no tenía escapatoria pero tampoco la quería. Suspiré contra sus labios y un golpe de risa golpeó los míos.

—No vamos a hacerlo de pie otra vez —aseguró con suficiencia.

La Tori guerrera y peleona que habitaba en mi interior se moría de ganas de darle un tortazo y decirle que ni de pie ni sentado, que no me pondría ni un solo dedo encima, pero la verdadera yo, esa que flotaba en la superficie, era una masa gelatinosa que temblaba con el roce de sus dedos.

Era Anton el que me estaba tocando... el mismo que me susurraba “te quiero” al oído años atrás, también el mismo que me rompió el corazón pero de aquello hacía mucho tiempo.

En ese momento lo tenía frente a mí, dispuesto a ayudarme a hacer mi sueño realidad aunque eso le atase a mí de un modo permanente. Ese bebé también sería su hijo, parte de él...

Ese pensamiento me paralizó, no había caído en que sería así, Anton sería el padre de mis hijos, formaría parte activa en su vida, me lo había dicho pero no había pensado en las consecuencias de eso, debería verle, tener una relación cordial con él por el bien del niño, tendríamos que fingir llevarnos bien estuviésemos enfadados y...

Un gemido cortó mis deducciones cuando sus manos se colaron bajo la falda del vestido, me apretó las nalgas desnudas y casi esperaba que tocara algo más. Pero en lugar de eso me sujetó de los muslos y me alzó obligándome a envolverle las caderas con las piernas para evitar caerme.

Avanzó la poca distancia que nos separaba del salón conmigo colgada de él, esperaba que me tirase contra el sofá y él cayese encima, pero de nuevo Anton logró sorprenderme, me ayudó a colocarme de pie delante de él y, sin dejar de besar mi cuello y mis hombros desnudos, se colocó a mi espalda donde comenzó a bajar la cremallera del vestido con lentitud.

El sonido de su respiración, profunda y pausada, se confundía con los latidos de mi corazón, que palpitaba tan rápido y fuerte que lo podía sentir en los oídos. Aunque lo intentaba no lograba tranquilizarme y disfrutar de la situación, era Anton y aquello era extraño.

—Eres preciosa —el sonido de esas palabras se deslizó como un escalofrío por mi espalda ahora desnuda.

Quise girarme para besarle y desnudarle a él también, pero no me lo permitió, sus manos me sujetaron las caderas impidiéndolo. Frustrada, comencé a jugar con mis manos presa de los nervios, mientras sentía como el vestido se deslizaba por mi piel hasta acabar arrugado a mis pies. Un beso en una de mis nalgas seguido de un suave mordisco me hicieron dar un brinco y mirarle sobre el hombro. Una vez más me recibió aquella sonrisa que, junto con todas las promesas silenciosas que me daba su mirada, provocaron una tercera contracción que fue tan fuerte como la suma de las dos anteriores.

—No juegues conmigo —musité con voz ahogada.

No tardé en sentir el roce de su camiseta contra mi espalda y sus labios acariciaron mi oreja cuando habló.

—Pues de eso se trata el sexo cariño, de jugar y pasarlo bien —sus manos me sujetaron los brazos y comenzó a acariciarlos en sentido ascendente.

—No podemos tener sexo divertido —espeté lo primero que se me pasó por la cabeza—, vamos a hacer un bebé, no a divertirnos.

El sonido de su risa inundó mi pequeña sala de estar, sus dedos de colaron bajo la fina tira de mi tanga y comenzó a jugar con él.

—En eso te equivocas, podemos disfrutar de ello —me contradijo—. De hecho, voy a disfrutar mucho mientras me divierto contigo.

Acarició mi sexo sobre la fina tela de mi ropa interior y mi cuerpo comenzó a arder, pero él no volvió a tocarme y tuve que serenarme durante unos segundos antes de girarme para enfrentarle. No tenía muy

claro lo que se proponía, pero esa seducción tan lenta estaba acabando con mi paciencia.

Sus ojos también estaban en llamas, me miraba de un modo tan sensual que me derretí por completo, lo poco que quedaba de mí ya, y supe en ese momento que haría cualquier cosa que me pidiera sin importar las consecuencias.

—Deja que nos divirtamos los dos —pedí suplicante.

Sonrió, sus ojos se achicaron y brillaron con diversión, se acercó un poco y rozó sus labios con los míos antes de detenerse frente a mi rostro y susurrar contra mi boca.

—Hoy es tu turno para disfrutar y el mío para divertirme, otro día cambiamos las tornas —propuso con un guiño—, hoy tengo algo que demostrar.

Fuego... parecía que el fuego del infierno se había desatado en sus ojos cuando pronunció aquellas palabras. Y yo, cómo una púbera completamente hormonal, me dejé hacer a sus caprichos sin rechistar.

Cerré los ojos y me dejé ir.

Sentí como sus dedos jugaron a la altura de mi clavícula, como se deslizaron hasta el valle entre mis pechos y comenzó a jugar en ese punto acariciando mi esternón.

Toda la piel de mi cuerpo estaba de gallina, cada músculo en tensión esperando el siguiente movimiento, este no era el Anton que recordaba, ahora se estaba dedicando a mí, a hacerme sentir y que no olvidase lo que estaba sucediendo. Parecía que se había tomado muy en serio la promesa que me había hecho.

Sus dedos comenzaron a jugar con mis pezones, primero con caricias sutiles y casi perezosas, después pellizcándolos, haciéndome jadear y abrir los ojos para tener cerrarlos al segundo siguiente porque el fuego que crepitaba en los suyos me abrumaba.

Me sentí suspirar antes de que deslizase el tanga por mis caderas, me

estremecí cuando su aliento me rozó el ombligo y reí cuando me hizo cosquillas en uno de mis costados con los cortos bellos de la barba. Gemí cuando me volvió a pellizcar los pezones con un poco más de fuerza esta vez y me derretí por completo con el sonido de su voz cuando relataba paso a paso lo que quería hacerme.

Cualquier tipo de relación sexual que hubiese tenido antes de esa fue insignificante y sin sentido. Anton se adentró en mí con su alma y echó a perder todos mis conceptos sobre el buen sexo, consiguió no solo que tocara el cielo, me dejó allí, flotando entre las estrellas y viendo a mi alrededor todo un universo de colores.

Me llevó a ese maravilloso lugar con los dedos, con su boca, con los dedos una vez más y finalmente se unió conmigo y alcanzamos un orgasmo como pocos había tenido en mi vida.

Después de eso nos quedamos en el sofá, uno junto al otro y en completo silencio. Nuestros dedos estaban entrelazados, como antes cuando estábamos juntos, mi cabeza descansaba en su pecho y sentía su respiración en la coronilla. Era como cuando todo entre nosotros iba bien, como si el tiempo no hubiese pasado... pero eso no significaba nada, eran gestos inconscientes sin importancia, algo que nos salía por la fuerza de la costumbre.

—Mañana tengo el día libre —dijo de repente rompiendo el silencio.

—Pero no es Jueves —añadí con el ceño fruncido y alzando la cabeza para unir nuestras miradas.

—Soy el jefe, puedo tener un día libre cuando quiera —sonrió y se acomodó en el sofá con muestras de nerviosismo—. Puedo ir contigo al a recoger el resultado de tus analíticas... si quieres.

Me quedé muda por la sorpresa, de todas las cosas que podía haber dicho lo último que esperaba era eso.

—De... de acuerdo —balbuceé.

—Ahora... será mejor que me vaya, es muy tarde —se puso en pie con

lentitud y comenzó a vestirse.

Sus movimientos eran lentos y meticulosos, como si no tuviese prisa por ponerse la ropa y yo, aunque tampoco quería que se fuese, no se lo dije. Me quedé callada, intentando ignorar a la puta mariposa y a una molesta voz que parecía querer decirme algo, pero no la escuchaba, no me importaba lo que quería decirme porque sabía que no me iba a gustar.

—¿Te recojo a las nueve?

Parpadeé para situarme, me cubrí un poco con uno de los cojines del sofá puesto que de repente me sentí incómoda y cohibida y carraspeé para eliminar un poco la incomodidad del momento.

—Mejor nos vemos en la puerta —suspiré.

Él asintió una vez con la cabeza, se puso la camiseta y por un segundo creí que se inclinaría para darme un beso de despedida, pero no sucedió, por suerte, no sabría como iba a reaccionar ante eso.

Sin decir ni una palabra más cruzó la puerta del salón y unos segundos después escuché como la puerta de la salida se cerraba.

Me quedé sentada en el sofá completamente desnuda unos minutos, intentando procesar lo que había sucedido y a donde nos acabaría llevando esa situación. Por más que me esforzase en aceptar y pensar que ese pacto era de lo más normal, no era así. Algo dentro de mí me refrenaba, no me dejaba entregarme por completo y solo una pequeña parte de mí estaba de acuerdo con todo.

Cuando el frío comenzó a enviar escalofríos por todo mi cuerpo me fui hacia el baño a darme una ducha, intentando eliminar de mi cabeza aquella voz, que parecía un eco de la Jenn diciéndome que no le diese tantas vueltas, que solo disfrutase el momento. Quería hacerlo, juro que quería, pero algo no me lo permitía.

Capítulo 10

Las enfermeras miraban, la señora de la limpieza que limpiaba los cristales miraba y creo que hasta una doctora se asomó a la puerta tras un chivatazo de alguna compañera para mirar también. Y no era para menos... a Anton no se le había ocurrido otra cosa que ir al centro de salud en la moto y había entrado con la chaqueta de cuero abierta y el casco en la mano. Y no podía ser de otro modo, todos le miraban, sobre todo por aquel *peinado despeinado* que les queda a los tíos después de quitarse el casco y que a los muy cabrones le sienta muy bien. Lo que me demostraba una vez más que no era cosa mía, él tenía un “algo” que le hacía parecer atractivo a los ojos de cualquiera y eso que tras la primera impresión dejaba un poco que desear, pero al volver a mirarle te quedabas prendada.

Suspiré por décima vez en los últimos cinco minutos y Anton se removió a mi lado, nuestro saludo en la puerta había sido de lo más frío, como ya era nuestra tónica habitual de los últimos días, yo solo musité un hola a media voz y él ni siquiera eso, se conformó con asentir una sola vez con la cabeza haciendo entender que me había escuchado.

Perfecto...

Parecía que en lugar de querer tener un hijo conmigo estaba asustando esperando que las pruebas diesen negativo... ¡mierda! Solo habíamos follado dos veces y ya estaba pensando en test de embarazo... *“relájate Tori, céntrate en el hoy que el mañana ya llegará”*.

Suspiré una vez más, seguro que Anton pensaba que en lugar de respirar, mis pulmones suspiraban, pero no podía controlarlo. Era como si el aire que introducía en mi cuerpo tuviese que salir en forma de suspiro o terminaría por explotar.

—Victoria Torres —dijo una enfermera alzando la voz.

—¡Yo! —chillé poniéndome en pie de un salto y caminando hacia la puerta de la consulta del médico.

Esperaba que Anton se quedase esperando en la sala de espera, para eso se habían inventado esas habitaciones infernales en las que el tiempo parece detenerse, pero me sorprendí cuando al entrar en el consultorio y querer cerrar la puerta tras de mí, él ya lo estaba haciendo.

Mi cita con el médico fue cuanto menos extraña, me limité a permanecer en completo silencio exceptuando el saludo inicial y entonces Anton comenzó con un aluvión de preguntas que el doctor contestó amable y pacientemente, pero en las que me perdía porque parecía todo un profesional hablando de la duración de los ciclos menstruales, de las posibilidades de implantación de los óvulos y no sé qué cosas más porque me quedé tan aturdida que no sabía que pensar.

Salí del centro de salud todavía en el limbo, Anton caminaba a mi lado y me miraba de reojo, parecía que quería decirme algo pero no se atrevía y a cada minuto que pasaba eso me ponía más tensa y nerviosa. Solo quería tener de vuelta al Anton de anoche, no el que me llevó al orgasmo, sino al que me miraba y hacía que el mundo se detuviese.

—¿Has venido en coche? —preguntó de repente sacándome de mis pensamientos.

—He venido en autobús, por aquí es imposible aparcar —contesté en un murmullo sin atreverme a alzar la mirada demasiado.

—Te invito a desayunar —no lo vi, pero podía jurar que pude escuchar una sonrisa en su voz, pero no quise comprobarlo por miedo a caer rendida a esa sonrisa.

No contesté y me limité a asentir con la cabeza, tal y como él hacía. De todos modos no tenía prisa y así intentaría acercarme a él un poco más, a ver si así conseguíamos dar por fin el paso y comportarnos de un modo normal cuando no estábamos follando.

Caminamos en silencio uno al lado del otro, aunque no era tenso ni incómodo, simplemente raro. Estaba lejos de mí, pero a la vez a mi lado, como si me conociese y quisiese mantener las distancias esperando a que reacomodase mis ideas, algo que parecía imposible ya que su actitud tan cambiante no hacía más que confundirme y en revesar más las cosas.

Llegamos a donde tenía aparcada la moto y me tendió su casco, me lo puse sin dudar y agradecí haberme puesto unos tejanos esa mañana en lugar de la falda negra que tenía planeado.

Anton se subió a la moto y en cuestión de pocos segundos esta estaba rugiendo bajo su cuerpo. Un escalofrío me recorrió la espalda e intenté disimular un estremecimiento, pero creo que no lo conseguí del todo a juzgar por su sonrisa de suficiencia.

—Sube —me indicó con un movimiento de cabeza.

Lo hice sintiendo como mis piernas temblaban, creo que nunca lo habían hecho tanto. Hacía... no sé, quizás diez años o más que no me subía a una moto y la última vez había sido con él. El recuerdo de aquel viaje acababa en un descampado y follando como locos sobre el césped en una noche de verano... no, no era bueno recordar aquello cuando las vibraciones del motor se concentraban todas en mi sexo.

Suspiré para eliminar un poco de la tensión que se estaba acumulando en mi entrepierna, pero no funcionó, cada vez era más y no sabía como calmarme, bueno, sí lo sabía pero no quería ponerlo práctica, al menos no en ese preciso momento, era muy temprano para estar tan cachonda.

—¿No te pones casco? —pregunté alzando la voz por encima del rugido del motor.

Anton me miró por encima del hombro, con esa sonrisa canalla del que sabe cosas que no debería saber y el movimiento trajo hacia mí una oleada de su after shave dejándome noqueada durante unos segundos. Sé que durante ese tiempo él dijo algo, pero no tenía ni idea de qué.

De repente la moto dio un acelerón, para evitar caerme de culo sobre

el asfalto, tuve que agarrarme a su cintura y sentí como se tensaba ante el contacto, aunque su gruesa chaqueta lo difuminaba notablemente, pude sentir como los músculos de su abdomen se pusieron duros en cuanto los toqué.

Por suerte no tardamos en llegar a su restaurante, ni de lejos imaginaba que nos estábamos dirigiendo a allí. El local estaba cerrado y con la reja bajada, tras apagar la moto y que nos bajásemos de ella, Anton subió la reja hasta media altura y pasamos por debajo antes de volviere a cerrarla.

Él lugar estaba completamente diferente estando vacío, las mesas estaban desnudas, las sillas sobre estas y todo era demasiado oscuro y silencioso, era como si le faltase el alma al restaurante, como si con solo poner un mantel y unos platos sobre las mesas ya tuviese personalidad y vida.

Seguí a Anton todavía en silencio hasta la cocina, donde se quitó la chaqueta de cuero, la dejó colgada en un perchero y la cambió por una de chef. Mierda... solo con se pusiese esa prenda de ropa me ponía cachonda, más si es que eso era posible, ¿cómo era tan desconsiderado conmigo? Debería pensar en no ponerme así cuando está tan distante.

—¿Qué te apetece desayunar? —preguntó con diversión y pareciendo más cercano en cuestión de un segundo.

Me encogí de hombros y traté de tranquilizarme, si seguía mirándolo así empezaría a caerme la baba de un momento a otro.

—Sorpréndeme —dije en un susurro.

—Está bien —dijo antes de girarse y comenzar a trastear entre sartenes y mezclando ingredientes.

Miré a ambos lados buscando un lugar donde sentarme, parecía complicado, era una cocina profesional y se supone que allí nadie se sienta, todo el mundo trabaja. Así que opté por quedarme en pie y apoyarme en la barra de comandas, que era lo suficiente alta para poder comer cómoda sin necesidad de sentarme.

Unos diez minutos después tenía frente a mí un par de tostadas con aceite de oliva y aguacate, unas tortitas que me aseguró que eran veganas acompañadas de un café con leche de soja. Joder... la chica que acabase con él sería muy afortunada, además de follar como un maestro era capaz de hacerte cosas ricas sin casi sin despeinarse.

¿La chica que acabase con él?

Ante ese pensamiento me paralicé, él me había dicho que nunca habría una chica, que estaba seguro de que no se enamoraría de nadie, pero yo que lo conocía y sabía muy bien de lo que era capaz, estaba segura de que tarde o temprano cualquier loba acabaría rendida a sus pies y yo me quedaría preñada y sin padre para ese bebé... porque él me abandonaría sin dudar en cuanto se viese enamorado.

«Anton no es Carlos, él nunca te engañaría» dijo una vocecita dentro de mí cabeza y esta vez tuve que darle la razón. Si algo tenía Anton era la sinceridad, aunque me había engañado durante años con los motivos para abandonarme, pero la mayor parte de las ocasiones solía ser tan era tan sincero y honesto que a veces dolía, mejor así a una mentira que te podría destrozar después. Ni siquiera era propenso a las verdades a medias, las cosas eran como eran y ya está.

Comencé a comer en silencio, mordisqueaba mi tostada y masticaba con parsimonia, tan solo para tardar más y no tener que hablar. Me sentía tan incómoda y fuera de lugar que no sabía qué hacer, mucho menos que decir. Anton parecía estar en otro tipo de situación, parecía tranquilo, tanto que incluso me robó una tostada y comenzó a comerla sin pedir permiso.

—Tú médico es un poco raro —dijo tras unos segundos de silencio.

Mastiqué un poco más el bocado que tenía en la boca y lo tragué con esfuerzo, de repente tenía la garganta seca.

—¿Por qué? —inquirí en un susurro.

—No sé, parece idiota, cuando le he hecho todas esas preguntas parecía no tener respuesta para la mitad de ellas y se las inventaba.

—¿Por qué dices eso? —mi ceño se frunció y bebí un trago de café para poder pasar la comida.

—Le pregunté si podría tener problemas de concepción por eso de que mis huevos están cerca del fogón todo el día y no supo que decir.

Me dio un ataque de risa y escupí todo lo que tenía en la boca en un chorro tan potente que llegó al otro lado de la barra. Anton me tendió una servilleta mientras una sonrisa divertida estiraba sus labios.

—No me lo estoy inventando, leí en internet que es muy probable —comenzó a explicar mientras yo intentaba limpiar aquel desastre—. Los huevos están separados del cuerpo por una razón y es para que no se sobrecalienten y nuestro esperma sea más activo. Si estoy frente al fogón todo el día mis huevos se calientan, si yo lo noto mis espermatozoides también.

—No creo que sea para tanto —dije entre risas.

—No es un tema para tomárselo a broma —la solemnidad de sus palabras me sorprendió—, me lo estoy tomando en serio. Las cosas se hacen bien o no se hacen.

—Creo que lo mejor es no tomárselo muy en serio al principio —comenté mientras doblaba la servilleta y sujetaba de nuevo la tostada—. Esas cosas pasan de manera natural, sin que se le den tantas vueltas. Solo es cuestión de intentarlo hasta que suceda.

—Esa idea me gusta —dijo guiñando un ojo y metiéndose un pedazo de tostada enorme en la boca.

Sentí como mis mejillas se coloreaban y mi sexo se contrajo, bien Anton, se te da muy bien eso de ponerme cachonda y no hacer nada para remediarlo.

—Hablo en serio —continué ignorando que mi ropa interior comenzaba a estar demasiado húmeda—, es mejor no obsesionarse con el tema y pasará con naturalidad.

—Estoy de acuerdo —dijo con la boca llena—, ¿y cuándo se lo vas a decir a tus padres?

La tostada que me disponía a meter en la boca se detuvo en el aire.

—¿Decirles el qué?

—¿Qué vamos a tener un bebé?

—Quizás sería bueno esperar a que esté embarazada, ya conoces a mi madre —me metí el pedazo de comida por fin y comencé a masticar—, es capaz de preparar su primera comunión antes siquiera de que nazca.

Antón rio y asintió con la cabeza.

—Yo le he dicho a mi madre que estamos juntos.

La tostada se fue por el lado equivocado y comencé a toser como una loca.

—¿Qué has hecho qué? —pregunté intentando no ahogarme justo antes de dar un gran trago de café.

—Le he dicho que estamos juntos, vas a vivir conmigo y vamos a tener un hijo, es lo más normal contarle esas cosas a tu familia.

—¿¡Por qué!? —chillé—. ¡No he dicho que vaya a vivir contigo hoy mismo! Y quedarse embarazada no es tan fácil como follar y ya está.

—Eso ya lo sé —miró al techo teatralmente—, he leído mucho sobre el tema los últimos días y entiendo el proceso, pero lo no entiendo cuál es el problema. En realidad estamos juntos y tendré que ir preparando el terreno con mi familia.

—Pero es qué...

—Es mi madre, es la única familia que tengo.

—Pero no es algo que se pueda ir contando por ahí —exclamé comenzando a dar vueltas como una loca—. Es algo nuestro y que todavía no está decidido del todo, estamos en proceso de adaptación.

—¿Pero te estás escuchando?

—Claro que me escucho, yo no lo he contado a nadie lo nuestro.

—¿Ni siquiera a Jenn?

—Jenn es otra historia —me excusé—, con ella es diferente.

—¿Por qué? —se cruzó de brazos y me miró con severidad.

—Pues... pues porque... ¡porque es Jenn!

—¿Eres consciente de que pareces una niña pequeña?

—¡Es tu culpa! —espeté—. Vas contando cosas por ahí, diciendo que estamos juntos y ¡no estamos juntos! Solo hemos decidido tener un bebé juntos, nada más...

—¿A eso se resume todo? ¿A tener un bebé? ¿Solo voy a aportar mi esperma y nada más?

Detuve mi caminar en círculos y le miré, en mi ataque de locura había dejado de ser consciente de lo que decía y cada palabra que salía por mi boca lo hacía sin filtro.

—No es eso —me excusé en un susurro—, pero tienes que darme la razón, cuando el bebé exista podemos decir que esto es de verdad, mientras es solo un plan.

—Eso es absurdo, ante todo somos amigos y haya bebé o no voy a sentir lo mismo por ti.

—Tú lo has dicho, somos amigos, solo hemos hecho un “pacto”, pero no estamos juntos —aseveré ignorando la última parte de la frase deliberadamente.

—Tori —aseveró mirándome muy serio.

—¿Qué?

—Eres insoportable —espetó girándose y entrando por una puerta que supuse que era la cámara frigorífica.

En cuanto lo vi desaparecer, mi rabia estalló como una bomba, quise coger el plato y estrellarlo contra el suelo, pero no lo hice, intenté ser adulta por primera vez desde que vi a Anton esa mañana y respiré hondo para tranquilizarme. Conté hasta tres mentalmente y decidí acercarme a pedirle disculpas, no por lo que había dicho, porque era lo que realmente pensaba, más bien por las formas.

Avancé hacia la puerta por la que él se había ido pero no me dio tiempo a llegar a ella, él apareció de nuevo y me miró con severidad.

—¿Has terminado? —pregunto con aspereza.

Asentí con la cabeza y él se quitó la chaqueta de chef y agarró la de cuero para ponérsela.

—Te llevo a casa.

Quise decirle que no lo hiciese, mandarlo a la mierda a él y al pacto por tener esa actitud conmigo, pero sobre todo quise decirle que se podía meter los espermatozoides por donde le cupiesen. Pero no lo hice.

—No te preocupes, ya voy en taxi —no le di opción a réplica y salí de la cocina, caminando entre las mesas desnudas y vacías, sintiendo que quizás me estaba equivocando, que intentar todo aquello era un error y que vivía mucho más tranquila antes de que él reapareciese en mi vida.

Quizás lo mejor era dejar las cosas como estaban, no intentar lo imposible con pactos estúpidos e infantiles. Esas cosas solo salían bien en las películas, en la vida real podía ser un desastre tremendo.

Capítulo 11

Me desperté desperezándome pesadamente, era sábado, no tenía que madrugar y pasaban de las diez de la mañana. Menos mal que era fin de semana, no podría soportar otro día de trabajo después de llevar toda la semana durmiendo mal. No sabía el motivo de ese insomnio, aunque lo sospechaba: llevaba diez días sin saber nada de Anton.

Y estaba desesperada, me odiaba a mí misma por ello, pero aun así, nunca pensé que después de tanto tiempo pudiese llegar a obsesionarme tanto con él. Lo que demostraba aquel dicho que decía que donde hubo fuego cenizas quedan, en mi caso era la regla exacta. Cada vez que pensaba en él me ponía como una moto y con solo pensar en llamarle para saber que mierda le pasaba conmigo y por qué me ignoraba, me ponía tan nerviosa como una adolescente.

Así que me había propuesto olvidarme del tema, si él pasaba de mí, yo tenía que pasar de él. Era una mujer adulta, con las ideas claras (eso en teoría) y no debía ir por ahí suplicando un poco de atención. Tenía que quererme un poquito más a mí misma y mostrar un mínimo de dignidad.

Nada de pensar en Anton, haría borrón y cuenta nueva, buscaría nuevos objetivos de futuro y me prometí a mí misma que no pensaría en él, que no le buscaría, ni siquiera pronunciaría su nombre. Y, si por casualidad o alineación planetaria, él aparecía en mi puerta, tendría que ser el que suplicase mi atención y no al revés.

El sonido estridente del teléfono me sacó de mis cavilaciones y ya sabía de quien se trataba antes si quiera de contestar gracias al tono de llamada.

—¡Feliz cumpleaños!

Gemí audiblemente y me tapé los ojos con la mano... ¿Había pasado tanto tiempo? Ni siquiera me había dado cuenta.

—Buenos días mamá —murmuré con desgana.

—¿Vienes a comer? —preguntó esperanzada.

Pero no... ni de broma iba a ir a su casa en mi cumpleaños, para que me volviese loca con temas de edad y de bebés, algo con lo que estaba muy sensible desde mi discusión con An... con él, me corregí mentalmente.

—Lo siento mamá, pero ya he quedado, voy con las chicas —me disculpé esperando que lo entendiese y no se pusiese muy pesada.

—Victoria, somos tu familia —mierda, ya empezaba con el chantaje emocional—. La familia es más importante que los amigos, ¿no lo puedes cancelar? Cuando dentro de unos años ya no estaremos te arrepentirás de no pasar más tiempo con nosotros.

¿Y ahora que le decía? “*No espero echar de menos tus sermones en la vida, mamá*”. No podía, porque tan tonta como era seguro que en algún momento echaría de menos hasta eso.

—Voy mañana y me quedo también a cenar, ¿te parece bien? —intenté ceder un poco, pero no demasiado, no fuera que se hiciese ilusiones.

—¿Vendrás sola? —el primer golpe directo al grano.

La imagen de Anton sentado en la mesa de comedor de mis padres se dibujó en mi mente, había pasado alguna vez mientras estuvimos juntos, pero dudaba que volviese a repetirse, sobre todo porque él no se dignaba a dar señales de vida.

—Sí, mamá, iré sola —confirmé con desgana.

—¡Oh! Está bien... —pausa dramática, esas que se les da tan bien a las madres—. Te haré una tarta de cumpleaños, tú trae las velas.

—Vale.

—Acuérdate de que son treinta y una, a ver si puedes soplarlas todas —la estocada final.

—No te preocupes mamá... tengo buena potencia pulmonar —tanta frustración sexual tendría que servir para algo ¿no? Me daría fuerza en los pulmones o algo.

Tras colgar la llamada me arrepentí de haberle dicho que iría a comer con ella, tendría que soportar su intensa perorata sobre temas que metían el dedo en la llaga y con los que después tendría que lidiar yo sola. Ya que mi madre tenía el don de sembrar, sembraba dudas, inseguridades o lo que a ella le viniese en gana. Ella dejaba la semillita bien colocada en el centro de mi mente y después yo solita me encargaba de regarla dándole más importancia de la necesaria y haciendo que creciese hasta convertirse en un enorme problema.

Me arrastré para salir de la cama y llegué a la ducha, me vendría bien una si pensaba salir esa noche, aunque... me hice la perezosa, me lavé los dientes y fui a prepararme el desayuno en la cocina. Mientras preparaba una monodosis en la cafetera a mi mente vino el recuerdo de aquellas tostadas que me preparó An... que me preparó él, que bien entrarían en ese momento. Pero no... sería fuerte.

Me senté en el sofá y miré al techo mientras saboreaba el café, tenía que plantearme nuevas opciones, lo del bebé parecía que era un sueño inalcanzable para mí, sobre todo teniendo en cuenta que Anton, mi única opción viable, había sido un intento frustrado (como ya sospechaba desde el principio) y me había quedado llenita de ilusiones, cachonda y sin bebé y todo porque a él se le había metido en la cabeza que lo que teníamos era una relación.

Pacto, esa palabreja de cinco letras definía mejor lo que teníamos. Nada era real, solo un pacto tácito (o no tanto) al que habíamos llegado después de que viese que era tan miserable que mi único modo de tener un hijo era ese.

Qué triste...

Toda mi vida amorosa era triste, desde el principio hasta ese momento. Y todo había sido por su culpa, me había hecho creer que el amor te acelera el corazón, te hace sudar las manos y que tus rodillas tiemblen. Te hace pensar que la otra persona es perfecta con todas sus imperfecciones y que el futuro será un manto de rosas tan fácil que todo saldrá bien simplemente dejando que las cosas fluyan.

Puras mentiras.

Desde que me dejó a los veinte años había ido saltando de relación en relación, la más larga había durado apenas un año y todas me dejaron un mal sabor de boca. Todos toditos los tíos con los que había intentado algo (tampoco es que hubiesen sido muchos, diez a lo sumo) tenían un “pero” que hacía que las cosas no fuesen todo lo bien que debían ir. El más desastroso había sido el último, que cuando más ilusionada (que no enamorada) estaba, decidió acostarse con otra.

¡Genial! Me había puesto a analizar el desastre de mi vida justo el día que pasaba de los treinta. Enfadada conmigo misma, dejé la taza de café sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, me crucé de brazos y pensé en el mejor modo de quitarme de encima toda esa frustración, si esa noche salía a celebrar mi cumpleaños no podía ir en ese estado de ánimo o la fiesta sería una completa pérdida de tiempo.

Me puse en pie y fui a la habitación, me enfundé ropa de deporte, me calcé unas zapatillas y salí al paseo marítimo a correr. Corrí durante una hora, no sé exactamente cuanta distancia, pero la suficiente para sentir que los músculos de las piernas me ardían y casi no podía respirar. Tras eso me di una ducha, larga y con agua muy caliente, y me dejé caer en la cama para echarme una buena siesta, estaba segura de que después estaría serena y fresca como una lechuga.

El sudor me recorría la espalda, sentía algunas gotas recorriendo mi columna hasta la cintura, el pelo húmedo se me pegaba a la cara, tenía los ojos cerrados y me movía cada vez más rápido. El corazón me latía a toda velocidad y gritaba sin control... y de repente alguien me dio un empujón,

me caí encima de una chica que me tiró su copa encima y ahora iba por ahí oliendo a borracha.

Cabreada, empujé a un par de petardas casi adolescentes que tenían que mirarse eso de la mini falda, que era casi inexistente, y me dirigí hacia el baño. Justo cuando estaba empezando a dejarme llevar alguien tiene que joder la marrana. Llegué al baño y la cola para mear era interminable, pero no me importó porque solo iba a limpiar un poco mi camiseta para que no se viese tanto el manchurrón, encima tuvo que ser uno de esos cócteles de colores fosforitos que estaban tan de moda y mi camiseta era blanca.

Mojé una toallita de papel y comencé a limpiarlo, en la cabina del fondo se escuchaba a alguien follando y me tuve que aguantar las ganas de reír, vaya sitios para ponerse al lío, como para quedarte preñada en un sitio como ese y después decirle a tu hijo: *«cariño, tú eres fruto de una borrachera y te concebí en el baño sucio y apestoso de mujeres en una discoteca»*, porque hay que ver lo guarras que son algunas tías, allí casi olía a muerto.

Salí del baño y busqué a mis amigas con la mirada, las tres estaban sentadas en una mesa y me acerqué a ellas intentando no tropezar. Solo había bebido un par de cervezas, pero la poca costumbre ya me tenía un poco mareada. Llegué a la mesa no sin incidentes y me senté en la única silla libre, justo al lado de Jenn. Miré a mis otras dos amigas, Clara y Alba, eran gemelas aunque nadie lo diría, no podían parecerse menos ni física ni personalmente. Alba era todo energía, tenía el pelo teñido de rojo y un brazo tatuado por completo, era alegre, divertida y vivaracha, incapaz de estar quieta más de cinco minutos y no entendía cómo podía estar sentada en ese momento y no bailando como una loca en la pista. En cambio Clara era todo lo contrario, tranquila y serena, siempre pensaba antes de actuar y su pelo era de su castaño natural, no le gustaba llamar la atención y siempre había estado con la nariz metida en los libros. Personalmente, de todas mis amigas, era a la que más me parecía, pero quizás por esa actitud introvertida que ambas teníamos nunca habíamos conectado tan a fondo como lo había hecho con Jenn.

—¡Bienvenida a la treintena y uno más! —chilló la última por encima

del ruido de la música y pasó un brazo por mis hombros para abrazarme.

Asentí con desgana... putos treinta, ¿no podía volver a los veinticinco con todas sus despreocupaciones?

—No es tan malo como lo pintan —añadió Clara asintiendo con la cabeza como si estuviese completamente segura.

—¡Arriba ese ánimo! —chilló Alba poniéndose en pie y colocándose a mi lado—. Hay que mirarlo por el lado bueno, ahora somos maduras y llenas de experiencia, los tíos con los que follamos saben hacerlo y si no saben podemos decirles que se vayan a la mierda sin pelos en la lengua. Tenemos el derecho de salir y follarnos a uno sin darle explicaciones a nadie, nos corresponde un tío por noche y yo hoy no me pienso ir sin el mío —concluyó guiñándome un ojo.

Estallé en carcajadas porque ella parecía estar convencida de que esa era la verdad absoluta de la humanidad y lo había puesto en práctica desde que ella y su hermana estuvieron también de cumpleaños solo seis meses atrás.

—¡Vamos a celebrarlo! —como de la nada aparecieron tres cervezas y un refresco frente a nosotras y Alba alzó su botella por encima de cabeza—. ¡Por los treinta y uno y toda su experiencia!

Me llevé la botella a la boca para darle un trago y fue entonces cuando le vi. Estaba en la pista, bailando con una tía que le pasaba los brazos por los hombros y tiraba de él hacia abajo, como si quisiese darle un beso. Lo conocía lo suficiente como para saber que no se negaría. Y no lo hizo... sus labios hicieron contacto con los suyos y, como también esperaba, sus manos fueron directas a su culo, donde le dio un apretón a los cachetes y a la atrajo hacia su cuerpo para que viese lo cachondo que estaba.

Había bailado conmigo de ese modo demasiadas veces, de hecho fue así nuestro primer beso, era algo tan calculado y repetitivo que ya sabía cual sería su próximo movimiento. Se alejaría de ella, la miraría a los ojos sonriendo y después le gritaría al oído que lo mejor sería que se fueran si no quería que la follase delante de todos.

Se me revolviéron las tripas...

Sentí verdaderas ganas de vomitar pero ni aun así fui incapaz de desviar la mirada, vi la escena que se producía a escasos seis metros de mí y pese al alto sonido de la música creí que casi podía escuchar su voz, ronca, incluso sentir el golpe de su aliento en el oído moviéndome el pelo.

Qué asco...

Dejé la botella de cerveza sobre la mesa y tragué la bilis. Puto cabrón, tenía ganas de acercarme a él y darle una buena patada en los...

—¿Qué te pasa? —la voz de Jenn casi gritando en mi oído me sobresaltó. Ella siguió el curso de mi mirada y se encogió de hombros restándole importancia—. Pasa de él, así la guarra esa le pegue la gonorrea.

Casi me reí, pero solo casi, ya que la *guarra esa* se dio la vuelta para irse y pude verle la cara.

—¡Es la puta de María! —chilló Alba mientras la señalaba con el dedo, demostrando que estaba atenta a nuestra conversación pese a estar bailando alrededor de la mesa como si estuviese drogada.

—¿¡Será cabrón!?! —la que dijo eso fue Clara, sorprendiéndonos a todas.

Tragué de nuevo la bilis y desvié la mirada, no es que doliese lo que estaba viendo ahora, dolía el hecho de que estaba segura de había sido así durante mucho tiempo y no lo había visto, encima con María, aquella compañera de trabajo amable y servicial que parecía querer ser mi amiga. Me dolía lo estúpida e ingenua que había sido. Y yo, que creía que la infidelidad de Carlos ya estaba superada, solo con verlo con ella aquel sentimiento de traición afloró y me sentí empequeñecer sentada en aquella silla de una discoteca de mala muerte.

—Mejor nos vamos a otro sitio —Jenn se bebió lo que le quedaba de refresco de un solo trago y se puso en pie.

No pude evitar mirar su vientre mientras lo hizo y bajo aquel vestido

negro ajustado podía verse un poquito su incipiente barriguita.

Encima de amargada ahora estaba envidiosa una vez más.

—No hace falta chicas —me puse en pie y miré a Jenn suplicándole con la mirada que hiciese algo, aunque no sabía muy bien el qué—, mejor me voy yo, vosotras seguid celebrando.

—¿Estás de coña? —chilló Alba parando de bailar justo frente a mí—. Tú eres la que tiene que celebrar, sin ti la fiesta no tiene sentido.

—No me toques los cojones Alba, baila, píllate un pedo y olvídate de mí —sabía que no le parecería mal, ella solía hablarle a así a todo el mundo.

Torció el gesto, frunció los labios y ladeó la cabeza.

—¡Ahhh, que te den! —espetó antes de seguir bailando—, ¡Mañana te voy a llamar solo para decirte que me he follado al tío que me corresponde y al tuyo también! ¡Voy a hacer un trío con los dos!

Forcé una sonrisa y me despedí de todas con un movimiento de mano, no tenía ganas de fiesta ni de celebrar nada, solo quería llegar a mi casa, meterme en la cama y no salir hasta el mes siguiente.

Cuando estuve en la calle me sentí mejor, solo un poquito, pero mejor. El aire fresco me había serenado y me había hecho ver que me había comportado como una estúpida, no solo esa noche, también con Anton. Me enfadé con él por una tontería tremenda y para rematar me había portado como una niña pequeña.

Caminé por varias calles del centro intentando airearme antes de coger un taxi, no quería llegar a casa en ese estado y hacer una gilipollez, no estaba muy borracha, pero me encontraba el punto justo en el que pierdes la vergüenza y haces tonterías supinas con el correspondiente arrepentimiento al día siguiente.

Llegué a un parque y me senté unos minutos bajo la luz de una farola, pensando, tomando decisiones, viendo que la vida era mucho más fácil de lo que yo la estaba pintando. Quería un bebé, de acuerdo, ya llegaría,

porque nunca era el momento perfecto, siempre iba a pasar algo que me diese una pista de que iba a fallar en algún punto, porque lo haría, me equivocaría una y otra vez y posiblemente tropezaría varias veces con la misma piedra.

Pero querer un bebé no me obligaba a tener una relación, por mucho que Anton se empeñase en llamarle así a esa cosa extraña que teníamos entre los dos.

¿Y qué si no tenía un bebé? Podría ser la madrina guay del bebé de Jenn, y después llegarían los demás bebés de mis otras amigas y podría ser la madrina guay de todos ellos. Así tendría los beneficios de ser madre pero sin las consecuencias, cuando estuviesen malos o caprichosos que se fuesen con sus madres y a mí me dejasen tranquila.

Una enorme sonrisa surcó mis labios, lo que yo necesitaba realmente no era un bebé, era sentir que lo podría tener cuando quisiese y como quisiese, pero Anton me había quitado esa posibilidad desapareciendo del mapa.

Miré mis manos y mis uñas pintadas llamaron mi atención, ¿cuándo lo había hecho? Uhm... eso estaba mal, comenzaba a pensar cosas sin sentido que ni yo misma entendía, ¡puta cerveza! Lo mejor sería irse ya, sobre todo porque acabaría enfermándome al tener el culo pegado a ese banco frío de piedra.

Me puse en pie cuando el viento fresco de abril me caló hasta los huesos, crucé los brazos alrededor de mi torso intentando mantener el calor y me comencé a caminar sin rumbo aparente. Lo que quería ahora era irme a casa, darme otra ducha caliente y dormir... dormir hasta las cinco de la tarde al menos.

No había avanzado más que unos pocos metros cuando un coche azul se detuvo a mi lado, no estaba estacionando puesto que no era lugar para ello, pero en una calle desierta y a esas horas de la madrugada como que me inquietó un poco. Podía ser un ladrón o un violador.

Alcé la mirada para ver quién era el conductor y los ojos marrones de Anton me observaban fijamente desde el interior del vehículo. Sin decir

nada se inclinó sobre el asiento del acompañante y accionó la manilla para que la puerta se abriese. No lo dudé y entré en el coche sintiendo el ambiente mucho más cálido allí dentro. Él puso en coche en marcha y cambió de dirección saltándose varias normas de tráfico y poniendo rumbo hacia el puerto, a juzgar por la calle en la que había girado.

—¿Qué haces a estas horas en la calle? —preguntó en un tono cordial, sin acusaciones y sin mirarme directamente.

—Se supone que celebrar mi cumpleaños —contesté desviando la mirada por la ventanilla.

—¿Tú sola? —en ese momento me miró, sentí el poder de sus ojos en mí durante dos segundos y me estremecí.

—Las chicas se quedaron en la discoteca, yo tuve que salir porque me estaba volviendo loca —expliqué con desgana.

—Eso es porqué ya estás loca —bromeó—. Histérica, que eres una histérica —concluyó con una risita.

—Muy gracioso.

Me quedé en silencio unos segundos, sin saber realmente que decir.

—¿Y tú que hacías por allí a estas horas? —inquirí mirándole por primera vez.

Parecía más cansado y despeinado que de costumbre. Su barba era más larga y tenía unas enormes ojeras bajo los ojos, casi no parecía el mismo chico despreocupado y enfadado que dejé un par de semanas atrás en su restaurante. Este era como diez años mayor y con el doble de responsabilidades.

—He tenido que hacer contabilidad durante estos últimos días, una jodida mierda, no hay quien entienda esos putos números —dijo con pereza.

Sonreí, porque reconocí a Anton ahí, en su aversión a los números y en sus malas palabras, él era simplemente así.

—Contrata a un contable —dije sin ser consciente de que lo hacía.

—Antes no podía pagarlo y yo solo era capaz de apañármelas, ahora que puedo pagarlo no quiero, también tendré que poder hacerlo.

—Aprende delegar, no puedes hacerlo todo —lo regañé con cariño—. Eres el dueño, el chef y el contable... ¿qué más pretendes hacer en el restaurante? ¿Cuándo vas a tener tiempo para vivir?

Se quedó en silencio lo que restaba de viaje. Condujo con maestría y no pude evitar mirarle, ¿por qué era tan atractivo? El modo en el que sujetaba el volante, en como empuñaba el cambio de marchas con destreza. El modo en el que su pelo se movía cuando movía la cabeza. Como bostezaba. Como se rascaba la barba a causa del sueño...

¡Mierda! ¿Qué me estaba pasando?

Aquella vocecita en el fondo de mi cabeza no gritaba, daba alaridos, pero no quería escucharla. No quería porque si lo hacía sería verdad, no sería solo un espejismo o una creencia. Putas cenizas que estaban empezando a encenderse de nuevo.

Y puta mariposa que revoloteaba por todo mi estómago haciéndome cosquillas con las alas.

Le quería, eso lo sabía, era alguien importante de mi pasado, alguien que me conocía muy bien y en el que confiaba, pero lo que estaba empezando a sentir no era querer, era algo más, y era muy peligroso, sobre todo teniendo en cuenta la situación en la que estaba con él.

Anton detuvo el coche y no me atreví a volver a mirarlo, no podía, si lo hacía sabía que caería, que admitiría lo que sentía de verdad y ya no habría marcha atrás, sería una caída libre sin saber lo que me encontraría abajo.

Miré mis manos con nerviosismo, de repente me sentí tímida, de nuevo comportándome como una adolescente que no sabe cómo debe actuar. Respiré hondo para serenarme y tomé la decisión de ser valiente, afrontar las consecuencias, porque aunque sabía desde el principio que

aquel pacto era como jugar con fuego, nunca imaginé que la quemada sería yo y mucho menos quemándome de ese modo.

Cuando le miré, Anton parecía mucho más cansado que unos minutos atrás, por un momento se me pasó por la cabeza la idea de decirle que subiese a descansar, que en ese estado no podría conducir de vuelta a su casa aunque no serían más que unos diez minutos o así. Pero no me atreví, estar a solas con él pintaba que sería peligroso.

—¿Quieres subir a tomar algo? —de nuevo mi cerebro no filtraba, quise echarle la culpa a las cervezas, pero solo habían sido tres y hacía más de una hora, sería absurdo negar lo evidente, en el fondo quería que subiese.

Él no dijo nada, tan solo salió del coche y cerró la puerta con cuidado, le seguí y sin atreverme a mirarle de nuevo fui hacia el portal, tras abrirlo me dirigí hacia las escaleras temiendo estar con él en el espacio cerrado del ascensor y llegamos a mi casa.

En cuanto abrí la puerta y entré, él lo hizo detrás de mí sin que le dijese nada, fue directamente al salón y en lugar de sentarse en el sofá como esperaba se quedó en pie y metió las manos en los bolsillos del tejano que vestía. De repente parecía tímido, tanto como yo, y eso me provocó mucha ternura. Tanta que una sonrisa se me escapó y de nuevo la mariposita de los cojones batió las alas en mi estómago.

No, no... eso no podía estar pasando.

—Feliz cumpleaños —no fue la frase la que me dejó paralizada, fue su mirada, tan intensa que parecía que me estaba desnudando prenda a prenda.

Abrí la boca para decirle algo, al menos agradecerle, pero no pude, las palabras se me atragantaron y me quedé en silencio y boqueando como un pez.

Él metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y me tendió una caja, estaba envuelta en papel sencillo y de cualquier modo, de ese blanco casi transparente, era más que evidente que era un papel de farmacia, sin querer volví a sonreír, porque era tan típico de él que casi parecía su

marca registrada.

Tomé la caja con manos temblorosas, tanto que fui incapaz de quitar la cinta adhesiva a la primera y tuve que hacer varios intentos. Cuando desenvolví el papel me encontré con una caja rectangular, una que había visto varias veces pero que nunca había tenido en mis manos ya que nunca la había necesitado: un test de embarazo.

Tragué en seco, de repente sentí la garganta cerrada y todo empezó a darme vueltas, ¿a qué venía ese regalo? Quise preguntarlo en voz alta, gritarlo si era necesario, pero el nudo en mi garganta me lo impedía. Le miré esperando que pudiese ver en mis ojos lo que quería preguntarle, que entendiese sin palabras que yo no lo entendía y en ese momento me pareció más nervioso y vulnerable que nunca.

—¿Qué es esto? —conseguí articular.

Él se removió visiblemente incómodo y pareció dudar durante unos segundos.

—Sabes lo que es, no tengo que explicártelo —vaciló.

—Pero... ¿por qué?

Suspiró, se removió en su sitio, sacó las manos de los bolsillos y se revolvió el pelo dándome evidencias de su nerviosismo, hasta que al final suspiró y me miró directamente a los ojos dejándome paralizada.

—Quiero que necesites utilizar eso y quiero que lo hagas conmigo —espetó casi con rabia—. Lo que te he dicho fue totalmente en serio, tenemos algo y es nuestro destino acabar juntos. Así que deja de darle vueltas y acepta de una puta vez que eso es lo que va a pasar.

Tragué saliva, intenté recomponerme e ignoré por completo los latidos atronadores de mi corazón y a la jodida mariposa que ahora parecía estar bailando un mambo.

—Tendré algo que decir sobre eso, ¿no? —repuse con un poco de chulería.

Anton resopló y volvió a revolverse el pelo.

—Contigo es imposible —pareció rendirse alzando las manos y mirando al techo—. Las cosas son así, no puedes cambiarlas, te miro y sé lo que hay, lo que yo siento y sé que tú también lo sientes, así que acéptalo y deja de volverme loco.

Me quedé en silencio, solo mirándole, la mariposa se había vuelto loca y me daba golpes por todo el abdomen, mi vientre se había contraído y mi clítoris quería hacer la ola. Pero no hice nada, solo le miré, observando como su rostro iba de la esperanza a la desilusión y finalmente a la rabia. Hasta que, supuse que cansado de esperar por algo que no llegaba ya que parecía que yo no tenía capacidad de reacción, comenzó a caminar hacia la puerta y pasó por mi lado dándome un ligero empujón en el hombro.

Yo, que me había girado a causa del suave golpe, solo pude quedarme quieta y todavía callada viendo como su figura desaparecía por la puerta de mi casa dando un sonoro portazo. Todo se quedó en silencio justo después, y continué allí durante un tiempo más aunque no sabría decir cuanto, De pie, en mitad de la sala y sujetando aquella caja con el test de embarazo sin saber por qué me había quedado bloqueada, porque no pude reaccionar y decirle que estaba empezando a sentir cosas, que los sentimientos renacían y me estaba volviendo loca también.

Capítulo 12

Las penas con alcohol son menos, o eso quieren hacernos creer en las películas. En ellas, el protagonista siempre que se deprime aparece bebiendo en la barra de un bar y contándole sus penas a un camarero. Después, cuando está tremendamente borracho, por arte de magia las cosas se solucionan, todo viene rodado y el final feliz está cerca.

Putos finales felices... y putas películas que nos llenan de expectativas y después la realidad es muy diferente.

Llevaba dos horas bebiendo y parecía que los problemas en lugar de irse se hacían más grandes. El alcohol había dado rienda suelta a mis neuronas y ellas se lo habían tomado al pie de la letra y no hacían otra cosa más que traer a mi mente recuerdos que creía ya olvidados, o al menos creía haberlos dejado muy atrás, pero lo peor de todo es que esos recuerdos eran de Anton.

Y yo les daba más alcohol a esas neuronas traicioneras y ellas en respuesta rebuscaban más y más para sacar más recuerdos a la luz, cada vez más dolorosos y vividos, pero no podía lidiar con ellos así que estaba llorando.

Yo, llorando. Parecía casi imposible decir eso en la misma frase, hacía meses que no lloraba, desde aquella noche en casa de Anton, pero en ese momento parecía se habían abierto las compuertas y eso era como un manantial derramando más y más lágrimas.

Quizá también tenía mucho que ver que me había venido la regla, las putas hormonas me estaban dominando y haciendo de mí un pañuelo de mocos blandito y mojado.

O puede que también tuviese algo que ver mi madre. Durante nuestra comida juntas la buena señora no pudo hablar de otra cosa que del embarazo de Jenn todo el tiempo que estuvimos sentadas a la mesa. Al parecer había visto a la madre de mi amiga y se lo había contado muy orgullosa, ella estaba toda envidiosa porque no podía presumir de nada sobre mí, ni siquiera de que tenía un novio rico y guapo, porque estaba triste y sola.

Y muy borracha, añadí para mis adentros más profundos.

Putas viejas y su necesidad de hablar de la vida de los demás.

Me quería morir, bueno... quizás no tanto. Pero si quería desaparecer del mundo por un buen rato. Estaba harta de que todos tuviesen las expectativas demasiado altas para todas las mujeres. Todas teníamos que ser madres, todas perfectas y maravillosas, ser capaces de compaginar nuestras obligaciones laborales con los niños y encima tener que dar las gracias de hacerlo, todo sin poder quejarnos. Porque era un regalo maravilloso el poder criar a tus hijos y sentirte realizada como profesional. Era como si tuviésemos un reloj biológico que se despierta de repente y nos dice cual es el siguiente paso que debemos dar, o como si al nacer, con solo ver que éramos niñas nos tuviesen la agenda de toda nuestra vida programada:

- A los trece te viene la regla.
- A los diecisiete te buscas tu primer novio.
- A los veinte el novio definitivo.
- Después un trabajo estable
- A los veinticinco te casas.
- Y a los veintiocho tienes tu primer hijo (sin dejar de trabajar).

Lo peor es que era yo misma la que quería seguir esa agenda, cumplir cada punto en su fecha exacta, pero ya llevaba años de retraso, tres más o menos.

Me bebí otra copa de... algo, había olvidado el nombre y el número de vasos que había bebido, pero ya entraban solos, como si se tratase de agua y no de algo que seguro que tenía más cincuenta por ciento de alcohol. Pero mi cuerpo parecía no querer asimilar más líquido, todo me daba vueltas, sentía los párpados pesados y mi estómago comenzaba a quejarse, sí... lo mejor para ahogar las penas era pillarse un pedal de los que no tienen nombre y después encima despertarte con dolor de cabeza y malestar general.

Decidí no beber más, primera y única buena decisión desde que tenía los treinta y uno, si quería tener un bebé el alcohol estaba bastante reñido con eso de ser una buena madre, además, que eso seguro que mata neuronas y ya no tenía muchas con vida suficiente para funcionar bien.

Intenté ponerme en pie y me caí de culo, otra mala decisión más... solo quería llegar al sofá, a ese sofá en el que follé con Anton días atrás y en el que llegué al orgasmo varias veces. Cuanto daría por volver a hacerlo... follar y llegar al orgasmo y encima compartirlo con Anton.

Anton, Anton, Anton... ¿por qué de repente todo parecía girar en torno a él? Solo quería seguir con mi vida tranquila y aburrida de siempre, pero cada vez que miraba ese puto sofá lo recordaba a él desnudo de cintura para arriba y con su boca justo...

Suspiré empezando a sofocarme, encima de borracha cachonda. Mala combinación.

Me arrastré hasta el sofá y conseguí subirme encima, pero acabé sudando y cansada, creo que incluso llegué a dormirme un poco. Cuando me desperté ya empezaba a pensar con un poco más de claridad, pero no lo suficiente, mis neuronas rehogadas en alcohol todavía recordaban idioteces y tenían malas ideas, por lo que decidí darme un ducha para intentar refrescarlas.

Eso fue toda una odisea, después de casi desnucarme en la bañera, de pelearme con el sujetador porque no quería abrocharse (dejándolo por imposible yendo más cómoda) y tener una batalla a muerte con los cordones de las zapatillas decidí salir a la calle. Se podría pensar que era para refrescarme, para estar un poco más serena y pensar con coherencia,

pero no.

Salí a la calle para buscarlo a él, a Anton. No tenía muy claro para qué, pero quería verle, descubrir si de verdad estaban ahí aquellos sentimientos que creía sentir, comprobar si realmente era capaz de volver a confiar en él e ilusionarme como una idiota.

No sabía muy bien qué hora era, estaba todo muy oscuro y las calles más bien vacías, así que debería ser tarde, muy tarde, un muy mal momento para tomar decisiones de ese calibre, pero ya estaba de camino así que era absurdo echarse atrás. Quise correr para llegar antes, pero deseché la idea cuando casi me tropiezo con mis propios pies intentando subir el bordillo de la acera. Por el bien de mi integridad física era mejor ir caminando y afianzar los pasos.

Tras lo que me pareció una eternidad llegué a cruzar la esquina que me dejaba ver su casa. El portal estaba allí, a lo lejos, podía ver como la luz de la escalera estaba apagada pero los botones del portero brillaban como si tuviesen un neón. Si estuviese con mis cinco sentidos (es decir, sobria) habría dado media vuelta y me habría ido a casa, pero todavía estaba algo achispada y no tenía vergüenza (ni coherencia), por lo que fui directa a pulsar el botón que correspondía a su casa.

Después de equivocarme dos veces y despertar a vecinos que le mandaron recuerdos a mi madre (lo siento, mamá), di con el indicado y su voz se escuchó perezosa al otro lado del aparato.

—¿Quién es?

Como ya he dicho, no tenía coherencia (ni vergüenza), no supe que decir. Lo normal habría sido hablar o, en todo caso, salir corriendo y olvidarme del tema. Pero no, mis neuronas las borrachas, haciendo el papelón de su vida, decidieron por sí mismas y en lugar de hablar me puse llorar.

—Lo siento mucho —gimoteé entre sollozos.

—¿Tori? —creí escuchar entre mis hipidos y mi sorber por la nariz.

No podría decir el tiempo que estuve allí, apoyada en su portal y llorando, seguro que tenía la cara llena de churretones y el pelo hecho un asco, cuando Anton apareció en el portal no me sorprendí. Y cuando pasó un brazo por mis hombros para ayudarme a entrar en el edificio disfruté de su toque y casi me froté contra él, solo por si acaso no volvía a suceder.

Parecía tonta, bueno, realmente era tonta. Había ido a buscarle en plena noche, borracha, al día siguiente era lunes y tendría que ir a trabajar, era de madrugada y para variar estaba hecha un asco en todo mi conjunto. Era un desperdicio humano inundado en alcohol, lo único bueno que había hecho esa noche fue ducharme.

Me dejó sentada en el sofá de su apartamento, nada había cambiado allí, solo había un poco más de desorden, sobre todo en la mesa centro que estaba llena de papeles, pero todo seguía igual y en su lugar. Anton regresó unos minutos después y puso frente a mí una taza de humeante café.

Me sentí avergonzada de repente, mis manos jugueteaban con algo con nerviosismo y cuando bajé la mirada pude ver la caja del test de embarazo que él me había regalado la noche anterior. Estaba algo deformada porque al parecer la había apretado con demasiada fuerza y lo peor es que no tenía ni idea de por qué la tenía en la mano, ni si quiera recordaba haberla cogido.

—¿Qué haces aquí? —su voz sonó aburrida y cansada, le miré y sus ojeras eran enormes y oscuras, no quería ni pensar en las noches que llevaba sin dormir o durmiendo muy poco.

—No tengo ni idea —admití en un susurro sin poder dejar de mirarle.

Se sentó a mi lado, resopló y se pasó una mano por la cara antes de mirarme de nuevo, como si me estuviese acusando de algo, como si yo fuese la culpable de su estado. Al menos fue como interpreté esa mirada y me hizo sentir mal.

Apreté más la caja del test en la mano, sentí como el cartón cedía y se deformaba más, bajé la mirada e intenté controlar el temblor de mi labio inferior, ya que otro aluvión de lágrimas se estaba preparando para hacer

su aparición.

—Lo siento mucho —volví a gimotear antes de que sintiese otra lágrima descendiendo por mi mejilla.

Anton dijo una mala palabra, masculló algo más entre dientes y se inclinó hacia delante apoyando los codos en las rodillas.

—Deja de pedir perdón por todo, joder, me pones histérico —escupió.

Mordí el interior de mi mejilla para dejar de llorar y casi lo conseguí, pero solo casi, cuando estaba a punto de lograrlo él me arrebató la caja del test de las manos y la tiró sobre la mesa.

—¿Para qué traes esa mierda?

Quise decirle que para metérsela por el culo solo por hablarme así, pero estaba demasiado ocupada intentando controlar las lágrimas como para decir una sola palabra, solo me encogí de hombros restándole importancia.

—Tori... así no puedo —dijo pareciendo más agotado a cada segundo que pasaba—. Habla conmigo y explica que mierda te pasa.

Me quedé mirándole sin saber que decir, ¿lo mejor era ser sincera y explicarle mis dudas? Borracha o no, no me sentía con fuerzas para eso, Anton fue la persona que me hizo más daño. Por él me hice más fuerte porque me obligó a luchar para levantarme después de que me dejara. Pero al parecer también era mi debilidad, hacía de mí lo que quería y, aunque era consciente de eso, no lo podía evitar.

Hablar y explicarle mi confusión con lo que sentía solo intensificaría más el poder que él ejercía sobre mí. No tenía nada que ver con eso del macho dominante y su abnegada sumisa, era más complejo que eso. Se trataba de sentimientos, de esos que están a flor de piel y que aunque quieras no puedes controlar. Era tremendamente consciente de que Anton podía destruirme de nuevo y esta vez no sabía si podría levantarme después.

—Estoy borracha —fue lo único que pude decir como excusa para no

expresar en voz alta lo que sentía, aunque era la pura verdad.

Me miró en silencio unos segundos antes de echarse a reír, quise hacerlo con él pero no sabía porque se reía.

De repente dio un saltito en el sofá para estar más cerca de mí y me abrazó, sus brazos me envolvieron y juro que en mi vida me había sentido tan a gusto y protegida. Ese idiota que siempre estaba de mal humor y decía palabrotas era la única persona que me hacía sentir “en casa” solo con abrazarme, lo que me hizo llorar más y pegarme más a su cuerpo para que él no lo notase.

—No sé qué voy a hacer contigo —susurró contra mi pelo antes de dejar un beso en mi coronilla.

Me bebí su perfume antes de que se alejara y cuando lo hizo me acarició la mejilla con ternura, dejando tras de sí la estela de un hormigueo que se diluyó pasados unos segundos.

Estaba jodida, muy, muy jodida, mirándolo a los ojos me sentí caer, profundo, muy, muy profundo. No sabía si se trataba de una epifanía o porque al estar borracha admití lo que me negaba a admitir sobria: estaba enamorada de él, todavía lo estaba después de todos esos años o me estaba enamorando de nuevo, eso en realidad no importaba. Pero esos sentimientos estaban ahí y me habían dejado paralizada de nuevo, sin saber qué hacer con ellos.

¿Se lo decía? ¿Me callaba para no estropearlo? ¿Los olvidaba? Él me había dicho que no volvería a enamorarse nunca, estaba completamente seguro de ello. Yo sabía que el amor es algo que no puedes controlar, sucede cuando sucede y de quien menos esperas, pero él había sido tan claro que me dio a entender que había cerrado su capítulo conmigo, que más allá de una amistad y de atracción sexual no había nada más.

—Además de que lo sientes, ¿querías decirme algo?

Decidí callar mi verdad.

—No voy a ponerme histérica —en realidad no sabía si se lo decía a él

o a mí misma—, al menos lo intentaré.

—Eso habrá que verlo —se burló—. Vamos a dormir, es tarde y mañana trabajas.

Se puso en pie y me tendió la mano, me quedé mirándole como si fuese a morderme o algo, si sujetaba su mano y le acompañaba era como admitir que aquella epifanía ética era real, que le quería todavía, que aquel pacto me había salido mal y que iba a sufrir. Pero dormir abrazada a él era demasiado tentador, tanto que no lo dudé, me puse en pie y entrelacé sus dedos con los míos.

A la mañana siguiente en el trabajo sí que me quería morir de verdad, Anton me había despertado cuando faltaba muy poco para las ocho, me había dado un beso en el cuello que me hizo estremecer de pies a cabeza y casi salté de la cama como impulsada por un resorte. Eso sí, en el proceso mi cabeza me recordó todo lo había bebido la noche anterior y amenazó con estallar.

Después me había llevado a la guardería en coche y se despidió diciéndome que me iría a buscar a la salida, volviendo a dejarme sin saber que pensar sobre eso durante todas las horas que estuve soportando niños gritones y llenos de energía cuando lo que de verdad necesitaba era un analgésico y dormir veinte horas.

La mañana se me estaba haciendo eterna, solo deseaba que diesen las tres para poder recoger mi chaqueta y escapar, quería dormir toda la tarde y olvidarme de todo. Y de todos, sobre todo él, que estaba dominando mis pensamientos más de lo que me gustaría y de lo que podía permitir.

Pero el mundo, las alineaciones planetarias o la mala suerte me hicieron ser poco optimista con el paso del tiempo, el reloj parecía ir cada vez más lento y, cuando por fin era hora de salir, la guarra de María estaba en la puerta y no parecía dispuesta a dejarme ir sin que hablásemos antes... ¿me habría visto el sábado en aquel antro de mala muerte? Lo dudaba, la muy zorra estaba demasiado ocupada intentando respirar con la lengua de Carlos en la garganta.

Pensé en dar media vuelta y salir por la puerta de atrás, pero tenía que caminar demasiado para eso y no me apetecía ni un poquito, así que continué avanzando por el pasillo, con un poco de suerte conseguía esquivarla y deshacerme de ella.

La suerte no estaba de mi lado, ella me abordó a traición quedándose justo en mitad de la puerta, solo tenía dos opciones: hablar con ella o darle un empujón para que me permitiese pasar. Estaba decidida a darle un empujón, si la empujaba contra la pared mejor, eso por guarra. Pero después me arrepentí de desear eso, no debía ser tan mala (porque poder podía y tenía muchas ganas), pero si quería ser madre tenía que empezar a madurar, afrontar los problemas y dejarme de bobadas, joder... que tenía treinta y uno y no quince.

—Tori, tengo que hablar contigo sobre Carlos.

¡A la mierda el ser adulta! Ese tipo de guarras no merece ni una pizquita de nuestra compasión, que no se puede ir así por la vida, que hay que ser muy puta para ir corriendo detrás de ex de tu amiga cuando no hace ni seis meses que lo has dejado, que no, que no... que eso es ser muy guarra.

Por su puesto todo eso no lo dije en voz alta, pero esperaba que mi mirada fuese capaz de transmitirlo y mi postura de desgana mostrase las pocas ganas que tenía de hablar con ella.

—María, hoy no tengo ganas —dije intentando no mostrarle ahí la tentación que tenía de arrancarle los ojos con una cucharilla.

Que Carlos no podía importarme menos, se lo podía follar del derecho, del revés y haciendo el pino, pero hay que ser muy mala persona para que encima de liarte con mi ex ir a restregármelo por la cara.

—Solo quiero decirte un par de cosas —dijo a la defensiva.

¡Uy sí! Lo que más necesitaba en ese momento, soltar adrenalina en una pelea. Verbal eso sí, tampoco iba a tirarle de los pelos como una macarra, yo no era así... aparentemente y para la mayor parte de la gente

que me conocía.

—Dime —miré a otro lado, demostrando que me importaba muy poco lo que podía decirme, estaba por añadir que me enviase un *mail* y ya le contestaría si lo veía en la carpeta de *spam*.

—Lo del sábado ha estado muy feo —pronunció con aquella vocecita de niña pequeña que tanto me irritaba.

La miré enarcando las cejas, ¿de verdad se arrepentía de haberlo hecho? Quizás (y solo era una posibilidad muy remota) la cabeza hueca que tenía delante tenía unos poquitos remordimientos y me iba a pedir perdón.

—No puedes aparecer en los lugares donde sabes que va a estar Carlos para que te vea, tienes que olvidarle, él ya ha pasado página —posibilidad remota... adiós—. Tienes que aceptar que ahora está conmigo.

Era tonta. Pero mucho.

Cuando abrí la boca para preguntarle a donde habían ido a parar las pocas neuronas que le quedaron en el reparto, alguien se puso a mi lado, entrelazó su mano con la mía y me dio un pequeño tirón en el brazo.

—Perdona que te la robe, tenemos un poquito de prisa —la voz de Anton sonó en tono de disculpa, pero yo supe captar el tono que usaba cuando estaba bromeando y no quería demostrarlo.

—¿Pero qué...?

—Date prisa —me interrumpió—. Adiós, mona —se despidió de María y tiró de mí hacia el estacionamiento que a esas horas estaba completamente vacío.

—¿Qué te pasa? —pregunté recuperando mi mano de entre las suyas y mirándole con el ceño fruncido.

Ya me estaba cansando de no entenderle, de sorprenderme con sus reacciones porque no eran típicas de él y lo peor es que no sabía como podía reaccionar yo ante ellas.

—Te conozco lo suficiente como para saber que te faltaba muy poquito para saltarle encima —dijo casi riéndose—. ¿Qué te ha hecho la pobre para que la mirases así?

—Tirarse a Carlos y encima pedirme que me quite de medio, como si a mí me importase algo a quien se folla ese idiota —por no llamarle algo peor, eso demostraría que me importaba y no podía hacerlo menos.

—Eso lo explica todo.

—¿Explicar él qué?

Pero no me contestó, en un movimiento rápido me empujó contra su coche, estrelló sus labios con los míos y todo se detuvo.

¿A qué venía eso?

¿Qué importaba? *Disfruta, tonta...*

Mis manos se alzaron automáticamente y las enredé en su pelo, tirando de algunos mechones porque sabía que eso le gustaba. Él gimió contra mis labios y me empujó más contra la puerta del coche, haciendo que su vientre y en mí chocasen. ¡Que delicia! Sus manos apresaron mi cintura, supuse que para que dejase de frotarme contra él, parecía que estaba en celo y buscando carne.

Se alejó de mí antes de que pudiese casi ser consciente de si él lo estaba disfrutando tanto como yo y cuando sus ojos se cruzaron con los míos brillaban como pocas veces los había visto.

—Vale —susurré intentando recomponerme—. ¿Me lo explicas o me haces un croquis? No... no puedo...

—Vamos a casa —me interrumpió guiñándome un ojo y abriendo la puerta del acompañante para que entrase.

Las piernas me temblaban un poco, pero logré entrar sin caer, ¡minipunto para mí!

—¿A qué casa vamos? —pregunté una vez que hubo puesto el coche en marcha.

—Vamos simplemente a casa, tendrás que mudarte pronto, ¿no?

Me mordí la lengua para no protestar, no quería discutir con él de nuevo, no ahora que parecía que la cosa se estaba poniendo interesante. Además, tenía que pensar mucho todavía, saber si lo que parecía que volvía a sentir por él era de verdad o solo un encaprichamiento. Lo mejor era poner mis sentimientos en orden y después aclarar las cosas con él.

Capítulo 13

Una vez más en casa de Anton miré todo con ojo crítico, ¿podría vivir con comodidad allí? Y lo que era más importante, ¿un niño (cuando lo tuviésemos) podría vivir con comodidad allí?

Era un piso amplio, tenía tres habitaciones y estaba bien situado. Un colegio, un centro de salud y un supermercado estaban cerca. Mi trabajo me quedaba más cerca que ahora mismo, incluso podría ir caminando, y el restaurante de Anton también estaba un par de calles más abajo.

Bien... de eso no podía quejarme, lo tenía pedir de boca.

Calefacción, dos baños, una terraza minúscula pero menos era nada y la decoración, aunque me gustaba, es algo que siempre se puede cambiar en caso de necesitarlo. Entonces, ¿por qué me costaba tanto decirle que sí cuando veía que no había nada por lo que decir que no? Suspiré apesadumbrada porque no tenía ni idea.

Anton estaba sentado en la mesa de cocina, frente a él volvía a tener aquel papel que escribió semanas atrás, cuando decidimos las normas de ese pacto, me miraba con cautela y podía percibir que también estaba un poco enfadado. No sabía exactamente por qué, pero lo estaba.

Me removí en mi silla sintiéndome incómoda, todavía me dolía un poco la cabeza y me froté las sienes intentando eliminar la presión del dolor. Si a la resaca añadíamos esa situación tan incomprensible para mí, la tensión me tenía subiéndome por las paredes.

De repente él se puso en pie, buscó algo en un armario y unos segundos después tenía frente a mí una caja de analgésicos. Bien, justo lo que me hacía falta. Me tomé uno bajo su atenta mirada, parecía que estaba

vigilando cada uno de mis movimientos.

—Tienes que dejar de beber así —dijo después de unos segundos.

Dejé el vaso de agua que sostenía en la mano sobre la mesa con más fuerza de la necesaria haciendo que parte de su contenido cayese sobre la madera mojándola un poco, ¿pero que se creía?

—Hablas como si estuviese borracha todos los días —mascullé con desgana.

—Últimamente siempre que te veo estás borracha o con resaca, a las pruebas me remito.

—¡Serás gilipollas! He estado de cumpleaños, ¿o es que ni siquiera puedo celebrar mi cumpleaños sin pedirte permiso?

Él resopló y desvió la mirada, sabía que se estaba conteniendo de decir algo, no era propio de él morderse tanto la lengua así que me mantuve alerta esperando a que dijese algo más. Los minutos comenzaron a pasar sin que lo hiciese y comencé a sentirme incómoda. Podía lidiar con el Anton enfadado, con ese que gritaba e incluso a veces me insultaba, porque yo me ponía a dar gritos de energúmeno igual que él y sabía cómo defenderme, pero ese chico casi desconocido, que parecía taciturno y callado me ponía nerviosa, no sabía que esperar de él ni cómo reaccionar a sus actos.

—Entonces... —añadió de repente en tono conciliador sin que yo lo esperase—. ¿Cuándo te mudas aquí?

Yo, que todavía estaba algo molesta por sus comentarios anteriores, salté a la defensiva sin siquiera detenerme a pensarlo.

—¿Para qué? ¿Para qué me tengas vigilada y no pueda emborracharme?

—Tori —su tono cansado me hizo sentir mal, podía percibir que estaba al límite de su paciencia pero que se estaba controlando.

—¿Qué? —pero la adolescente impertinente que parecía vivir dentro

de mí y salir a la luz en los momentos menos adecuados le contestó mal.

—¡Qué ya basta, joder! —exclamó poniéndose en pie y dando un golpe sobre la mesa.

Me asusté y me eché hacia atrás, empujando un poco la silla en la que estaba sentada.

—Estoy harto de que te comportes como una niña, las cosas son así y si lo quieres me parece muy bien, si no, sabes dónde está la puerta.

—¿Las cosas tienen que hacerse a tu manera o no se hacen? —pregunté indignada.

—No es que se hagan a mi manera o no, es la manera coherente, es como deben ser. No es que yo quiera imponerte mi voluntad es porque si quieres tener un bebé conmigo lo mínimo que puedes hacer es adecuarte a ello y que vivamos juntos.

—No lo veo necesario —proteste obstinada.

—No es lo que tú veas, ¿cuándo los vas a entender? En serio Tori... no sé qué te pasa en la cabeza.

—Me pasa que no soporto que me digan lo que tengo que hacer, cuando y como hacerlo y tú no haces más que empeñarte es que siga tus absurdas normas. Sé vivir sola, lo hago desde hace casi de diez años y nunca me ha pasado nada. Soy adulta, sé tomar mis propias decisiones y creo que no me ha ido tan mal en la vida cuando puedo permitirme tener un bebé sin que mi economía se vea afectada por ello.

Me sentí orgullosa de mí misma por el pequeño discurso que le había dado, había sido adulta y responsable, me había sabido valer por mí misma y eso tenía que verlo. No centrarse tan solo en mis absurdas reacciones adolescentes que, por cierto, habían surgido desde que lo veía más a menudo, antes no era así.

—Estarás embarazada y sola, posiblemente te sientas mal en más de una ocasión, puede que te cueste un mundo ir a trabajar y cuidar a esa tribu de salvajes que llamas niños, ¿qué harás entonces? —preguntó pareciendo

orgullosa de sus argumentos—. ¿No sería más fácil que yo estuviese a tu lado para ayudarte en lo que necesites?

—Te repito que no soy una niña.

—No es cuestión de que seas una niña, aunque ahora lo parezcas más que nunca, es cuestión de que pienses en los posibles riesgos estando sola y embarazada.

—No estaré enferma ni lisiada, solo embarazada —protesté sin dejarle acabar.

Él me miró con los ojos entrecerrados y continuó como si no hubiese dicho nada.

—De nuevo me estás tratando como si solo fuese un donante, como si ese hijo que quieres tener no fuese mío también —alzó la voz—. Seré su padre y tendré las mismas responsabilidades que tú y quiero disfrutar de ellas, quiero ser capaz de echarle una mano cuando lo necesites y de cuidar del bebé siempre que pueda. Y tú no tienes ningún derecho a quitarme eso. Quiero cuidar de vosotros desde el primer momento, estar ahí si me necesitáis al principio y cuando nazca el bebé para compartirlo todo. ¿O es que quieres un padre de fin de semana? ¿Quieres que vivamos como si fuésemos un matrimonio divorciado? Se supone que evitar eso es una de las razones por las que hemos hecho este pacto en un primer momento.

Ante eso no tuve que decir, tenía razón, la tenía toda. Y con mis miedos, inseguridades y dudas estaba dejando de lado lo que él podía estar sintiendo. Estaba olvidando que él era el cincuenta por ciento de ese trato y, como tal, tenía derecho de opinión y decisión.

Y en un primer momento había aceptado vivir con él.

—Lo siento —susurré con un hilo de voz—. Tienes razón —admitir mi equivocación me hacía parecer adulta, tenía que intentar comportarme como correspondía a mi edad y dejar la confusión adolescente a un lado.

—Deja de decir siempre lo siento, ¡joder! No te imaginas como me

cabrea eso —exclamó airado.

—De acuerdo —musité—, lo siento —una sonrisa se escapó entre mis labios y él no tardó en imitarme haciendo que el pecho se me caldease un poco al sentir que ya no estaba tan molesto como antes.

—Es que consigues cabrearme como nadie —admitió en tono divertido a la vez que negaba con la cabeza—. Eres una jodida histérica...

Reí porque tenía razón, lo único bueno del asunto era que él sabía como calmarme, como hacer que volviese a ser yo misma dejando los histerismos atrás.

—No voy a decir que lo siento —dije con convicción.

Él rio conmigo y abrió los brazos.

—Ven aquí, anda.

Por un momento me quedé paralizada, que Anton se mostrase tan cercano conmigo cuando unos minutos atrás me estaba gritando me dejaba un poco descolocada, no llegaba a comprender que pasaba dentro de su cabeza para que tuviese esos cambios de humor tan drásticos. Pero decidí dejar de pensar (otra buena decisión) y me puse en pie acercándome a él en un abrir y cerrar de ojos para abrazarle.

Y se sintió bien.

Fue como si todo cobrase sentido de repente, como si todas las dudas que arrastraba desde días atrás no importasen nada. Todo era real, lo que sentía, lo rápido que me latía el corazón, las ganas que tenía de ponerme de puntillas y besarle. Quizás fuesen mis hormonas alteradas a causa de la menstruación, pero en un solo segundo comprendí que nunca podría ser feliz si no tenía a Anton en mi vida, si no compartía con él la loca aventura de ser padres.

Y disfruté de ese abrazo y de la sensación que traía con él. Me dejé envolver por él, por su calor, sentí que las piezas de mi vida que estaban completamente dispersas a mi alrededor se recolocaban en su lugar y todo tenía un motivo por fin.

Pero a la vez que me admitía todo eso, un nuevo miedo comenzó a socavar un agujero en mi mente, unas dudas que antes no estaban ahí y que ahora tenían más peso que las anteriores.

Yo quería a Antón, estaba enamorada de él y estar juntos podría ser maravilloso, aunque no estábamos juntos en sí, él estaba conmigo solo por ese maldito pacto. Él me soportaba solo por ese bebé que todavía no existía pero que ya parecía unirnos más que antes. No me quería realmente o, si lo hacía, tan solo era porque quería ser padre como yo y era su única posibilidad. Él me lo dijo aquella noche y fue tajante, no volvería a enamorarse de nadie, estaba completamente seguro de ello.

Por un momento pasó por mi mente la posibilidad de preguntarle, de mirarle a los ojos, decirle lo que estaba sintiendo con todas mis dudas y analizar concienzudamente su posible respuesta, pero... ¿qué pasaría si me decía que él no sentía lo mismo por mí? ¿Qué sería de ese pacto? ¿De nosotros? ¿De ese bebé no existente que tanto quería ya? Le perdería para siempre, porque seguro que no querría atarse a una histérica que encima estaba enamorada.

Y fui una cobarde... me quedé callada solo por no perderle, por egoísmo. Porque pensé que aunque solo fuese un pacto podría tenerle a mi lado, no al cien por cien, pero él formaría parte de mi vida de algún modo. Si abría la boca y él no sentía lo mismo podría dejarme y se llevaría con él todos los sueños que estaba viendo casi cumplidos.

Me aferré más a él, intentando que no se alejase de mí, de algún modo mi inconsciente no quiso ni plantearse la posibilidad de perderle y mis brazos se tensaron en torno a su cintura para evitar que diese un solo paso para separase de mí.

Si tenían que dar un premio a la más cobarde y manipuladora, yo sería la principal candidata, aunque reconozcémelo a mí misma me hizo sentir mal.

Después de aquello la situación se volvió un poco extraña, durante las tardes de los siguientes siete días fui llevando algunas de mis cosas hasta el piso de Anton. Pero no quería hacerlo deprisa, iba llevando todo poco a poco y él me había hecho un lugar en los armarios igual que si me lo hubiese hecho en su vida. Pero aunque mi ropa y zapatos comenzaban a llenar espacios vacíos, yo seguía despidiéndome cada día para ir a dormir a mi apartamento con cualquier excusa estúpida.

Una parte de mí estaba aterrorizada de dar ese paso, la última vez que había hecho algo semejante fue para vivir con Carlos y la cosa no había ido bien del todo. Era consciente de que él no era como mi ex y la situación distaba mucho de ser siquiera semejante, pero no me atrevía.

Ese lunes estaba saliendo de la guardería, esquivando deliberadamente a María para no tener que darle un tortazo por guarra y prefiriendo la callada por respuesta. Si le demostraba que estaba molesta con ella y con lo tonta que parecía ser para algunas cosas, quizá se pensaba que lo que de verdad me molestaba era que estuviese con Carlos porque quería regresar con él, cuando era todo lo contrario. Ni de broma volvería con ese impresentable.

Caminé por las calles del centro rumbo al apartamento de Anton, había quedado en pasarme por allí para vaciar una de las cajas con libros que llevé la tarde anterior y él me había dicho que tenía que decirme algo aunque no tenía ni idea del qué.

La situación era extraña. Y me hacía sentir extraña a mí.

Además de mi futuro compañero de piso y actual de pacto, Anton era mi amigo, y estar ocultándose cosas aunque fuese por el bien común no me hacía sentir cómoda. Sobre todo porque todavía no me decidía a dar el paso de ir a vivir con él por culpa de esos sentimientos que me esforzaba en ocultar.

Tendría que cambiar eso, decidirme a dar el paso. Anton no era como Carlos y nunca lo sería, me lo había dicho muchas veces pero parecía que yo no era capaz de creérmelo. Y sí, me obligaría a al menos dormir allí una noche y probar a ver que tal se nos daba.

Con un poco menos de peso a mi espalda por haber tomado esa decisión, pasé por delante de un supermercado y decidí entrar a comprar algo para la cena, siempre que me quedaba en su casa era Anton el que cocinaba para mí, que no me quejaba porque era muy bueno en eso. Pero por una vez, y sin que sentara precedente, quería ser yo la encargada de hacerle cena y demostrarle que también sabía hacerlo aunque no fuese una cocinera profesional.

Elegí las verduras y algunos ingredientes más que sabía que él no tendría en su casa y cuando iba directa a pagar en caja pasé por la zona de droguería para atajar y no perder más tiempo, pero me crucé con una estantería donde había un dentífrico de oferta con su correspondiente cepillo de dientes de regalo. Mirándolo de pasada y casi sin querer, acudí a mi mente el pensamiento fugaz de que lo primero y más básico que necesitas cuando te mudas a algún lugar son los productos de aseo personal y yo no había llevado nada de eso a casa de Anton.

Miré el dentífrico mientras me mordía el labio con indecisión, una vez que tuviese ese tipo de productos en su casa ya no habría marcha atrás, ya no tendría excusas para no dormir allí.

Suspiré derrotada, era ahora o quizás no sería nunca.

Sin pensarlo demasiado para no arrepentirme, eché en la cesta de la compra el puñetero dentífrico y fui a buscar mi champú habitual, una esponja y alguna cosa más para poder ducharme allí cada mañana. Un vez que lo colocase en el baño ya sería algo definitivo, no podría negarlo.

Después de llamar al portero automático y subiendo en el ascensor pensé en lo mucho que había cambiado mi vida desde que había dejado a Carlos, después de verme hundida y deprimida había levantado cabeza y ahora incluso tenía expectativas de futuro al lado de Anton. Que no era la foto perfecta de familia feliz que yo quería en un primer momento, pero yo le quería y, aunque él no me quisiese del mismo modo, podría vivir con ello siempre que me dejase estar a su lado.

Era un poco triste si lo pensaba, me sentía un poco mal al respecto, pero ya estaba harta de buscar pareja, de esperar por la relación perfecta y

el momento adecuado. Lo quería ahora y lo quería todo, pero como no podía ser todo, me conformaría con lo que tenía y lo que él me ofrecía.

Cuando llegué arriba y me dispuse a cruzar la puerta tenía claro que era lo que iba a hacer: dejar que las cosas fluyesen, todo debería caer por su propio peso y yo tan solo seguiría el curso de los acontecimientos, por mucho que me costase actuar de ese modo.

Estaba cansada de comerme la cabeza con tonterías, con situaciones que podrían ser o no. Preocuparme tanto solo me serviría para volverme loca y tomar esa decisión hizo que el peso de mi espalda se librara de todo.

Tomar decisiones.

En eso se basaba todo para estar tranquila, decir algo y seguir a delante hasta que llegase el momento de tomar otra decisión.

Todas esas elucubraciones que estaba teniendo se quedaron en nada en cuanto crucé la puerta, Anton estaba en mitad de la sala de estar, de pie y con los brazos cruzados. En cuanto entré su mirada cayó en mí y sentí que me quemaba, era como si quisiese hacer un agujero en el centro de mi cabeza.

—Hola —le ignoré lo mejor que pude y dejé el bolso de cualquier modo sobre el sofá, caminé frente a él hacia la cocina y no tardó en seguirme.

—¿Dónde estabas? —preguntó con sequedad.

Sin disimular, miré mi reloj de pulsera y eran casi las cuatro, había salido a las tres del trabajo, no era tan tarde.

—Si ni siquiera son las cuatro —me encogí de hombros para restarle importancia.

—Me he cansado de esperarte y he comido solo —protestó.

—Lo siento —miré sobre mi hombro y dejé la bolsa de la compra sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué es eso?

—He comprado algunas cosas para hacer la cena.

—Siempre que tengo la noche libre hago yo la cena —remarcó cada palabra.

—Lo sé y por un día quiero hacerla yo —sonreí y me dispuse a colocar las verduras en fila sobre la encimera de la cocina.

—¿Vas a hacer una de esas cosas raras veganas tuyas? —preguntó y, aunque no le miré porque estaba a mi espalda, sabía que una sonrisa de suficiencia bailaba en sus labios.

Me giré para encararle con los brazos cruzados y le miré con una amenaza clara en mis ojos, estaba cansada de que todo el mundo pusiese en tela juicio mi alimentación, estaba tremendamente sana sin necesidad de que ningún animal muriese por ello.

—No son cosas raras, es comida, no empieces como mi madre.

—Cuando te quedes embarazada vas a tener que comer proteína animal —añadió para rematar.

Alcé una ceja en su dirección intentando parecer enfadada, presionando en silencio para que retirase lo que había dicho, pero no lo hizo.

—Me he hecho una analítica y estoy perfectamente, tú mismo hablaste con el doctor —me giré y continué con mis verduritas—. Siendo cocinero como eres tendrías que saber que la proteína vegetal es más sana que la animal y mucho más necesaria para nuestro cuerpo.

—Tori, eso es discutible.

—Deja de hablarme en tono condescendiente —me giré de golpe y le señale con un dedo—. Soy vegana desde hace años y me he informado lo suficiente como para saberlo. Además... el ser humano a lo largo de la historia ha sido omnívoro ocasional, desde la época de las cavernas la

carne no siempre ha formado parte de la dieta diaria, era más bien algo puntual. Por eso hay tanta gente enferma hoy en día, porque abusan de las proteínas animales y el cuerpo no lo tolera. Como carne de vez en cuando, pero no me atiborro de filetes a diario.

—No voy a discutir contigo sobre esto —alzó las manos en gesto de rendición.

—Porque sabes que vas a perder —sonreí con suficiencia sintiéndome vencedora y fui hacia la nevera para guardar el tofu.

Cuando me giré Anton sostenía el bote de champú y el cepillo de dientes que había comprado y me quedé paralizada sin saber muy bien que hacer.

—¿Esto también es para la cena? —en esta ocasión su sonrisa era enorme y le estiraba tanto los labios que casi le llegaban a las orejas.

Me encogí de hombros y se lo quité de las manos, sin decirle nada fui hacia el baño y coloqué las cosas en el que sería su lugar definitivo. Él vino detrás de mí y desde la puerta me observó en silencio, cuando hube acabado me sujetó de la mano y me arrastró hacia la sala. Allí me dejó en pie en el centro de la misma y él se fue hacia el mueble donde comenzó a rebuscar algo en un cajón.

Unos segundos después se colocó delante de mí, me sujetó de nuevo la mano y la alzó entre nosotros, tras eso, extendió su mano y la puso sobre la mía. Con cuidado dejó caer un llavero con un juego de llaves y yo me quedé mirándolos como si no entendiese para que se utilizaban.

Pero vaya que lo sabía...

Lo que ocurría era que no había caído en la cuenta de que tendría que hacer eso en algún momento. Igual que para mí fue un gran paso dejar mi cepillo en el baño, para él tuvo que ser difícil pensar en darme las llaves de su casa y abrirme las puertas de ese modo.

Un fuerte nudo apesó mi garganta al ser consciente de eso, de que todo era verdad y estaba sucediendo. Que las cosas iban rápido, casi

demasiado como para poder asimilarlas y, de repente, de un día para otro, me había mudado de nuevo y lo había hecho con él, en su casa, y parecía que sería definitivo.

—Bienvenida —susurró a media voz.

Y un suspiro tembloroso se deslizó entre mis labios. Le miré a los ojos sin saber que decirle, ¿qué se supone que puedes decir en un momento como ese? Me sentía nerviosa y torpe, casi como una cría sin experiencia en la vida y eso que me había prometido a mí misma no volver a portarme como una adolescente, pero era algo inevitable cuando él tenía detalles como ese.

Con esa mirada caí dentro de sus ojos una vez más, tan, tan profundo que no sabía si algún día podría salir de allí, aunque lo que de verdad no sabía era si querría salir, ¿cómo se podía querer tanto a una persona? Hasta ese mismo instante no había sido consciente de la magnitud de mis sentimientos por él y me sentí abrumada, ¿cómo haría para ocultar todo eso, si cada vez que le miraba sentía que le estaba gritando “Te quiero” con los ojos?

—¿Dónde voy a dormir? —pregunté con un hilo de voz lo primero que pasó por mi cabeza.

—Mi cama es muy grande —el golpe de su aliento chocó contra mis labios y me estremecí de pies a cabeza.

Era como ese momento previo que siempre vemos en las películas, cuando los protagonistas se quedan colgados en la mirada del otro y te preguntas como pueden ser tan idiotas, por qué no se acercan de una vez y se besan. Yo, que me creía más directa y quizás un pelín más impulsiva, pensaba que en una situación como esa habría cogido al protagonista del pelo y le había metido la lengua hasta el esófago. Pero en ese momento estaba paralizada, mirándole a los ojos, sintiendo como el aire se ponía más denso a nuestro alrededor e incluso se cargaba de algún tipo de electricidad que me ponía los pelos de punta.

Con la carne de mis brazos de gallina me atreví a dar un paso al frente, nuestras rodillas se rozaron, la mano en la que tenía las llaves perdió su

fuerza y escuché el tintineo del metal al caer sobre la alfombra.

—¿Vamos a caber? —mi voz se escuchó temblorosa.

—Podemos comprobarlo.

Sus labios se acercaron a los míos y por fin me besó... ¡y que beso! Era la primera vez que me besaba desde que me había admitido firmemente que estaba enamorada de él y me dispuse a disfrutarlo como si realmente fuese la primera vez que sus labios me tocaban.

Sus manos me apresaron por la cintura y yo le rodeé los hombros para atraerle más hacia mí, le quería más cerca, más y más...

Me alejé un segundo de él para poder tomar aire y el aprovechó para bajar sus labios por mi cuello lamiendo, besando y rozándome con esa barba desaliñada haciéndome cosquillas. Suspiré y gemí casi a la vez, mis ojos se cerraron por la contracción de mi vientre y me acerqué más a él encajando mis caderas con las suyas.

—Joder, Tori —susurró Anton cerca de mi oído a la vez que sujetaba un mechón de mi cabello y tiraba de él para dejar más expuesto mi cuello.

No sabía muy bien qué hacer con las manos, solo quería tenerle más cerca y más desnudo. Busqué a tientas los botones de su camisa y los desabroché con torpeza tejando su pecho descubierto, para así poder acariciar su piel, poder sentir como los escasos vellos que le rodeaban los pezones me hacían cosquillas en la yema de los dedos.

Saber que le quería, que estaba enamorada de él por completo, me estaba haciendo disfrutar el momento de un modo diferente a como lo había hecho antes. Todo era más intenso, como más real. Había dejado de ser un juego, para mí ya ni siquiera era un pacto, y ser consciente de eso hizo que mis ojos casi se llenasen de lágrimas que me esforcé en contener.

Anton sujetó mi barbilla con una de sus manos y me obligó a mirarle, esperaba que no pudiese leer en mis ojos todos los sentimientos que dominaban mi cuerpo, lo esperaba de verdad, porque si en ese momento se negaba a estar conmigo, si no quería poner ni un solo dedo sobre mí,

me destrozaría y dudaba mucho el poder recomponerme.

Pero no se negó, tan solo me miró a los ojos lo que me pareció un siglo, asfixiándome, porque el poder de su mirada siempre me dejaba sin aliento. Haciendo que me hundiese más profundo, para que no pudiese salir jamás.

Dudaba que él fuese consciente de lo que estaba sucediendo en mi interior, de la vorágine de sentimientos que me inundaban el pecho y me paralizaban. Lo dudaba sobre todo porque alzó una de la comisuras de sus labios, mostrándome aquella sonrisa canalla que era tan suya y haciendo que se me entrecortase la respiración ante lo que se aproximaba, porque sabía exactamente su modo de actuar cuando sonreía así.

—¿Probamos la amplitud de mi cama? —no me dio tiempo a contestarle cuando se agachó, me sujetó las piernas y me echó encima de su hombro.

—¡Anton! —chillé sorprendida, pero automáticamente comencé a reír.

Lo siguiente de lo que fui consciente fue de la superficie de la cama debajo de mi cuerpo, de la suavidad de la colcha, de las arrugas que hacía mientras Anton ascendía desde mis pies hasta quedarse sobre mí, apoyado en sus rodillas y mirándome desde las alturas.

Bajo el escrutinio de su mirada me sentí pequeña, era como si la cama se hiciese cada vez más grande y él estaba cada vez más lejos, pero su modo de mirarme a la vez me hacía sentir importante. Y también frágil, él podía hacer de mí lo que le viniese en gana porque diría que sí, accedería a cualquier locura que él me propusiese en ese momento. Estaba a su merced, por completo en sus manos.

Era toda suya.

Volvió a sonreír echando abajo las pocas defensas que me quedan en pie y haciendo que ya solo fuese una masa gelatinosa que pudiese moldear a su antojo. Si unos segundos antes me sentía toda suya ahora no era solo eso, ahora formaba parte de él, como un parásito que le necesitaba para poder sobrevivir.

Mientras en mi mente todo era un caos, él me desnudaba con la mirada para, posteriormente, hacerlo con las manos. Se retiró hacia atrás y con deliberada lentitud fue despojándome de todas las prendas que cubrían mi cuerpo, tentándome, haciendo que me muriese de impaciencia al hacerlo a esa velocidad más bien escasa y acariciando mi piel en puntos sensibles.

Temblaba cada vez que me tocaba, era como si al contacto de su piel con la mía el calor se esparciese por mi cuerpo haciendo que me estremeciese sin control, no podía evitarlo aunque me esforzaba en conseguirlo.

Pero la situación no era justa, yo estaba desnuda por completo y él tenía demasiada ropa.

Cuando después de desnudarme quiso volver a colocarse sobre mí no le dejé, coloqué las manos sobre su pecho y le di un ligero empujón para que se diese cuenta de que era mi turno, quería coger las riendas por un rato y demostrarle que yo también sabía jugar. Una sonrisa iluminó su rostro y alzó los brazos dejándome rienda suelta.

Me puse en pie frente él, intentando no pensar en el hecho de que estaba completamente desnuda y él no. No me atreví a mirarle a los ojos por temor a que viese en ellos todo lo que estaba gritando en mi mente, no quería que se echase atrás, no ahora que era consciente de todo lo que sentía y quería disfrutarlo todo lo que pudiese.

Le quité la camisa que descansaba abierta sobre los hombros y disfruté con la amplitud de su pecho, deslizando mis manos por él, disfrutando del cosquilleo de su vello e intentando memorizar cada pliegue a fuego en mi memoria.

Anton no tenía músculos, era más bien todo lo contrario, aunque tenía posibilidades si se esforzase un poco en hacer ejercicio, pero estaba más bien delgado, casi flacucho. Se le notaban las costillas y sus pectorales eran planos, no tenía tiempo de machacarse en el gimnasio para parecer un cruasán, pero no me importaba, me gustaba, así era él en realidad, no cambiaría ni un solo pelo de lugar.

Sintiéndome más atrevida de lo que me había sentido nunca con él, porque siempre había sido Anton quien había llevado el ritmo en nuestras relaciones sexuales, me puse de rodillas. Suspiré casi imperceptiblemente para darme valor antes de hacerlo y le miré a los ojos, intentando no pensar en lo mucho que le quería, y sin dejar de hacerlo comencé a desabrochar los botones de sus tejanos.

Y su mirada ardía, era como si dentro de sus ojos se hubiese desatado el infierno, eso acompañado de su cabello desordenado por mis manos le daba una apariencia peligrosa y excitante.

Solo con ese vistazo sentí como mis pliegues se humedecían y como los músculos de mi vagina se contrajeron deseando albergarlo en mi interior. Pero sabía que con solo una vez no sería suficiente, quería más y más de él.

Cuando lo tenía desnudo dejé un suave beso en la punta de su erección y de un empujón e hice que se sentase en la cama, sin darle tiempo a reaccionar me senté sobre su regazo a horcajadas y enredé mis dedos entre su pelo dando un tirón para que alzase la cabeza. Él gimió y clavó sus ojos en los míos haciendo que me derritiera, que quisiera apurar las cosas para explotar por fin, pero me obligué a ser paciente y solo le besé. Introduje mi lengua en su boca disfrutando de cada roce de la suya.

Sus manos fueron directamente hacia mi trasero y me alzó un poco direccionándome hacia su erección, no hizo falta guiarla, ella solita entró en mi sexo de un solo empujón y hasta el fondo, haciendo que me sintiera completa, que todo estuviera por completo en su lugar.

Gemí contra sus labios y él me sujetó el rostro con las manos obligándome a mirarle.

—Muévete —masculló en un susurro.

No hizo falta que lo repitiera, mis caderas se alzaron y bajaron lentamente, recorriendo la longitud de su erección y disfrutando de cada roce.

—Más rápido.

Habría querido hacerlo despacio, esmerarme en cada movimiento para así alargar el placer y, aunque él me instaba a que apurase el ritmo me obligué a mí misma a no hacerlo. Lo estaba consiguiendo, apoyada en sus hombros subía y bajaba con lentitud, hasta que una de sus manos me soltó la cara para segundos después azotarme en una nalga.

—Más rápido —repitió.

Ese hecho, en lugar de enfadarme o asustarme, me excitó más. La palmada no había sido fuerte, pero resonó en toda la habitación y el picor del golpe en mi piel se esparció por todo el cuerpo hasta morir en mi sexo.

Sin querer gemí y apuré un poco más el ritmo. Anton también gimió y se dejó caer hacia atrás quedando estirado sobre la cama, con sus manos en mis caderas guiándome para marcar el ritmo. Le miré desde mi altura y esa escena podía ser parte de cualquier novela erótica de esas que leía cada noche, sentirme protagonista de un libro me hizo sentir más excitada si es que eso era posible y apuré inconscientemente.

—Tori —su voz me trajo de vuelta a ese momento y dejé mis fantasías atrás, me miraba expectante, con los labios entreabiertos y con la respiración acelerada—, entrelaza los dedos de las manos y ponlos en la nuca.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Hazlo —gruñó cuando descendí sobre él, clavándolo más profundo.

Hice lo que me pedía y la postura me obligó a tener la espalda más recta, él nuevo ángulo le hacía llegar un poquito menos profundo, pero golpeaba en ese punto justo y cerré los ojos extasiada.

—¡Mierda! —exclamé.

Una de sus manos volvió a azotar mi nalga y el picor volvió a esparciarse haciendo que mis músculos vaginales se tensasen en torno a él.

—No hables mal en la cama —dijo con diversión.

Gemí, pero no un gemido erótico digno de una película porno, era un gemido ronco, de esos que te nacen en el fondo del pecho y que si no lo dejas salir te ahogan. Anton me imitó en respuesta, tensó las piernas y alzó las caderas para que se encontrasen con las mías, como si eso no fuese suficiente, una de sus manos tanteó mi vello púbico hasta que encontró mi clítoris y lo pellizco sin compasión.

—¡¡Joder! —chillé presa del placer y otra palmada en mi trasero me hizo gemir de nuevo.

Me esforcé en abrir los ojos y le miré, estaba estirado en la cama, con los ojos entrecerrados y mordiéndose el labio inferior. Cada vez que se introducía en mí exhalaba y los músculos de sus brazos se tensaban apretando los dedos contra la carne de mis caderas.

Y lo sentí llegar... mi vientre entero se tensó, sentía como su erección entraba con más dificultad a causa de eso y el roce era exquisito, me estaba llevando al límite. Todavía tenía las manos entrelazadas en la parte posterior de mi cuello y me dolían un poco los brazos, pero cuando quise bajarlos él se enderezó para sujetarlos e impedirlo. El nuevo ángulo era más profundo, mis músculos se tensaron más y jadeé estando a punto.

Me miró a los ojos advirtiéndome que no me detuviese y mientras introdujo una mano entre nosotros separando mis labios vaginales y haciendo que cada vez que me moviese mi clítoris se frotase con su vello púbico.

—¡Oh, Dios! —mascullé sin control.

Y todo explotó por fin.

Capítulo 14

Estaba hecha un lío. Un completo lío...

Mientras que esperaba a Jenn en una cafetería, no podía dejar de darle vueltas a lo sucedido unos días atrás en casa de Anton, o en la que ahora era también mi casa, pero solo un poco mía. Saber que lo sentía y admitírmelo a mí misma estaba haciendo que no parase de pensar en ello y me preguntase continuamente si estaba haciendo lo correcto o no.

Aunque pensase que al haber tomado una decisión todo estaba solucionado, no era así. No podía dejar de darle vueltas y creer que quizá me estaba equivocando y estaba cometiendo el error más grande de mi vida; ya que eso no me atañería solo a mí, si finalmente teníamos un bebé, podía destrozar la vida de ese niño tanto o más que la mía propia.

Mi amiga cruzó la puerta de la cafetería sacudiendo las gotas de lluvia de su abrigo, me buscó con la mirada y cuando me encontró fue directa hacia donde me encontraba sentándose en la silla a mi lado.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó dándole un sorbo a mi café sin pedirme permiso.

—¿Por qué tiene que pasar algo? —inquirí a la defensiva y agarrando la taza con fuerza para que no volviese a robármela.

—Porque tienes cara de estar pensando y cuando piensas... ¡oh, amiga mía! Cuando piensas eso es señal de que una catástrofe de dimensiones épicas se está acercando.

—Eres una exagerada —me defendí enfurruñada.

—No —contestó escuetamente antes de pedir un té para ella.

La miré en silencio durante los minutos en los que ella le echó un sobrecito de azúcar en su taza de té y lo removió con paciencia hasta que estaba lo suficiente frío, dejando la cuchara a un lado para darle un sorbo. Hecho eso dejó la taza sobre la mesa, se apartó un par de ondas rubias de la frente con un movimiento de mano y después me miró expectante.

—¿Quieres hablar de una vez? —me apremió tras unos segundos más de silencio.

No perdía nada por contarle, además, la había llamado para eso. Tomé una bocanada de aire y la dejé salir con un suspiro, evité mirarla a los ojos mientras hablaba.

—He descubierto que estoy enamorada de Anton —lo dije sin anestesia, esperando que su reacción no fuese muy exagerada.

Se quedó en silencio, como esperando que dijese algo más.

—¿Eso es todo? —preguntó con indiferencia.

—¿Te parece poco? —casi chillé.

—Por favor, cuéntame algo que no sea tan obvio.

Mi ceño se frunció...

—¿Pero qué me estás diciendo?

—Que eso ya lo sabía —explicó como si hablase con un niño pequeño—. Ahora pongámonos serias y dime cual es el verdadero problema.

—¡Ese es el problema! —exclamé nerviosa, parecía una conversación de besugos, ella no quería o no podía entenderlo.

—¡Dios, Tori! Vas a tener un bebé con Anton, lo mejor es que te podría pasar es que sintieses algo por él, no veo el problema en ningún lado.

—Es que no hablamos de sentimientos cuando hicimos este pacto, no se dijo en ningún momento lo que tendríamos que hacer en caso de que

sucediese y ahora... ahora no sé cómo actuar —dije atropelladamente.

—Lo complicas tú misma, no es tan difícil. Habla con él y cuéntale todo lo que sientes.

Ella le restaba importancia pero para mí era importante, demasiado. No sabía qué hacer con todos esos sentimientos que sentía y que no me atrevía a pronunciar en voz alta.

—Jenn, no puedo llegar y decir “*Ey, Anton, muy buena la follada de anoche, por cierto, estoy enamorada de ti*”, las cosas no funcionan así.

—¿Entonces cómo funcionan?

La miré en silencio porque no se me ocurría nada.

—Mira Tori —continuó antes de darme tiempo a buscar una contestación adecuada—, no le des más vueltas. Es lógico que los sentimientos que tenías despertasen al acostarte con él, ha sido alguien muy importante en tu vida y, evidentemente, lo sigue siendo.

—¿Y si sabías qué pasaría, por qué me dejaste aceptar este estúpido pacto? —alcé la voz.

—Es tu vida, yo solo te aconsejé y tú solita tomaste una decisión. No trates de buscar un culpable solo para sentirte mejor.

No protesté porque tenía razón y, como no quería dársela, solo me quedé en callada. El silencio entre nosotras duró varios minutos, los que ella aprovechó para acabar el té y yo para pedirme otro café.

Una vez que me lo hubieron servido le di un sorbo y miré a mi amiga.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Es tu vida —repitió haciéndome arrugar la nariz.

—Es que... —no supe que más decir y dejé en el aire lo que restaba de frase.

—Yo hablaría con él, ya te lo he dicho —rompió el silencio y lo dejó

caer como si tal cosa.

—No voy a hablar con él.

—¿Por qué?

—Pues porque... —intenté pensar rápido pero no encontraba una excusa convincente, pero en el fondo sabía que no hablaba con él por miedo a que no sintiese lo mismo y al final perderle.

—Eres idiota —espetó de repente interrumpiendo mis elucubraciones —. Mientras no te admitas a ti misma lo que está pasando en realidad dentro de tu cabeza y en tu corazón, no vas a poder disfrutar de lo que tienes.

—No entiendo lo que quieres decir con eso.

—Pues que no pienses en el emotivo real por el que accediste a ese pacto en un primer momento, piensa en el motivo por el que fuiste a su casa aquella noche.

—¿Qué noche?

—Cuando descubriste lo de Carlos.

—Fui porque Anton era quien estaba más cerca de donde me encontraba.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Pero es así.

—Tori, estás hablando conmigo, miéntete a ti misma lo que quieras, pero a mí no me la cuelas.

—¡Eres insufrible! —me fui por la tangente, todo lo que estaba diciendo era demasiado parecido a la verdad y me estaba asustando.

—Llámame lo que quieras, pero sabes que tengo razón.

—No sé para que he te he llamado —mascullé molesta.

—Me has llamado porque tu subconsciente es más inteligente que tú y sabe que no voy a decirte lo que quieres escuchar, igual que sabía que ir a casa de Anton aquella noche tendría consecuencias.

—No tienes ni idea —enfadada, me puse en pie, dejé unas monedas sobre la mesa para pagar mis cafés y salí de allí sin mirar atrás.

Caminé a toda velocidad hacia la que era ahora mi casa, ¿pero qué se creía Jenn? Eso que había dicho no podía ser así. No fui a buscar a Anton porque esperase algo de él, simplemente fui porque era la persona que tenía más cerca y porque sabía él que no me juzgaría, solo por eso. Los motivos que ella se había inventado no eran reales, no podían serlo porque no tenían sentido. Anton era la persona que mejor me conocía, pero también era quien podía hacerme más daño, no iría a buscarle si no tuviese otra opción y no tuviese claro que no sentía nada por él.

Cuando llegué subí las escaleras en lugar de utilizar el ascensor solo para tener más tiempo para pensar. Entré en la casa todavía dándole vueltas a que enfadarme con Jenn había sido mejor que quedarme allí escuchando estupideces. Tras comprobar que Anton no estaba fui hacia la habitación y saqué del armario ropa de deporte, me cambié todo lo rápido que pude y bajé a la calle dejando mi móvil a propósito sobre la mesa de la cocina, así no tendría distracciones ni tentación de llamarla para pedirle más explicaciones o lo que era peor, perdón. No merecía que la disculpase hasta que no entendiese lo que pasaba por mi mente.

Necesitaba tiempo para pensar, para mí sola, correr siempre me había servido como terapia para hablar conmigo misma y tomar decisiones. Me sujeté el pelo en una coleta y salí a la calle a quemar calorías y también un poco de mala leche. Pero no había corrido más que un par de calles cuando me encontré de frente con Anton que volvía del restaurante y tuve que frenar en seco.

—¿Qué haces? —me preguntó con el ceño fruncido.

Me detuve a coger aire, respiré hondo intentando llenar mis pulmones y, aunque no estaba realmente cansada, apoyé las manos en las rodillas fingiéndolo solo para ganar tiempo y pensar que decir.

—Correr —resollé.

—¿A esta hora? —miró su reloj de pulsera y después me miró a mí.

No tenía ni idea de qué hora era, debía de ser tarde porque las calles estaban vacías y hacía horas que había oscurecido. Pero no me importaban, era viernes y al día siguiente no tenía que trabajar.

—Yo que sé —le resté importancia enderezándome y encogiéndome de hombros para dar más énfasis a mis palabras.

—¿Y sales a correr a esta hora?

—¿Quieres dejar de actuar como mi padre? —espeté enfadándome, quizás él no era el culpable de lo que ocurría (o quizá sí), pero había dejado caer la gota que derramaba el vaso.

—Solo te he hecho una pregunta —se excusó a la defensiva.

—Pues deja de preguntar, joder, soy mayorcita para saber lo que me hago.

—Pero es que no es una hora coherente para salir a correr, pasan de las tres.

—O salgo a correr o bebo hasta caer inconsciente, creo que, dadas las circunstancias, correr es más sano y menos contraproducente.

Él me miró en silencio durante unos segundos y después resopló.

—¿Con quién has discutido? —preguntó.

Intenté disimular la sorpresa ante lo rápido que había deducido lo que me pasaba, pero creo que no funcionó porque él se explicó enseguida.

—Siempre que discutes con alguien que te importa te pones histérica y necesitas correr, ¿quién ha sido esta vez?

—Gilipollas.

—¿Qué? —preguntó aturdido.

—¡Qué eres un gilipollas!

—¿Cuándo vas a madurar? ¡Mierda Tori! Te comportas como una cría —dicho esto continuó su camino.

Le seguí, porque necesitaba un blanco para mi ira y él se puso en línea de tiro sin buscarlo, era infantil e irracional, pero actué así sin poder evitarlo.

—¿Me vas a dejar sola en la calle y con la palabra en la boca? —pregunté apurando el paso para alcanzarle.

—Eres tú la que en lugar de hablar está diciendo gilipolleces —me contestó sin siquiera mirarme.

—Es que no puedes llegar y hablarme así, como si fueses el que tiene la verdad absoluta y conocieses la personalidad de todo el mundo.

—Te conozco a ti y eso es suficiente.

—Será suficiente para ti, porque para mí no.

—¡Basta, Tori! —exclamó girándose para encararme y haciendo que me callase de golpe—. No puedes cargar contra el mundo cuando las cosas no salen como esperas y mucho menos culparme a mí de todos tus problemas. Aprende a canalizar tus emociones y después podemos discutir como personas civilizadas.

—¿Me estás llamando loca? —habría sido inteligente callarse, pero mi boca fue más rápida que mi mente y no pude detenerla.

—No, te estoy llamando histérica —dijo con tranquilidad llegando al portal y sacando las llaves del bolsillo.

—Pues tú eres un capullo —espeté lo primero que me pasó por la cabeza—. Llegas y en lugar de apoyarme con mis problemas me llamas histérica.

—Eres tan infantil que a veces creo que estoy hablando con una niña de quince años.

Y, como para reafirmar sus palabras, hice lo propio.

—¡Capullo!

Él me ignoró, entró en el edificio y después en el ascensor, lo hice tras él y en aquel espacio reducido el aire se enrareció a nuestro alrededor. Si eso fuese una película de amor de aquellas que me gustaban, nos quedaríamos encerrados, discutiríamos un poco más y después follaríamos como animales. Con tan buena suerte que me quedaría embarazada ese día y todos nuestros problemas desaparecerían.

Pero como no era una película la campanita hizo clink, y las puertas se abrieron, Anton salió sin esperarme y cuando fui capaz de reaccionar y salir de aquel cubículo, tan solo alcancé a ver como entraba en casa y me dejaba la puerta abierta.

Cuando yo también entré y cerré la madera a mi espalda, Anton estaba dejando sus cosas sobre el sofá, se había quitado la chaqueta y bajo esta solo vestía una camiseta negra de algodón. Contuve un suspiro al verle, aun estando enfadada con él (ve tú a saber por qué estupidez, ya lo había olvidado) no podía controlar a mis hormonas, que hicieron la ola en cuanto vieron como los músculos de sus brazos se tensaban y estiraban con el movimiento.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —me preguntó de repente sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué mierda quieres? —contesté con otra pregunta y en el mismo tono impertinente que había tenido durante los últimos minutos.

—Ven aquí.

—¿Esperas que te obedezca como un perrito?

—Tori, cierra la puta boca y ven aquí.

—Gilipollas —mascullé en voz baja, pero hice lo que me pedía y

avancé hasta quedarme delante de él—. ¿Qué?

—¿Me dices lo que te ha pasado?

—¿Qué más te da?

Él resopló y se pasó una mano por el pelo despeinándose.

—Lo intento, te juro que lo intento, pero no puedo —se frotó los ojos y me miró.

—Pues es muy fácil —le miré directamente a los ojos y aguante la respiración antes de pronunciar las siguientes palabras—. Me vuelvo a mi casa y ya está.

Anton se quedó igual de impactado que si le hubiese dado un tortazo y me devolvió la mirada, pero la suya era dura y fría. De repente y sin que pudiese evitarlo, una de sus manos me sujetó de la coleta y dio un tirón hacia delante, acercándome a él y estrellando sus labios contra los míos.

Debido a la sorpresa me quedé paralizada sin saber muy bien que hacer. Durante unos segundos él intentó introducir la lengua entre mis labios intentando que le correspondiese al beso, pero no podía, no reaccionaba, hasta que me sujetó de la cintura y también tiró de mí encajando mis caderas entre las suyas.

Su sexo se estrelló contra mi vientre y gemí como una perra en celo, mis brazos se alzaron por voluntad propia y se enrollaron de su cuello, colgándome de él. Sus manos fueron directas a mi culo y enrollé las piernas en su cintura para no caerme.

Avanzó unos pocos pasos conmigo enredada en él hasta que me dejó descansar sobre el respaldo del sofá, aunque yo mantuve las piernas enrolladas a su alrededor para evitar que se alejase de mí.

—¿Quieres irte? —preguntó contra mis labios y mi camiseta salió por los aires en cuestión de segundos—. Puedes irte cuando quieras Tori —, la siguió mi sostén y busqué desesperadamente el borde de su ropa para quitársela también. Aunque sus manos me sujetaron por las muñecas para detenerme, me removí intentando soltarme, pero me sujetó con más fuerza

para evitar que lo consiguiese—. Pero si te vas no podremos hacer esto.

Gemí de nuevo cuando tiró de mí y en un solo movimiento me puso en pie, me bajó los leggins junto con la ropa interior y me quitó las deportivas, pero antes de que pudiese aprovechar para desnudarle a él, volvía a tener las manos sujetas en mi espalda y no podía defenderme.

En cuestión de pocos segundos me tenía a su merced y sin capacidad para hacer algo para evitarlo, aunque había sido brusco y casi me había obligado, pero muy en el fondo era consciente que desde que nos cruzamos en la calle le estuve provocando, discutía con él por el placer de discutir y buscando que reaccionase de algún modo.

Él lo hizo, solo que su reacción fue muy diferente a la que yo pretendía, aunque no me quejaba, estaba disfrutándolo más de lo que había imaginado.

Le miré a los ojos esperando encontrar restos de aquel enfado o quizá simplemente rastros de molestia por la pequeña y absurda discusión que habíamos tenido, pero sus orbes eran fuego puro. Un fuego muy diferente al del enfado. Su mirada me quemaba allí donde se posaba y me derretí entre sus brazos, dejando que hiciese de mí lo que quisiese sin poner objeción.

Por eso no protesté cuando me giró todavía sujetando mis manos, ahora le daba la espalda, estaba inmóvil, excitada y desnuda. Me respiración era errática y los latidos en mi pecho retumbaban hasta mis oídos. Minutos antes no podía llegar a imaginar que la situación llegase a ese punto, pero me encantaba. Mi sexo se humedecía ansioso y su erección se me cavaba en la parte baja de la espalda llenándome de anticipación.

La mano que no sujetaba las mías serpenteó por mi espalda, acariciando mi espina dorsal hasta que llegó a mi cuello y allí presionó para que me inclinase hacia delante. Mi cuerpo se amoldó a la forma del sofá, mis caderas se apoyaron en el suave material gris del tapizado y un cosquilleo anidó en mi vientre cuando escuché como bajaba el cierre de sus tejanos.

Lo siguiente que sentí fue su erección tanteando mi entrada,

deslizándose suavemente entre mis labios mayores y acariciando mi clítoris. Su mano, que todavía me sujetaba por las muñecas, dio un suave tirón haciendo que mi cuerpo se deslizase un poco hacia atrás y su erección se clavó un poco, introduciendo solo la punta y saliendo justo después.

Ese juego cruel estaba acabando conmigo, solo quería que me la calvase hasta el fondo, quería sentirla dentro y cuanto más profundo mejor. Mis músculos se contrajeron como respuesta al sentir eso y gemí vergonzosamente.

—¿No vas a decir ninguna tontería de las tuyas? —preguntó en un susurro antes de dar un cachete en una de mis nalgas.

Mi cuerpo se tensó ante el golpe que, aunque suave, había estimulado todos mis puntos nerviosos.

—¡No! —medio chillé medio gimoteé.

Mi sexo clamaba por el suyo, casi podía decir que goteaba pero podía ser una exageración. Le quería dentro y se lo hice saber removiéndome y buscándolo, echando mi trasero hacia atrás. Él respondió colocando una mano en mi cadera y empujándome para que volviese a poyarme en el sofá.

—Quieta —me ordenó a lo que no tuve fuerzas para negarme.

Segundos después liberó mis muñecas y yo coloqué las manos sobre el cojín del sofá intentando estabilizarme un poco. Con las dos manos libres él tenía total acceso a mi sexo y no dudó en utilizar esa ventaja. Uno de sus dedos se introdujo en mi interior y yo gemí, con el pie me dio un golpecito en los míos para que separase las piernas y lo hice sin dudar, aunque apenas tocaba el suelo con la punta de los dedos.

Estaba completamente a su merced... y me encantaba.

Sacó la mano de mi interior y esparció la humedad por todo mi sexo hasta llegar a mi ano. Me removí impaciente, él sabía el efecto exacto que esa parte de mi anatomía tenía en mí. Lo acarició suavemente, tentándome,

haciendo que me removiese más y ganándome otro cachete en la misma nalga exactamente en el mismo lugar.

—¡Anton! —exclamé cuando el sonido rasgó el aire y el picor en mi piel no tardó en llegar.

Introdujo un dedo de nuevo en mi vagina y lo volvió a sacar deslizándolo una vez más hasta mi ano, esparciendo de nuevo la humedad. Después sentí como se agachaba y dejaba un beso en el lugar justo donde había dejado la palmada unos segundos antes.

—Agárrate bien, que esto será rápido.

Un vez hubo dicho eso su lengua se deslizó por todo mi sexo y ahogué un grito a la vez que clavaba las uñas en el cojín. Con el segundo lametón el dedo que jugueteaba en mi entrada trasera se introdujo hasta la primera falange y mis piernas perdieron toda su fuerza dejando caer mi peso sobre el respaldo del sofá.

Me pellizcó el clítoris con los dientes, volvió a lamer y grité. El dedo salió y al volver a entrar lo hizo más profundo esta vez. Cerré los ojos con fuerza y apreté los dientes cuando volvió a salir y a entrar, abriéndome, hasta que fueron dos dedos entrando y saliendo a la vez que su lengua hacía estragos un poco más abajo.

No pasó mucho tiempo hasta que sentí un cosquilleo que me nacía en los pies, ascendía por la parte interna de mis muslos y llegaba a mi sexo. Anton lo percibió a causa de las contracciones de mi vientre, los movimientos de su lengua se hicieron más lentos alargando el momento para que la sensación fuese más intensa. Tanto que de lo fuerte que apretaba los ojos comencé a ver puntitos blancos.

Volvió a pellizcarme con los dientes, a la vez que otro de sus dedos se introdujo en mi sexo y exploté. Mis piernas se tensaron, grité contra la tapicería del sofá y mis dedos se clavaron con más ímpetu en el cojín. Fueron unos segundos intensos, pero cuando todavía no se había acabado del todo y sin quitar los dedos de mi ano, se incorporó y me penetró de una sola estocada y hasta el fondo.

El sofá se movió hacia delante unos centímetros y crujió un poco, mi cuerpo lo recibió como si lo echase de menos. Entraba y salía empujando y haciendo que el orgasmo se prolongase más y fuese más fuerte. Hasta que poco a poco comencé a ser consciente de que él estaba detrás de mí, empujando en mi interior y todavía enviando miles de sensaciones por todo mi cuerpo.

Otro empujón, esta vez más fuerte, volvió a mover el sofá y hacerlo crujir, gemí porque sus testículos estaban golpeando mi clítoris ahora muy sensible y me estaba excitando de nuevo. Anton se tensó y sus empellones se hicieron más bruscos y profundos, sabía que su orgasmo estaba cerca y quería ver su rostro mientras llegaba al clímax. Me giré un poco moviendo mi cuerpo, alcé la cabeza y el nuevo ángulo debió de gustarle porque gimió y me sujetó más fuerte de las caderas.

El sofá volvió a crujir y con el último empujón, más fuerte todavía que los anteriores, el mueble se hundió debajo de mí y Anton gritó llegando al orgasmo. Continuó empujando, esta vez estaba inclinado sobre mí ya que había descendido unos cuantos centímetros a causa del sofá roto y cuando hubo terminado dejó que su peso descansara sobre mi espalda.

Respiraba en mi nuca, su mano buscó la mía y la sujetó con fuerza, resollando, supuse que con los ojos cerrados aunque no podía verle y nunca, jamás, me había sentido tan bien en mi vida. Él estaba allí, podía sentirle. Él Anton que adoraba, al que quería, el mismo que me volvía loca en el pasado y por el que daría la vida si fuese necesario.

Estaba segura de que al día siguiente lo lamentaría, tendría agujetas y me dolerían músculos de los que desconocía que se movían al hacer algo así, pero no cambiaría ese momento por nada del mundo.

—Nos hemos cargado el sofá —dijo en un susurro después de unos minutos.

—Tú te has cargado el sofá —le corregí con una risita.

—Es tu culpa por ser una jodida histérica —dejó un beso en mi hombro desnudo y me estremecí—. Vamos a la cama —se incorporó saliendo de mi interior y le eché de menos, su calor era tan reconfortante

que sentí frío solo con tenerle a unos centímetros.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie y una vez que lo hube hecho miré a mi alrededor evaluando los daños; mi ropa estaba tirada por todos lados y el sofá... ¡pobre sofá! El respaldo tenía un hueco en el centro y hacia uno de los lados, sin entender por qué, sentí como mis mejillas enrojecían.

—Te has cargado el sofá —repetí como si todavía no me lo creyese y comencé a reírme.

Anton pareció avergonzado durante unos segundos, se revolvió el pelo y le miré de arriba a abajo. Todavía estaba vestido, pero los tejanos ahora abiertos descansaban en sus caderas y podía ver un pedazo de su bóxer negro.

—Mañana lo arreglamos.

—Esto no tiene arreglo —dije lo obvio—. Tendremos que comprar otro.

Anton rio conmigo y me atrajo hacia su cuerpo de un empujón.

—¿Ves cómo me pones? Es tu culpa —susurró contra mis labios antes de besarme.

Reí hasta que introdujo su lengua en mi boca y comencé a devolverle el beso.

Mañana... mañana quizás se podría arreglar todo, ese justo momento era para disfrutarlo.

Capítulo 15

—¿A dónde vamos? —preguntó Clara, la gemela tranquila, caminando detrás de mí, la miré por encima de hombro y parecía cansada, unas gafas de sol ocultaban sus ojos y fruncí el ceño al no saber que le ocurría.

—A comprar un sofá —contesté y Jenn, a mi lado, todavía muy molesta conmigo, bufó y desvió la mirada—. Solo voy a comprar un puto sofá —protesté volviendo a enfadarme.

Esa mañana me había despertado de muy buen humor y mi amiga me lo estaba amargando, Anton me había llevado el desayuno a la cama, me había dado un beso de buenos días y después nos habíamos duchado juntos, con sendos arrumacos en el baño.

Él tenía mucho trabajo en el restaurante durante esos meses, con la llegada de la primavera también llegaban las bodas y las comuniones, y a él, obseso del control, le gustaba tener todo supervisado, el más mínimo detalle debía estar perfecto y aprobado. Por lo que me había tocado a mí reponer el sofá roto, algo que había aceptado hacer con una sonrisa y buena actitud, porque poner un poco de mí en su casa hacía que todo pareciera más real y menos un pacto.

Era consciente por completo de que estaba sobrepasando una línea que no debería cruzar, era peligroso, sobre todo para mí que me estaba arriesgando tanto. Pero cuando le miraba todo dejaba de importar y me dejaba llevar, era algo inconsciente, no lo podía evitar.

Aprovechando la salida llamé a Jenn para que me acompañase, pretendía hablar con ella y solucionar la pequeña discusión que habíamos tenido la tarde anterior, pero mi amiga, suponiendo mis intenciones, se había traído a Clara, sabiendo que frente a ella no volveríamos a discutir

o, al menos, no llegaríamos a los insultos con tanta facilidad. En el fondo había sido buena idea, pero al ver el aspecto cansado y enfermizo de Clara no podía dejar de preocuparme por ella en lugar de pensar en el modo de hacer que mi otra amiga hiciera las paces conmigo.

—¿Qué le ha pasado a tu sofá? —preguntó Clara avanzando un poco para colocarse a mi otro lado.

Con el recuerdo de lo sucedido la noche anterior mis mejillas volvieron a colorearse, una imagen de lo sucedido acudió a mi mente y carraspeé para eliminar un poco de incomodidad.

—Fue el sofá de Anton y solo se rompió un rompió poco.

—¿Cómo puede romperse un sofá? —bajo las gafas pude adivinar su mirada de curiosidad.

—Pues... rompiéndose. Las cosas se rompen con el uso.

Tras avanzar un par de pasos Clara volvió a preguntar.

—Oye... ¿y por qué le compras tú un sofá a Anton? ¿Él no puede hacer, o qué pasa?

La miré de reojo y no supe que contestarle.

—Eso Tori —añadió Jenn con una sonrisa siniestra en los labios—, ¿por qué le compras un sofá a Anton?

—Vete a la mierda, Jenn.

—No te preocupes, ayer me quedó muy claro el mensaje —masculló molesta.

—¿Alguien me puede explicar que os pasa a vosotras dos? —inquirió Clara.

—Nada —contestamos a coro.

Nos quedamos en silencio un tiempo más y llegamos a la tienda de muebles, tras dudar entre un par de modelos de sofá y decidirme por uno

en tonos grises similar al que se había roto, concretamos la entrega a domicilio y decidimos ir a tomar algo a una terraza. Sentadas en la mesa, yo con mi sempiterno café y mis amigas con un té cada una, nos miramos unos segundos y suspiré.

—Estoy deseando que llegue el verano, este curso se me está haciendo eterno —dije solo para romper el silencio que estaba empezando a ponerme nerviosa.

—Normal, esos críos diabólicos que cuidas tienen que agotar a cualquiera —Jenn no me miró mientras hablaba, pero al menos me hablaba, que ya era algo.

—Son bebés, no críos diabólicos —contra todo pronóstico fue Clara quien salió en defensa de los niños y no yo, provocando que tanto Jenn como yo la mirásemos con el ceño fruncido.

—¿Vas a decirme qué te traes con Anton? —la siguiente pregunta de Clara me pilló con la guardia baja y casi me atraganto con él café.

—Están juntos de nuevo —comentó Jenn como si tal cosa.

—No estamos juntos —me apresuré en aclarar.

—¿Entonces cómo se come que ahora vivas con él?

—Tú sabes que me ha hecho chantaje —mascullé entre dientes y dedicándole una mirada nada amistosa.

Nadie además de ella sabía el pacto al que había llegado con Anton y estaba segura de que Clara, la siempre correcta y perfecta Clara, no lo entendería. No quería que me diese una charla advirtiéndome de lo mala que era esa idea, yo misma lo sabía, no necesitaba que nadie me lo dijese.

—¿Por qué vives con él? —preguntó Clara en esta ocasión.

La miré con el ceño fruncido, decirle la verdad no entraba en discusión, nadie y mucho menos ella, debía saberlo, así que una verdad a medias no le haría daño a nadie.

—Vale, estamos algo así como juntos... —me encogí de hombros para que no le diese demasiada importancia—. Pero no es nada serio.

—Para unos más que para otros —añadió Jenn.

—¿Cuál es tú problema? —le pregunté mirándola directamente.

—Tú, tú eres mi problema, a ver cuándo consigues madurar y ver lo que tienes delante de las narices.

Chasqué la lengua y miré hacia otro lado.

—¿Qué tal el bebé? —le pregunté unos segundos después ignorando lo que me había dicho, era mi amiga y quería enterrar el hacha de guerra, no continuar con una discusión estúpida y sin sentido.

Di en el clavo con la pregunta, mi amiga bajó la mirada a su pequeña barriga que ya sobresalía un poco bajo su camiseta y se la acarició con ternura.

—Al menos ahora ya no vomito tanto.

—¿Tan malo ha sido? —Clara, que todavía no se había quitado las gafas de sol, lo hizo y nos enseñó las tremendas ojeras que lucía.

—Podía haber sido peor —contestó la rubia—, en clases de parto he hablado con chicas que no podían separarse del señor Roca ni media hora, yo al menos he podido hacer vida medio normal, si solo contamos con la segunda mitad del día.

Ella asintió, como si le hubiese contado algo relevante y le estuviese dando vueltas. Después nos quedamos en silencio, yo deseando estar en cualquier otro lugar en vez de allí, porque con una de mis amigas enfadada y la otra metida en sus pensamientos, la salida divertida que había planeado estaba siendo de todo menos eso.

—Esto... —dijo Clara tras unos minutos de silencio—, chicas —las dos la miramos y ella parecía avergonzada de repente—. No quiero que os pongáis como locas y mucho menos que le digáis esto a Alba por ahora, quiero hacerlo personalmente y en su momento, pero... creo que estoy

embarazada.

—¿Qué? —preguntamos Jenn y yo a coro.

—¿Pero estás saliendo con alguien? —siguió ella.

—Algo así... —desvió la mirada y comenzó a jugar con la cuchara que tenía en la taza de té—. Se llama Yago, le conocí hace unos meses y hemos estado tonteando, no era nada serio, pero ahora...

—Pero... ¿estás segura? —pregunté yo esta vez intentando no atragantarme con las palabras e ignorando al puto gusanito de la envidia que estaba volviendo a hacer su aparición.

—Cinco test positivos creo que son suficientes para estar segura.

Y el peso del mundo volvió a caer sobre mis hombros, el gusanito se convirtió en una cobra y comenzó a dar vueltas como un loco y mordiendo todo a su alrededor, si no llegaba con tener a una amiga embarazada mientras yo deseaba estarlo, ahora tenía dos.

Antes siquiera de que pudiese asimilarlo, Jenn sujetó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, haciéndome regresar a la realidad y recordándome que Clara estaba hablando y necesitaba nuestro apoyo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté saliendo de mi ensimismamiento. Intenté que mi tono de voz sonase neutro, pero creo que no lo hice muy bien ya que Jenn me apretó la mano haciéndome ver que estaba a mi lado.

—Hablaré con Yago, le diré lo que hay y si quiere puede formar parte de esto, si no... —se quedó en silencio y las demás nos hicimos una idea de que seguiría adelante sola si fuese necesario.

Ella era la más responsable y fuerte de nosotras, la que lucharía contra viento y marea y lo haría sonriendo porque decía que la vida es así, tan solo hay que aceptar lo que te presenta.

—Bueno... ¿y cómo te encuentras? —preguntó Jenn, algo que agradecí ya que no sabía que decir.

—Bien... tengo náuseas y esas cosas, pero es lo normal, ¿no?

Me sentí mal por sentir envidia, pero es que no era justo, llevaba meses intentándolo y ella lo consigue sin querer, igual que Jenn, e igual que miles de chicas en todo el mundo. Intenté mostrar un poco de comprensión, ella tenía que estar pasando un mal momento, sobre todo porque al no estar planeado tenía que estar truncando sus planes, más si se tenía en cuenta que ese tal Yago no era una pareja estable y no sabía si podría contar con él en un futuro.

Después de despedirme de ellas y de recibir un fuerte abrazo de Jenn que me descolocó todos los huesos, me subí en el coche y puse rumbo a casa de Anton. Durante el trayecto no pude dejar de pensar en el cambio tan brusco que estaba a punto de dar la vida de Clara. De un día para otro se estaba viendo inmersa en una situación que no había elegido pero que le tocaba vivir y, conociéndola como la conocía, estaba segura de que saldría adelante, que al final del camino esto sería lo más bonito que le había pasado en la vida y aprendería de ello.

Pero por mucho que quisiese a mi amiga y me alegrase por ella no podía dejar de pensar en que ese no era un embarazo planeado, fue algo sorpresivo que nadie esperaba y de repente, ¡pum! Tenía un bebé dentro de su útero... pero ¿por qué eso no me ocurría a mí? Yo estaba deseando que algo así me sucediese y el destino estaba empeñado en hacerme esperar.

Me detuve en un semáforo en rojo y miré a la derecha, había un parque infantil, lleno de niños con sus madres y alguna de ellas embarazada... ¿es qué tenía que encontrarme con todo bicho viviente preñado justo en un día como ese? Gruñí y miré al frente, dando un acelerón y escapando de allí a toda velocidad en cuanto el semáforo me lo permitió.

Embarazadas por todos lados, carritos de bebé allí donde mirase, el mundo estaba en mi contra, me estaba enviando un mensaje como diciendo: “míralos bien, porque nunca tendrás uno” Aunque... ¿Y si era todo lo contrario? ¿Si el destino me estaba diciendo todo lo contrario? ¿Y si ya estaba embarazada?

Después de tantos intentos podría ser que... conté mentalmente cuando sería mi próxima menstruación, faltaba al menos una semana, pero ya

podría estar embarazada sin saberlo. A veces pasan esas cosas.

Cuando llegué no me sorprendió que Anton no estuviese en casa, sabía que sería así. Fui hacia el baño y rebusqué en el cajón donde había guardado aquel test de embarazo que me había regalado unas semanas antes. Encontré la caja arrugada y escondida debajo de un par de cepillos para el pelo, la miré fijamente durante unos minutos debatiéndome en hacerlo o no, si daba negativo me llevaría un disgusto, ¿pero y si daba positivo?

La sostuve entre mis manos y miré las instrucciones... ¿sería demasiado neurótica si me hacía el test sin tener ningún síntoma ni ninguna otra sospecha? Me autoconvencí de que tan solo sería para estar segura, para tener claro que me encontraría en las bragas una semana después. Fruncí los labios debatiéndome sobre qué hacer... y no lo pensé más. Me senté en el retrete y abrí la bolsa cerrada al vacío sin darle más vueltas.

Diez minutos después miraba aquel chisme de plástico con los ojos entrecerrados... una puta rayita... solo una.

¡Joder!

¿Es que nada podía salir bien?

Aunque quise evitarlo una lágrima descendió por mi mejilla y otra más la siguió. Me estaba obsesionando y sabía que eso no era bueno, pero tan solo quería un bebé. Una personita pequeña y rechoncha que fuese parte de mí, alguien a quien cuidar, achuchar y por quien preocuparse de un modo enfermizo... no pedía tanto... ¿o sí?

De un manotazo me sequé las lágrimas y me miré al espejo, me estaba convirtiendo en alguien que no quería ser, alguien tan parecido a mi madre que me daba repelús. Tenía que dejar de darle tanta importancia, las cosas vendrían cuando viniesen, aunque la espera me estuviese matando.

Estaba harta de tener que cumplir expectativas... ¿qué pasaba si no lo conseguía? ¿Si al final era yo misma la que mandaba todo a la mierda y decidía no esperar nada de la vida? Es que estaba cansada, me cansaba ser

mujer, ser consciente de ello y exigirme lo mismo que la sociedad me exigía... ¿por qué debía seguir las normas impuestas? ¿Por qué no esperar, por ejemplo, hasta los treinta y cinco para tener hijos? ¿Por qué las cosas debía seguir ese supuesto orden lógico que se empeñaban en darle?

Pensé en mi madre y en lo mucho que ella había sufrido por no poder darme un hermano, a mi padre también le había dolido aunque era más de comerse la cabeza el solo y no exteriorizarlo... ¿y qué pasaba conmigo? ¿Iba a estar todo lo que restaba hasta que me quedase embarazada sufriendo porque no lo estaba? ¿Iba a continuar obsesionándome con el tema hasta volverme loca?

Me puse de lado y miré mi perfil en el espejo, mi abdomen no era plano como el de las modelos pero estaba vacío, intenté imaginarme a mí misma con una tripa enorme de embarazada pero no pude, en esta ocasión las imágenes mentales fueron bloqueadas y tan solo pude verme a mí misma feliz con lo que tenía, fuese lo que fuese lo que el destino tenía preparado para mí.

En ese momento me di cuenta de que estaba siendo estúpida e irracional, que la fuente de mis problemas era yo misma, que me ponía metas demasiado lejanas y, aunque ponerse metas no era algo malo, el desesperarse porque no se llega a ellas si lo era. Y en sobre manera.

Nunca había creído en que el destino estaba escrito, cada uno nos labrábamos nuestro propio futuro y tendríamos con resultado lo que habíamos sembrado con nuestras acciones, pero en ese momento el destino me pareció la mentira más burda y cruel de la vida. Una excusa barata para poder echar la culpa a algo o a alguien si las cosas iban mal.

Tenía que dejar de obsesionarme, dejar a la mujer perfecta que quería aparentar ser y ser yo misma. Pasar de la sociedad, de las normas que ella imponía y de las autoimpuestas también.

Y por primera vez en toda mi vida me sentí libre, las cadenas que me ataban a mis sueños se rompieron y tomé una verdadera decisión sin pensar en nadie más que en mí y siendo egoísta me di cuenta de que nada me había hecho sentir tan bien nunca.

¿Qué quería un bebé? Perfecto, pero no me agobiaría por su llegada

¿Qué estaba enamorada de Anton? Genial, pero no haría un drama de eso.

¿Qué mis mejores amigas estaban embarazadas y yo no? Maravilloso, me alegraba por ellas y estaría a su lado para lo que necesitasen.

Pero no volvería a llorar por eso. Nunca. Jamás. Era caca. Sería yo, queriéndome, buscándome a mí misma y no exigiéndome más de lo que podía dar. Solo viviendo al día, disfrutando del momento y recordando esos instantes que me regalaba la vida y que eran increíbles.

Más tranquila y feliz de lo que había estado nunca me fui hacia el salón, miré el sofá roto y se me escapó una carcajada, me senté como pude, intentando no apoyarme demasiado en el respaldo para no acabar en el suelo y me puse a ver la televisión con paciencia, hasta que me quedé profundamente dormida y las horas comenzaron a pasar.

Me desperté con el sonido de la puerta al cerrarse, ya había anochecido y yo estaba tumbada en el sofá y me enderecé sobresaltada. Necesité unos segundos para recordar donde me encontraba y cuando lo hice pude percibir como la sombra de Anton desaparecía entrando en el baño.

Unos minutos después comenzó a escucharse el sonido de la ducha y me acerqué a la puerta sin saber muy bien por qué. Mi epifanía frente al espejo me vino a la memoria y sonreí, nada de darle vueltas a las cosas, eso era de ilusos y yo ahora era libre, estaba expuesta al futuro fuese lo que fuese. Lo mejor era actuar para que lo que quería sucediese, no esperar como una idiota a que me cayese del cielo.

Tomé una fuerte inspiración para darme valor y, sin pensarlo demasiado, abrí la puerta del baño y entré en él. Podía percibir la silueta de Anton tras la mampara que ahora estaba empañada a causa del vapor. Me detuve unos segundos en apreciar su forma, la curva de su trasero y el

pequeño bulto que había en su zona genital. Me relamí los labios ansiosa... y golosa.

Comencé a desnudarme lentamente, pero sin perder de vista mi objetivo, podía ver como se lavaba el pelo y alzaba la cabeza hacia la alcachofa que estaba colgando de la pared. Cuando me hube quitado las braguitas como última prenda, corrí la mampara y entré en la ducha.

—¿Pero qué? —preguntó sorprendido—. Creí que estabas durmiendo. Debías estar durmiendo.

Le miré a los ojos y las palabras salieron sin que pudiese pensar en ellas.

—Clara está embarazada —él me miró y parecía que iba a decir algo pero alcé una mano para detenerle—. Está bien, lo acepto. Sé que yo lo estaré en algún momento —me encogí de hombros para restarle importancia.

—Tori —sabía que iba a darme uno de esos discursos moralizadores en los que me demostraría todo su apoyo como buen amigo que era, pero no lo necesitaba.

—He dicho que está bien, no te preocupes.

—Creo que sería mejor que lo hablásemos.

Me preparé para mi mejor papel de niña buena e hice sobresalir un poco mi labio inferior.

—Es sábado... es de noche... y te he echado de menos —sin darle tiempo a que me contestase con alguna de esas frases mandonas en las que quería hacerme ver su punto de vista, me puse de rodillas y se lo demostré sin palabras, algo que él disfrutó mientras me tiraba del pelo y tenía que sujetarse de la pared para no caerse a causa del temblor de sus rodillas.

Capítulo 16

Como me gustaban los lunes por la tarde, odiaba las mañanas pero la tarde era otro cantar. Anton estaba en casa y siempre hacíamos algo juntos, aunque ese lunes había tenido que salir a reunirse con algunos clientes que pretendían hacer una celebración en el restaurante y me había dejado sola.

Desde que me había propuesto no preocuparme por el tema del embarazo mi estado de ánimo había mejorado un doscientos por cien. No me había enfadado con Anton ni una sola vez y nuestras discusiones eran más en plan broma y solo para acabar en posición horizontal (o vertical, que eso no nos importaba) haciendo las paces sin nada de ropa.

Todo era maravilloso y perfecto, podría ser mejor, pero tampoco quería ser demasiado avariciosa y llevarme toda la buena suerte del mundo, cada cosa tenía que llegar en su momento justo.

Estando sola durante la tarde había decidido leer un poco, me encantaba y últimamente apenas lo había hecho, por lo que mi plan para esa tarde lluviosa de finales de mayo era hibernar en el sofá vistiendo un pijama, con una manta de peluche, una taza de café y un libro, mientras las horas pasaban y que Anton llegase a casa. Pero mis planes se vieron truncados cuando sonó el timbre y entre improperios fui hasta allí para abrir la puerta.

Al otro lado de la madera estaba Jenn, con un vestido rosa que era flojo en la parte del vientre que dejaba entrever la forma redondeada de su tripa y un chubasquero chorreante sobre él, además de un paraguas que parecía que había tenido días mejores.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida por su visita.

—Petarda, yo también me alegro de verte —masculló molesta a la vez que entraba sin invitación y dejaba a un lado de la puerta el paraguas y el chubasquero, así como las botas y su bolso. Avanzó hasta el sofá y se dejó caer en él poniendo cara de satisfacción.

—Has elegido bien, es cómodo —comentó despreocupadamente y miró a su alrededor observando minuciosamente la decoración de la casa de Anton—. Como ha cambiado esto desde que no vengo, ¿es cosa tuya?

Negué con la cabeza y me senté a su lado, encogiendo las piernas y volviendo a taparme con mi manta calentita.

—Pues Anton tiene buen gusto.

—¿Qué haces aquí? —volví a preguntar como un disco rayado.

—Comprobar que estás bien, desde que Clara nos contó lo suyo no hemos hablado.

—Estoy bien —con encogí de hombros y me acerqué un poco a ella para acariciar su tripa—. ¿Tú cómo estás?

—Bien... se mueve mucho, ¿sabes? A veces tiene momentos de hiperactivismo y no deja de dar patadas.

Sonreí con nostalgia, yo quería eso y ella lo tenía sin buscarlo. Esperaba volver a sentir envidia por ella pero no fue así, acaricié un poco más su tripa y esperé a que el bebé se moviese, aunque no tuve suerte.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrecí mientras todavía le acariciaba la barriga.

—Un té, si tienes...

Me puse en pie y fui hacia la cocina, ella me siguió y se sentó en una de las sillas mientras yo trasteaba buscando lo necesario para hacerle un té.

—Te desenvuelves muy bien en esta cocina —comentó como si tal

cosa.

—No será por lo que Anton me deja cocinar —resoplé—. Cuando ve que me acerco a la nevera ya se pone en tensión.

—Es que tus comidas son muy raras, seitan, tofu, cartón, madera... tanto da, que da lo mismo.

La miré con los ojos entrecerrados pero me ahorré el comentario, sabía que solo lo hacía por chingar y no quería darle el gusto de demostrar que me había molestado.

—¿Te apetecen unas galletas? —la ignoré con deliberación.

Ella resopló pero afirmó con la cabeza.

Una vez de vuelta al salón y mientras ella comía galletas como si al día siguiente se fuese a acabar el mundo, me quedé en silencio, no porque no tuviese que decir o porque estuviese enfadada, simplemente porque mi relación con ella era así. No necesitaba hacer algo todo tiempo para tenerla entretenida, con estar una al lado de la otra era suficiente. Volví a acomodarme en el sofá, me tapé de nuevo y me enfrasqué en la lectura.

—¿Cuándo vas a decírselo?

Sabía exactamente a qué se refería y su pregunta me cogió con la guardia baja y la miré con el ceño fruncido, no quería volver a comenzar una discusión por ese motivo. Estaba bien con las cosas como estaban, no necesitaba dar un paso más y arriesgarme a perderlo todo. Podía vivir siendo yo la única enamorada de la relación siempre y cuando Anton no me abandonase ni me engañase. Era muy utópico, lo sabía, algo muy dentro me decía que tarde o temprano las grietas de esos malos cimientos que estaba intentando construir acabarían por derrumbarlo todo, pero quería pensar que era posible, que podía conseguirlo.

—Jenn, no empieces —volví mi atención al libro y la ignoré lo mejor que pude.

Pero ella no parecía querer colaborar conmigo, ya que puso una mano sobre la página que estaba leyendo y me interrumpió.

—Creo que debemos hablar del tema, sin discutir, hablando como personas civilizadas.

—En serio, no es necesario que te preocupes por eso, todo está bien — intenté volver a leer, pero me quitó el libro de las manos y lo dejó sobre la mesa centro.

—Tori —me dijo muy seria y mirándome a los ojos—, eres una mujer de treinta y un años, adulta y que tiene muy claro lo que quiere... ¿por qué te cuesta tanto dar ese paso y afrontar el problema de raíz?

—¿Es que no lo entiendes? ¡No es un problema!

—¿Cómo no va a ser un problema? Este estúpido pacto que os traéis entre manos no puede acabar bien si no ponéis las cartas sobre la mesa.

—¿Es que no entiendes que no quiero poner las cartas sobre la mesa? —estallé perdiendo la paciencia y alzando la voz—. Para ti es muy fácil, tú conociste a Edu y no tardó más de dos segundos en perder el culo por ti, a los seis meses estabais casados y eso que tú eras la mujer más liberal y alérgica a los compromisos que he conocido en mi vida. Pero Anton me dejó hace diez años, me dijo que no me quería, que nunca me había querido y desapareció de mi vida sin más. Me dejó echa una mierda, me pisoteó y me destrozó más de lo que nadie hizo nunca. Y sí —continué hablando cuando ella intentó meter baza—, hemos crecido y madurado, las cosas son diferentes ahora y me está ofreciendo algo que siempre he querido, pero ¿y mañana? Si mañana vuelve a irse no solo me destrozará, me matará en vida, y no voy a darle el gusto de saberlo, de ser consciente de que acabará conmigo y no podré volver a confiar en nadie más.

Ella se quedó en silencio, pensando en mis palabras y después suspiró, volvió a mirarme y yo torcí el gesto esperando otra pregunta que me hiciese alzar la voz una vez más.

—¿Y qué va a pasar con ese bebé?

—¿Qué bebé? —pregunté confundida.

—El que quieres tener con Anton, si las cosas son como dices y él

mañana desaparece, ¿qué va a pasar con ese bebé que quieres tener con él? ¿Va a abandonarlo a él también? ¿Vas a prohibir que lo vea?

—Cuando llegue el momento tomaré la decisión apropiada —evité el tema, porque sabía que no tenía una solución que fuese buena para ambos, eso sería terrible y lo sabía.

—¿Vas a tener un bebé con él sabiendo que puede abandonarte?

—Voy a tener un bebé con él, va a ser parte de mí y parte de él, el reflejo de lo que siento, y estoy segura de que mi hijo no será un error.

—No era eso lo que quería decir y lo sabes, un bebé nunca es un error, pero los motivos para tenerlo sí lo pueden ser.

—Yo le quiero y eso es suficiente —utilicé la única excusa válida que me decía a mí misma para autoconvencerme.

—¿Y serías feliz sabiendo que él está contigo solo por ese bebé? ¿Qué lo tienes atado a ti por el resto de su vida solo por ese bebé? ¿Crees que ese bebé cuando crezca será feliz sabiendo que él era la única razón por la que sus padres estaban juntos? ¿No es exactamente eso lo que le pasó a Anton y por lo que te dejó hace diez años?

No quise escucharla pero lo hice, y no solo eso, analicé cada una de sus palabras, las repetí en mi mente en el mismo orden e intenté darles la vuelta para poder ser yo la que tuviese razón, pero no pude.

—Si esperas a quedarte embarazada y no le dices nada —continuó mientras en mi mente todo era una cacofonía de pensamientos—, te arriesgas a que él esté a tu lado por los motivos equivocados, estará a tu lado solo por el niño, haciéndose infeliz a sí mismo, a ti y a ese bebé.

—Pero el pacto... —murmuré buscando una solución a lo que ya sabía de antemano que no la tenía.

—El día que me confesaste que estabas enamorada de él tú misma te contestaste, el pacto ya no es válido siempre que haya sentimientos de por medio.

Esos cimientos inseguros se derrumbaron frente a mí y una fuerte opresión en el pecho casi me quitó el aliento, pero me obligué a serenarme, a mantener la calma y ser lógica por una vez en mi vida. Dejarme llevar por los sentimientos podía traer más problemas que soluciones.

—Zorra —espeté frunciendo los labios y dejándome llevar—, era muy feliz antes de que llegases, ¿por qué has venido a poner todo patas arriba? ¿Ahora qué voy a hacer?

Quise evitarlo pero mis ojos se llenaron de lágrimas... ¡mierda! Encima estaba a punto de venirme la regla y estaba más sensible de lo normal.

—Tori, no es para que hagas un drama de esto —intentó consolarme poniendo una mano en mi hombro.

—No estoy haciendo un drama, ¿no ves que acabas de echar abajo todos mis planes? —pregunté poniéndome en pie y tirando la manta al suelo en el proceso—. No puedo mirar a Anton y no pensar en lo que me has dicho, no puedo acostarme con él y tener miedo a quedarme embarazada porque eso es lo que quería.

—¿Lo que querías o lo que quieres?

—¡Cállate! Psicóloga de pacotilla, que tienes buscarle el lado lógico a todo —comencé a dar vueltas alrededor de la mesa centro y me pasé una mano por el pelo.

—Todo tiene su lado lógico —dijo muy orgullosa de sí misma.

—No, en eso te equivocas. El amor no es lógico, te hace hacer estupideces, meter la pata y ser una completa gilipollas.

—El amor es una respuesta neuronal a...

—¡Qué dejes de buscarle la lógica a todo, joder! —la interrumpí señalándola con mi dedo acusador—. Tú, jodida preñada, tú... tú que vienes aquí y me haces pensar, precisamente tú que siempre me aconsejas que no piense las cosas y que simplemente actúe. Y para una vez que lo

hago, resulta que estoy equivocada... ¡puta lógica! La lógica lo estropea todo... ¡todo, todo, todo!

—Tori, no te pongas histérica.

—¡No estoy histérica! —casi grité.

—Lo estás y tienes que tranquilizarte —se puso frente a mí deteniendo mi caminar en círculos y me obligó a mirarla a la cara—. Respira hondo y siéntate, te va a dar una aneurisma como sigas así.

Le hice caso y volví a sentarme, la miré suplicándole, esperando que igual que había tenido el modo de hacerme ver que todo era una mierda, tuviese también una varita mágica que lo volviese perfecto.

—¿Qué hago? —gimoteé volviendo a sentir como se inundaban mis ojos.

—Habla con él, dile cómo te sientes y quizás las cosas sean más fáciles de lo que piensas.

—¿Y si no es así? —mi parte trágica y pesimista no me dejaba ver lo bueno de ese consejo.

Justo cuando iba a contestarme la puerta se abrió y Antón no tardó en aparecer tras ella, yo, cobarde como hay pocas, bajé la mirada a mis pies y me puse a jugar con mis dedos.

—¿Qué ocurre? —escuché como dejaba el casco y la chaqueta en el sofá, pero me rehusé a mirarle.

—Solo estábamos hablando —Jenn se puso en pie y se dirigió a donde había dejado sus cosas al llegar—. Será mejor que me vaya. Tori, ya sabes dónde encontrarme si lo necesitas.

—Jenn —la llamó Anton y pude apreciar por mi visión periférica como ella le devolvía la mirada—, ¿qué ha ocurrido?

—Lo siento —se disculpó en un susurro—, pero ella es mi amiga —sin decir nada más se fue y con el portazo que dio al salir la habitación se

sumió en un profundo silencio.

No me atreví a mirarle, no quería ver en sus ojos que lo poco que teníamos estaba colgando de un hilo, uno tan fino, tan fino que de un solo tirón se partiría en dos. Me aferré a la poca esperanza que me quedaba y me dije a mí misma que las cosas no tenían por qué cambiar. Vivir en la ignorancia era más fácil y menos doloroso. Podría fingir que esa conversación con Jennifer no había sucedido, dejar que las cosas siguiesen igual. Engañarme y engañarlo a él.

—Tori —pronunció mi nombre con cautela y me obligué a mirarle.

No sabía que esperaba encontrar, pero en sus ojos había pánico, un pánico como pocas veces había visto y ni siquiera recordaba. Debía ser yo la fuerte de los dos en este momento, ¿fingir que todo estaba bien? No... estaba segura de que iba a derrumbarme yo también.

Él avanzó hasta sentarse a mi lado y se giró hacia mí, clavando sus ojos en los míos y pidiéndome en silencio que le dijese lo que me pasaba, ¿podría hacerlo? ¿Sería lo suficiente fuerte para abrirle mi corazón y esperar que no lo destrozase una vez más?

—Tengo que decirte algo —pronuncié con voz temblorosa y tragándome más lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos.

—Te escucho.

No quería hacerlo, no quería perderle, pero... ya no había marcha atrás. Él tenía esa máscara infranqueable, esa que utilizaba cuando quería ocultarme algo, pero no le funcionaba, podía ver el miedo y el nerviosismo, aunque no entendía a que eran debidos.

—Estas últimas semanas... he sentido cosas —tanteé sin saber muy bien como comenzar.

Su gesto se suavizó un poco y creo que hasta incluso esbozó una pequeña sonrisa, pero fue tan pequeña que no podría asegurarlo.

—¿Te has sentido mal? ¿Estás embarazada? —preguntó atropellándose con las palabras—. Vi el test el otro día en la basura, pero no quise decir

nada porque no sabía si era positivo o negativo, no entiendo de esas mierdas.

—No estoy embarazada —o eso creo, me dije en mis adentros—. Es más complicado que eso.

Se quedó en silencio, esperando, lo que me puso más nerviosa y me complicó eso de infundirme valor, ya me quedaba muy poquito y estaba por ponerme a llorar como una desquiciada escondiéndome bajo la cama.

—¿Entonces, qué ocurre?

Llené mis pulmones de aire y lo solté lentamente ganado tiempo, pero el momento había llegado y no podía retrasarlo más.

—Me he dado cuenta de que... de que... de que siento algo por ti —venga, ya... listo, como una tirita que te quitas de golpe para que duela menos.

—¿Sientes algo, en qué sentido? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Joder Anton! —me puse en pie perdiendo la compostura y porque estaba tan nerviosa que no podía quedarme quieta—. ¿Tengo que hacerte un dibujito para que lo entiendas? Creo que estoy enamorada de ti, ¿de acuerdo?

—¿Lo crees? —sus ojos se clavaron en los míos y me paralicé.

—Estoy segura —dije con un hilo de voz.

No me dio tiempo a preverlo antes de que lo hiciese, pero se puso en pie, avanzó hasta ponerse frente a mí y me noqueó en un abrazo que me envolvió por completo. Por unos segundos disfruté de él, del calor que desprendía de su cuerpo y que me envolvía, incluso se lo devolví torpemente tratando de rodear su cintura con los brazos, pero me apretaba tanto que apenas podía moverme.

Se alejó solo unos centímetros y me acunó el rostro, me obligó a mirarle a los ojos y me besó, pero no fue un beso normal. Cada pizca de mi ser pudo percibirlo, mi piel se puso de gallina y cada poro de mi piel

fue consciente de que ese no era un beso como los que me había dado antes.

No había demanda ni urgencia, no había necesidad, solo había amor, ese que había dejado de sentir en sus besos diez años atrás, cuando me dejó y me rompió el corazón. Y yo, tan idiota como siempre, no supe que hacer con eso, lo recibí pero no pude darlo, no pude devolverlo porque me quedé tan sorprendida que no sabía qué hacer.

Anton se alejó de mí y me miró con cautela, yo le devolví una mirada confusa.

—Tori, dime algo —susurró contra mis labios antes de volver a besarlos durante un segundo.

Parpadeé varias veces para serenarme, para centrar mis ideas y recopilar todo lo que había sucedido.

—¿Qué... qué... qué significa esto? —tartamudeé.

Anton sonrió, aquella sonrisa deslumbrante que era casi contagiosa, pero me obligué a no sonreír también y esperar que me dijese algo.

—Ya lo sabes —siempre le había costado expresar lo que sentía, pero no podía dejarme llevar por mis suposiciones, no en ese momento y sobre ese tema en concreto.

—No lo sé, dímelo en voz alta —demandé.

—Tori... —se alejó un paso de mí y pasó una mano por su cabello, despeinándose.

Esperé con paciencia, al menos aparente, por dentro era como si un terremoto de magnitudes épicas tuviese el epicentro en mi pecho. Me tenía en sus manos, por completo, todo lo que yo era dependía de lo que dijese en ese momento y estaba al borde de un ataque de ansiedad.

—Yo también... también estoy enamorado de ti —dijo torpemente.

Una vez más, buscó mis labios para besarme pero yo me alejé.

—¿Qué? —no podía entenderlo, ¿por qué no me había dicho nada en todo ese tiempo?

—Ya me has escuchado, que siento lo mismo que tú.

Tragué saliva, me rasqué la frente intentando pensar y me aparté el pelo de la cara con lentitud. Volví a clavar mis ojos en los suyos y pregunté lo que no paraba de dar vueltas dentro de mi cabeza.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Me miró sorprendido, no sé qué reacción esperaba de mí, pero seguro que no era esa.

—Des... desde... desde el principio.

Asentí y volví a tragar saliva.

Todo ese tiempo... esas semanas... ¡incluso habían sido meses! Me había tenido engañada con un estúpido pacto, preocupada porque me sentía mal al no atreverme a decirle que le quería... ¿y él sentía lo mismo desde el principio?

—Entonces... esa noche cuando— me detuve a reordenar mis ideas unos segundos y proseguí—. Cuando vine aquí aquella noche y me propusiste todo esto... ¿ya lo sabías? ¿Ya eras consciente de lo que sentías por mí?

—Siempre he sentido esto por ti, incluso cuando te dejé hace años, seguía enamorado —se envalentó y sus palabras fueron claras y concisas—. Sé que no lo he hecho bien, aproveché la situación cuando estabas más vulnerable y tenía que haber hablado esto contigo mucho antes. Pero no me atrevía, ni siquiera sabía cómo afrontar el tema.

—¿Es una broma?

—Tori —intentó hablar pero no le dejé.

—Me has tenido engañada todo este tiempo, me has mantenido al

margen de lo que sentías... ¿pero qué pretendías? ¿Dejarme embarazada para que no pudiese escapar, para atarme a ti?

—Ese no era el plan inicial.

—¿Ah no? ¿Se te ocurrió sobre la marcha?

—Deja que te explique —pidió.

—¿Qué vas a decirme? —intenté no alzar la voz y para conseguirlo tuve que golpearle en el pecho con el dedo—. ¿Qué simplemente aprovechaste que estaba borracha y abochornada porque me habían puesto los cuernos y decidiste que podíamos tener un bebé para que me sintiese mejor?

—No, el bebé era solo una excusa para que vieses lo que sientes por mí, para que te dices cuenta de que nuestro destino es estar juntos.

—¡Arréglalo más! —espeté y esta vez le di un golpe en el mismo lugar con el puño cerrado—. Le llamaremos “excusa” a nuestro bebé, ¿te parece bien? Y cuando tenga dieciocho años le contaremos esta historia y que él decida si prefiere reírse o pensar que le jodimos la vida.

—Tori, sé coherente.

—Estoy siendo coherente, ¡joder! Aquí el único que dice sandeces eres tú.

Le miré una vez más y en un solo segundo tomé la decisión, me di la vuelta y fui hacia la habitación. Me quité el pijama, me puse lo primero que encontré y busqué mi mochila, empecé a meter en ella algunas cosas, ropa interior, alguna muda y fui al baño a continuar recogiendo alguna de mis cosas.

Anton me persiguió durante todo el proceso y, cuando metí el cepillo de dientes en la mochila pareció ser consciente de lo que estaba haciendo.

—¿Qué haces? —preguntó aterrorizado.

—¿Qué te parece? —preferí ser irónica en lugar de ponerme a llorar

como tenía ganas en realidad.

—Tori —intentó detenerme pero una mirada le bastó para desistir en su empeño.

—Podías haberlo hecho fácil, ser sincero desde el primer momento y no estar jugando a este estúpido juego.

—No es un juego —protestó.

—Pues lo parece, ¡joder Anton! Casi tenemos un bebé, casi destrozamos la vida de una persona que iba a depender de nosotros para todo.

No pude evitarlo y las lágrimas que estaba conteniendo comenzaron a deslizarse por mis mejillas. Él hizo un intento de acercarse pero no se lo permití, incluso di un paso atrás para que no se le ocurriese tocarme.

—Ya volveré a buscar el resto de mis cosas —murmuré pasando por su lado sin mirarle, porque si lo hacía sabía que mi resolución caería en picado y me tiraría a sus brazos.

—¡Espera! —me agarró del brazo e intentó detenerme mientras avanzaba por el pasillo, pero me liberé de su agarré de un manotazo.

Crucé la puerta sin despedirme, me colgué la mochila al hombro y cuando entré en el ascensor me derrumbé, el juego había llegado a su fin y yo era la que había caído.

Capítulo 17

Agosto para mí siempre se había traducido como vacaciones de verano, playa, sol, olor a bronceador y tardes interminables en las que tarda mucho en anochecer.

Y se suponía que así era como debería estar, disfrutando de mis días libres en la playa, tostándome al sol y disfrutando de las vistas de un buen maromo en bañador. Pero estaba en mi casa, en mi ratonera al lado del puerto, haciendo vida en mi sofá. Incluso había dormido ahí alguna noche, de esas en las que el insomnio decide aparecer y ves la televisión hasta altas horas de la madrugada.

Tenía la ventana abierta y un olorcito a mar proveniente del puerto entraba inundando el salón, el blanco impoluto de las paredes me llenaba de paz, pero por momentos era como un lienzo vacío en el que mentalmente comenzaba dibujar mis pensamientos y las consecuencias eran terribles. Las sombras me perseguían, creía ver a Anton en todas partes y eso me provocaba pesadillas.

Desde aquella tarde en lunes en su casa donde cogí unas pocas cosas y salí a toda velocidad, no había vuelto a vivir. Mi existencia se limitaba a respirar y a hacer lo básico para mantenerme con vida. En la guardería me habían llamado la atención un par de veces, al parecer estaba despistada y los bebés necesitaban supervisión constante, yo me abstraía con tanta facilidad que podían hacer el pino en una mano y no me daría cuenta.

Tenía yo ganas de cuidar bebés...

Cada vez que veía un chupete se me encogía el estómago y ni decir cada vez que tenía la menstruación, era como si una tragedia universal dominase el mundo y no pudiese dejar de llorar.

Sabía que era absurdo e irracional, era consciente de ello, pero lo sentía incontrolable, mis emociones estaban a flor de piel y no podía hacer más que dejarlas salir o sentía que me ahogaba. El pecho se me apretaba y no podía respirar, por lo que había optado por dejar salir lo que fuese aunque eso me hiciese parecer una neurótica sin remedio. Lloraba, gritaba o acampaba en el sofá hasta doce horas seguidas, lo que fuese necesario y lo que el cuerpo me pedía.

Mis amigas me apoyaban todo lo que podían e intentaban arrastrarme del sofá para que me diese un poco la luz del sol, pero cada una tenía su vida y sus problemas y yo intentaba que me dejaran sola y se ocupasen de sus cosas. Jenn estaba a punto de dar a luz a una preciosa niña (tan solo la había visto en ecografías pero sabía que sería una belleza) y, aunque aceptaba que ella fuese mamá y yo no, evitaba estar a su lado porque su energía y su optimismo me ponían nerviosa. Clara, embarazada también, tendría un niño en unos meses y Alba... de ella no quería ni hablar. Estaba empeñada en que me olvidase de Anton liándome con cualquiera que tuviese pene, pero mi ánimo de tocar cosas largas de ese tipo como que... no. Mejor en otro momento.

Mi madre no sabía nada de lo que me había ocurrido con Anton, pero aun así estaba más pesada de lo habitual. No dejaba de dejar caer indirectas para que me buscara pareja, sentase cabeza y formase una familia. Parecía no querer entender que no era tan fácil, que a veces las cosas no salen como quieres. No hay un mercado de padres en el que puedes elegir genes y mucho menos puedes ir por la calle y pedirle a cualquier con el que te cruces que te deje embarazada, que se enamore, se case contigo y viváis felices toda la vida. La única vez que hice algo similar con Anton no salió del todo bien.

Pero lo peor de todo el asunto era Anton... había intentado hablar conmigo incontables veces; me esperaba a la salida de la guardería pero le ignoré, había ido a mi casa pero no le abrí la puerta, me perseguía cuando salía a correr muy temprano por las mañanas y me enviaba mensajes continuamente. Debía haberlo bloqueado de mi móvil y redes sociales desde el primer momento si es que de verdad no quería saber nada de él, pero la parte masoquista que habitaba en mí no podía hacerlo.

Algunas veces me descubría a mí misma buscándole en Facebook, mirando cuando había sido su última conexión en Whatsapp o similares. Era una completa idiota por comportarme así, pero como ya he dicho, no podía controlarlo.

Había intentado perdonarle, lo podía jurar y no mentía. En un par de ocasiones incluso fui hasta el restaurante dispuesta a hablar con él, dejar que se explicase y que me diese una buena razón para que lo intentásemos de nuevo. Esta vez sin pactos y sin pretensiones de tener un bebé, porque creía que eso sería un error y de los más grandes.

Pero una vez frente a la cristalera, escondida entre los coches estacionados, le miraba y veía que en ocasiones salía a hablar con los clientes, que les sonreía con cortesía y que era un perfecto anfitrión. Y el corazón me dolía, porque lo había hecho de nuevo, me había destrozado una vez más y esta vez sería la definitiva.

Además no me atrevía, después del modo en que me había ido de su casa y de ignorarle durante meses, no me sentía capaz de ponerme frente a él y decirle algo, por insignificante que fuese. También tenía mi orgullo aunque solo lo dejaba salir en los momentos menos indicados.

Suspiré cambiando de canal, la programación televisiva solía ser una bazofia normalmente, pero en los meses de verano parecían superarse a sí mismos y ponían la peor mierda que existía o películas que ya habían echado millones de veces. Apagué el televisor y me puse en pie dispuesta a hacer algo con mi vida, no sabía el qué, pero tenía que ponerme en movimiento o comenzaría a echar raíces en el sofá. Me di una larga ducha, me depilé, me exfolié, me hidraté y todos esos rituales absurdos que suelen hacerse solo porque tenía tiempo y nada interesante que hacer.

Después me vestí con ropa cómoda y todo eso solo para volver al salón, miré aquella habitación y parecía un leonera, todo estaba lleno de polvo y necesitaba una limpieza con urgencia, si no lo hacía las pelusas acabarían cogiendo vida y acompañándome en esas noches en las que no podía dormir.

Estaba enfrascada en la limpieza general en aquella habitación cuando

un mensaje en mi teléfono llamó mi atención, era de Alba:

“Esta noche cenamos en tu casa, a no ser que hayas quedado con mister universo, no se admiten excusas. La comida corre a cargo de la gorda de mi hermana”

Bufé indignada y contesté:

“Ni de coña, tengo todo echo un asco”, era verdad, no estaba diciendo ninguna mentira.

“Como si eso nos fuese a importar, abre las ventanas y con que no huela a cadáver es suficiente”

Bufé y dejé el teléfono sobre la mesa centro, allí donde se acumulaban algunos de los libros que había leído la última semana y que no volví a colocar en su lugar por pereza. Conociendo como las conocía les daría igual cualquier excusa que le dijese, en una hora llegarían sin importar si estaba de acuerdo o no, por lo que tenía que apurar un poco si quería adecentar la casa.

Cuarenta minutos después volvía a estar en la ducha, había sudado demasiado y necesitaba pasarme un agua y, acababa de vestirme, cuando el timbre sonó indicando la llegada de mis amigas. Corrí hacia la puerta y al abrirla me encontré con las tres, cargadas con bolsas en las que supuse que traerían la comida y sin saludar entraron en fila india dirigiéndose al salón.

Las seguí, solo por comprobar lo que hacían y saber porque me habían ignorado. Jenn estaba sentada en el sofá, su tripa de casi nueve meses abultaba más que ella misma y parecía cansada, pero una enorme sonrisa iluminaba su rostro. Clara, menos embarazada pero con una barriga considerable también, se había sentado a su lado y se sobaba un costado, en ese momento recordé que me había dicho que su bebé no dejaba de darle patadas en las costillas y eso debía ser molesto.

La única que en ese momento me parecía estar en un territorio soportable era Alba y eso ya era mucho decir. Mi amiga estaba colocando platos de plástico en la mesa centro y tras eso comenzó a sacar cajas de

una de las bolsas enseñando comida italiana que tenía muy buena pinta. No me pasó desapercibido el logo del restaurante de Anton en una de las bolsas y un pinchazo en la boca del estómago casi hizo que me encogiese de dolor.

Pero no... debía superarlo, el numerito de loba herida tenía que llegar a su fin, ya habían pasado tres meses y lo mínimo que podía hacer por mis amigas, ya que se habían molestado en hacer un parón en sus vidas para estar conmigo, apoyándome, era ser una buena anfitriona y disfrutar de la cena.

—Para ti y para mí —dijo Alba mirándome—, he traído lejía de la buena —sacó una botella de ron y otra de vodca de una de las bolsas y me las enseñó—. Estas dos dicen que no pueden beber... —señaló a Clara y a Jenn—. Yo les digo que esos niños necesitan saborear algo bueno antes de nacer, pero no me hacen caso.

Sonreí un poco porque Alba era así, decía incoherencias de las que era consciente que no tenían sentido, pero en el fondo era más responsable de lo que aparentaba. Tenía que serlo siendo una de las empresarias emprendedoras más jóvenes que conocía. Con tan solo diecinueve años y recién diploma en fotografía, prácticamente casi sin ayuda de nadie, había comenzado a hacer sus pinitos y ahora tenía un estudio con varios empleados que era uno de los más importantes del norte del país.

—Vamos a desinfectar esas heridas desde dentro —me guiñó un ojo y puso las botellas sobre la mesa.

—¿Cómo estás? —la pregunta de Jenn dio justo en el centro de la diana y pensé en no contestar, pero finalmente lo hice.

Me encogí de hombros, desvié la mirada y mentí.

—Estoy bien, cada día mejor —no podía decirle precisamente a ella que parecía que tenía un hueco en el pecho, que a veces durante la noche parecía que incluso me dolía. No podía confesar que soñaba con Anton casi a diario y, que cuando despertaba desorientada creyendo estar todavía en su cama, cerraba los ojos y recordaba aquellas noches a su lado. Aunque sabía que eso me destrozaría, que me haría tanto daño que querría

morir. Porque ella se sentiría culpable porque fue la que me aconsejó que siguiese adelante con él pese a mis dudas, la que me dijo que le contase todo y prácticamente me empujó a hacerlo.

Pero ya me lo había reconocido a mí misma y era consciente de la realidad, era una masoquista. Adicta al dolor de su recuerdo.

—Así me gusta —sonrió y aquellos hoyuelos que tenía de adolescente regresaron a sus mejillas, el embarazo le había sentado muy bien y estaba más guapa que nunca.

—Ven aquí —Clara palmeó el cojín a su lado y yo le hice caso—, hoy va a ser una noche de transición, vamos a dejar atrás todo eso que te lastima y mañana, cuando salga el sol, verás que la vida es maravillosa.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan mística? —pregunté con una ceja alzada.

—No es que sea mística —rodó la mirada—, es que estamos hartas de ver como te lames las heridas, todas hemos sufrido un desengaño y sabemos lo que es eso, pero ya va siendo hora de que te pongas en marcha.

Ponerse en marcha... era más fácil decirlo que hacerlo. Incluso me sentía un poco anquilosada, llevaba tanto tiempo en reposo que pensar en ponerme en acción me daba pereza. Pero tenían razón, ya iba siendo hora.

—Para ponerme en marcha necesito gasolina.

—¡Esta es mi chica! —chilló Alba dando un saltito y no tardó en servirme un vaso con ron y refresco de cola.

No esperé más y me lo bebí casi de un solo trago

—¡Eh, eh, eh! —chillaron las tres.

—Más despacio o te va a dar un coma.

Miré a Jenn esperando ver el reproche en su rostro, pero tan solo sonreía, ella mejor que ninguna de las demás sabía que necesitaba eso,

olvidar por un buen rato los problemas y volver a ser la Tori de siempre, desenfadada y divirtiéndose con sus amigas.

—¡Otra! —extendí el vaso esperando que Alba lo llenase, no tardó en hacerlo y me lo bebí a la misma velocidad.

—Vamos a brindar por el mañana —dijo Alba extendiendo su mano en la que tenía un vaso como el mío.

—¿Qué pasa mañana? —pregunté confundida a la vez que chocaba nuestras copas.

—Mañana cariño, empieza tu nueva vida. Además... seguro que a la gorda número uno le da por parir y tenemos más que celebrar.

—Como vuelvas a llamarme gorda te acuerdas —bramó Jenn—. Además... lo mío se quita pero tu personalidad de mierda es para siempre.

—Tienes suerte de estar preñada, porque si no te aseguro que te esperaba fuera para darte la paliza de tu vida.

Riendo por sus tonterías, le di un trago a esa copa también, tosiendo justo después porque la loca de Alba la había cargado demasiado y era básicamente ron puro.

A los pocos minutos me di cuenta de que apenas había comido nada y eso que habían sido buenas y me habían comprado un plato vegano, pero tan solo fui capaz de comer un par de bocados porque al pensar que las manos de Anton lo habían preparado el pecho me dolía de nuevo. Eso, unido a varias copas, estaba haciendo que mi nivel de borrachera subiese a una velocidad escandalosa.

—Necesitas un buen polvo —Alba se metió un pedazo enorme de lasaña en la boca y sin haberlo tragado continuó hablando—. Es el mejor remedio para el mal de amores, que salgas de fiesta, te ligan a alguien y folles con él hasta el amanecer.

—No voy a follar con un desconocido —yo no estaba en mejor estado y creo que mi lengua se trabó un par de veces en una sola frase, pero aun así sujeté mi vaso y le di otro trago.

—Pues folla con Anton.

Escupí todo el contenido líquido de mi boca sobre la alfombra y la miré como si estuviese loca, que no es que no hubiese dudado de su salud mental con anterioridad, pero eso que acaba de decir no tenía sentido.

—Si esperas que te haga caso estás lista —dije con un fingido orgullo que ni yo misma me creía.

—Es la mejor opción, un polvo de despedida, así puedes decirle adiós y cerrar el ciclo como dios manda. Además...

—Deja de decir “Además” —la interrumpió Jenn.

—¡Digo lo que me sale del coño, que para eso me lo depilo!

Ellas rieron y yo las ignoré, mirando las manchas en mi alfombra blanca y pensando en lo mucho que me iba a costar la tintorería, Alba debería pagarla por mí, no solo tenía más dinero que yo, es que había sido su culpa.

—Creo que tiene razón —Clara, con su vaso de refresco en la mano, mientras pronunciaba esas palabras parecía tener la verdad absoluta de la razón de la existencia de la humanidad, pero no me la colaba. Ella no era así y solo opinaba eso porque no tenía ni idea de lo que había sucedido.

—Calla —espeté de mal modo y arrepintiéndome al segundo siguiente —. No sabes ni la mitad de la historia, no tienes derecho a decir nada.

—Pues cuéntala —dijo Alba muy resuelta—, así todas sabemos de qué va el cuento y podemos opinar con conocimiento de causa.

En mis cinco sentidos, es decir, sin haber bebido ni una gota de alcohol, quizás les habría dicho que se fuesen un poco a la mierda y me dejasen tranquila, lo que menos me apetecía era decir en voz alta que había sido una idiota por confiar en él una vez más. Pero no estaba en mis cinco sentidos, me había bebido yo sola media botella de ron y el vodka estaba ahí, casi, casi, por lo que mis sentidos, sobre todo el de la responsabilidad y el del ridículo, brillaban por su ausencia.

Comencé a hablar y lo solté todo, dije cosas que ni siquiera me había admitido a mí misma y mis amigas escucharon con atención. Incluso Alba, que parecía estar más borracha que yo, pero la muy tramposa estaba más serena que las dos preñadas juntas, escuchó todo mi discurso totalmente seria y pareciendo analizar cada palabra y cada hecho.

Una vez lo hube soltado me sentí mucho mejor, había sido como una purga. Dejar salir todos esos pensamientos y sentimientos que me atormentaban era un buen modo de evitar que volviesen a hacerlo. Aunque no tenía todo a mi favor, esperaba que estando borracha y con menos peso en mi espalda, esa noche pudiese dormir de un tirón y sin pesadillas por primera vez en mucho tiempo.

Las tres se quedaron en silencio y no dijeron nada, eso me daba a entender que mi reacción ante lo ocurrido había sido acertada, que las cosas eran como yo las veía y que no estaba equivocada en pasar de él y hacerle ver que lo que hizo no estaba bien.

Eso me hizo sentirme un poquito mejor, estaba cansada de que los tíos pensasen que yo era de goma, que podían hacerme todo tipo de putadas y que yo lo resistiría. Pero a la vista estaba que no, llevaba tres meses lamentándome porque Anton me quería y no me dijo nada, engañándome durante mucho tiempo.

Fruncí el ceño ante ese último pensamiento y le di vueltas durante unos minutos. No sabía si se debía a la cantidad de alcohol que ahora me hacía parecer un lanzallamas con patas o es que realmente mi percepción del asunto había cambiado al decirlo en voz alta, pero no parecía tan malo... quizás él había tenido sus razones y todo tenía un matiz diferente al pensar en la historia desde la otra parte, ¿me estaba volviendo loca?

Unos minutos después Clara y Jenn se fueron, estaban embarazadas y cansadas, pero Alba se quedó conmigo ayudándome a recoger todo, o al menos a intentarlo, ya que no paraba de tropezarme y en más de una ocasión estuve a punto de caer.

Desistiendo en mi empeño de dejar todo limpio, me senté en el sofá y me sujeté la cabeza intentando que todo dejase de dar vueltas, estaba

segura de que si seguía de pie acabaría vomitando y ya había estropeado la alfombra lo suficiente para encima añadirle una macha de vomitona más.

Alba se sentó a mi lado en el sofá y comenzó a acariciarme la espalda para que me sintiese mejor, por un momento me recordó a Anton, él solía hacerlo, pero me contuve de alejarme por temor a que le pareciese mal, sabía que mi amiga era muy susceptible para esas cosas. Me enderecé y me apoyé en el respaldo mirándola de reojo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó con una medio sonrisa.

Asentí y ella se reacomodó en el sofá para estar más cerca de mí, después, me sujetó de la mano y la miré con el ceño fruncido sin entender que pretendía. Si ahora me venía con un intento de experiencia lésbica iba lista, no estaba tan borracha para eso.

—¿Te puedo decir lo que opino sobre lo tuyo con Anton? —preguntó en un susurro.

Asentí incapaz de encontrar mi voz.

—Siempre os he envidiado —confesó soltando mi mano y desviando la mirada—. Sois como esas parejas de las películas que sabes que acabarán juntos pase lo que pase. Amigos y amantes, siempre uno al lado del otro enfrentándose al mundo, es lo que todas queremos en el fondo pero que es muy, muy difícil de conseguir.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté confundida.

—Que eres una idiota por dejarle escapar, toda mujer que se precie quiere eso, que su pareja sea a su mejor amigo y la conozca a la perfección. Que sepa lo que le gusta, lo que la pone histérica y lo que la vuelve loca. ¿Qué lo que ha hecho ha estado mal? Pues sí... pero no hay porqué crucificarle por eso, a fin de cuentas los dos queréis lo mismo.

—¡Me mintió! —protesté—. Estuvo meses sin decirme lo que sentía.

—Y tú has hecho lo mismo con él, tampoco le dijiste nada durante semanas...

—No —negué efusivamente—, es diferente, estaba confundida e intentando encontrarle sentido a todo.

—Como sea... —le restó importancia—, los dos os habéis equivocado y él seguro que también tenía sus motivos.

—Que los tenga.

—Pero no le has dejado dártelos, cogiste tus cosas y te largaste, ahora no quieres verle ni hablar con él. Que también entiendo tu postura, no me malinterpretes, pero viendo la historia desde fuera, creo que no ha sido para tanto —concluyó.

—¡Ha sido para tanto! —me puse en pie con dificultad y me acerqué a la mesa. Comencé a intentar limpiar todo de nuevo, solo porque si me quedaba sentada y quieta correría el riesgo de pegarle, y era mi amiga, no quería hacerle daño.

—Tori.

—No intentes defenderle —la interrumpí—. Estoy harta de que los tíos jueguen conmigo, de que piensen que lo soportaré todo y que después les perdonaré como si nada hubiese ocurrido. Con otro y por otra circunstancia, quizá hasta podría perdonar, pero no con él... no... no puedo —dejé caer un montón de platos de plástico sucios sobre la mesa y me limpié un par de lágrimas que me colgaban de los ojos.

—¿Qué tiene él que no tengan los demás? —me preguntó mirándome desde el sofá.

No me podía creer que Alba, la más alocada de mis amigas, la que siempre estaba riéndose de estupideces y ligotendo con tíos a diario, me estuviese hablando en ese tono tan serio y siendo consciente de que podía hacerme entender algo, ella no era muy dada a dar consejos ni sermones paternalistas, era más bien todo lo contrario. Todo le daba igual y vivía el día a día. Pero aún siendo consciente de que mi amiga no estaba actuando como normalmente lo hacía, no pude callarme.

—Él fue el primero en todo, esas cosas te dejan huella —aunque esa

era una verdad a medias, Anton no solo había sido eso para mí, era al que más había querido, el que más daño me había hecho y por el que sería capaz de cualquier cosa... menos de perdonar, al parecer.

—Entiendo que muchas os pilléis del primero, aunque en mi caso fue un completo gilipollas y prefiero no volver a verle en mi vida, ¿te he contado alguna vez que no sabía follar? El muy cabrón casi me la mete por el culo en el primer empujón.

—Alba —la interrumpí antes de que me contase una vez más la historia de la pérdida de su virginidad.

—Tienes razón, que me desvíó del tema, lo que quiero decir es que tiene que haber algún otro motivo para que para ti eso que te ha hecho Anton, y que para mí no parece un problema si no todo lo contrario, te haya hecho tanto daño, ¿por qué te ha molestado tanto?

—Pues porque... —intenté encontrar un motivo de peso, uno que a ella pudiese parecerle irrefutable, pero pasaban los segundos y mi mente no era capaz de procesar algo medianamente decente—. ¡Yo que sé! Simplemente me ha molestado y punto —para evitar que me dijese otra cosa que pudiese hacerme dudar más de lo que ya lo estaba haciendo, cogí de nuevo los platos sucios y me fui hacia la cocina para tirarlos a la basura.

Ella me siguió, como también suponía que haría, y se mantuvo en silencio mientras yo revoloteaba por la cocina haciendo cosas sin sentido solo por no mirarla. Cuando ya no tuve nada más con lo que fingir que hacía algo me giré para enfrentarla y ella, la muy perra, me extendió el teléfono.

—Llámale.

—¿A quién?

—A mi padre para decirle que ya no soy pura, ¿a quién va a ser? ¡A Anton!

—¿Estás de coña?

—Tori, solo habla con él, deja que se explique y después si quieres puedes decir que se vaya a la mierda, pero primero tienes que actuar como la mujer madura que presumes ser. Le escuchas, conoces su parte de la historia y después decides.

Alcé una ceja con incredulidad y ella me ignoró, dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina y me dio un beso en la mejilla.

—Me voy, solo piensa en lo que te he dicho.

Y la muy perra se fue y me dejó allí, sola en mi cocina, con la cabeza llena de pensamientos autodestructivos y con la tentación en forma de teléfono encima de la mesa.

No debía llamarle... ¿o quizá sí? Hablar con él y dejarle explicarse no parecía mala idea, así podría enfadarme en consecuencia y no solo por las ideas absurdas que había imaginado las últimas semanas.

Miré el reloj y pasaban de las seis de la tarde... el restaurante abría a las ocho y tenía que darme prisa si quería pillarle con tiempo libre porque en nada comenzaba a prepararlo todo para la noche.

Me sorprendió el modo en el que conocía sus horarios, el como el tiempo no había hecho que me olvidase de cosas tan absurdas como cuando empezaba a trabajar o cuando salía. Eso solo podía hacerlo una gilipollas masoquista...

Miré de nuevo al teléfono y suspiré, si de verdad iba a hacerlo necesitaba más alcohol, cogí el aparato y me fui a la sala con él, busqué los restos de la botella de ron y todavía quedaba lo suficiente para que mi nivel de alcohol me hiciese más atrevida y menos propensa a plantearme cada paso que daba.

Me lo bebí a morro, sin parar hasta que no quedaba ni una gota, y esperé unos minutos mirando al dichoso aparato esperando a que me hiciese efecto.

Diez minutos después tenía que entornar un poco los ojos para poder leer con claridad lo que ponía en la pantalla del móvil, que sería muy

grande y me había costado un riñón, pero ya podía hacer una aplicación para que los borrachos viesen bien las letras cuando intentan llamar a sus exs para hacer el mayor ridículo de sus vidas.

El tono de llamada sonó tres veces, tres veces en las que contuve la respiración y la solté por la nariz pensando en que mierda decirle, pero no me dio tiempo a pensar nada cuando estuché su voz.

—¿Tori? —su tono era alarmado y parecía un poco sofocado— Tori, contesta. ¿Por qué me no hablas?

Quise decirle un montón de cosas, que le echaba de menos, que le dejaba explicarme lo que había pasado, que quería que nos viésemos para hablar cara a cara, que todavía quería tener un bebé con él... también quise gritarle y llamarle cabrón. Decirle que no quería sus espermatozoides y que si volvía a verle le partiría la cara. Quise pero no pude, corté la llamada y me dejé caer de golpe en el sofá hundiendo la cara en un cojín.

¡Maldita Alba! Por su culpa tendría otra noche de pesadillas y llanto.

Capítulo 18

Me desperté con el sonido del timbre, alguien lo estaba pulsando y no levantaba el dedo del botón. Cuando intenté levantarme del sofá mi cabeza me recordó que estaba ahí, inundada de alcohol y como si tuviese a una banda de música dentro de ella dándole al bombo.

Me arrastré hasta la puerta, me dolía todo el cuerpo y me costaba un mundo moverme, pero conseguí llegar sin incidentes. Apoyada en la pared, sintiendo como todo me daba vueltas y sin poder separar los párpados del todo, abrí la puerta. Tragué saliva y traté de enfocar la vista hasta que su rostro fue reconocible para mí, cuando lo hice quise que se abriese un agujero enorme en el suelo y me tragase.

Si hubiese tenido la destreza suficiente, o simplemente si no estuviese todavía un poco borracha y del todo resacosa, me habría dado tiempo a cerrar de un portazo y dejarlo en el pasillo. Pero cuando lo intenté él puso el pie en el quicio de la puerta y haciendo un poco de presión consiguió evitarlo para entrar en mi casa.

Quise gritar y echarle, decirle que se fuese a la mierda pero no pude, además de que me ardía un poco la garganta, mi voz decidió desaparecer y dejarme como una idiota en mitad de la entrada, mirándole, en silencio y sin entender que hacía allí.

Anton me miraba desde toda su altura, haciéndome sentir pequeña y estúpida, como si el hecho de beber y haberle llamado estando borracha no fuese suficiente, ah sí, por eso estaba allí. Por aquella llamada. Los teléfonos deberían tener un alcoholímetro y si das positivo no permitirte llamar, así se evitarían ese tipo de situaciones tan embarazosas. Porque él estaba frente a mí cuando yo estaba en un estado demasiado deplorable y con ganas de vomitar. Genial... ¡bien por ti, Tori!

Fui como pude hasta el baño, de nuevo me sujeté de las paredes para no caer y tuve suerte de llegar al retrete antes de echar todo fuera. Una vez que hube acabado Anton me tendió una toalla y me ayudó a sentarme en el excusado, tras bajar la tapa y tirar de la cisterna.

Aquella situación no podría ser más vergonzosa.

—¿Qué has hecho? —me preguntó con un hilo de voz.

—Me he emborrachado, ¿no es evidente? —me puse en pie lentamente para lavarme los dientes y después me senté de nuevo, en el suelo esa vez, y apoyada en la bañera intentando que todo dejase de dar vueltas. Enrollé la toalla que me había dado y me hice una almohada para apoyar la cabeza.

Desde esa posición se le veía más grande, él debió de notarlo o sentirse incómodo con eso, porque se sentó en el retrete, a mi lado, demasiado cerca de mí, tanto que su pierna casi me rozaba el brazo.

—¿Por qué?

—¿Por qué... qué? —contesté con otra pregunta.

—Tori...

—Anton —le imité solo para no tener que contestar su pregunta y cerré los ojos para no verle.

Decirle que me había emborrachado, en gran parte, para tener el valor de llamarle no me dejaría en un buen lugar. Que no es que estuviese bien posicionada en ese momento, tirada en el suelo después de haber echado hasta la primera papilla, pero no quería ponerme peor.

—¿Por qué me has llamado?

Abrí un ojo y allí estaba, sentado en mi baño, tan guapo como le recordaba, aunque un poco más delgado, parecía cansado y con ojeras, pero era él y le había echado tanto de menos...

—Alba me convenció para que lo hiciese —confesé sin darme apenas

cuenta—, tiene la absurda idea de que si te dejas explicar solucionaremos las cosas.

—Lo nuestro no es cuestión de escuchar —convino.

Abrí el otro ojo y le miré a los suyos.

—Eso mismo digo yo —estuve de acuerdo con él y los volví a cerrar—. Lo que ha pasado simplemente ha pasado, hablar de ello no lo va a hacer desaparecer.

Escuché el susurro de su ropa cuando se movió y en cuestión de pocos segundos lo tenía sentado a mi lado, en el suelo, apoyado en la bañera también y tan, tan cerca que nuestros cuerpos se tocaban. Toda mi piel se puso de gallina, oculté un estremecimiento y evité las ganas de alejarme, o de acercarme más... no estaba del todo segura de lo que quería.

—Pero no hablar las cosas tampoco va a hacer que desaparezcan, te voy a seguir queriendo por mucho que te enfades conmigo —añadió en un susurro.

En un suspiro dejé salir todo el aire que no sabía que estaba conteniendo y me atreví a mirarle. Él tenía la vista clavada frente a él, en sus piernas, que había estirado y que tenía cruzadas una sobre la otra.

—Puede que eso no sea suficiente —me escuché decir.

Antón resopló y se removió el pelo, en ese momento me di cuenta de que vestía una de sus chaquetas de cocinero.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada.

—Bien... —me puse en pie y fui hacia la cocina, me hice un café de cápsula sin siquiera mirar cual era y le estaba echando un chorro de leche de almendras cuando Anton cruzó la puerta—. Si quieres un café puedes hacértelo, si quieres algo más fuerte creo que he acabado las reservas.

Él sonrió, pero sus ojos estaban tristes y apagados.

—Tenemos que hablar —repitió lo que me había dicho hasta la saciedad durante los últimos meses.

—¿Y qué vas a decirme? —le di un trago a mi café y arrugué la nariz al darme cuenta de que no lo había endulzado—. Anton, las cosas son como son, no voy a olvidar lo que has hecho.

—¿Y qué he hecho? —preguntó ofendido—. ¿Intentar hacernos felices a los dos? ¿Eso es tan malo?

—¡Me mentiste! —dejé el café sobre la encimera de mala manera y me acerqué un paso a él—. Intentaste tener un bebé conmigo sin decirme que me querías, todo a base de mentiras, sin ser sincero y utilizándolo como excusa para que estuviese contigo.

—Tú también querías a tener un bebé, pero en tu caso es peor porque ni siquiera me querías, no me acuses de algo que tú has hecho de igual modo.

—Pero es diferente —intenté excusar lo inexcusable.

—¿En qué sentido es diferente? Mira Tori —se detuvo a tomar aire—, da igual, no contestes. Estoy de acuerdo en que no lo he hecho bien, pero estás sacando las cosas de quicio, al final los dos estamos buscando lo mismo, los dos sentimos lo mismo y solo estamos perdiendo el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que después de todo lo que nos ha pasado, de estar separados durante diez años intentando ser felices sin conseguirlo, ¿por qué ahora estamos discutiendo por esto?

—¿Y qué es lo que vamos a hacer entonces? —pregunté alzando los brazos para enfatizar mis palabras—. ¿Nos olvidamos de todo y nos ponemos follor como animales solo por el hecho de que nos queremos?

—Pues esa es una buena opción —sus ojos sonrieron esta vez y mi vientre se contrajo ante ese brillo.

—No —se acercó a mí e intenté detenerle poniendo las manos en su pecho—. Anton... —me quejé con un hilo de voz, pero mi cuerpo traicionero no quería colaborar con los deseos de mi mente, él iba por libre y no respondía a mis órdenes.

—Tori, mírame a los ojos —demandó cuando estaba a solo unos centímetros de mí, tan, tan cerca que su aliento me golpeaba en la cara y estaba embriagándome.

Obedecí inconscientemente, me perdí en esos ojos marrones, que parecían querer derretirse poco a poco, que me ahogaron hasta dejarme sin respiración.

—Te quiero —esas dos palabras, con sus sílabas y sus letras fueron la estocada final.

Y caí...

La puta mariposa que ya creía olvidada batió sus alas con fuerza y comenzó a revolotear por todo mi estómago.

Me deje caer en sus brazos y contesté a su beso sin dudar, devolviéndolo con la misma ansiedad, entregando tanto como recibía y enredando mis manos en su pelo para que no se le ocurriese alejarse.

Eso solo confirmaba que muy en el fondo no me importaba lo que había sucedido, que yo también le quería y todo lo demás era secundario, al menos en ese momento. Me acerqué más a él, encajé mis caderas entre las suyas y me rocé con su erección, ¡cómo le había echado de menos! Con sus manos en mi cintura me alzó un poco hasta dejarme sentada en la encimera. Pasé una pierna alrededor de sus caderas y lo atraje más hacia mí, no quería que hubiese ni un centímetro entre nosotros.

Pero se alejó antes de lo que me hubiese gustado, me acunó las mejillas con sus manos y me obligó a mirarle una vez más.

—Prométeme que después hablaremos —dijo sin dejar de mirarme a los ojos.

Asentí sin dudar, porque mi cuerpo no pensaba, solo actuaba, y tan

solo quería tenerlo dentro, tan, tan dentro que no pudiese salir jamás.

Mientras desabrochaba los botones de su chaqueta pensé que la escena no podía ser más chiché, un follada de reconciliación en la cocina era algo tan típico que parecía de broma. Pero todo entre nosotros era un puro cliché: ser nuestro primer amor, perder juntos la virginidad, enfadarnos y volver a intentarlo años después... parecía el argumento de una de esas películas americanas de los noventa.

Además, eso no era una reconciliación, todavía nos quedaba mucho camino por recorrer para que volviésemos al mismo punto que diez años atrás, pero podíamos disfrutar del camino, y de las vistas...

Acaricié su pecho desnudo, disfrutando de su suavidad, él mordió mi cuello y gemí vergonzosamente restregándome contra él. Habían sido tres meses demasiado largos sin sentirle de ese modo, esa época de sequía me había hecho estar desesperada sin ser consciente de ello, pero en ese momento me había desatado y tan solo quería culminar en un orgasmo de esos épicos.

—Vamos a la cama —pronunció contra mis labios.

—No hay tiempo —mascullé atropelladamente a la vez que deslizaba la chaqueta por sus hombros y la dejaba caer al suelo.

Anton me alzó en vilo durante unos segundos y después metió la mano bajo la cintura elástica de mis leggins, de un solo tirón me los bajó junto con mi ropa interior y gracias a que estaba descalza me desnudó de cintura para abajo en unos pocos segundos.

Yo le ayudé desabrochando el botón de sus tejanos y liberando su erección, la acaricié de la base a la punta haciendo una leve presión, provocando que gimiese y que ese gemido me clavase en el vientre en forma de espasmo. Le necesitaba dentro, pero ya.

Me eché un poco hacia delante, me coloqué en posición y Anton adivinó mis intenciones, se sujetó el miembro, lo colocó en la entrada de mi sexo y de un solo empujón ya estaba dentro.

Grité por la intromisión, me aferré a sus hombros y creo que le mordí cuando llegó tan a dentro que por fin me sentí completa. Comenzó con un vaivén torturador, lentamente entraba y salía, deslizándose y volviéndome loca. Mi intención era un polvo rápido, algo con lo que quitarme la necesidad, pero él tenía otros planes. Quería hacerme sufrir, con esa lentitud no se daba cuenta de que no tenía todo lo que necesitaba, o sí que lo hacía y solo estaba castigándome por todas esas semanas de pesadilla.

En un momento dado me miró a los ojos y me quedé paralizada, pude ver tanto en ellos que no supe como canalizar esa información, casi me hace llorar, tan solo lo evitó un orgasmo que estaba comenzando a formarse en la parte baja de mi vientre. Enrollándose y tirando de mis nervios, enviando por mis extremidades ese cosquilleo tan conocido y placentero. Cerré los ojos presa del placer, hasta que sentí una de sus manos en mi cuello y los abrí de golpe clavándolos en los suyos.

—Mírame —me demandó en un gruñido.

Le obedecí mientras los primeros espasmos tensaron mis músculos vaginales, su mano se tensó más en mi cuello, me aferré a su antebrazo y creo que clavé las uñas en su piel dejándole marcas. El orgasmo estaba siendo tan intenso que grité, con los dientes apretados pero con todas mis fuerzas. Hasta que mis músculos se relajaron y me dejé caer un poco hacia atrás apoyándome en la pared alicatada.

Anton sonrió y acarició una de mis mejillas, creí que él también había acabado pero no, volvió a empujar en mi interior y continuaba duro como una piedra. Gemí porque el movimiento me hizo sentir bien, rozó esos puntos sobre estimulados que todavía continuaban sensibles y tuve que cerrar los ojos en esta ocasión. Él se rio de mi reacción y volvió a hacerlo con el mismo resultado.

—Vamos a un lugar más cómodo —dijo a la vez que salía de mí.

Por un momento quise retenerle en mi interior, aferrarme a él y que no se alejase nunca, pero eso solo duró un instante, al ver su sexo erguido y brillante, preparado para continuar con una noche memorable, la boca se me hizo agua y bajé de la encimera de un salto.

Anton volvió a reírse de mí y me dio un cachete en una nalga cuando le di la espalda, algo que envió un sinfín de sensaciones por mi cuerpo que acabaron en mi sexo. Ahogué en gemido y lo disimulé soltando un gritito y sobándome el lugar de la palmada, pero él ya había sembrado la semillita de nuevo y tenía ganas de más. De mucho más.

Me desperté con los rayos de sol que rebotaban en el espejo, la noche anterior había olvidado bajar las persianas y la habitación estaba plagada de luz. Por la ventana abierta podía escucharse el tráfico propio de un día de entre semana, aunque yo no tenía ni idea de que día era a causa de mis vacaciones de verano.

Me dolía un poco la cabeza, algo obvio teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que había ingerido la noche anterior, y al conseguir enfocar mi vista pude ver un enorme vaso de agua acompañado de un par de pastillas sobre mi mesita de noche.

Me enderecé sintiendo como me dolían partes del cuerpo que no hacían normalmente, tras beber el agua y tomar los calmantes tumbé de nuevo y cerré los ojos intentando volver a dormir. Me giré en la cama, buscando una postura cómoda, pero tras unos minutos unas ganas inmensas de ir al baño me hicieron saltar del colchón.

Me descubrí desnuda y un dejavú acudió a mi mente, de la misma escena pero en casa de Anton y unos meses atrás, pero deseché ese pensamiento y fui hacia mi objetivo que era el baño.

Salí de aquella habitación encontrándome mucho mejor, pero estaba muerta de hambre. Fui hacia la cocina y el olor a tostadas recién hechas hizo que mis tripas rugiesen. Completamente desnuda todavía e importándome una mierda porque vivía sola y nadie podía verme, me encaminé hacia allí sin dudar.

Pero me quedé paralizada en la puerta sin atreverme a entrar. Allí, en mi cocina, un Anton en calzoncillos estaba frente a mi cafetera, aunque más bien podría decirse que se estaba peleando con ella. Le miré sin atreverme a mover músculo mientras los recuerdos de lo sucedido la

noche anterior desfilaban por mi mente haciéndome una imagen mental de lo que habíamos hecho.

Mis mejillas enrojecieron, no había sido para tanto comparado con otras ocasiones, pero el arrebol era tan intenso que creo que el calor me bajó por el cuello hasta mis pechos haciendo que mis pezones se endureciesen al instante. No tenía nada de ropa encima por lo que disimularlo estaba fuera de cuestión, él lo vería lo quisiese o no.

—¿Vas a dejar de mirarme y ayudarme con esta mierda? —protestó mirándome por encima del hombro.

Carraspeé intentando restarle importancia al hecho de que iba desnuda, muy resuelta, me coloqué entre él y la encimera para meter la capsula en su posición correcta y seguidamente darle al botón. Le miré muy orgullosa de mí misma, al menos sabía hacer algo que él no, el cocinero experimentado no sabía hacer un simple café exprés...

—¿Es qué ahora te da por ahorrar detergente y no te pones ropa solo por no mancharla? —me preguntó burlón.

Miré mi desnudez, por un momento casi me sentí avergonzada, pero después pensé que él no solo me había visto desnuda, lo había hecho mientras yo estaba en posturas poco ortodoxas, así que sentir vergüenza sería un absurdo.

—Hace calor —contesté encogiéndome de hombros.

Anton puso una taza de café sobre la mesa y después volvió a colocarse frente a la cafetera para seguir peleándose con ella.

—¿Qué coño le pasa ahora a esta mierda? —protestó tras un minuto de lucha.

—Quizá si le quitas la capsula que has utilizado antes funcione mejor —añadí sonriendo.

Él masculló algo por lo bajo, seguro que se cagó en alguien, pero me hizo caso y consiguió poner la máquina en funcionamiento. Con su café preparado se sentó a la mesa y me invitó a hacer lo mismo frente a él. Me

senté con lentitud en la silla bajo su atenta mirada, le eché edulcorante a mi café, lo removí y le di un sorbo mientras él continuaba mirándome.

—¡Joder Tori! —explotó por fin desviando la vista hacia la ventana—. Si no te pones algo de ropa no puedo concentrarme.

—Pero hace calor —protesté sabiendo que lo pondría nervioso.

Solté una risita cuando él resopló y fui corriendo hacia la habitación a buscar algo que ponerme. Regresé un minuto después de un camisón de verano tapando mi desnudez, era de esos de los grandes almacenes, había dado de sí, perdido color y me quedaba tan flojo que cabían dos como yo dentro de él. Pero a Anton no debió de gustarle mucho mi elección por dijo algo entre dientes y después apretó la mandíbula.

—Si te parece me pongo un burka —protesté en un gruñido.

—No importa... —bebió lo que le quedaba de café en un trago y después me miró—. Yo hablo, tú escuchas sin interrumpirme y después me preguntas o protestas todo lo que te dé la gana.

Torcí el gesto haciendo como que me lo pensaba pero después de unos segundos asentí.

—De acuerdo.

Anton suspiró, tragó saliva y me miró antes de volver a desviar la mirada.

—La cosa está así —comenzó a decir—. Estás enfadada, yo no veo que tengas motivos para enfadarte, pero lo estás —alzó una mano para detenerme justo cuando estaba a punto de protestar—. Deja que hable, coño.

—Vale, vale.

Volvió a suspirar y cogió una tostada con la que comenzó a jugar entre sus manos.

—Sé que hablando las cosas no vamos a llegar a un acuerdo —

continuó—, pero teniendo en cuenta que ayer no me costó mucho convencerte, no estás muy lejos de perdonarme.

—¿Por qué crees eso? —pregunté frunciendo el ceño.

—¡Qué me dejes hablar! —exclamó a la vez que me tiró un trozo de tostada y me dio justo en una mejilla.

Me enfurruñé pero le hice caso y me quedé callada.

—Lo que se me ocurre que podemos hacer es intentarlo, pero de la manera tradicional y con calma esta vez.

—¿Cuál es la manera tradicional para ti? —pregunté con el ceño más fruncido que antes.

—Como hacen todas las parejas —dijo como si fuese lo más obvio—. Vamos poco a poco, cada uno en su casa y conociéndonos hasta que decidamos dar el siguiente paso.

—Eso de conocernos como que ya no es necesario —me relajé y descansé la espalda en el respaldo de la silla—. Eso me parece absurdo. ¿Y cuál es el siguiente paso, vamos a casa de nuestros padres en mitad de una cena familiar y me presentas a todos?

—Pues creo que es lo más lógico llegados a este punto, has perdido parte de tu confianza en mí y solo el tiempo puede devolvértela.

—No he perdido mi confianza en ti —admití en un susurro.

Él se quedó callado unos segundos, asimilando mis palabras sin dejar de mirarme. Hasta que se pasó una mano por el pelo e hizo crujir sus nudillos.

—¿Entonces cuál es el problema? —preguntó confundido.

Ni si quiera yo sabía cuál era el puto problema, ¿se trataba simplemente que tenía miedo? Sí, podía ser el miedo que me paralizaba, miedo a que me fallase, a que me hiciese daño otra vez, sin darme cuenta de que al alejarlo de mí me estaba dañando yo.

Suspiré, agotada mentalmente pese a que el dolor de cabeza comenzaba a disiparse.

—Me asusta —conseguí admitir en un murmullo tan bajo que apenas pudo escucharlo.

Él se quedó en silencio de nuevo, esperando que yo continuase por voluntad propia, y aunque quise evitarlo, todo salió de mi boca a borbotones porque estaba hablando con Anton, mi Anton... y sabía que él que me comprendería mejor que nadie.

—Me asusta, estoy tan asustada con solo pensarlo que apenas puedo respirar —me detuve a tomar aire y cerré los ojos para darme valor—. Tú lo eras todo para mí antes de que me dejases, tú completabas todo mi mundo y me ayudabas a soportarme a mí misma. Y de repente desapareciste, me dijiste que todo lo que habíamos vivido era una mentira y que me olvidase de ti ¿olvidarme de ti? ¡Joder! Estuve meses enteros cagándome en tu persona, pensando en partirte la boca en cuanto me cruzase contigo, pero cuando te veía me acobardaba y me escondía.

»Con el tiempo conseguí perdonarte y olvidar lo que sentía por ti, volvimos a ser algo así como amigos, aunque trataba de mantener las distancias contigo, solo por si acaso. No quería volver a pillarme y sufrir una vez más, tenías novia y yo me busqué un noviete, cualquiera me servía, solo quería una excusa para no volver a buscarte. Y conseguí salir adelante, tú estabas con tu vida y yo con la mía e iba bien hasta aquel puto día... ¡joder! Ni siquiera sé porque fui a tu casa aquella noche. Jenn dice que en fondo sabía que eso lo cambiaría todo, yo no me atrevo a pensar eso, no quiero pensarlo porque querrá decir que soy una puta masoquista que solo quiere sufrir.

—Tori, respira —me interrumpió poniendo una mano sobre las mías.

Tomé una fuerte inspiración y cerré los ojos.

—Me estabas ofreciendo todo, Anton —continué—, hasta el perro cuando sé que los odias... y me asusté. Podías destrozarme de nuevo, volvía a estar en tus manos y tú podías hacer lo que quisieras. Así que mi

mecanismo de defensa fue alejarte, si yo te echaba tú no podías irte cuando ya fuera demasiado tarde.

Anton maceró mis palabras unos segundos, su mano todavía estaba sobre la mía y su calor era tan reconfortante que mis nervios se disiparon. Durante los largos minutos que estuvo dándole vueltas a lo que le había dicho disfruté de su cercanía, haciéndome creer dentro de mi cabeza que era posible, que lo nuestro podía tener un futuro aunque yo me empeñase en ver todo de color negro.

—¿Eso dónde nos deja? —preguntó finalmente.

Suspiré de nuevo porque no era lo que esperaba escuchar, esperaba que él tuviese la solución al problema, que me mirase y todo fuese fácil y sencillo, como lo fue al principio.

—Esperaba que se te ocurriese algo.

Él también suspiró, aunque más pareció un resoplido.

—Ven aquí —me puse en pie y él me hizo un sitio sobre sus rodillas.

Y allí, sentada en su regazo, volví a sentirme como si tuviese dieciséis años y él fuese a besarme y decirme al oído cuanto me quería para que nadie más lo escuchase.

Sin poder evitarlo rodeé sus hombros con uno de mis brazos y me acerqué a él, era consciente de que era una postura demasiado íntima dadas las circunstancias y la importancia de lo que estábamos hablando, pero se trataba de Anton y con él no había lugar a lógicas, por fin lo estaba comprendiendo.

—Lo único que se me ocurre es lo que te he dicho —susurró apoyando su frente en la mía—. Ir despacio, dándonos tiempo para saber lo que realmente buscamos el uno del otro. Dándonos espacio, sin pactos absurdos y dejando que las cosas sigan su rumbo natural.

—Nada de bebés por ahora —concordé en el mismo tono de voz.

—No me importaría si te digo la verdad —sonrió y sus ojos brillaron

—, pero esperaremos a tener las cosas más claras... ¿de acuerdo?

—Yo lo tengo claro —protesté, porque aunque lo que él estaba diciendo por primera vez tenía lógica, continuaba empeñada en mi foto perfecta, y el bebé formaba parte de ella.

—Necesitas tiempo igual que yo, necesitas estar segura de que estoy y estaré siempre aquí... ¿de acuerdo?

Asentí y me mordí el labio deseando besarle... y más cosas también. Él adivinó mis pensamientos y sonrió como un canalla, como más me gustaba, se acercó y rozó mis labios.

—Eres una ninfómana —arrugó la nariz con diversión y yo enrojecí una vez más, a su lado volvía a ser una cría.

Pero pese a todo, volvió a besarme, esta vez más profundamente y haciéndome entender gracias a su erección que me golpeaba la pierna, que él también tenía ganas.

—Tócame, Tori —me pidió en un susurró ronco que erizó cada uno de los vellos de mi cuerpo—. Tócame, quíereme. Déjame sentirlo a través de tus manos.

Sin dejar de mirarle a los ojos acaricié su pecho, buscando los latidos de su corazón que latía tan rápido como el mío. Sus parpados cayeron y suspiró de satisfacción. De nuevo en la cocina, para confirmar que los clichés lo son por algún motivo, y sobre aquella silla, hicimos el amor por primera vez en mucho tiempo y no solo follamos. También por primera vez siendo conscientes de que aquello era de verdad y parecía que era para siempre.

Capítulo 19

Nunca me habían gustado los hospitales. La primera vez que fui a uno fue porque mi abuela estaba enferma y por desgracia ella no salió viva de allí. La segunda vez fue cuando mi padre tuvo un accidente de tráfico, no había pasado nada grave, pero habían tenido que operarle una pierna que tenía una fractura muy fea. La tercera fue por Anton, había tenido un accidente con la moto, yo tenía solo dieciséis años y estaba aterrorizada, por suerte todo se saldó con un dolor de cabeza y unos cuantos puntos en la cara, el origen de aquella cicatriz que, contra toda lógica, tanto me gustaba.

Aunque el motivo de mi visita al hospital en esta ocasión era algo feliz, todavía me hacía sentir nerviosa. El olor a antiséptico, tanto blanco y azul por todas partes. Todo lleno de enfermeras, vestidas con ese traje blanco que tan mal les sentaba a algunas y con aquellas sonrisas siniestras sabedoras de tener en su poder jeringuillas y otros objetos punzantes de tortura.

Mientras pensaba en eso me iba poniendo cada vez más pálida, me sentía cada vez más mareada y temía que de un momento a otro me cayese redonda al suelo.

En definitiva: los hospitales no eran lo mío.

Casi arrastrándome y apoyada un poco en la pared para no caerme, llegué a la habitación indicada y una vez que hube cruzado aquella puerta todo rastro de malestar desapareció por arte de magia.

Allí estaba Jenn, la Jennifer que conocía y que tanto adoraba, aunque no parecía la misma persona, ni siquiera se asemejaba un poquito. Su rostro cansado y con ojeras, sin una pizca de maquillaje y llena de puntitos

rojos que le habían salido a causa del esfuerzo, esa no podía ser mi amiga. Ella siempre te miraba como si el mundo le diese igual, como si solo sus creencias fuesen válidas y lo que pensasen los demás se la traían floja. Pero en ese momento no parecía ella.

Tenía un pequeño bulto en los brazos y lo miraba con una expresión tan tierna y llena de adoración que me hizo sentir envidia. Yo quería sentirme así, quería poder coger en brazos una parte de mí y sentir que mataría a quien fuese por él.

Me quedé en la puerta unos minutos observando la escena, haciendo una foto mental de ese momento porque sabía que sería irrepitable. Ese era el día en que mi amiga había dejado de ser la persona que conocía para convertirse en una mamá primeriza, neurótica y llena de miedos, una mamá que lo daría todo por su hija sin dudarlo un instante. Una nueva Jenn que podría querer tanto o más que a la anterior.

—Ven aquí, petarda —dijo en cuanto fue consciente de mi presencia.

Me acerqué a ella con cierto temor, no tenía muy claro a qué pero estaba asustada. Aunque me olvidé de todo en cuanto vi aquella carita redondita.

Había visto bebés con anterioridad, de hecho, trabajaba cuidando de ellos, pero un bebé tan pequeño no lo había visto nunca, para mí era nuevo. Y la hija de Jenn era perfecta. Con el rostro redondito y la piel de terciopelo, las mejillas sonrojadas y una fina capa de cabello dorado coronando su cabecita. Tenía los labios rosados y los mofletes redondetes... era la cosa más perfecta que había visto nunca. Mis ojos se humedecieron, porque también era un poquito mía y la emoción era tan grande que casi no podía soportarlo.

—Te presento a tu ahijada María —dijo ella en un susurro como si no quisiese despertarla.

Y aunque su presentación también fue cliché fue perfecta, porque aquella cosita pequeña era una persona, en miniatura, pero una persona con todos sus miembros y órganos, con sentimientos y que el día de mañana podría ser alguien influyente e importante en el mundo. Sin

saberlo en ese preciso instante comencé a sentirme responsable de ella, solo un poquito, pero sentí que debía cuidarla y protegerla porque adoraba a Jenn y ella era una parte de ella, una parte muy importante.

—Es perfecta —murmuré ensimismada mientras la observaba dormir y fruncir los labios entre sueños.

—Lo sé —concordó mi amiga en un susurro.

—¿Se llama María? —ella asintió—. ¿Por qué?

—No lo sé —confesó a la vez que se encogía de hombros—. Cuando la vi supe que debía llamarse María, ¿no te parece que tiene cara de María?

Asentí con una sonrisa, un poco fingida y tirante, porque no me parecía así, pero ella era su madre y había leído en más de una ocasión que las mujeres después de dar a luz estaban más emocionales y lloraban con más facilidad. No me veía capaz de lidiar con las lágrimas de Jenn en ese momento. No porque ni siquiera yo sabía lo que estaba sintiendo en mi interior. Todo se había revuelto al ver a ese bebé cuando creía que semanas atrás había dado por zanjado el tema de tener hijos por el momento.

—¿Ha merecido la pena sufrir tanto por el parásito? —pregunté esta vez sonriendo de verdad porque no necesitaba saber la respuesta, a la vista estaba.

—Completamente —aseguró tajante y sin dudarlo ni un segundo.

La creí y la envidié más de lo que había hecho nunca, pero sabía que tarde o temprano (esperaba que más temprano que tarde), yo tendría un bebé que sería más lindo que el suyo, porque sería mío y de Anton y solo eso ya lo haría más perfecto si es que eso era posible.

—¿Todo bien con Anton? —me preguntó en un momento dado.

En esa ocasión la sonrisa fue sincera, porque las cosas no podrían ir mejor.

—Perfectamente.

Ella sonrió y me pidió que dejase a la niña en la cuna, una vez que María estuvo arropada y tranquila ella me miró y lo que pude ver en su ojos me inquietó un poco.

—Tengo que ser sincera contigo —confesó con voz neutra—. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que debes saberlo, de que tienes que ser consciente de todo y además... no me siento bien conmigo misma sabiendo que te estoy ocultando esto.

—¿Qué ocurre, Jenn? —pregunté con cautela.

—Lo sé todo desde el principio —la miré con el ceño fruncido y ella suspiró—. El día que me dijiste lo del pacto y todo eso... pensé que te estabas volviendo loca por siquiera pensar que eso podía ser posible, que Anton era un enfermo mental y lo mejor era daros una leche a cada uno y haceros entrar en razón.

—¿A dónde quieres llegar?

—Pues que aquella noche hablé con él, le expliqué lo pensaba del asunto y me lo explicó también. En ese momento me fui de allí enfada, le dije a la cara mis cuatro verdades y me largué. Pero al pensar en ello más y más conseguí ver su punto de vista y a donde quería llegar con eso. Volví al restaurante para hablar con él otra vez y conseguí verle la parte buena a todo ese asunto.

No me lo podía creer...

—Entonces... ¿tú lo sabías? ¿Sabías que él me quiso desde el principio?

—Sí, por eso siempre te aconsejé que hablastes con él, que dejaseis todo claro desde el minuto uno, pero tú, pedazo de cabezona, no me has hecho caso en ningún momento.

—¿Lo sabías y dejaste que me hiciese daño a mí misma? —pregunté con incredulidad.

—Tori, no escuchabas, desde que lo sé traté de hacerte entender que

tenías que ser sincera contigo misma y después verías todo claro. Pero tenías una venda en los ojos, estabas cegada con eso de tener un bebé y no hacías caso a nada de lo que te decía.

Me quedé en silencio procesando toda la información, en ese momento y viéndolo con perspectiva, la verdad es que había sido muy pava... ¿cómo pretendía que aquella locura funcionase? ¿Cómo fui siquiera capaz de pensar que podría ser posible? Y me reí. Me reí de mi misma y miré a María, durmiendo tranquilamente siendo completamente inconsciente de las locuras que le depararía la vida, de lo idiotas que somos cuando nos enamoramos y lo ciegos que nos volvemos viendo solo lo que queríamos. Cuanto tendría que aprender y cuanto me quedaba por aprender a mí, solo estaba empezando a ser consciente de lo que significaba estar vivo.

—¿No estás enfadada? —preguntó Jenn con cautela.

Negué con la cabeza y me senté a su lado para abrazarla, ella me devolvió el abrazo y por un segundo casi sentí como las lágrimas se acumulaban de nuevo en mis ojos.

—Gracias por ser mi amiga y estar siempre ahí —susurré en su oído.

—¡Dios! Cállate ya y deja de beber —me alejó de un empujón y se enjuagó las lágrimas—. Parece que te estás despidiendo.

—¡Ni de coña! Necesitas mucho más que eso para librarte de mí — volví a abrazarla con fuerza mientras ambas reíamos.

Salí del centro hospitalario como caminando en un nube y sin atreverme a pisar el suelo, tener en brazos a María, tan pequeña y frágil, y yo con mis sentimientos tan revueltos, me había dejado en una especie de limbo en el que no podía dejar de imaginar cómo sería mi vida si tuviese un bebé en ella.

Y un perro...

Y, por supuesto, a Anton.

Imaginando nuestro futuro llegué a la conclusión de que dejaría de trabajar por cuidar de nuestro bebé, que estaba muy bien eso de las súper

mamás que trabajan y cuidan de sus hijos, pero para mí la revolución de la mujer y sus derechos no estaba reñida con eso, no solo era tener hijos y continuar trabajando, era el poder decidir lo que querías hacer, tener esa opción. Y yo no quería perderme nada de su vida. Quería estar presente en cada lágrima y en cada momento importante. Además, tenía la suerte de que económicamente podía permitírmelo, ¿por qué no iba a hacerlo?

Llegué al restaurante de Anton cuando todavía no había abierto, pero conocía la mecánica y entré por la puerta de atrás que daba a la cocina, esa que permanecía abierta para las entradas de mercancía y demás. La cocina estaba casi vacía, a excepción de un par de cocineros que cortaban vegetales para dejar todo a punto y Anton, que estaba frente a un montón de facturas con cara de querer mandar todo a la mierda.

Sus ojos se iluminaron cuando levantó la mirada y me vio, aquella sonrisa que tanto adoraba estiró sus labios y no dudé ni un instante en acercarme hasta darle un beso. Un piquito suave y sencillo, pero que para mí era suficiente y me sabía a gloria, porque sabía que tras ese ínfimo contacto había mucho más. Había una marea de sentimientos que me arrastraba y yo me dejaba ir a la deriva sin importar a donde me llevaría.

—¿Qué tal están Jenn y la niña? —preguntó juntando las facturas un montoncito y haciéndolas a un lado.

—La primera muy hormonal y la segunda es una monada —sonreí sin poder evitarlo—, tiene las mejillas tan regordetas que dan ganas de darle un bocado.

Rio entre dientes y comenzó a caminar hacia la zona del restaurante, le seguí como si un magnetismo me obligase a hacerlo. Mientras iba tras él no pude evitar tampoco ir mirándole el culo bajo esos tejanos ajustados y me mordí el labio inferior pensando en lo que podría hacerle en cuanto tuviese ocasión.

Él se coló detrás de la barra de bar que había a uno de los laterales del local y yo me senté al otro lado, sobre uno de los taburetes y teniendo una panorámica perfecta de todos sus movimientos.

—¿Qué te pongo? —preguntó girándose hacia a mí.

—Muy cachonda —admití en voz baja.

—¿Sabes que esa broma dejó de tener gracia desde que me haces cada vez que te pregunto eso?

—Lo sé —me encogí de hombros—, pero es divertida la cara que pones cuando te lo digo. Además... —guiñé un ojo y me incliné un poco hacia delante—, es verdad.

Él se acercó a mí y me dio un beso, uno un poco más profundo esta vez, aunque no tanto como me gustaría.

—No me tientes que hay empleados en el bar.

—En baño podríamos tener un poco más de intimidad —le propuse.

—No la suficiente para que puedas gritar —se alejó de golpe, dejándome con la ropa interior húmeda y con ganas de más.

—Aquí tienes —dijo sirviéndome una cola en un vaso alto y yo le di un largo sorbo—. Por cierto, esta noche vuelvo pronto a casa, voy a probar al nuevo encargado en un día entre semana que hay menos trabajo, a ver como responde.

—¿Si responde bien tendrás más tiempo libre? —le pregunté recordando lo que habíamos hablado solo unos días atrás, eso de ir delegando y centrarse más en vivir.

—Exacto, incluso podría tomarme unas vacaciones... llevo tres años sin ellas.

Sonreí ante lo bonito que sonaba eso, tener a Anton más tiempo para mí y en unos horarios acordes a los míos sonaba a gloria.

Las cosas parecían ir bien desde aquella conversación. Ahora no discutíamos casi nada, tan solo en contadas ocasiones y todo se solucionaba con una follada bestial. Así era como siempre había sido nuestra relación, llena de tiras y afloja.

Mi confianza en él nunca había desaparecido, pero sí lo había hecho la desconfianza de que él no estuviese ahí, aunque con el tiempo estaba comprendiendo que en esta ocasión las cosas no solo eran de verdad, ahora éramos más maduros y más conscientes de lo que teníamos y de lo que podíamos perder. Por eso estaba yendo todo tan bien, porque sabía con seguridad que Anton estaba ahí y siempre lo estaría.

No estaba siendo un proceso fácil, llevábamos cuatro semanas insistiendo en darnos muestras el uno al otro de que aquello era serio e iba hacia delante. Como llevarlo a casa de mis padres y presentarlo como mi nuevo novio.

—¿Nuevo? —había preguntado mi madre con una caja alzada y en tono de burla.

Después le había abrazado, me sujetó del brazo y me arrastró a la cocina para darme uno de esos sermones que ella acostumbraba a dar. Aunque en esa ocasión lo soporté con una sonrisa, consciente de que las cosas no tardarían en cambiar y pronto dejaría de escucharla decirme siempre lo mismo.

Anton se tomó las cosas a broma, se sentó con mi padre a ver el fútbol y en cuestión de minutos estaban intercambiando posibles resultados y técnicas. A veces me gustaría ser hombre solo por la simplicidad con la que ven las cosas, nosotras solemos darle mil vueltas a todo y hacerlo más complicado de lo que en realidad es.

Él, por su parte, había hecho lo mismo con su familia, una tarde fuimos a casa de su madre, hacía años que no la veía y me alegró mucho ver que, pese a estar sola tras el divorcio, era completamente feliz.

—Haz solo lo que quieras hacer —me había dicho en confidencia cuando Anton nos dejó a solas—, que nadie te obligue a hacer nada que no quieras hacer, ni siquiera las circunstancias. Todo tiene arreglo en esta vida sin necesidad de hacer algo que no quieres.

En ese momento no había entendido lo que quería decir, pero después de pensarlo durante varios días comprendí que ella me había dado a entender que se casó con el padre de Anton solo por las circunstancias: un

embarazo no deseado. Algo que ya sabía desde hacía mucho tiempo. Pero ella me estaba aconsejando que no hiciese lo mismo, que no me atase a alguien solo porque era lo que debía hacer.

Y si se analizaban la situación desde fuera, quizás que Anton y yo estuviésemos juntos era el final más lógico, dada nuestra historia y el trascurso de los acontecimientos, el destino parecía decir que debíamos acabar juntos sí o sí, era como si ya estuviese escrito. Pero no me sentía obligada, aunque irónicamente sintiese que había una fuerza invisible que me ataba a él y que no podía evitar, él era el amor de mi vida y estar con él era lo único que quería hacer. Y sobre todo estaba segura por completo de que él sentía lo mismo por mí.

Por primera vez en mucho tiempo las cosas eran como debían ser y no solo eso, eran como yo quería que fuesen. Me sentía feliz y segura. Consciente del mundo, de la vida que corría por mis venas y del hombre que tenía frente a mí y que era capaz de parar mi mundo con solo una mirada.

Le quería. No, en realidad era mucho más que eso, le amaba, él era parte de mí y como tal le necesitaba para sobrevivir.

Siendo consciente de ello me puse en pie de un salto, mi pretensión era saltar también la barra (o rodearla para evitar accidentes) y abrazarlo, darle un beso de esos que quitan el aliento y demostrarle todo eso que sentía muy dentro.

Pero no pude.

No sé cómo ocurrió, mis pies se enredaron en las patas del taburete y tan solo pude ver el suelo más y más cerca, hasta que llegó el golpe y no supe nada más.

Me dolía la cabeza, sentía como si una banda de música al completo estuviese tocando dentro de ella. Mis oídos pitaban un poco y no podía abrir los ojos, me pesaban, y un brillo demasiado fuerte me hacía daño. Gemí y traté de frotármelos, pero no podía levantar el brazo, era como si

pesase una tonelada. Me esforcé y por fin conseguí moverlo, volví a gemir y una mano cálida y suave sujetó la mía.

—Tranquila, tranquila —escuché la voz de Anton en un susurro.

Quise hablarle, al menos pronunciar su nombre para que supiese que podía escucharle, aunque no podía hacer mucho más, pero tampoco pude. Mi lengua parecía de trapo y se tropezaba con los dientes haciendo ruidos extraños.

Tardé lo que a mí me parecieron siglos en poder abrir un ojo, el brillo era cegador y dolía, casi podía sentir como quemaba mi retina, pero conseguí abrir el otro para enfocar su cuerpo y percibir una sombra que estaba junto a mí. Inclinado hacia delante y muy cerca. Sabía que se trataba de Anton por su olor, porque lo que era ver nítidamente, lo hacía muy poco.

—Tranquila, todo irá bien —me volvió a decir en un susurro.

Abrí un poco más los ojos, mi vista se fue aclarando y me vi en una habitación blanca y llena de luz, con aquel asqueroso olor a desinfectante. ¡Mierda! Estaba en un hospital.

Traté de recordar lo que había sucedido para tener que estar allí pero mi último recuerdo era del restaurante, de estar frente a Anton y reconocerme a mí misma cuanto le quería. Después de eso mi mente estaba completamente en blanco y por más que me esforzaba no lograba recordar nada más.

—¿Qué...? —balbuceé mirándole, su rostro iba tomando forma y pareciéndose más al chico que recordaba y no a una sombra que se movía.

—¿No recuerdas nada?

Quise negar con la cabeza, pero al intentar hacerlo un dolor en la frente me hizo gemir y llevarme la mano al lugar.

—No te toques —me detuvo sujetando mi mano y volviendo a colocarla donde la tenía unos segundos antes.

Pasaron un par de minutos hasta que conseguí tener el control completo de mi lengua.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con voz ronca.

Anton sonrió, aquella sonrisa de preocupación que pocas veces le había visto, poniendo aquella máscara con la que intentaba ocultar sus sentimientos pero que para mí comenzaba a ser casi invisible, porque lo conocía tanto que sabía lo que pasaba por su mente con un solo vistazo.

—Has tenido un tropiezo —admitió en un susurro—. Me has dado un susto de muerte, no vuelvas a hacerme esto en tu vida.

Sonreí, no pude evitarlo y mis labios se estiraron, aunque mi frente dolió más con ese movimiento.

—¿Qué tipo de tropiezo?

Él desvió la mirada y se frotó la barba, ese movimiento me distrajo y pude ver que en su camiseta había una mancha de sangre, una muy grande que le ocupaba parte del pecho. Mis ojos se abrieron desmesuradamente y comencé a buscar en su cuerpo alguna herida o algo de donde podía haber salido esa sangre.

—Pero... Cómo... qué... —balbuceé con incoherencia.

—¿Qué ocurre? —me preguntó asustado.

—La... la sangre.

Se miró la camiseta, una sonrisa tirante estiró sus labios y después me miró a mí.

—No te preocupes por eso —le restó importancia.

—¿Qué no me preocupe? —alcé la voz—. Anton, es sangre y está en tu ropa.

Cuando iba a contestarme la puerta se abrió y le interrumpió. Entró una enfermera con cara de pocos amigos y, sin mirarme y sin siquiera

hablar, cambió la bolsa de suero y volvió a salir. Miré la bolsa y miré mi brazo, allí donde tenía una vía por la que iba entrando a saber que medicamento y arrugué la nariz.

—¿Pero qué me ha pasado? ¿Me estoy muriendo o algo?

Anton suspiró y se frotó la cara. Después me miró y resopló.

—Te caíste, te diste un buen golpe en la cabeza y te has hecho una brecha —explicó con voz cansada—. Has estado inconsciente y no te puedes ni imaginar lo acojonado que estaba. Llamé a una ambulancia, te han traído aquí y te han hecho alguna prueba, pero como no soy tu familiar, los médicos no han querido decirme nada.

Analiqué sus palabras con prudencia y fruncí los labios, mis accidentes nunca eran tan graves ni aparatosos, pero dada mi suerte no me extrañaba que me hubiese sucedido todo eso que me contaba. Pero lo peor del asunto era que si Anton, dentro de su susto por lo acontecido, hubiese llamado a mi madre... un escalofrío me recorrió el cuerpo y lo miré suplicante.

—¿Has llamado a mi madre?

—No —sonrió un poco más relajado esta vez—. Iba a esperar un poco, si la llamo y te despiertas, como ha sucedido, sabía que serías capaz de matarme.

—Bien hecho —concordé tranquilizándome un poco, tener a mi madre revoloteando a mi alrededor con el enorme dolor de cabeza que tenía, sería algo que no podría acabar bien pasase lo que pasase.

Me relajé estirándome bien en la camilla, era pequeña e incómoda, cada vez que me movía hacía ruido y estaba colocada en un mal ángulo para poder ver a Anton mientras hablaba con él. Busqué a tientas el mando para poder incorporarla un poco más y él adivinando mis intenciones lo hizo por mí. Un poco más cómoda miré a mi alrededor y no supe que hacer. Todo parecía tan blanco, vacío y aburrido que estaba empezando a sentirme impaciente.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté tras un par de minutos de

silencio.

Él miró su reloj, luego a mí y después hacia la ventana.

—Pasan de las tres de la madrugada, así que unas siete horas —susurró cansado.

¿Tanto tiempo?

—Siento haberte asustado —admití con un hilo de voz, por un momento me sentí tan culpable que si no lo decía me quedaría sin respiración.

—No ha sido tu culpa.

Además de cansado le sucedía algo más, no tenía muy claro el qué, pero algo estaba rondando en su cabeza.

—Sé que no ha sido mi culpa, pero he desbaratado todo tu día, ¿quién está en el restaurante?

—Olvídate del restaurante, ¿de acuerdo? Estoy aquí porque quiero estar contigo --aseveró—. Solo estoy preocupado, me has dado un susto de muerte y los putos médicos no me quieren decir si te pasa algo grave o no.

Sonreí y le miré, ¿cómo podía querer tanto a alguien?

—Te quiero —suspiré.

Cuando él iba a decirme algo fue interrumpido por la puerta, que se abrió de golpe y entró un médico, seguido de la enfermera maleducada de unos minutos antes. Ambos me miraron y dijeron algo en un susurro que no llegué a entender y después se dirigieron a mí.

—Victoria Torres, ¿correcto? —me preguntó con voz profesional, a lo que yo asentí mientras él comprobaba algo en una carpeta que supuse que era mi historial. A estas alturas y todavía continuaban con historiales en papel...—. Después de haberle hecho las pruebas pertinentes podemos decirle que el golpe no ha ocasionado ningún tipo de daño que vaya a

darle problemas.

—¿Por qué ha estado tanto tiempo inconsciente? —preguntó Anton interrumpiéndole.

—Es normal dado su estado, no es nada preocupante. Seguro que la caída fue debida a una bajada de tensión que sumada a su anemia son la causa del desvanecimiento. En unos minutos le cerrarán la herida de la frente y podrá irse a casa.

—¿Anemia? —pregunté yo en esta ocasión porque de todo lo que había dicho era lo más llamativo.

Al final iban a tener todos razón y la dieta vegana no iba a ser tan sana y completa como yo creía. Pero no... me negaba a pensar eso. Seguro que era mi cuerpo que me estaba jugando una mala pasada.

—Sí, pero no tiene que preocuparse, muchas mujeres en su estado la sufren y se soluciona con algún suplemento vitamínico, ¿está tomado el ácido fólico como supongo que le habrá comentado su médico?

—¿Para qué? —pregunté confundida.

—Señor —dijo la enfermera para llamar su atención y le señaló algo en un papel que ella tenía en sus manos.

—¡Oh, claro! Son solo tres —sonrió y me miró como si fuese a darme un regalo el día de navidad—. Señorita Torres, está usted embarazada de tres semanas. Es posible que todavía no supiese nada, es muy poco tiempo y puede que los síntomas no se hayan manifestado, si es que lo hacen en algún momento.

Escuché su discurso en silencio sin llegar a creérmelo del todo, tenía la mandíbula descolgada mirando sus labios moverse sin cesar y las palabras llegaban a mi mente una a una pero tardaba más de lo necesario en asimilarlas y entender su significado.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz.

—No tiene que preocuparse, le han hecho algunas pruebas mientras

estaba inconsciente y la caída no le ha afectado en absoluto, todo va perfectamente. Con unos días de reposo será suficiente y ahora podrá hacer el seguimiento de su embarazo con su doctor y....

Dejé de escuchar, todo a mi alrededor se volvió a un caos y yo me veía inmóvil, tirada en aquella camilla y viendo como a mi alrededor todo sucedía a cámara rápida, mientras yo permanecía quieta.

El algún momento el doctor y la enfermera se fueron dejándonos solos a Anton y a mí, él no tardó más de dos segundos en sentarse a mi lado, sobre la camilla y mirarme con expresión de incredulidad, supongo que un reflejo de la mía.

—¿Sabías algo? —tomó mis manos entre las suyas y me miró a los ojos esperando una respuesta.

—¿Qué?

Sonrió, aquella sonrisa genuina y perfecta, mi alma entera se derritió y cayó rendida a sus pies. Por una de esas sonrisas haría lo que fuese.

—¿Qué si sabías algo de tu embarazo? —volvió a pregunta.

Tragué saliva, tomé aire y abrí la boca, pero ningún sonido salió de ella. Me había quedado tan impactada que era incapaz de articular palabra. Negué con la cabeza y parpadeé tratando de orientarme y volver al mundo real.

—Tori —se acercó a mí y me dio un suave beso en los labios, lo disfruté, todavía con lo alhelada que estaba conseguí disfrutarlo—. Te quiero.

Me besó y mi pecho se hinchó, sonriendo yo también sin poder evitarlo. Porque escuchar el eco de mis sentimientos de sus labios era música para mis oídos.

Con el paso de los segundos comencé a ser consciente de lo que estaba sucediendo, estaba embarazada. Tenía un bebé dentro de mí. Un bebé de Anton...

Comencé a ponerme nerviosa, un sudor frío me cubrió la frente y todo comenzó a dar vueltas. Cerré los ojos y me aferré la barandilla de la camilla intentando sujetarme para no caerme, algo inútil porque ya estaba tumbada y no iba a ocurrir, pero tomar contacto con algo sólido me hizo sentir mejor.

—Estoy embarazada... —musité.

Era lo que quería, lo que llevaba meses buscando, pero estaba aterrorizada, ¿Qué iba a suceder a ahora? Habíamos hablado de aplazar lo del bebé, de hacer que lo nuestro funcionase y fuese más sólido antes de dar ese paso tan importante. Pero ahora...

Anton volvió a sonreír y me besó de nuevo, pero estaba tan sumida en mis pensamientos que no correspondí a ese beso.

—Tori, ¿te encuentras bien? —me preguntó preocupado.

Le devolví la mirada e intenté sonreír, pero no me salió.

—Estoy embarazada —repetí.

—Sí —concordó.

—No, no, no... —si pudiese me habría puesto en pie y habría comenzado a dar vueltas como una loca por toda la habitación.

—Tori...

—¡Joder, no!

—¿Es qué no te hace ilusión? Es lo que queríamos.

—No —gimoteé—, habíamos hablado y decidimos esperar, ¿cómo ha sucedido esto ahora?

—¿Quieres que te haga un croquis?

—¡No seas idiota! Estoy hablando en serio —le di un manotazo en un brazo y él se echó a reír—. No tenía que suceder ahora.

—Pero ha sucedido por alguna razón.

—Por follar sin protección —espeté malhumorada—. Voy a entrar en la secta de las monotemáticas —gimoteé recordando aquella conversación absurda con Jenn.

Anton rio de nuevo y trató de abrazarme, me dejé, porque estaba tan confundida que necesitaba un abrazo reconstituyente que colocase todas las piezas en su sitio. Unos segundos después suspiré y el verdadero peso de los acontecimientos me cayó sobre los hombros: iba a tener un bebé.

—¿Ahora tendremos que adoptar un puto perro? —preguntó a lo que yo asentí—. Vaya mierda... echaré de menos mis sofás.

Un caudal de lágrimas acudió a mis ojos, no pude detenerlo por más que lo intenté, y a la vez una risa nerviosa salió de mi garganta. Seguro que parecía una loca llorando y riendo a la vez, estaba ilusionada y feliz, pero al mismo tiempo sentía tanto miedo que no tenía muy claro como sentirme.

Anton comenzó a reírse de nuevo al ver mi estado, quise pegarle otra vez, pero sabía que no le dolería y que solo me haría quedar como una cría, así que sonreí y le miré a los ojos con mi cara llena de churretes de lágrimas. Como ya era costumbre en mí me perdí en ellos, en como brillaban y en como sin pronunciar ni una sola palabra me hablaban tanto.

—Te quiero —susurré inconscientemente.

Él me besó una vez más, esta vez sí que contesté a su beso, me dejé envolver por sus brazos y su calor y allí, en aquella camilla de aquel hospital, fue cuando mi vida comenzó de verdad a tomar el rumbo correcto, a ir hacia donde yo quería ir y de la mano de quien más quería.

Gracias a un tonto pacto entre amigos, conseguí mi foto perfecta.

SOBRE LA AUTORA

Naobi Chan es el seudónimo bajo el que escribe Cristina, autora nacida en un pueblo de A Coruña en 1983, que ha creado historias desde que tiene memoria, aunque no ha sido hasta el 2009 cuando se ha planteado hacerlo de verdad y mostrar su trabajo al mundo.

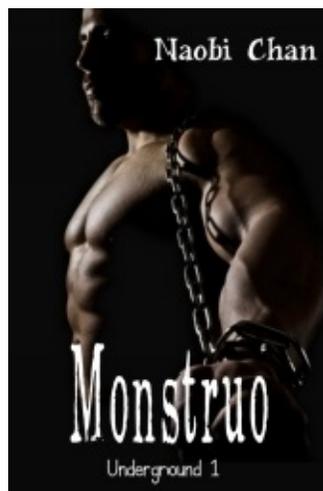
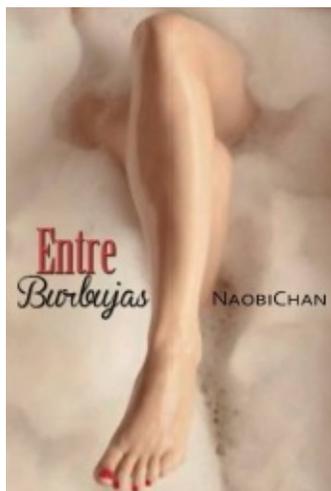
Después de varios años de publicar gratuitamente sus escritos en diversas páginas de la red y su blog personal, a principios de 2013 se lanza a la aventura y autopublica su primera obra "Entre burbujas" en formato digital, estando varias semanas en la lista de los 100 más vendidos en España y América latina.

En ese mismo año, su segundo obra "Relativo", resulta segunda finalista en el concurso "Operación Tagus" realizado por Casa del Libro, en el que los usuarios de esa plataforma en Facebook tenían que votar por su novela favorita entre las que concursaban y quedando ella en tercera posición.

En enero de 2014 su primera obra, "Entre burbujas", entra a formar parte de "Sensual Collection", una colección de obras eróticas que se distribuye con diversos diarios de la península ibérica.

En 2015 publica "Monstruo", la primera parte de su serie "Underground", su primer trabajo sobre romance paranormal y la que está todavía en proceso.

Conoce sus otras obras en Amazon:



Más información sobre la autora y sus trabajos en

www.Naobichan.com

Instagram y Twitter: @Naobichan

Facebook: Naobi Chan

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro.